LA SEGUNDA VIDA

Paco Carreño

ALT autores

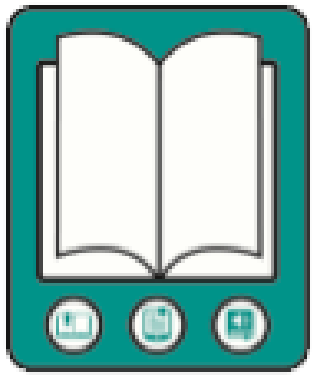
LA SEGUNDA VIDA

Paco Carreño

ALT autores

LA SEGUNDA VIDA

Paco Carreño



Título original: La segunda vida

© Texto: Paco Carreño

© Septiembre 2019 Editorial Alt autores (www.altautores.com)

© Portada: César Barrio. Collage basado en obras de Federico Hurtado y J. R. Goodwin

ISBN: 978-84-17400-39-2

Índice

La segunda vida

Créditos

Dedicatoria

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

Agradecimientos

Para Lola

Un lugar para la segunda vida

La calle que atraviesa la ciudad se llama, como siempre, Gran Vía. Como todas las Grandes Vías está hecha para que pasen los desfiles, para que se den con facilidad las persecuciones. Para que los guardias puedan buscar, acorralar, prender a los manifestantes, a caballo o en tanqueta. Para que al día siguiente se celebre la paz con la pólvora de los fuegos artificiales y quepan con holgura los vivas a los gobernadores. Para limpiar de un solo trazo contemporáneo el tiempo de otras épocas amontonadas en los suelos, en las ventanas, en los tejados. Y, sobre todo, para que la ciudad, insoportable bajo el sol de justicia, solo tenga un atisbo de belleza criminal durante la noche, iluminada graciosamente por farolas, por estambres metálicos de luz que atienden en su forma, no como su modelo botánico, a lo que viene de arriba, sino a lo que pulula por abajo: a las coronillas peladas, a los moños, a los sombreros, a los bonetes, a los tintes, a las calvas de todos los que las tocamos, a veces hasta nos abrazamos a ellas, para ver si casualmente algún cable ha quedado en contacto con el hierro conductor y nos fulmina en un último acto de amor a la vida imposible. Las farolas parecen inspiradas en películas de ciencia ficción llenas de marcianos larguiruchos con ganas de aniquilar a todos los nihilistas de la Tierra. Su aspecto extraterrestre nos habla muy claramente de las pocas ganas de vivir aquí que tienen los iluminados por su luz amarillenta, cuyos rostros parecen impregnados por yemas de huevos pertenecientes a animales todavía no inventados, capaces de incubar, con esa película macilenta, el odio por la primera vida, la que no vuelve.

Sé que un poco más allá, en algunas calles del barrio antiguo, quedan farolas que no dan la espalda a la oscuridad del cielo, que tratan de horadarlo y tienen todavía la forma heroica de la luz contra las tinieblas. Pero estos focos de la Gran Vía están empeñados en despilfarrar su ahorro de luz, siempre mirando cobardemente hacia el suelo, concentrados en un haz que continuamente parece preguntar lo mismo: «¿Por qué estás tan

contento?».

Sí, queda gente feliz que no quiere ser feliz y camina con orgullo bajo el mustio reproche de luz cabizbaja. Queda gente que no piensa en las farolas ni está de acuerdo con ellas, con su forma aberrante de serpientes bajo el hechizo de algún camión flautista, de hierbajos ordenados por cualquier demiurgo metalúrgico metido a jardinero de bombillas. Queda gente con la que cruzarse en un interminable deseo de conocer todavía a alguien iluminado por el insomnio de una luz erguida que sigue luchando contra las tinieblas.

Esta calle representa la rectitud de un tiempo catastrófico. Parece hecha para que pase un enorme cortejo fúnebre por todos nosotros. Algunos recuerdan cómo se trazó esta nueva vía, a espaldas de la mayoría de la población, un poco antes de que causas como la primera vida ya solo tuviesen un reducido grupo de partidarios, cuando el dinero no había untado hasta el último escrúpulo. La unanimidad era una fiesta de lucha contra la destrucción de la ciudad. El trazado medieval serpenteaba abrigando los pasos con un delirio de sombras y ventanas. Nadie quería dejar de ser el desconocido que era. La fama todavía no era el único objetivo digno de ser alcanzado por cualquiera para ser alguien. La demora formaba parte de la consecución de objetivos, contribuía a vislumbrarlos con mayor claridad, a perfeccionar los pasos que guiaban hacia ellos. A la causa común todavía le quedaba un último cartucho; pero ya nadie regaba las flores de los balcones abandonados. Ante la amenaza de demolición había retenes de ciudadanos en guardia que saboteaban cualquier intentona de las máquinas. Una y otra vez las autoridades trataron de derribar las casas que habían sido desalojadas. Los vecinos recorrían el corazón vacío de la ciudad velando por un lugar de encuentros ya muerto. Algunos se empeñaban en mantenerse en sus casas vacías y se asomaban para tirar baldes de agua a los vigilantes del ayuntamiento y saludar a los que se colaban por el recinto cercado de callejuelas, condenado por un perímetro de alambradas.

Pero una noche de diciembre, cuando todos estaban en sus nuevas casas de las afueras celebrando la Navidad, las grúas, los camiones y los tractores oruga entraron en la zona después de un exhaustivo registro, y en unas horas, a espaldas de la mayoría de la población, consiguieron derribar la antigua judería y el barrio árabe hasta no dejar ni un solo vestigio de la época medieval. Durante unos días los habitantes del barrio se lamentaron y siguieron reuniéndose en asambleas populares. Allí gritaban y mostraban su cólera a los compañeros vencidos. Se prometieron una venganza imposible. Intercambiaron fotografías de todos aquellos lugares en los que habían hecho vida en común. Escribieron cartas a todos los periódicos que conocían denunciando con detalles e irritación la nocturnidad y alevosía con la que les habían arrebatado su hábitat. Evocaron, ya como en un sueño, los baños árabes, las mezquitas, las sinagogas, las conducciones de agua, la paz de los tiempos que han pasado. Y en unos días fueron acostumbrándose al inmenso solar en el que empezaban a instalarse las poleas, las dragas, las grúas, las cuadrillas de albañiles, los arquitectos, el polvo, el ruido a todas horas. Fue la aventura más rápida y exitosa del nuevo ayuntamiento, que se trasladó, precisamente en aquellos días, a un tranquilo palacio renacentista recién restaurado en una céntrica plaza de la ciudad.

Esto me lo han contado gentes, seguramente ilusas, que ya no viven aquí. Para mí es útil recordar la destrucción. Así puedo empezar esta historia con la satisfacción de haber imaginado las razones por las que la ciudad ya no existe y es necesario crearla. Quizá sirva para explicar mejor por qué todo el mundo está empeñado en vivir una segunda vida. La primera se acabó, y me temo que su extinción tiene mucho que ver con la formación de un nuevo espacio diseñado al margen del tiempo, un lugar que ya no está hecho para que pasen las horas. Nada raro que el mundo busque su ocasión en los lugares apócrifos de la segunda vida.

Lo cierto es que a partir de ese momento todo cambió. La ciudad

salió definitivamente de la Edad Media y sus habitantes fueron acomodándose poco a poco en ese nuevo mundo. Toda resistencia fue apagándose y los movimientos sociales se convirtieron en un símbolo de sí mismos, vacíos de contenido. Su sentido apenas llegaba para tranquilizar la conciencia de un espumoso resto contestatario. La gente se entregó a una fluidez en las costumbres que en muchas ocasiones no tenía tanto que ver con la moral relajada como con la tensión de una velocidad aceptada con resignación e inconsciencia por todos. Como si el nuevo ritmo vital no fuese más que la carrera orbital de un planeta extraño en que se hubiesen instalado con el frenesí de los conversos que alguna vez resistieron.

Este libro es una crónica, la crónica de un mundo imposible. Me llamaron para tomar buena nota de los ademanes teatrales, de las frases ampulosas afeitadas por la literatura, de la vida soñada a voz en grito por una familia que en esta época de dispersión aguantó unida quizá demasiado tiempo, de los muros encalados con desconchones que dibujan el delirio de la ruina, de las fiestas de satén, terciopelo y Jabugo, del deseo ordenado por salvajes apetitos. Durante un tiempo he vivido de esto, espero no morir por ello. Hablo aquí demasiado, y mal, de los que desearían ser los protagonistas de este libro, de los que ahora me buscan para matarme, de los que levantan la voz para acallar una conciencia acomplejada, de los que hablan solo para ser oídos, para manchar el silencio con la voz estridente de un orgullo sin motivo.

En principio parecería fácil hacer mi trabajo de simple testigo de la realidad. Dejando aparte los riesgos mortales, de los que hablaré más adelante, tengo que referirme a una dificultad básica: por mucha atención que preste, la realidad se desdibuja constantemente. Compararía mi trabajo con el de un pintor que intentase reflejar fielmente los dibujos de la espuma sobre el agua, en la orilla del mar. Creo que mis clientes están sometidos a cierta necesidad de metamorfosis. Es cierto que ellos no gritan tanto como sus enemigos y son más constantes en los temas de sus conversaciones, pero hay algo en su cambiante forma de ser que

parece determinado por el entorno. Hablar demasiado tiempo de lo mismo, llegar a alguna conclusión, coincidir con otra persona en un razonamiento no es la costumbre. Ni siquiera está mal visto que te dejen con la palabra en la boca. No es extraño que estén convencidos de que hay una segunda vida en la que todo se cumple, en la que los flecos inacabados se tejen formando la trama perfecta de su existencia. Y sí, a mí me llamaron para eso, para escribir este libro en el que todo el mundo quiere salir, salir de su primera vida, completar esos mil detalles inacabados de sus destartaladas biografías.

Trabajo como periodista. Conocimiento de la familia Tordesillas en la boda a la que me autoinvito como trabajador del flash. Catálogo fotográfico de sus miembros.

Aquí llegué contratado como periodista en el periódico de mayor tirada de la ciudad. Su nombre es el de todos: La Verdad, El Mundo, El País, La Voz, El Progreso, El Faro. No se llaman El Atún, La Vaca, El Tornillo, El Horizonte. Cada uno parece tener el monopolio de la información, de la claridad. Necesitan creérselo todo para salir cada día. Supongo que ningún periódico madrugaría tanto si tuviese que preguntarse por la veracidad de sus datos. Me mandaron hacer un reportaje sobre una familia a la que se acusaba de todo tipo de delitos. Según mis compañeros, según lo que había aparecido en este periódico y en otros, eran tan poderosos que sus tentáculos entraban al corazón de la Guardia Civil. Acallaban cualquier denuncia que se interpusiera contra ellos, sobornando a jueces que estaban a su servicio. Jugaban sin límite con el dinero de la Administración. Llegado el caso no dudaban en asesinar. Confieso que hasta sentí cierto miedo de acercarme a la investigación de esta familia que parecía estar fundando una red mafiosa. Acepté porque era uno de los primeros trabajos serios que me ofrecían, porque, además, me daban tiempo para investigar en profundidad y no tenía la obligación de basarme en informes de segunda mano.

Conseguí entablar amistad con un miembro de esta familia. Alguien me dijo que muchos de ellos tenían una gran afición por los bares. Solían aparecer por el café Quebec, regentado por un cubano al que llamaban el Canadiense. Resultó muy fácil. Una compañera del trabajo se ofreció a ir conmigo y ayudarme a conocerlos. Ella llegó antes. No sé cómo lo hizo, pero enseguida tuvo a cuatro Tordesillas —así se llamaban— alrededor de ella. Me los presentó y estuvimos hablando un rato todos juntos, hasta que, cumplido el trabajo, mi colega se despidió.

La conversación se desinfló enseguida. Me quedé solo con uno de ellos. Jorge se llamaba. Vi peligrar la misión encomendada. Fuimos a otro bar. Su carácter hipocondríaco lo inclinaba a centrarse en un solo tema de conversación: su salud. Me interesé por él, sorprendido por el contraste con lo que yo creía que sería un miembro de esa familia tan peligrosa. Parecía bastante necesitado de atención. Aposté por intimar un poco más mediante una broma arriesgada. Le dije que parecía el lector ideal de libros de autoayuda. Los detestaba, pero no se ofendió. Me siguió el juego. Prefería dedicarse a las fuentes originales: solo leía libros de Psicología y Medicina. Como buen creyente en la desgracia rebuscaba en interminables catálogos de males para profundizar en la herida de una inseguridad galopante. Se conocía perfectamente. Alardeaba con cierta ironía de su debilidad. A mí, por un momento, me pareció una curiosa forma de explorar las tinieblas sin apenas salir de sí mismo.

Jorge habría despertado el instinto maternal en un ogro. Pálido, delgado, con unos andares que, sin duda, provocarían el apetito de los buitres en un monte aislado. Entre bromas y veras le dije que últimamente las aves carroñeras no tenían cadáveres donde hincar el pico, que se habían dado casos de ataques a animales vivos, que sería peligroso mostrar su aspecto desvalido en zonas especialmente solitarias. No tenía la sonrisa fácil, pero juraría que no le disgustó mi broma, pues no dudó en afirmar que aquella nueva predisposición de los buitres a comer carne fresca los ennoblecía. Poco a poco fui olvidándome de mi trabajo y sintiéndome a gusto, sin olvidar en ningún momento que esa vida que estaba viviendo en aquel momento era un encargo. Sentía una doble satisfacción, porque, además de pasarlo bien, me pagaban por ello, y una ligera angustia por el mismo motivo, porque mi vida parecía en el vilo de una simple apuesta económica.

Traté de quedar con Jorge para el día siguiente, pero me dijo que tenía que ir a una fiesta familiar, la boda de un primo suyo. Descubrí que toda la familia se reuniría en la celebración. Supongo que se me notó inmediatamente el deseo de estar presente. Al

precipitarme en mis muestras de interés no me quedó más remedio que improvisar una buena causa. Acerté: iría de fotógrafo. A Jorge le hacía ilusión que montase un reportaje semiprofesional. Así tendría una visión más auténtica, pensaba él, del festejo. Estaba seguro de que a todo el mundo le parecería bien. En su familia odiaban las convenciones. Gracias a mí quedaría al descubierto su originalidad. Encontré otro punto de apoyo a mi presencia en el hecho de que el fotógrafo que tenían contratado no se quedaría hasta el final del banquete. Yo estaba dispuesto a permanecer hasta que el último de los invitados se hubiese marchado. Así se lo comunicó por teléfono a su primo Julián, el novio, que aceptó también los honorarios propuestos por mí. Salí del bar tan contento que casi iba dando saltos por la calle. Era increíble la suerte que estaba teniendo con este caso. Parecía el principio de una gran carrera. Nunca hubiese imaginado que me despedirían por ello.

En el periódico me dejaron una cámara bastante resultona con la que me presenté en el lugar convenido. Dejé que el primer fotógrafo profesional hiciese las fotos de los valses de rigor y, mientras, me dediqué a observar a los invitados tratando de estudiar a los miembros de la familia por la que yo estaba interesado. Llegar el primero me había permitido una visión más clara. Atento a los saludos, había ido poco a poco distinguiendo a los familiares. Conforme iba descubriendo su pertenencia al clan de los Tordesillas les hacía una fotografía. Enseguida tuve que rectificar, porque los novios se estaban dando cuenta de que solo hacía fotografías a los allegados del novio. Me vi obligado a marcar con una señal las fotos que me interesaban. Mientras los invitados comían yo me dediqué a encuadrar en primeros planos y clasificar poniendo como subtítulos los nombres que podía, o alguna referencia.

—¿Qué haces? —me preguntó una voz amable y algo alcoholizada.

—Nada, estoy haciendo el álbum de la boda.

—¿Me lo enseñas?

—Sí, pero no está muy bien.

—Da igual.

—Lo siento, tengo que retocar cosas y no acostumbro a mostrar mi trabajo sin terminar.

—Enséñame por lo menos las fotos que me has hecho a mí.

Apunté para mí un probable rasgo del carácter familiar que luego se confirmaría: la tozudez, y le enseñé la foto en la que aparecía su primer plano con los labios gruesos, el pelo medio largo teñido de rubio y unos ojos tan grandes que parecían estar delante de un oso hambriento. En la parte inferior había un nombre.

—No me llamo Toti, me llamo Tita.

—Lo siento, he oído mal. Ahora mismo lo cambio.

—He salido feísima. Bórrala.

—Si quieres, te hago otra.

—Vale.

Su pose excesiva me insinuó otra nota familiar: eran terriblemente presumidos. Tita se empeñó en que me sentase en su mesa. Su tajante obsequiosidad no hizo mucho caso de mis excusas. La presión de su mano sobre mi brazo, su manera de conducirme hasta la mesa no tenía nada que envidiar a los modales de un policía en el momento de detener a un delincuente. Llamó a un camarero y le obligó a traerme los tres platos de la comida a la vez.

En la mesa había una serie de invitados que parecían sometidos a la extravagante voluntad de Tita. Su agresiva extraversión los tenía un tanto aterrorizados, aunque se mostraban clementes por su origen etílico y por la situación. Me presentó a los comensales, confundiendo, a juzgar por sus caras y por sus tibios gestos de rectificación, todos y cada uno de sus nombres. Se los iba inventando, incluso los de las personas que ya conocía. Un pequeño detalle la invitaba a desplegar su imaginación: Pedro Mesa de Oliva, si estaba comiendo una aceituna; Alfredo Tinajas de la Luna, porque había bebido demasiado; Asunción Cabezas Cabezas, por cabezona. También puso nombre a alguno de sus hermanos, pero estos ya no los recuerdo. Empezaba a descubrir en la familia una increíble capacidad de fabulación. Esto podía complicarme el trabajo. ¿Cómo averiguar la verdad sobre una familia que decía tantas mentiras?

A continuación, sin hacer caso de los demás, empezó a charlar conmigo. Primero me hizo un interrogatorio exhaustivo para determinar mi procedencia. Yo, para no desentonar, inventé abolengos valleinclanescos y una más que aceptable biografía novelesca. Hilando anécdotas que había oído aquí y allá, enhebré una biografía en la que había todo tipo de episodios más o menos

verosímiles. Había estado en la bodega de un barco sin rumbo conocido, pelando patatas en la cocina y sin apenas salir para tomar el sol. Había desembarcado en una isla tropical y me había ganado la vida como manager de un grupo de ska. De allí me había escapado recientemente, perseguido por las mafias locales. Volviendo al presente, le dije que aquel era mi primer banquete y mi primer trabajo en la ciudad. Podría haber estado mucho más tiempo inventándome una vida a la altura del betún; pero, afortunadamente, Tita me interrumpió. Para gran alegría profesional, se puso a hablar espontáneamente de la familia. Lo suyo no eran anécdotas, sino blasones desgranados uno a uno. En su cámara de fotos guardaba fotografías del escudo de la familia. Me hizo una interpretación completamente inventada de los motivos heráldicos. Según ella, el monstruo marino que devoraba a un hombre en el cuartel inferior significaba el peligro de la melancolía que invadía muy fácilmente a todos los miembros de la familia. Esa melancolía había hecho que durante siglos, algo así como la búsqueda de la esperanza hubiese sido el objetivo inalcanzable que se marcaban durante toda la vida los Tordesillas. Nadie había conseguido limpiar la tristeza de sus miradas. Para ellos era ya un motivo de orgullo esa visión negra que los mantenía expuestos a las radiaciones de la infelicidad. En el fondo, esa sombría mirada contribuía más que nada a concentrar dentro de ellos el calor del desamparo, como una invisible prenda negra. Llevaba también fotos de cuadros de sus antepasados.

—Fíjate, casi todas las miradas están como a ras de la tierra. ¿Ves las pupilas pegadas a los párpados de abajo? Luego queda un montón de ojo en blanco. Las cejas son como pájaros que se niegan a volar.

Volvió al escudo y me enseñó también una torre en la que había un pájaro posado sobre dos merlones. Iba a aventurar un motivo psicológico cuando otra Tordesillas —esta sí se llamaba Toti— pidió permiso para curiosear y adelantó una interpretación bastante ofensiva sobre un episodio en el que un antepasado estuvo en prisión (la torre) y se fugó (el pájaro) por un turbio asunto de

dinero (unas monedas que adornaban el cuartel).

Insistí en que Tita siguiese hablando del familiar monstruo de la melancolía, sin hacer demasiado caso de la anécdota.

—Tú limítate a tus fotos —respondió Toti airada.

Dicho y hecho, disparé sobre ella una fotografía y la subtitulé «Toli». Su nariz un tanto deforme, la cara hinchada por el excesivo maquillaje, un peinado entre cruel y sofisticado y, sobre todo, unos ojos casi cerrados compusieron un retrato bastante infeliz. La «ele» del nombre salió sin darme cuenta. Lo primero que hice fue enseñársela para que viese que la había obedecido, que el fotógrafo se había dedicado a sus fotos. Ella tuvo una reacción muy violenta. Le paré una mano bastante decidida a chocarse contra mi mejilla izquierda, a la que tengo tanto cariño como a la derecha. Al levantar la voz todo el mundo se giró hacia nosotros. No sabía si estaba más enfadada por lo fea que había salido o por el nombre involuntariamente trucado. Me levanté para no aumentar su irritación. Pensé que lo mejor sería dirigir mis pasos del modo más autónomo hacia la puerta del local. Sus gritos hicieron que algunos invitados se levantasen para calmarla y retenerla. Estaba poniéndome la gabardina para marcharme y recogiendo los estuches y los trípodes de la cámara cuando llegaron los novios y me pidieron disculpas por el incidente.

—Esta prima —Julián, el novio, utilizaba a propósito la palabra en su doble sentido— se ha creído que me va a poder fastidiar la fiesta.

—Lo siento, no era mi intención molestar a ninguno de los invitados. Le pido disculpas. Y mi más sincera enhorabuena por su boda.

—Gracias. No, no se marche usted. Soy yo quien debería pedirle disculpas. Además, de verdad, le necesitamos. Jorge, convence a tu amigo para que se quede.

Jorge, que se había acercado al oír los gritos, me convenció enseguida. Yo me quité la gabardina y saqué las cámaras, decidido a quedarme y a ser más prudente en mis intervenciones. Empezaba a descubrir que la cautela era la única arma con capacidad defensiva contra los prontos salvajes de la familia. Dispuesto a entablar una guerra preventiva contra un territorio que amenazaba estar muy minado, entré de nuevo en el comedor.

—Son ganas de llamar la atención —intentó consolarme Jorge—. No es más que un problema de visibilidad. En el fondo, es angustia por no ser nadie. Es una manera de encontrarse a sí misma, de ser reconocida como un individuo en la masa confusa de los seres humanos. Hay gente a la que le cuesta aceptar que no se casan ellos.

—Puede que sea una manera de expresar el deseo de ser querido —respondí conciliador.

—Si fuese así no lo mostrarían dándole una patada en la espinilla o un bofetón al fotógrafo de la boda.

—Es cierto, como declaración de amor no funciona.

—No. Solo quiere ser vista. Y podemos estar contentos de que no

haya buscado la visibilidad cegadora de quemarle el velo a la novia.

Animado por sus palabras, por la aguda justificación con la que trataba de explicar la conducta de su prima, me decidí a dejarme llevar por el hilo de sus reflexiones antes de intentar reconducir la conversación al terreno que me interesaba. Yo estaba allí para averiguar la verdad de unos asuntos turbios que tenían a la familia señalada por toda la prensa local. Podría utilizar las fotos para incluir en el reportaje encargado. Ahora necesitaba sacar la información.

—Sí, cada uno intenta llamar la atención como puede. La de tu prima debe de ser la misma angustia que invade los manicomios y esas otras casas de locos en régimen abierto que son nuestras ciudades. Se comprende que muchos quieran ser Napoleón, Hitler, cualquier personaje vistoso.

—Eso sería un mal menor. Su problema es que no sabe ser otro, otra. En mi familia la enajenación es una forma de salud mental. El verdadero trastorno es el ensimismamiento. De vez en cuando hay que encerrarla porque de tanto buscarse necesita anular a los demás. Solo sabe salir de sí misma bebiéndose el mundo entero. No es tan fácil sentirse vivo. Cuando uno está enajenado por lo menos se reconoce, aunque sea en otro. En fin, me estoy liando. El caso es que cada uno hace lo que puede por destacarse. Ven, siéntate en mi mesa y seguimos charlando.

—Gracias. La gente ha terminado y tengo que seguir con mi trabajo. Luego me paso por allí.

Pensé que no averiguaría nada si seguíamos por ese camino. Debo reconocer que no lo pasé mal. Siempre me ha atraído la locura. Las

conversaciones más interesantes normalmente ocurren en lugares de paso. Cuando uno se sienta a charlar reposadamente ya no tienen la chispa de las ocurrencias urgentes. En los pasillos, en los puentes de los barcos, en los pasos de cebra es donde el pensamiento está en obra. Son perfectamente comprensibles las diatribas de los poetas contra las sillas. Cuando uno se sienta las ideas se van, siguen su camino y nos dejan abandonados.

Me subí al piso de arriba, una especie de balconada corrida sobre el comedor, rodeada por una barandilla. Desde allí hice algunas fotografías con el zoom. La gente me señalaba de lejos. A partir de ese momento me convertí en el centro de atención del banquete. Me gustó que la gente me mirase. Ponía a prueba mi secreta misión e invertía un papel que siempre me ha molestado: el del fotógrafo que todo lo observa, el dios que juzga y no es visto. Ese tú a tú me reconfortaba con mi función. Recorrí casi todo el comedor mirando a través del visor, como un espía destapado, disparando cuando me venía en gana sobre los invitados, en un picado bastante agresivo. Al pasar por las mesas, los novios me saludaron afectuosamente con la mano y posaron dándose un beso. Aquello sirvió de beneplácito. Todo el mundo se dejaba fotografiar cuando mi visor se detenía sobre ellos. Desde luego, no me daban opción a robar los gestos. La espontaneidad había desaparecido de casi todas las mesas. Estaban esperando a que llegase el momento de mi disparo. Hacían circulitos con el humo de los puros, torres con las copas de champagne, carantoñas con las manos. Los más infelices se ponían los cuernos por detrás. Todos tenían un numerito que brindarme. Hasta Toti sonrió cuando le tocaba, como si no hubiera pasado nada, como si a esa distancia no pudiese hacer otra cosa que abrazarse a los comensales, someterse a una instantánea familiar.

La gente dejó de mirar hacia la cámara. Al principio pensé que habían dejado de prestarme atención, cansados de la premeditación teatral de la pose. Casi con la misma unanimidad de antes las miradas se dirigían hacia otro punto. Siguiendo el rastro llegué al borde del comedor, donde dos mujeres discutían acaloradamente y se marchaban a voz en grito. Definitivamente el centro de atención

pasaba a otro punto y eso me tranquilizaba, pues estaba empezando a cansarme de mi provocativa huida hacia las alturas.

Bajé y por detrás de unas cortinas me deslicé invisiblemente hasta el lugar por el que habían salido las protagonistas de este nuevo conflicto. Mi afán por conocer me llevaba hacia las manifestaciones de carácter más llamativas. Normalmente nos dejamos seducir por lo más espectacular, que en muchas ocasiones no es ni lo más interesante ni lo más útil para nuestro objeto de conocimiento. No estaba lo suficientemente avezado, era un pecado de inexperiencia que me colocó de golpe en medio de una trifulca que todos los invitados habían dejado a la deriva sin conseguir suavizar su intensidad. Las palabras más gruesas chocaban contra mis oídos como pelotazos en un campo de tenis. Desde luego, todas entraban en el campo contrario con un efecto incontrolable. Yo intentaba erguirme caballerosamente entre las damas, como una red llena de agujeros por los que se colaban las bolas más tramposas. Al final se metieron juntas y solas en un ascensor. Hice el amago de pasar. No sé muy bien si me lo impidió su furia o mi instinto de supervivencia. Me quedé mirando los ascendentes números luminosos del dintel de la puerta. No brillaban con más intensidad, ni parpadeaban, ni se fundían. Me sorprendía que el mundo no siguiese funcionando como un tebeo, con la sencillez elemental de unas viñetas en las que somos pobres caricaturas de nuestra propia imaginación. En todo caso, no había sido más que un episodio infeliz, quizá fruto del mismo deseo desbocado de ser visto y oído.

Lamentando el escaso uso que se hacía en el mundo de mis dotes diplomáticas, me fui con cara de desperdicio anímico hasta el cuarto de baño. Allí me lavaría la cara y me repondría de la frustración que acumulaba como pacificador. En la puerta había un tumulto de hombres y mujeres que se apretujaban esperando su turno. Las bebidas empezaban a apretar la vejiga de los invitados. El aseo de caballeros iba mucho más deprisa que el de señoras. Al entrar en el baño comprobé que muchas de las Tordesillas que tenía registradas en la memoria de mi cámara entraban en el baño de caballeros sin esperar la cola que tenían que guardar las damas.

Fuera, les ofrecían el paso a las otras mujeres, que preferían esperar; dentro, las mujeres de la familia compartían una felicidad identitaria, la euforia por el reconocimiento de un carácter común, indócil a las convenciones sociales, y comentaban con desprecio la sumisión social de las damas que seguían esperando.

Agachado, dejé que el agua llenase el cuenco de mis manos. Al restregarme la cara con las manos mojadas, ya más despejado, mis ojos descubrieron otra seña de identidad en la familia. Las Tordesillas se miraban en el espejo de un modo como no había visto jamás. Eran máscaras llenas de maquillaje. Vi facciones rígidas, con los labios redondeados en una boquita de piñón, las cejas apretadas como si estuviesen enfadadas, la frente en tensión, las orejas dispuestas a levantar el vuelo. Al ver aquello en las cinco mujeres que estaban en ese momento mirándose en el gran espejo tuve que echarme agua otra vez para ocultarme la risa con las dos manos. Todas hablaban desde sus dobles especulares a los reflejos de las otras, en un diálogo de máscaras más o menos animadas. En su conversación conseguí entender la satisfacción de odiar todas juntas la pacatería que impedía pasar al baño de chicos a las que no eran del clan. Encontraban en ello, y en la burla que compartían contra la glotonería de la familia de la novia, un sentido de pertenencia.

Lo que vi ese día y los siguientes, siguiendo mi particular estudio antropológico, fue una familia normal que no podía tolerar ser normal. Tenían especial fijación en distinguirse. El problema en muchos casos eran los medios utilizados para hacerlo, que pasaban por el escándalo gratuito. Despreciaban a los demás por los convencionales medios que utilizaban para distinguirse. Entre ellos tenía prestigio cualquier conducta desmesurada, violenta o amenazante. Les escuché hablar a menudo de negocios en mitad de la fiesta. Jorge me confesó que eran tan incontinentes como torpes negociantes. Aquello me llamó la atención. Parecían estar condenados a ponerse de acuerdo sobre los asuntos más variados y elegían cualquier momento y lugar para intentarlo.

No conseguí averiguar nada de lo que me había mandado el periódico. Los Tordesillas se quejaban amargamente de que la gente los atacaba, de cómo los difamaban en la prensa por pura envidia. En eso consistía principalmente la cohesión familiar, en el odio hacia el ataque sufrido. Ahí tenían una verdadera fijación, lógica, en cierto modo, si juzgamos las críticas sobre su conducta financiera y profesional vertidas a troche y moche por los periódicos locales, ocasionalmente nacionales. Si uno era juez, era corrupto; si era abogado, corrupto; si funcionario, corrupto; si hombre de negocios, podrido. Hiciesen lo que hiciesen todos parecían estar poseídos por una fiebre de soborno, prevaricación y cohecho.

Creo que fue su clanolatría la que los puso en el punto de mira. No desperdiciaban ninguna oportunidad de mostrar con altanería una orgullosa manera de ser, francamente despectiva con actitudes convencionales. Para los Tordesillas la familia era un refugio excéntrico dentro de un mundo previsible. Como un correctivo popular la ciudad les administró la infamia para bajar sus humos. Una procedencia con cierto abolengo los había empingorotado hasta las cimas más altas de la vanagloria. La ciudad concentró el glamour de la corrupción en aquella familia más bien normalita. Mientras los verdaderos corruptos hacían de las suyas, las conciencias escrupulosas se maquillaban con el caso Tordesillas. Pude comprobar que aquello no era más que un señuelo ideado por los que sí prevaricaban, sobornaban y cometían cohecho para ocultar sus maniobras a la sombra del deslumbramiento que los medios daban a este asunto. Una poderosa familia de la ciudad, los Botero, cuyos miembros se habían hecho millonarios con las industrias cárnicas, estaba detrás, según pude averiguar a lo largo de la investigación, de todo este polvo mediático levantado con el fin de ocultar una operación que iba a arrebatar a los Tordesillas su más preciado tesoro. Yo no sabía por entonces que los Botero eran los dueños de la mayoría de las acciones del periódico para el que yo trabajaba. Lo único raro que noté fue que todos los testimonios ofrecidos en la redacción eran sospechosamente unánimes en las acusaciones contra la familia.

Mi investigación fue muy rigurosa. Descubrí que tras las denuncias, los juicios y los reportajes no había más que un montón de inocencia tan exasperada que a veces daba muestras de culpabilidad para rellenar el hueco fantasmal de las acusaciones. Una prueba me mandaba a otra. Tras la primera capa de testigos convencidos encontré un sospechoso vacío de contenido fiscal. De hecho, en algunos de los juicios era difícil demostrar de qué se les acusaba. Sus principales delitos: arrancar plantas aromáticas protegidas, llenar de muebles el campo, no atender a las necesidades de ciertas especies de aves protegidas, provocar accidentes de tráfico con animales salvajes, cazar desaforadamente palomas torcaces o alimentarlas con maíz envenenado… No eran precisamente unos angelitos, pero de ahí a lo que salía en la prensa había un abismo. La familia estaba sirviendo de chivo expiatorio para una sociedad con un tremendo complejo de culpa. Alguien tenía que pagar.

Entrevisté a todos los miembros de la familia, lo que solo sirvió para hacerme un catálogo humano útil para mi siguiente trabajo. Ellos nada me aclararon. Se limitaban a mostrar su indignación contra los que aparentemente habían levantado los infundios; pero estaban muy lejos de conocer el origen y el propósito de las afrentas. Los Botero habían conseguido enfrentar a los Tordesillas y, con la ayuda inconsciente de alguno de ellos conseguirían quedarse con lo que hasta ese momento los había mantenido unidos.

En el largo reportaje que mi periódico publicó insinué que la familia podía tener algunos defectos, pero no precisamente de los que se les acusaba. Demostré que el asesinato del fiscal que llevaba su caso era, en realidad, un accidente. Descubrí que detrás de los incendios provocados presuntamente para cobrar un seguro había otras causas y otros intereses que nada tenían que ver con la familia. Los supuestos atentados contra el medioambiente en pocos años se vería que respondían a una caza de brujas alentada por supersticiones propias de una época que vive en un mundo enfermo y se empeña en buscar la causa de sus males en cualquiera que se ponga a tiro. El único pecado de los Tordesillas consistía en ser demasiado excéntricos y despreciar algunas convenciones sociales.

Expulsión del trabajo. Ciclotimia del parado. El experiodista se desliza en taxi hacia un destino incierto, probablemente adverso. Contrato del cronista.

El reportaje pasó el consejo de redacción porque el redactor jefe de mi sección nunca habría imaginado que alguien pudiese decir sobre los Tordesillas una verdad que no fuese la establecida. Se limitó a elegir las fotografías y aprobar unos titulares que podrían significar cualquier cosa. La misma mañana de la tirada me hicieron saber que prescindían de mis servicios. Recuerdo perfectamente la luz de aquella mañana, el color de las moreras, el silencio dentro del ruido, las manos abiertas de los árboles en las plazas, las sombras de las palomas cayendo a pico sobre las fachadas de las iglesias, una chica con una rosa en la mano y la cara llena de felicidad. Recuerdo también que aquel día un vagabundo me hizo las reverencias más aristocráticas de la historia de la mendicidad. Recuerdo las plazas llenas de flores, el olor del pan, un hombre en un quiosco. Recuerdo el rotundo mentís de la mañana sobre los titulares de los periódicos. Recuerdo las arrugas de una mujer que se acercaba hacia mí por la calle. Tenía el rostro totalmente cuarteado. No sé por qué, pensé que se había maquillado mucho en su vida, pero que esa mañana había decidido ya no hacerlo. Todo parecía limpio y claro. Mis sentidos estaban perfectamente disponibles, atentos a una nueva vida. No se fijaban en ningún acontecimiento, vagaban con la seguridad de estar cumpliendo la simple misión de ver, de oler, de oír, de sentir. No tenía que darle un sentido a lo que me rodeaba, no tenía que colocarlo en la escala absurda de ninguna actualidad ajena al momento presente.

Antes de llegar a casa di varias vueltas por las calles de alrededor para prolongar la dicha que, de repente, me había invadido. Tenía la sensación de que hasta los objetos se habían puesto de acuerdo para obsequiarme con su indiferencia más amable. Parecía un momento inagotable. Lamenté no tener una bicicleta para correr un poco más. Me sobraban piernas, me sobraba corazón. Como otros momentos en los que la soledad arrecia, tenía deseos de entablar

relaciones con todos los desconocidos. La gente con cara de pocos amigos con la que me cruzaba parecía sacada de un cuento de hadas, y no me habría importado guardar una estampa suya en mi habitación.

Después de dar varias vueltas a la manzana, impulsado por una euforia que empezaba a ser sospechosa entre los comerciantes vecinos, entré en casa para darme perfecta cuenta de que aquello no había sido más que el punto álgido de una ciclotimia por la que me deslizaba entre mis cuatro paredes hacia una depresión marcada por la hiperconciencia paranoica. Mi mirada se posó en el titular del periódico que acababa de coger del buzón: «Se teme que el invierno mate a dos millones de habitantes». Dos millones de habitantes que habían sido expulsados de sus casas por las bombas de un ejército invasor, dos millones de personas que conocen desde hace milenios el invierno, saben convivir con él y han aprendido qué hacer para que el frío no los mate. Es como si yo eliminase a alguien, por ejemplo, al director del periódico, enterrándolo en la arena, bajo el sol inclemente de cuarenta grados, cerca de un hormiguero, y presentasen la noticia afirmando en primer plano el titular: «El verano acaba con el director». Me encanta la famosa objetividad del periódico. Una vez que las noticias dejan de ser nuevas, cuando empiezan los sobreentendidos por los que se cuelan todas las infamias, se pone toda la carnaza comunicativa en detalles secundarios que beatifican a los culpables. El aburrimiento, la insistencia obcecada en un foco de atención, como si el mundo hubiese dejado de ocurrir fuera del plano, hace que nos acostumbremos al infierno y dejemos de dar importancia a los diablos. Nos centramos en el tridente, en las antorchas, en las piedras de tortura, en las alas de los verdugos; perdemos de vista la mano, los ojos, el corazón de la máquina que nos machaca. Así, en la férrea cadena de causas que condicionan nuestras acciones, se elige siempre la más inofensiva, la más culta: hostilidades en vez de guerra, incursiones aéreas en lugar de bombardeos, efectos colaterales por matanzas indiscriminadas, inyección letal por ejecución privada; y por mucho tiempo que lleven enseñándonos en los colegios que se trata simplemente de eufemismos, no terminamos de darnos cuenta de que estamos vendidos por un

preciosismo mortal y obsceno.

«Afganistán entra en una catástrofe humanitaria». Este segundo titular me puso todavía más furioso. Ellos solos, único sujeto de la acción, como el que entra en una casa. ¿Diríamos que alguien entra en un lugar si es empujado? ¿No diríamos más bien, como mínimo, que la persona ha sido obligada con violencia a hacerlo? ¿No sería totalmente falso decir otra cosa? ¿No hay una absoluta complicidad en escuchar ese relato de los hechos sin sentir que es una inmensa y descarada mentira? Todas estas noticias sí habían pasado el filtro de la redacción y se pavoneaban por las primeras páginas del periódico con un desparpajo de lo más verosímil. Formaban parte de una crisis de conciencia y de una crisis de lenguaje a la que nadie parecía hacer demasiado caso. Y yo todavía no sabía que iba muy pronto a sentir unos escrúpulos paralizantes a la hora de contar, en mi siguiente trabajo, las vidas que me habían encargado. El miedo a caer en perífrasis ocultistas me iba a producir verdaderos quebraderos de cabeza. Las palabras solo reflejan una porción de lo que pretendemos decir. De su elección depende tu encuadre; y de este, tu nivel de ruindad.

Sonó el teléfono una vez. Un segundo tono rompió el silencio lleno de pensamientos irritados que poblaba completamente la habitación. Yo estaba pegado al aparato, pero no lo cogía. Dejarlo sonar me apaciguaba. El contraste entre el sonido de la llamada y la intermitencia del silencio había espantado mi mal humor. Creo que fue, sobre todo, mi contención para no descolgar lo que provocó en mí un excelente estado de ánimo. Dejar de hacer algo había tenido un efecto curativo. La curiosidad interrumpió la terapia. Apreté fuerte con el puño el auricular antes de llevármelo a la cara. La voz habló con mis ojos colgados del movimiento de la cortina en la ventana abierta. Habría deseado una descarada voz de telemárqueting para terminar de desahogarme. Una voz dulce y amable de la familia Tordesillas me propuso ir esa misma tarde a un encuentro con la familia. Acepté enseguida. En un segundo momento pensé que no solo me habían expulsado del periódico, ahora la familia del reportaje me reprocharía mi indiscreción.

Recordé todos aquellos detalles, casi de la intimidad, que había tenido que publicar para aclarar el tema. Dispuesto a ser definitivamente linchado, llamé a un taxi y miré por la ventana con total desesperanza. Alejarme me producía un placer sin sentido. Deslizarme por las calles hacia un destino incierto, probablemente adverso, tenía un efecto devastador sobre la tristeza y provocaba un entusiasmo plagado de pequeños pensamientos en forma de árboles rezagados. Las farolas quedaban a los lados iluminadas por la luz del atardecer. Dentro del coche, sobre mi pierna, la mano derecha se abría y se cerraba como una anémona que muchos siglos antes había dejado de ser pulpo para convertirse en un juguete de la corriente. Agarraba una vida que todavía no tenía forma ni cuerpo. Durante el viaje conseguí olvidar el lugar hacia el que me dirigía. Miraba con satisfacción y curiosidad de entomólogo los rostros de las personas que iban en los coches que adelantábamos. Cuando bajé, estaba tan desconcertado que no recordaba algo que nunca había sabido: para qué me llamaban, qué hacía yo allí. Antes de entrar en la casa intenté averiguar la razón de mi encuentro. Infructuosamente me froté la frente y me rasqué la cabeza con la esperanza de que una sensación efectuase una idea buscada en balde. Entonces decidí, en un arrebato de sensatez, que la mejor manera de averiguar aquello era llamar al timbre.

Allí me esperaba uno de los hermanos Tordesillas. Me felicitó por la valentía al publicar mi investigación sobre su caso. Me pidió que lo acompañase hasta un bar donde me esperaba la familia. Todos vivían más o menos por allí. Desde lejos pude reconocerlos en una terraza. La manera de gesticular, de reunirse en torno a la mesa, los frecuentes cambios de sitio, no dejaban lugar a dudas. Amancio, el hermano que me había llevado hasta el bar, me invitó a sentarme en uno de los huecos que quedaban. Los demás no dieron demasiadas muestras de querer saludar. Solo los que había más próximos a mi sitio inclinaron ligeramente la cabeza, como si yo fuese de la familia o simplemente me hubiese levantado para ir un momento al baño y ahora estuviese de vuelta.

Cuando venía hacia el encuentro mis temores se dividían entre un

probable agradecimiento pasional y colectivo, que me habría hecho avergonzarme, y una más probable sarta de reproches por inmiscuirme y publicar asuntos relativos a sus vidas privadas. No hubo ninguna de las dos cosas. Era una mezcla de indiferencia y familiaridad que me resultaba un poco incómoda. Durante los primeros momentos ellos hablaban entre sí dándome la espalda, como si yo todavía no hubiese llegado.

Por fin, una de las hermanas —la tenía clasificada como Fuensanta en mi archivo fotográfico y me estremecí al reconocer en ella a una de las que había intentado apaciguar en la riña de la boda— se volvió hacia mí, como reanudando una conversación interrumpida, y me habló del interés literario de la familia. Era un desperdicio que nadie convirtiese todas sus vivencias, sus rarezas, sus curiosidades, sus salvajadas, en una novela. Otra de las Tordesillas, Maribel, a la que recordaba mirándose en el cuarto de baño y haciéndose selfies, estaba de acuerdo con su hermana y puso un ejemplo del interés fabuloso que aportaba la conducta de Blas, uno de sus hermanos mayores. Él respondió diciendo que era ella quien verdaderamente tenía un interés novelesco, pues era una fuente inagotable de dramas. Así, entre bromas y veras, me pidieron ejercer de cronista de la familia durante una temporada para, más adelante, hacer una publicación en la que apareciesen mis apuntes ordenados y convertidos en un relato-retrato que, sin duda, habría de ser bastante jugoso. ¡Justo en el momento en que yo sufría la crisis de confianza hacia las palabras! Seguí bebiendo con ellos durante un buen rato, sin terminar de saber si aquello iba en serio, si era una propuesta en firme, o simplemente una ocurrencia de café. Mientras tanto, la conversación iba rodando desde el compromiso que ellos habían entablado conmigo por haber limpiado su reputación, infamada por la prensa, hasta la defensa de mi ecuanimidad en el planteamiento del problema de la familia, pasando por los obstáculos de publicar todo tipo de intimidades en los que su reputación (por poco que se hurgue todo el mundo tiene algún trapo sucio) se vería seriamente comprometida.

—¿Qué más da? Una vez que ya han manchado nuestro nombre,

ahora somos nosotros los que nos vamos a permitir el lujo de hacer bien a las claras lo que nos venga en gana. Lo puedes llamar Prácticas de cinismo.

A Blas no le pareció muy bien este arrebato de desfachatez sufrido por su hermana Tita y propuso, para solucionar el problema, pedirme que postergase la publicación cien años con el fin de evitar que el aire público de los escándalos íntimos les afectase mientras estuviesen todavía vivos.

—Mejor publicarlo enseguida, pero publicarlo con un pseudónimo del autor y con nombres falsos para los protagonistas. Así podríamos disfrutar del revuelo que podría organizarse, pero cubiertos por una gran mascarada, sin que nadie sepa, en realidad, quién es la familia Tordesillas ni quién es el autor. Por cierto ¿cómo te llamas?

—Fulgencio —respondí a Amancio.

Admití realmente el motivo de mi expulsión del periódico y no me gustó mucho el aire de conmiseración que recorrió la mesa.

—Yo puedo hablar con Pepe Botero. Es muy amigo mío y seguro que podría conseguir que te readmitiesen —dijo Maribel.

—Vaya —intervino Blas— y ¿por qué no has intercedido por tu familia?

—Estoy seguro de que no puede hacer nada en el periódico. Él es accionista, no director ni redactor. La prensa es independiente.

—Claro, claro —dejó caer Amancio—. Tan independiente que hasta que no ha llegado un periodista como Fulgencio no se ha aclarado lo nuestro. Y, curiosamente, lo han expulsado por ello.

—Eso que estás pensando es imposible, Pepe es muy amigo de la familia.

—Amigo mío no es —aclaró Adela, otra de las hermanas, a quien identifiqué como la Tordesillas que riñó en la boda con Fuensanta.

—Ni mío —puntualizó Blas.

—Los demás lo conocemos de vista. Sois Fuensanta y tú las que estáis encariñadas con él —precisó Amancio.

—Pues Pepe os tiene mucho afecto a todos.

—El cariño del buitre —sentenció Blas.

Una vez probado que no había ninguna oportunidad de recuperar mi anterior trabajo, con el que las hermanas Maribel y Fuensanta me proponían compaginar el de cronista, terminé accediendo a la propuesta de los Tordesillas. Curiosamente, casi ninguno de los nombres que yo guardaba en mi catálogo fotográfico coincidía con

los que tenían en la realidad. Probablemente no había contrastado lo suficiente sus rostros con sus nombres. En la investigación del periódico se trataba de hablar de la familia, no de uno a uno de los miembros. A partir de ahora pondría más atención. Pero este desbarajuste de caras me hacía empezar de cronista con una inquietud añadida. Me veía obligado a aceptar un trabajo de los más extraños que había desempeñado en mi vida. Me resultaba incómodo tener que hablar de algo por lo que no sentía a priori el más mínimo interés. La vida de los otros, así porque sí, nunca me había llamado la atención. Me disgusta, sobre todo, aquello que se escribe pensando que la realidad es tan simple y las palabras tan ajustadas a su cuerpo que basta con hablar de ella, de cualquier manera, para expresarla en toda su autenticidad. Me resulta muy complicado contar algo sin intervenir en lo que se dice. El relato de las vidas de los otros me parecía un acto de responsabilidad para el que no me sentía preparado. El periodismo me atraía más por lo que tiene de búsqueda que por su función puramente informativa. En este trabajo me proponían convertir cualquier suceso, por insignificante que fuese, en un gran acontecimiento, en algo de lo que ineludiblemente había que dejar constancia, de lo que habría que informar al mundo. Afortunadamente, nuestras vidas están llenas de anécdotas «banales» increíblemente significativas. ¿Me dejarían hablar de esos detalles que se nos escapan continuamente, como levantar un vaso, observar el brillo de las motas de polvo flotando en el aire atravesado por la luz, darse un golpe en el quicio de una puerta demasiado baja, mantener la mirada de una persona desconocida? Esas pequeñas anécdotas que nos mantienen con los pies pegados a la tierra, las que verdaderamente alimentan nuestra voluntad y hacen que los brazos se estiren hacia todo lo que nos encanta creo que no estaban en el contrato, aunque a mí, en principio, eran las que más me interesaban. Seguramente me tendría que fijar en otros detalles de más bulto, en gestos exagerados como los de Toti. Solo con pensar en lo que tendría que aguantar me echaba a temblar. Por un momento vi flaquear mi voluntad.

Si algo me permitió mirar con buenos ojos la propuesta de trabajo era la falta de actualidad con la que podía comunicar las vidas de

los clientes. Eso le daba un aire de novedad que lo diferenciaba del anterior trabajo. En esta nueva tarea me podía implicar mucho más, casi hasta formar parte de la materia que tenía que relatar, pues debía introducirme en las vivencias de la familia. En realidad, al hacer periodismo no había hecho otra cosa que la rigurosa crónica de una gran familia. Esa familia puede ser más local, regional o nacional dependiendo de la difusión del periódico. Se cuentan las miserias, las fiestas, las grandezas, las ocurrencias de una comunidad determinada, pero siempre con urgencia.

Acepté por motivos económicos, por curiosidad, por marcarme un nuevo reto en mi vida. Volviendo a casa encontré alguna razón más que podría servirme para justificar mi aceptación del trabajo: compararlo con otros trabajos basura que tanto ofrecían las empresas de trabajo temporal en las páginas de los periódicos, soñar con un horario flexible, libertad para elegir más o menos el tono de lo que debía escribir. Eran todos motivos más que vagos; en cuanto empezase, podrían ser desmentidos.

Primeras funciones al servicio de los Tordesillas. Primeros cambios de personalidad. La enajenación como forma de ser. Terribles confesiones de sobremesa.

Me estrené al día siguiente con un programa de televisión llamado Los Otros. Alguien normalmente acomodado intercambiaba un día de su vida con otra persona menos favorecida por la fortuna. Ninguno de los dos conocía de antemano a quien iba a vivir su propia vida. Fuensanta Tordesillas, la que había insistido más en que aceptara el trabajo y la que más entusiasmo mostró, la que además iba a intentar acaparar casi toda la atención de la crónica, convenció a su hijo Julián —al que acababan de seleccionar para participar en la siguiente edición del programa— para que aplazara su viaje de novios y asistiera a la grabación. A su madre le pareció estupendo que yo lo acompañase ese día y empezase mi crónica al servicio de la familia con el evento televisivo.

Me tocó ir al estudio y acompañar a Julián. Fuensanta se quedaba en casa para seguirlo por la tele. No quería aparecer en las pantallas como madre del protagonista. Le gustaba con locura el programa porque le parecía de un alto nivel intelectual. Sin embargo, aunque no quería renunciar a la celebridad, le sobraba sentido del ridículo y prefería mantenerse en un segundo plano. Se consideraba demasiado mayor para mantener una vida interesante y creía que su hijo lo haría mucho mejor.

Me habían concedido un asiento en la parte delantera de las gradas. El programa era en directo. Eso se notaba en la manera un poco más imperiosa con la que nos trataban. El presentador entró corriendo en el escenario. Todos aplaudimos por obligación.

PRESENTADOR: Bienvenidos, una vez más, a Los Otros, el

programa que ven más de dos millones de personas, el programa de los dobles, el programa en el que, por un día, Cenicienta es princesa y el príncipe porquero.

Mientras soltaba su discurso, el regidor se acercó a mi butaca y me exigió sonreír. Yo practiqué con la más falsa de mis muecas y él desapareció, aparentemente satisfecho. Necesitaba un poco de histrionismo, del color que fuese.

PRESENTADOR: Hoy les vamos a presentar a nuestro primer personaje. Con todos ustedes (Pausa), ¡Julián Muñoz!

El hijo de Fuensanta entró también corriendo, como había llegado el presentador, y pensé que esa manera de aparecer en el plató era un atavismo de los tiempos circenses, cuando los titiriteros tenían que llegar corriendo hasta el centro de un amplio escenario. Hoy en día, para un plano de televisión, bastaba con hacer un gesto un poco más ampuloso. Este razonamiento me obligó a perderme las primeras palabras de Julián. Nada más empezar ya estaba desatendiendo mi trabajo como cronista de la familia Tordesillas. Lo bueno en este caso es que seguramente habrían grabado el programa y podría verlo de nuevo para completar el cuadro. Pero tampoco debía tomarme muy en serio la meticulosa redacción de todos y cada uno de los detalles de la vida familiar. Salí de mi ensimismamiento cuando vi a un hombre caminar despacio en el escenario. Rápidamente dirigí la mirada hacia el regidor, que tenía cara de menos amigos que antes.

PRESENTADOR: Aquí viene (Pausa), ¡Mohamed!

Todos aplaudimos. El presentador siguió hablando cuando entraron los dos equipos de cámaras que iban a seguir a los protagonistas.

Los habían elegido porque ambos compartían largas estancias en el mismo lugar. Se trataba del club de tenis de la ciudad, donde Julián iba como socio y Mohamed como trabajador. Yo conocía el lugar porque había ido, enviado por el periódico, a cubrir algunos eventos de sociedad. Era muy temprano. Julián tenía que empezar enseguida con su trabajo. Su primera tarea consistía en arrastrar por encima de las pistas de tenis una tela gruesa que llevaba atada a su cuerpo con un arnés, como las que utilizan en las plazas de toros. Así igualaba el relieve de la arena antes de que llegasen los jugadores. Lo hizo con gran aplicación. Entre pista y pista lo llevaban a poner ladrillos en un murete. La escena era perfectamente insustancial. Los diálogos no tenían más que frases hechas. Todo infinitamente peor que cualquier conversación espontánea entre obreros en el tajo. La vigilancia de las cámaras no permitía ninguna frescura en sus palabras, en sus gestos. Además, cuando había algún detalle que habría enaltecido el momento, como una mujer que se asomaba a una ventana en el edificio de enfrente, o un perro que se quedaba mirando por detrás de la valla de cipreses, agazapado, no le daban importancia y lo dejaban sin grabar. Tampoco tenían en cuenta las pequeñas obsesiones que formaban el carácter de los trabajadores filmados: los golpecitos en el reloj, los dibujos hechos con el pie en la arena...

El momento más animado llegó cuando Mohamed entró en la pista para jugar con un amigo de Julián. Los dos equipos de cámaras se saludaron. El amigo de Julián, perfectamente adiestrado para la ocasión, le llamó la atención a Mohamed, hablándole como si se tratase de su propio amigo y reprochándole su torpeza en el juego. El jefe de Mohamed también reprendió a Julián por mirar el partido, por reírse, por no trabajar a un ritmo aceptable. Cuando Mohamed empezaba a devolver algunas bolas, el amigo de Julián decidió que había llegado su momento y propuso empezar un partido. Aprovechando la presencia de las cámaras presumió de su saque más feroz y le dio a su contrincante varios pelotazos en las piernas. Harto ya de una victoria demasiado fácil, propuso a su compañero de juego una ducha y un refresco. Para los telespectadores, los momentos más sabrosos llegaron cuando el camarero trajo a Mohamed el aperitivo que todos los días servía a

Julián: una cerveza con un plato de jamón. Se divirtieron mucho, según me contaron y vi más adelante, cuando el amigo insistía y le cantaba las alabanzas del alcohol y del jamón.

Para los socios del club de tenis que no protagonizaban el programa, la llegada de las cámaras tuvo el efecto contrario al que había tenido en Julián y en Mohamed. Por lo que yo había visto en mis anteriores visitas los socios actuaban ya como si una cámara oculta rodase sutilmente su forma de jugar, de beber, de hablar, de saludar. Por eso tenías la impresión de que te encontrabas en un Edén, vigilado por un dios benévolo que disfrutase de la perfección de sus criaturas. Sin embargo, ese día, las cámaras reales que ocuparon el club descentraron a los socios. Sus modelos de conducta resultaron inútiles. Alrededor de los dos equipos había un gran revuelo de gente. Curiosamente, cuando llegaron los equipos de televisión los socios empezaron a asomarse, a rascarse, a mirar con espontaneidad, como si esas otras cámaras imaginarias para las que posaban continuamente se hubiesen fundido al entrar las cámaras reales. Yo tenía la impresión de que había crecido un bosque en mitad del club, un bosque lleno de amenazas de animales salvajes, un bosque en el que uno dejaba de tener una sombra como cuerpo y tomaba posesión de su materia carnal.

El programa fue un fracaso. Después de una jornada insustancial, de un día en el que los dos protagonistas del programa reconocieron que había sido un tiempo robado a sus vidas, enajenado doblemente por no haber podido ser ellos mismos, en una pésima representación del papel del otro, volvieron al plató para recibir los aplausos trillados por el regidor. Por aquella época en la televisión ya se había perdido cualquier escrúpulo a la hora de tratar a los espectadores y a los invitados a los programas. Los presentadores tenían carta abierta y aplauso remunerado del público para mentar a los seres más queridos, para ridiculizar, para someter a todo tipo de vejaciones físicas y morales a los que participaban en los programas. Los tiraban vestidos a piscinas de fango, los obligaban a dejarse embestir por vaquillas, los subían y bajaban por los aires con sistemas de poleas que recordaban cámaras de tortura

medievales. Los acusaban de asesinato, de adulterio, de hipocresía. Insultaban a los vivos y a los muertos. Les regalaban fajos de billetes que luego sacaban de sus bolsillos riéndose a voz en grito de su pobreza recuperada. Les prometían paraísos convertidos rápidamente en una burla colectiva. Encerraban en islas a personas adineradas hasta matarlos de hambre y obligarlos a arrastrarse pidiendo un mendrugo de pan. Como nadie estaba de acuerdo, en el fondo, con su vida no había dificultades para encontrar en cualquiera de las esferas sociales a gente dispuesta a entregarse a la más absoluta abyección a cambio de un minuto de gloria que les diese sentido.

Este programa era especialmente humillante. El presentador citaba con cierta frecuencia la célebre frase de Rimbaud, «J'est un autre», y le daba un aire de profundidad filosófica a todo lo que decía. Tenía una enorme audiencia. Era la última gran vulgarización de la televisión pública, que había decidido convertir en algo práctico la literatura, tomársela en serio, hacer algo útil incluso con los poetas malditos. En los presupuestos del programa se hablaba de buscar un modelo de conducta en cualquier persona. El problema es que te ponían una máscara para mirarte a ese espejo raro del prójimo. También insistían en la necesidad de integrar a los inmigrantes y mostrarles directamente la vida que llevaban los nativos. El programa era un dechado de buenas intenciones que se materializaba en una burla implacable de todo lo extraño. El personaje que más éxito tenía entre la audiencia era el inmigrante, sometido a una feroz inmersión en las sanas costumbre patrias. Como broche en la justificación teórica del programa, a la que había tenido acceso por medio de un colega que trabajaba en televisión, se recordaba que los nativos podrían mantener contacto con esos trabajos que ya no realizaban debido a la cantidad de personas no cualificadas que habían llegado para cubrir esos puestos, sentir por un día el esfuerzo heroico que estaban realizando para que nuestra balsa nacional siguiese navegando por las aguas prósperas de Occidente.

Para terminar mi jornada de trabajo fuimos los tres, Mohamed,

Julián y yo a casa de Fuensanta, quien había insistido en que terminásemos el día cenando con ella. En el recorrido noté que los protagonistas sentían un placer especial en el silencio que reinaba en el taxi. Julián mascaba chicle, Mohamed se miraba las manos. Todos nos espiábamos en los espejos retrovisores del coche, como si, en realidad, estuviésemos recordando el momento presente a través de una fría mediación. Se sentían extraños, contentos de seguir siendo tan inaccesibles y herméticos, de haber vencido ese intento por dejar de ser ellos mismos que habían sufrido durante todo el día. Mohamed, a partir de cierto momento empezó a mostrarse demasiado nervioso, como si quisiera decirnos algo. El cruce de miradas era más rápido y cortante que antes. Creo que a Julián le pasaba algo parecido. Fue él quien rompió el fuego.

—Tu jefe es un hijo de puta.

—Totalmente de acuerdo —respondió Mohamed—. ¿Por qué lo dices?

—Nada y todo. Es el tono de voz, son los gestos. Además, no tiene ni idea de nada.

—Pues tu amigo también es un poco tonto. Creo que lo único que tiene en la cabeza es una calabaza vacía. ¿Es el único amigo que tienes?

—Casi.

—Me he pasado el día solo.

—Por cierto, ¿has estado en el banco? —preguntó Julián para hacerse el gracioso. De sobra sabía que no era una exigencia del programa.

—Sí, pero no había ni un duro en la cuenta —Mohamed le siguió el juego.

—Me alegro de que mi madre haya sido previsora. Habrás tenido para los gastos. Bueno, esta noche te invitamos a cenar.

—Lo mejor ha sido la ópera. Me han hecho más fotos que a la reina.

—Oye, ¿a ti no deberían molestarte las fotos? Una vez, en un mercado de Marruecos se enfadaron muchísimo porque en la foto que yo hacía salieron dos personas retratadas.

—Bueno, es un poco difícil de explicar. Es cuestión de costumbres. ¿Por qué os empeñáis en que comamos cerdo y bebamos alcohol?

—Aquí en España todo se cocina con cerdo, hasta la sopa de fideos —me atreví a intervenir—. Es como una garantía de ser cristiano viejo.

—¿Qué es un cristiano viejo?

—Un cristiano viejo es el que desciende solo de cristianos, que no tiene sangre judía ni musulmana en las venas.

—Hay una cosa que tampoco he hecho: no he comido ese chicle que llevas a todas partes —afirmó con orgullo Mohamed.

—Mi papel era bastante más fácil que el tuyo. Comprendo que no hayas conseguido imitarme en todos los detalles —contraatacó Julián.

—Pues el tuyo no consistía solo en poner ladrillos, en pasar la lona para peinar la arena, en oír las imbecilidades del jefe.

—¿Qué más tenía que hacer?

—Tenías que decir lo que yo digo, pensar lo que pienso y sentir lo que siento. En eso creo que no me has imitado.

—¿Por qué lo dices?

—Es imposible mascar chicle y pensar, sentir o decir algo. Yo pienso con la lengua, y si la tienes ocupada en huir de los dientes no sirve para nada.

Llegamos a casa de Fuensanta un poco tarde. El taxista, sorprendentemente silencioso, parecía bastante interesado en lo que decíamos y dio varias vueltas antes de llegar a la dirección que

Julián le había dado. Según el hijo de Fuensanta, solo quería pegarnos el sablazo; pero yo estoy casi seguro, por la atención puesta en nuestras palabras, que simplemente quería enterarse de lo que estábamos hablando.

Enseguida pasamos a la mesa. Después de las preguntas de rigor hacia mí y hacia los participantes, Fuensanta intentó acaparar la conversación. Me di cuenta de que no era la primera vez. Su carácter le exigía ser el centro en cualquier circunstancia. Julián, que no estaba de humor y tenía unas ganas locas de terminar con todo aquello y empezar su luna de miel, retomó la conversación del coche en un momento de silencio y arremetió contra Mohamed. Se había quedado un poco ofendido por sus palabras en el coche.

—No creo que se pueda pensar mucho si se tienen las manos ocupadas.

—Pues sí, bastante más que si tienes la cabeza ocupada.

—¿Te refieres al chicle?

—Me refiero al chicle, y a pensar cualquier cosa en la que tienes atada la mente y libres las manos. Los trabajos manuales te permiten estar pensando en cualquier otra cosa. Hay trabajos en los que se canta y otros en los que está mal visto cantar. Adivina cuáles.

En la familia Tordesillas no estaban preparados para ese tipo de reflexiones. Lo más razonable era que yo interviniese, desviando la conversación por derroteros que no les sorprendiesen tanto.

—Cuando dijiste que Julián no podría tener tus pensamientos, yo creí que sería porque, en realidad, sois dos personas con recuerdos de vivencias muy distintas.

—Eso también es importante, aunque menos de lo que vosotros creéis. Lo importante no es lo que ha pasado, ni lo que va a pasar, sino lo que está pasando. Lo normal es que lo de ahora domine lo de antes y lo de después —explicó Mohamed.

—Aquí, cuando tienes un problema todos los psicólogos se preocupan de mirar en el pasado —aventuré—. Intentan descubrir el recuerdo que te impide vivir con naturalidad y libertad el presente. Puede que no sea tan sano como ellos piensan.

—Pero los recuerdos marcan a las personas —intervino con una visible inquietud Fuensanta, que había estado deseando hacerlo desde el principio.

—Claro que marcan, pero no justifican. A partir de cierta edad nosotros participamos en la elección de nuestras vivencias. Hay una parte de fatalidad, claro, incluso en lo que tú has elegido —insistí, sin saber muy bien dónde íbamos a terminar.

—Creo que hay que vivir lo elegido como si fuese inevitable, y lo inevitable como si fuese elegido —dijo Mohamed.

—¿Y qué hacemos con las desgracias? —Ya no recuerdo si esto lo dije yo, Fuensanta, Julián, los tres a la vez o el sentido común.

—Aceptarlas en el único modo de elegirlas —zanjó Mohamed—. Por ejemplo, yo tengo que aceptar que para ir al programa de hoy he tenido que superar mi horror a que me fotografíen. He tenido que aceptar que si no decidía ir al programa me mandarían a casa y me quitarían los papeles.

—Una pregunta: ¿cómo te avisaron para el programa? —Yo tenía una curiosidad enorme por saberlo. Dudaba de que hubiese ido voluntariamente.

—A través de la oficina de empleo. Por lo visto se trata de una campaña para integrar a los inmigrantes en las costumbres españolas. De mí solo saben que soy extranjero. Si hubiesen sabido algo más de mi pasado, de mi pasado más reciente, me habrían llamado para otro tipo de programas, para algún reality show en el que podrían sacar más chicha.

—¡Cuéntanos, cuéntanos! —Fuensanta, claramente, no podía contener su curiosidad.

—Es un poco largo.

—No importa.

—Yo, como muchos de mis compatriotas, he llegado en patera. Prefiero ese medio de transporte porque nos beneficia más en el trato la ley del mar que la ley de la tierra. A pesar de eso no tuve suerte. Salí un día de junio de un pueblecito de pescadores cerca de

Tánger. Íbamos treinta personas en una zódiac para diez personas. Hicimos la travesía de noche. Llegamos casi al amanecer. Cuando estábamos a doscientos metros, sin preguntarnos si sabíamos nadar, el patrón nos obligó a tirarnos al mar y alcanzar nadando la costa. En la playa nos estaba esperando la guardia civil. Me quedé con las ganas de arrojar por la borda al patrón. Nos repatriaron en el siguiente ferry. En el segundo intento volvimos a salir demasiados en una embarcación pequeña. La mar estaba más picada. El patrón, viendo peligrar la barca, pidió a uno de los pasajeros que se arrojase al mar: o él o todos los demás. Muchos de los que iban en el barco estaban de acuerdo con el patrón y parecían cada vez más dispuestos a colaborar por la fuerza con sus órdenes. No se veía la costa. El hombre al que se lo había pedido iba junto al motor, temblando por las vibraciones. Casi sin pensarlo, en un descuido, arrojó de un empujón al capitán por la borda. Inmediatamente después cogió el timón. Aceleró y lo dejó allí, en mitad del mar. Un silencio muy extraño se apoderó de la lancha. Parecíamos huir de la noche, huir de las estrellas. Las olas chocaban contra el casco como podría hacerlo un cuerpo sin vida. Nos apretujábamos en el espacio estrecho. A pesar de la proximidad sentíamos todos una extraña repugnancia al contacto con la piel y las ropas de los demás. Nada parecido a la solidaridad. No nos atrevíamos a movernos. Intuía que en cualquier momento, si alguien hacía un movimiento en falso, se podría desencadenar una batalla en la que todos terminásemos en el agua, a merced de la noche y de las olas. Compartíamos los mismos pensamientos de hostilidad hacia los demás. Solo lo he sentido otra vez en el metro, cuando una multitud subía por una escalera, totalmente atiborrada. Pensé que si un globo explotaba a nuestros pies habría una estampida y todos nos pondríamos a abofetear a nuestros vecinos. Avanzábamos encerrados en un odio visceral. Nadie se atrevía a decir nada, a moverse. De repente, empezó a inundarse la proa. Nuestro humor cambió radicalmente cuando empezamos a achicar agua con nuestras manos y con algunos cubos que había por la cubierta. El nuevo capitán estaba preocupado y serio. Los demás estábamos felices de haber dejado de odiarnos, de trabajar todos juntos por algo, por nuestras vidas. Se repitió la situación anterior: el que acababa de empezar a mandar dijo gritando que uno de nosotros tenía que saltar por la borda si queríamos llegar sanos a la costa. Casi inmediatamente después, sin pensarlo, como impulsados por un mismo resorte, los dos hombres

que estaban a su lado lo arrojaron al mar. El movimiento engarzaba perfectamente con los que habían estado haciendo para achicar agua. Luego siguieron evacuando por la borda como si no hubiera pasado nada. Nadie quiso tomar el timón. Preferían ir a la deriva.

—¿Y? —exigió Fuensanta.

—La deriva sigue.

—Pero cuenta cómo terminó todo —insistió Julián.

Mohamed se había quedado como mudo, con la mirada perdida. La madre y el hijo eran incapaces de tolerar semejante paréntesis sin final. Por mi parte, había tenido suficiente con lo escuchado. El silencio era trágico. Mohamed dijo que era tarde, que se tenía que marchar. Fuensanta y Julián estaban indignados, ni siquiera lo acompañaron a la puerta. Julián, por otra parte, había decidido no volver a cruzarse conmigo en todo el tiempo que durase mi observación de la familia. Había tenido bastante con el programa de televisión, ya no le quedaban ganas ni siquiera de representarse a sí mismo. Me consta que su madre intentó convencerlo al volver de su luna de miel para que ocupase un lugar relevante en la crónica. La verdad es que no quedaría ya mucho espacio ni tiempo para él. No lo volví a ver hasta el desfile de zombis que se iba a celebrar días más tarde, cuando volvió de su viaje de novios y la guerra con los Botero estaba en su punto álgido. Su presencia en la crónica se reduce casi a esta primera experiencia.

Busqueda de modelos. Fiesta donde los Tordesillas. Carreras de coches. Móviles. Dudas. Distancia. Deseo de hacer la gran novela de la naturaleza. Reflexiones. Llegada de los ancestros. Peleas entre hermanos por los huesos.

Esa noche estuve hojeando crónicas modernas de personajes célebres, biografías autorizadas, como la que hizo Villalonga del rey, o la de Yasmina Reza sobre Sarkozy, libros de escritores famosos sobre futbolistas como Maradona o Ronaldo, o periodistas y escritores que realizan hagiografías, más o menos veladas, de políticos imperantes. Vidas en las que existía una carga importante de ceremonia por su lado publicitario, volcadas al exterior. En general, los biógrafos habían procurado escarbar para sacar a relucir la parte humana: la soledad, el cariño, las manías… Pero no servían en absoluto como modelo para mi trabajo, porque a falta de interés público por ninguna faceta meritoria de la familia, los Tordesillas habían convertido la parte íntima, la parte inconfesable, en su lado más espectacular, procurando en cambio encubrir, disimular el lado confesable, el lado social de sus vidas. Esto es lo que había hecho de ellos el blanco perfecto para los dardos afilados en el aburrimiento de miles de ciudadanos que habían seguido el culebrón de sus vidas, imaginando para sus asuntos públicos una turbiedad patente en los privados. No tenían la catadura de los trepas de las revistas del corazón ni la suficiente categoría nobiliaria o económica para aparecer en los papeles semanales. Por eso se quedaron ahí, en el medio pelo de las habladurías que ellos mismos vociferaban en su fuero menos íntimo, porque estaban orgullosos de superar la medianía a cualquier precio, sobre todo, al precio de su reputación, que consideraban una fruslería.

Al día siguiente estaba invitado a pasar el día entre los Tordesillas. Fuensanta había preparado una fiesta en Membrillo, la vieja casa familiar. Buscaron como excusa una comida de fraternidad. El motivo de fondo: dar pábulo a mi crónica. Ese día no me iban a faltar asuntos para escribir.

Para empezar, me encontré al hermano pequeño de Julián, Agustín, con su prima Juana, hija de Amancio, montados en un coche en el patio trasero de la casa. Uno llevaba el acelerador y el embrague; la otra, subida sobre su primo en el mismo asiento estaba encargada de frenar. Juntos formaban un solo conductor de cuatro piernas y cuatro manos, bastante poco diestros por separado y perfectamente sincronizados para provocar juntos un siniestro casi total en idas y vueltas frenéticas sobre una distancia de veinte metros. Asomadas a una ventana, dos cabezas reían y observaban la fechoría grabando los golpes contra la pared en un teléfono móvil. En una de las carreras el freno llegó un poco tarde, o no llegó. Los dos primos bajaron del coche sin saber muy bien qué hacer con el humo que salía del capó.

—¡Pedro! —gritó Agustín cuando descubrió que su primo lo había estado filmando desde la ventana.

Desde otra ventana se oyó un silbido: allí había otra persona, Álvaro según mi catálogo, que también grababa con su teléfono los gritos de Agustín, de modo que cuando este atrapó a Pedro y le arrebató el móvil, se lanzó enfurecido hacia su otro primo. Álvaro se dejó prender por Agustín; pero enseguida sonó otro silbido, desde otra ventana en la que había un tercer primo, Félix, grabando con un tercer teléfono móvil la escena de la escena de la escena. Cuando Agustín tenía todos los teléfonos y ya no quedaba nadie grabando desde las ventanas se fue hacia el centro del patio con su botín de nokias, ibeemes y sonis. De repente, sonó uno de los móviles. Agustín se sobresaltó. Por un instante se vio en su rostro la vacilación. Pedro gritó desde la ventana en la que se encontraba: «¡No respondas!». Saltó al suelo, corrió hasta su primo y le quitó el aparato. Su incipiente conversación pronto se vio interrumpida por otra llamada efectuada a uno de los móviles que obraban todavía en poder de Agustín. Álvaro saltó al patio, cogió el aparato que sonaba y empezó a hablar: «Hola, soy Álvaro». Así llamaron a los tres móviles que se había llevado Agustín. Todos empezaban saludando

y diciendo su nombre, como si estuviesen haciendo un numerito de presentación delante de mí. Me preguntaba si aquello era sincero. Desde luego, tenía todo el aspecto de un montaje, pero me costaba aceptar que la familia se hubiese tomado la molestia de sincronizar sus actuaciones hasta ese punto.

Me quedé solo con Agustín. Los demás se habían marchado charlando con sus aparatos. Parecía bastante más impresionado que yo. Me confesó que habían sido ellos quienes lo habían incitado a montarse en el coche con su prima. Él no tenía motivos para sospechar nada raro de lo que acababan de hacer sus familiares. Entramos en una casa grande, espaciosa. Cruzamos un salón alargado y profundo. Al fondo había dos o tres personas. Creí reconocer en ellos a algunos de los hermanos Tordesillas. Cuando llegamos al final del salón todos habían desaparecido. Avanzamos hacia donde creíamos que habían ido. Al llegar hasta una ventana que daba al patio encontramos a los hermanos Tordesillas junto a unas macetas. Jugaban a quién soy. Uno estaba de espaldas y los otros lo tocaban con un dedo. Inmediatamente después de sentir la presión se giraba. Los demás se ponían a dar vueltas con el dedo índice para confundirlo. Tenía que adivinar quién había sido. Si acertaba a la primera, el que había sido descubierto pasaba a ofrecer su espalda a los demás. Fuimos a su encuentro por otra puerta que conocía Agustín. Al llegar no había nadie. Habían desaparecido de nuevo misteriosamente.

—Empiezo a pensar que me esquivan —dije en voz alta.

—Aquí hay algo raro —respondió Agustín, que parecía el único de la familia en quedar al margen de una trama incomprensible.

El jardín estaba igualmente desierto. En el párking había un montón de coches que chocaban con la soledad que reinaba dentro y fuera

de la casa. Me senté en un poyo que había frente a la puerta. Me puse a pensar en «mis personajes». Apenas los conocía y no parecían dispuestos a mostrarse. Mientras montaban su papel lo disolvían. ¿Habían perdido la savia necesaria para fingir su segunda vida? Tenía una plena sensación de abandono. Las sombras minúsculas de las piedras estaban a punto de desaparecer bajo la luz cenital. Tuve un momento de extrema sensibilidad hacia los pequeños detalles que me rodeaban. Yo, que había sido llamado para hacer la novela de los hombres escurridizos, de falsos personajes tan cargados de apariencia que no se dejaban ver, abrumados por un papel excesivamente confuso, descubría el magnífico y transparente relato de las cosas. Había llegado el día de hacer la gran novela de la naturaleza. Desgraciadamente, ni las flores del romero ni las piedras del camino me habían encargado su crónica. Encontré que durante mucho tiempo esa novela había sido escrita minuciosamente, sin aspavientos, con la sencillez de un imprevisto golpe de aire que no pretende nada, pues su acto lo llena de tal modo que en él solo cabe el estremecimiento correspondido de las hojas o el arrebatado crujir de la madera. Cómo me habría gustado dejar largo testimonio de la quietud de las piedras, del movimiento circular de las hojas que giraban sobre mi cabeza en coros de plata, del canto rabiosamente sereno de la chicharra. Me veía solicitado por mundos de apasionada presencia. Su impagable realidad me obligaba a estar cada vez más atento a sus sonidos perfumados, a sus colores de seda y de arpillera, a su dulce acontecer.

Aquel día no seguí mucho más tiempo la llamada del abandono. Enseguida comprobaría que la familia no tenía tanta vergüenza como yo estaba imaginando. Otros motivos habría para no haberse mostrado hasta entonces. Un pitido me sacó de mi alucinación bucólica. Era Blas. Acababa de bajarse del coche. Llevaba un baúl enorme sobre la baca.

—¡Eh, venid a ayudar a vuestros ancestros! No pueden caminar.

Un montón de cabezas se asomaron por las ventanas de la casa. La escena parecía vagamente inspirada en un antiguo anuncio de perfumes. La fachada se convirtió en un escenario sobre el que se acababa de descorrer el telón. Daba inicio una función que llevaba ya un retraso considerable. Casi todas las ventanas se abrieron simultáneamente. En ellas aparecieron los Tordesillas gritando el nombre del recién llegado y cerrando bruscamente los batientes. Pronto empezaron a dejarse ver en la entrada y fueron a saludar al protagonista indiscutible de esta escena. Imaginé que les resultaría demasiado brusco aparecer sin un mínimo de preparación sabiendo que todo lo que hiciesen y dijesen quedaría registrado y sería publicado. El miedo a la improvisación seguramente les obligó a organizarse un poco. Tan pronto suponía en ellos una naturalidad apabullante como sospechaba lo contrario. Era difícilmente concebible que hubiesen preparado las escenas que vinieron a continuación. Achaqué su teatralidad a la vena cotidianamente dramática de la familia.

Pedro y Álvaro cogieron el arca por la base y la llevaron hasta la capilla. Los demás escuchaban el relato de Blas, el padre de Jorge. Contaba cómo había recogido los huesos de sus antepasados en el cementerio. Por lo visto, la semana anterior un rayo se había colado en el panteón de la familia y había desbaratado todos los nichos, sacando de sus tumbas los huesos y mezclándolos en esquelético desbarajuste. El sepulturero y Blas habían recogido los restos dispersos. Tendrían que hacer obras y, mientras, había que mantenerlos en un lugar seguro y respetable.

Algunos de los Tordesillas jugaron a intentar reconocer la pertenencia de los huesos a sus respectivos esqueletos. Fuensanta y su hermana Adela discutieron vehementemente a la hora de recomponerlos. Cada una de ellas lo relacionaba con familiares diferentes. Adela se fue corriendo a la casa y volvió con un álbum familiar antiguo, forrado de terciopelo y cerrado con un broche metálico. Lo apoyó en el altar de la capilla y empezó a clasificar los huesos que había esparcidos por el suelo. Puso un papel con el nombre de cada uno de los ascendientes y empezó a amontonar

junto a cada uno de ellos los restos que creía reconocer por el tamaño. Los demás miembros de la familia observaban en silencio, sentados en los bancos, el trabajo de la tía Adela. Era una escena extraña, entre ridícula y solemne.

Fuensanta, en primera fila, vestida con las típicas prendas de aspecto militar que llevan los cazadores, mascullaba algo. Era difícil saber si rezaba o maldecía. Los demás hacían de vez en cuando algún comentario en voz baja. Poco a poco fueron abandonando el templo. Desde la puerta llegaban las risas de los que escuchaban a Blas contar sus peripecias con el arca. Antes de llegar, los antepasados habían sido testigos póstumos de una enloquecida peregrinación de su descendiente por tugurios de carretera. Su hermano Amancio le reprochó su conducta y echó de menos un poco más de solemnidad en el traslado.

—Podías haber venido —le reprochó Blas—. No tengo la culpa de que seas alérgico al polvo.

—Yo tampoco tengo la culpa de que seas tan aficionado al sacrilegio.

—No ha sido tan sacrílego, he bebido vino todo el tiempo.

Cuando volví a la capilla sonó un estruendo espeluznante. Un bramido cortó el aire. Los cristales estuvieron a punto de salirse de sus ventanas. Era demasiado fuerte, no podía ser un petardo. Los rostros de la familia quedaron petrificados por el asombro. Un avión había traspasado la barrera del sonido. La familia tenía suerte a la hora de acompañar lo que yo creía un numerito con una banda sonora tan afortunada. Empezaban a tomarse más en serio el juego de sus propias vidas. Entendía que al principio les costase un poco

mostrarse ante mí. Tampoco debió de ser fácil para Adán sentirse observado, aunque su caso resultase más sencillo. Uno sabe lo que tiene que hacer cuando le mira Dios, portarse bien; pero qué hacer cuando te mira un semejante, ¿un salto mortal?

El bramido del avión había hecho que los comentarios y las reacciones se tiñeran de sinceridad. Todo parecía más fluido. Pero este paso hacia la franqueza me obligaba a considerarme un intruso. En algún momento, si sentía que la espontaneidad fracasaba, mi participación podía servir para otorgar credibilidad a su propia representación, aunque una familia tan proclive al histrionismo no necesitaba demasiados ingredientes para cuajar su mayonesa de imitación. Lo único positivo en su caso es que se imitaban a sí mismos. Al final, de tanto profundizar en la ficción, llegarían a alguna verdad, pero una verdad fundada en el aire. Rostros de aire, costumbres de aire, palabras de aire con perfumes de tierra, cuerpos de tierra, vínculos de tierra. Mi trabajo consistía en creérmelo todo. ¿Por qué no pensar que eran así realmente, aunque resultase sospechosamente inverosímil?

Estaba claro que se habían animado. Todos habían salido de la capilla menos Adela, que seguía cada vez más frenética en la búsqueda de un orden para los huesos de sus antepasados. El espanto apocalíptico que habíamos sentido con el estruendo presionaba su corazón en una necesidad de salvar manojos de eternidad reuniendo los fragmentos del naufragio de la vida. Los demás formaban grupos de conversaciones vivaces. Sentía enormes reparos a la hora de curiosear. No disfrutaba en absoluto de la complicidad necesaria para introducirme en alguno de los corros. Y lo peor era que, por mi trabajo, no me quedaba más remedio que acercarme y tomar nota. Tenía la sensación de que hablaban una lengua diferente a la mía. Por lo demás, nadie se ocupaba de mí, nadie se preocupaba por atenderme ni me invitaban. Quizá daban por supuesta una confianza que no me habían otorgado, aunque me pagasen para disfrutar al menos de una mínima aproximación. Tras cada intento de meter alguna baza en los grupos que se iban formando salía con la convicción de que había metido la pata,

porque mis intervenciones eran respondidas con el silencio o con temas que no se correspondían en absoluto con lo que yo había dicho. Estaba tan atolondrado que volví a la capilla para ayudar a Adela. Su delirio me resultaba más tolerable que los asuntos mundanos. No pude ayudarla. Estaba demasiado imbuida de siglos y siglos de inmovilidad. La cháchara de todos los demás al marcharse hacia el comedor zumbaba sobre las postrimerías. Contagiado por un delirio al que era difícil sustraerse tuve la impresión de que los huesos hablaban con las voces de sus descendientes, que tenían vívidas conversaciones en las que se quejaban de un modo incomprensible por la mezcla difunta. Para salir de una situación tan extraña dije lo primero que se me ocurrió.

—No entiendo las operaciones que está usted realizando, pero creo que tanto a usted como a mí nos pueden ayudar a vivir mejor. Puede que también a sus antepasados.

—Vamos a comer —propuso Adela por toda respuesta.

Y me agarró del brazo con una intimidad muy grata para una multitudinaria soledad como la que padecía en ese momento. Acompañado por ella, recorrí el espacio que nos separaba del comedor. Por el camino me fui reconciliando con mi trabajo. Pensaba que mi actitud estaba siendo demasiado crítica. Debía limitarme a observar, dejando el juicio a buen recaudo. Pero necesitaba participar de algún modo en la convivencia forzosa a la que estaba sometido. No era un alma pura, ni una grabadora, ni una cámara fotográfica. Tampoco gozaba, como en mi primera aproximación a la familia, de la libertad del espía que se puede permitir ser alguno de sus alter ego sin necesidad de confesar de parte de quién viene. Me tocaba mirar y escuchar. En una familia como esta, tomar partido era lo más fácil, porque siempre estaban compitiendo por algo. Como los árboles que nos cubrían, el viento del momento podría inclinarme, pero no debía hacerme ceder. Por eso, el roce de mi brazo con el cuerpo de Adela me ajustaba el

instinto al lugar en el que me encontraba, me arraigaba en una especie de neutralidad, proporcionándome cierta templanza de corazón con la que me enfrenté a la primera escenita realmente disparatada de la jornada.

Cuando entramos en el comedor había un barullo de celebración. Supongo que subían un poco la voz para cubrir la extrañeza que les producía mi presencia. Los Tordesillas hablaban, bebían y comían. La mitad nos daba la espalda y la otra mitad no nos miraba. Adela había visto algo. Se quedó clavada. Por su forma de detenerse, de apretarme el brazo pensé que iría a lanzarlo contra alguien. El apretón me obligó a recordar los huesos de antes. Durante un buen rato no me atreví a girarme para descubrir el motivo de su turbación. Me mantuve como un buen bastón, rígido, inconsciente, sin hacer preguntas, probándome a mí mismo que, como buen cronista, no era un papanatas. No duró mucho la contención de mi interés, porque enseguida Adela se lanzó hacia la espalda de Amancio. Al llegar junto a él se agachó y subió con una cadera entre las manos. Todo su amor y su delicadeza se concentraba en las extremidades superiores. Su mirada era, en cambio, terrible. Amancio notó la puñalada de sus ojos en la espalda. Le atravesó la camisa, la piel, hasta que una corazonada le hizo darse la vuelta. Allí estábamos nosotros, esperando una explicación.

—Mi cadera —empezó Adela.

—No es tuya —replicó Amancio.

—Ni tuya.

—Es de la abuela Fernanda.

—La abuela Fernanda es de todos —sentenció, a lo lejos, Fuensanta.

—¿Qué más da? Ahora pertenece a mi colección de objetos —insistió Amancio, que no parecía dispuesto a renunciar a su posesión.

—No es un objeto, es un resto de tu abuela.

—Mírala bien, es una maravilla. Nadie la va a cuidar tanto como yo.

—Dámela, anda, ya la llevo yo —sentenció Fuensanta, que se había acercado a nosotros, aparentemente, para intentar resolver el conflicto.

Cogió la pieza sin preguntar demasiado a uno ni a otra y salió por la puerta, presumiblemente hacia la capilla. Adela se sentó junto a Amancio en un asiento libre y yo entre los más jóvenes, donde también había una silla sin ocupar. Los dos hermanos estuvieron discutiendo a lo lejos durante toda la comida. Casi no probaron bocado. Me preguntaba si para mi crónica debería enterarme de lo que ellos hubieran dicho, si debería hacerlo por ellos mismos o por los comensales más cercanos. Con la excusa de ir a coger un trozo de pan, discretamente dejé una grabadora pequeña en la panera más próxima a ellos. Intenté que no se diesen cuenta, pero durante el resto de la comida tuve la sensación de que, al hablar, se inclinaban sospechosamente hacia el lugar donde había dejado la grabadora cuando notaban que yo los miraba; pero seguramente aquello fue solo una falsa impresión.

Alrededor de mí estaban Pedro, Félix y Álvaro, los tres hijos de Maribel Tordesillas, una mujer que todavía me tendría que deparar algunas sorpresas. Hablaban de sus juegos informáticos. Cuando estaban fuera me había acercado a ellos y no me habían dirigido ni una sola palabra. Actuaban como un grupo de iniciados, como un equipo de deportistas herméticamente cerrados a cualquier intrusión. Aquí en la mesa se veían obligados a tener más contemplaciones conmigo. Me invitaron a participar en su conversación.

—¿Te podemos llamar Ful? —pidió Félix.

—No me importa.

—¿Conoces Snowball? —preguntó Álvaro.

—No muy bien —dije tontamente, por no declararme un ignorante total.

—Es uno de los juegos más divertidos que conozco. El otro día empecé con una minúscula bola de nieve en Los Alpes. De repente esa bola se deslizó por la ladera del Mont Blanc, atravesé Chamonix, Ginebra, Lyon, llegué a París, arranqué la torre Eiffel, salté el canal de La Mancha. En Londres me llevé por delante la torre de Big Ben y el Parlamento. Los monumentos daban vueltas mientras la bola se deslizaba por el Atlántico hasta Nueva York. En el camino estuvo a punto de derretirse la nieve con las corrientes del Golfo y casi pierdo mi colección. Pero era invierno y al llegar a Nueva York hinché otra vez la bola con la nieve que había caído en Central Park. Aplasté la estatua de la Libertad y me fui para Los Ángeles. En

el camino me perdí. Todas mis adquisiciones se quedaron en el desierto de Arizona. La última gota se la bebió un alacrán. La arena terminó cubriéndolo todo.

Álvaro se había empeñado en contarnos con todo detalle sus aventuras por el globo. Agradecí que no hubiese pasado a Asia, con la muralla china, las pagodas, los templos de la India, Irán. Habría sido terrible. Pero su hermano Pedro no quería dejar de contarnos sus avances en su juego predilecto.

—Me subí a la acera y aplasté a un perro. La sangre salpicó el escaparate de una tienda de animales domésticos. Los bichos, al ver la atrocidad, se escaparon de sus jaulas y empezaron a perseguir el coche.

Lo contaba tan deprisa que apenas recuerdo los detalles. Había un anciano al que había que matar y te daban más puntos, como en los chistes. La policía los perseguía, pero al llegar a cierto barrio conseguían escapar de la persecución, porque ahí los agentes no se atrevían. Entonces empezaban otros peligros. Sé que Pedro intentó asesinar a un anciano que atravesaba una calle con dos bastones a un paso muy lento. Recuerdo que el anciano se convirtió en un ágil chino practicante de taichí. Las bandas de los pasos de cebra se convertían en cebras de verdad que corrían por delante del coche provocando al conductor. Al final, una jauría con todo tipo de animales rodeaba al jugador, que debía optar entre ser despedazado por toda la creación o tirarse desde el puente colgante de San Francisco con las ventanas cerradas. Tenía un tiempo precioso en la caída para abrir los cristales y poder escapar de ahogarse. Ponía tanto empeño que daba angustia escucharlo.

—¿A ti te gusta el fútbol? —me preguntó Félix cuando empezaba a respirar tras las trepidantes aventuras de su hermano— Porque

tienes cara de aborrecerlo.

—No sé exactamente si es la cara o son las piernas. Seguramente lo has descubierto por mi forma de andar.

—No te he visto caminar.

—Da igual. Se ve siempre cómo anda una persona sin necesidad de que se levante.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo camino yo? —examinó Félix.

—No sabría imitarte.

—Bueno, déjalo. Lo que yo quería decirte es que hay un juego para gente como tú, a la que no le gusta el fútbol.

—Si me gustase, desde luego no sería del Real Madrid.

Todos rieron. Mis palabras confirmaron sus expectativas, como sus risas las mías. Estábamos hechos para no caernos bien.

—Entonces te recomiendo La diosa de la fertilidad —prosiguió Félix —. En ese juego siempre gana el Real Madrid. No te tienes que tragar ningún partido, empiezas cuando ya han acabado, en el

momento del triunfo. Luego vas con todos los tifosi a la plaza de Cibeles, a celebrar la victoria. Allí tienes que intentar a toda costa romperle los dedos a la estatua. Si consigues cascarle los diez dedos alcanzas el máximo de puntuación. Cuidado con la policía, hay uno escondido detrás de cada león.

Callé. Intenté sonreír. No lo conseguí. Seguramente por eso Félix interrumpió su explicación para decirme en un tono un poco más violento:

—Si no te gusta el Real Madrid y no te gusta el fútbol, me pregunto qué te gusta, me pregunto, en realidad, si te gusta la vida.

—Bueno, como a todos, a mí la vida me gusta y me disgusta. No soy un incondicional. Supongo que no viviría a cualquier precio.

Esta vez las risas fueron más escandalosas. Lo que iban a decir encajaba perfectamente con el concepto que se estaban haciendo de mí. Al día siguiente llamé a un amigo para preguntarle si existía el juego. Era experto y me dijo que no había nada semejante en el mercado. Eso me hizo sospechar que estaban inventando uno a mi medida.

Félix retomó el hilo y empezó a contar la segunda parte del juego. Era para jugadores con mi perfil. Un aficionado del equipo contrario al Real Madrid, en esa misma fiesta por la victoria de final de liga en la que se rompían los dedos de Cibeles, se cubría entre la multitud con una bandera del equipo derrotado en la final. Allí se paseaba por un momento sin ser visto, hasta que alguien daba la voz de alarma y empezaba la persecución por las calles de la ciudad. Tenía que huir de una multitud furiosa indignada contra ese antitifosi. Al parecer, los promotores del juego centraban la

campaña publicitaria en la posibilidad que ofrecían de que el jugador pudiese seguir participando una vez que su alter ego hubiese muerto, pues el loco que había osado vestirse con los colores de la derrota intentaba refugiarse en un bar, y aunque en un rapto de sensatez escondía la bandera e intentaba camuflarse entre los presentes, la multitud terminaba encontrándolo y lo sacaba a empujones hasta que lo mataban en aplicación de la lejana «ley de Lynch». Aquí es donde empezaba la parte post mortem. Te convertías en un fantasma sin cuerpo, reconocible por una ligera sombra que proyectaba tu alma sobre la pantalla. Volvías con todos tus asesinos a la celebración junto a la fuente, hasta que por megafonía convocaban a una misa de arrepentimiento por el alma de la víctima, es decir, por ti, oficiada por el capellán del equipo vencedor, el Real Madrid, ataviado con una casulla que adornaba el escudo del equipo ganador. Si querías alcanzar el éxito tenías que conseguir, con tu alma en pena, convencer a los jugadores del equipo para que asistiesen a la misa, renunciando al impresionante abanico de ocupaciones ociosas, cuyas principales varillas eran el sexo remunerado indirectamente, los coches descapotables de gama alta y la alta costura masculina. Todo eso a base de trastadas: dar el cambiazo al escudo de su equipo delante de los seguidores, tirarle una cerveza encima al vecino, hacerle zancadillas, apretarle la corbata una y otra vez en alguna rueda de prensa, encenderle todos los aparatos del coche hasta que gritase por piedad que iría a la misa… Entonces, si iba todo el vestuario, te llevabas las once estrellas, la máxima puntuación.

Empezaba a estar saturado de videojuegos. En mis lapsus de desinterés daba rienda suelta a mi inclinación hacia el desaliento. Imposible resignarme. Buscaba por toda la sala, como un submarino aburrido en mitad del océano, tratando de encontrar con el periscopio de mi atención de cronista alguna isla de interés. Por eso, cuando entró de nuevo Fuensanta en el comedor, mi nuevo olfato de detector-de-sucesos-antes-de-que-se-produzcan hizo que me fijase en Adela. Sus ojos persiguieron a su hermana hasta la silla donde tomó asiento. La recién llegada no levantó los ojos. Sufría la presión de una mirada fraternal de cuarenta atmósferas. Había tanta rigidez en sus gestos que cuando acercó su mano a un vaso que

tenía delante, este se cayó. Inmediatamente después se puso a llorar. Adela se levantó y fue corriendo hacia la capilla. Al poco tiempo volvió y se tiró a por su hermana. Esta le había desbaratado sus montoncitos de huesos y había reunido todos los restos en una sola pila. Eso es lo que oímos todos. Y los llantos, y los gritos.

—La maldición de tus ancestros caerá sobre ti. Eres una bruja.

Fuensanta cogió una escopeta en un mueble armero. Por un momento pensé que iba a asistir a un fratricidio. Afortunadamente, se fue a cazar palomas. Por lo que me dijeron, siempre que tenía alguna crisis, especialmente con Adela, lo hacía. No recuerdo quién le recordó que estábamos en época de veda y que sus tiros traerían problemas con los guardas forestales. Ni se dio la vuelta. Amancio intentó mediar y tranquilizar a Adela.

—Creo que no hay que ponerse así por un montón de huesos.

—¡Qué sabréis vosotros de huesos! —respondió su hermana con vehemente desprecio.

—A ver. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo con esos huesos? —medió Blas, que empezaba a ser consciente del peligro de tener en casa un arcón tan polémico y a sentirse responsable indirecto de todos los enfrentamientos que estaba provocando—. Creo que esto llega ya demasiado lejos. Vamos a hablarlo aquí mismo para decidir algo.

—Mejor esperamos unos días para meditarlo —propuso Eugenio, el marido de Adela, quien pronto me proporcionaría algunas de las

sorpresas más raras de todos aquellos días. En aquel momento no tenía todavía datos para saber si se trataba de una intervención irónica, debido a la agitación que el dichoso baúl estaba ocasionando en su mujer, o si pensaba de verdad que el problema requería que se tomasen su tiempo.

—¡Qué pesado eres con tu meditación! Todo necesitas medirlo, graduarlo, comprobarlo. Y, mientras, esos pobres huesos a la intemperie —Adela no parecía dispuesta a retrasar ni un minuto el acuerdo.

—Yo le quiero preguntar algo a la tía Adela —intervino Jorge, a quien no había visto hasta ahora—. ¿Por qué te empeñas en agrupar los huesos por difuntos?

—Porque es mi obligación. Cuando resuciten tendrán que volver a por sus huesos, lo único que quedará de sus cuerpos. Estos son como las simientes de la vida futura. Si los dejamos desperdigados o en un solo montón, sufrirán mucho más, prolongarán sus penas eternas quizá hasta siempre. Seguramente se enzarzarán, como nosotros, en una pelea por no saber de quién es cada pieza. El caos los confundirá. Una lucha eterna les impedirá plantarse en su nueva vida.

En cierto modo todos respetaban las decisiones de Adela. Todavía no sabía muy bien si por sus prontos violentos, o por simpatía hacia unas ideas fuera de lo común. Hubo un silencio prolongado en el que no estaba muy claro si se dejaba de decir algo o no había nada que decir.

—¿Pero estáis locos? Aunque todos estuviésemos de acuerdo con las ideas de Adela, es imposible que acertemos con los huesos de todos

—sentenció el incrédulo Amancio.

—No es tan difícil. Échale un vistazo a las fotos. Son tallas muy diferentes. La tía Eugenia, por ejemplo, es mucho más baja que la bisabuela Rosa.

Adela no estaba dispuesta a renunciar al orden de los difuntos.

—Ya lo tengo —propuso Amancio, rendido ya al delirio—. Podemos organizar el panteón con pequeñas hornacinas, del tamaño de un hueso cada una, distribuidas por el interior del mausoleo. Un cristal dejará ver cada una de las piezas, que tendrá su cartela, como en un museo: fémur uno, fémur dos... El día del Juicio Final las almas elegirán sus huesos. Los reconocerán por inspiración divina.

—Eso es imposible —le interrumpió Adolfo, el marido de Maribel, médico de profesión—. Multiplica doscientos seis huesos por los cuerpos que estén enterrados en el panteón. Calcula la cantidad de hornacinas que tendríamos que poner. Habría que comprar todo el cementerio. Prefiero que Adela los reúna con su intuición. El otro sistema nos arruinaría.

—Las trifulcas de los muertos serían inevitables —añadió Adela—. No creo que todos tuviesen la clarividencia suficiente para dar con sus huesos en la tierra. Terminarían aporreándose con sus propias reliquias.

—Yo creo que la fosa común es lo mejor —dijo Blas—. Os aseguro que no les importaría. Los he traído hasta aquí en la baca del coche, a todos juntos, y no han dicho ni mu.

—¿No has oído antes en la iglesia? —Adela no parecía dispuesta a claudicar.

—Eso era un avión.

—Me da igual que fuese un avión, era un aviso.

Finalmente, la manía de Adela resultaba lo más práctico, después de la fosa común. Todas las demás propuestas lo único que conseguían era complicar la primera manía. Metido en la discusión se me ocurrió aportar una propuesta que yo creía conciliadora. No recuerdo exactamente qué dije. El caso es que nadie me respondió. Casi les extrañaba que hubiese hablado. Fue como si hubiese crujido un mueble. Volví a sentirme un intruso. Para evitar la sensación de indiferencia me puse a pensar que todo aquello no era más que un numerito que estaban montando para mí. El único espectador no tenía derecho a participar en la función, y se le afeaba la conducta con el silencio. Yo no era cualquier invitado, era un invitado a sueldo delante de los pensamientos, los gestos y las palabras de los Tordesillas. De repente, una lógica aplastante me dijo que si pagaban por tenerme de espectador para ser vistos era porque ellos mismos se habían convertido en cajas tontas y yo en un idiota a sueldo.

Adolfo tuvo una idea. Tanto él como Maribel, su mujer y sus hijos tenían una segunda vida. Eso nos contaron. Enterrásemos como enterrásemos a los muertos en la vida real podríamos, proponían, realizar cada una de las propuestas que se acababan de oír, por imposibles que pareciesen, en el reino virtual de Second Life, una aplicación informática que les permitía dar vida a cualquier fantasía. Así no habría que renunciar a ninguna de las ideas que

habían surgido.

Dicho y hecho, enseguida los tres hermanos, Félix, Álvaro y Pedro se pusieron manos a la obra. Me pidieron que subiera con ellos. Debía dejar constancia. Entramos en un cuarto donde había varios ordenadores portátiles. Félix me entregó uno de ellos. Me tenían reservado un papel virtual con el fin de hacerme entender cómo funcionaba. Era mi bautismo en lo que ellos llamaban la segunda vida. Fuera de la casa se oían muchos tiros. Tenía una enorme necesidad de evadirme. Me puse manos a la obra. De repente, me vi convertido en el doble de una gran estrella de cine cuyo nombre he olvidado. Lo sustituía en las escenas más peligrosas de las películas que rodaba. Empecé desde abajo, con pequeños trabajos. Pronto me hice imprescindible. Todos los directores me llamaban para sus rodajes. El tiempo era elástico. Un minuto se correspondía con años de experiencias. Cada vez exigían más de mí.

—Pasa por el aro de fuego.

—Derrapa.

—Estréllate contra la valla.

—Salta por el precipicio y da quince vueltas de campana.

Al final gané una estatuilla, una Taurus. Supe que pesaba doce kilos, bastante más que las de los Óscar. Esos detalles, que parecían pensados para dar verosimilitud, a mí no me hacían ninguna falta. Estaba tan enfrascado en la emoción de las acciones que me vi pasearme con orgullo por el escenario de una pasarela de

Hollywood.

Mientras yo me encontraba completamente metido en mi papel secundario, fascinado por mi heroico avatar, los hermanos habían introducido a sus antepasados en Second Life. Me hicieron partícipe de sus aventuras para que yo luego se las contara al resto de la familia en la crónica que debía escribir.

Primero compraron una isla para todos. Cuando los difuntos llegaron el primer día al nuevo mundo salieron a recibirlos cuatro perros de colores, una adolescente frágil, como si fuese de porcelana y una pareja que se desplazaba por el mundo virtual con un cohete a propulsión atado a la espalda. Inmediatamente los llevaron a una discoteca para bailar. Aunque los habían caracterizado a la mayoría como ancianos, más o menos como dejaron este mundo, los anfitriones de aquel día no les permitieron terminar antes de las tres de la madrugada. La consigna era acabar con ellos lo antes posible, sometiéndolos a un desgaste frenético. Al día siguiente, es decir, al cabo de dos minutos, los antepasados fueron acompañados por sus anfitriones a visitar las obras de construcción del panteón en que iban a ser enterrados ese mismo mes, pues Félix, Álvaro y Pedro no tenían intención de pagar a los administradores de Second Life más de lo mínimo por el derecho de permanencia de sus mayores resucitados. Estaban decididos a acabar con ellos lo antes posible, ajustándose de ese modo, decían, a la realidad que ya los había matado.

Los ancestros no aguantaron ni una semana el ritmo trepidante de sus anfitriones. El problema surgió cuando intentaron enterrarlos como habían acordado, con un hueso en cada vitrina. En ese caso se impuso la lógica mercantil: del mismo modo que en la realidad los cuerpos de los difuntos no se quedan en los huesos el mismo mes de su fallecimiento, en Second Life el tiempo tardaba unos tres años en mondar un cadáver. Por lo tanto, tendrían que esperar todo ese tiempo pagando las mensualidades correspondientes por tener sus

avatares ancestrales en el cementerio de la isla que habían comprado. A partir de ese momento podrían hacer con ellos lo que quisieran. Y ante la propuesta de introducirlos ya difuntos en la Red, las leyes comerciales de Second Life impedían alojar habitantes ya muertos, pues podrían convertirse con el tiempo en zombis que sembrasen el terror en el mundo virtual. La solución que encontraron fue fácil y rápida. No hubo más remedio que resucitarlos para ahorrar. Uno puede vender sus creaciones en el mundo virtual. Así que sacaron a la venta a sus ascendientes. Como la operación no salía adelante, ya que los usuarios de Second Life prefieren caracteres y vestimentas ultramodernos, estilo ciencia ficción, Félix, Álvaro y Pedro retocaron a sus ancestros con detalles de última moda. A uno le dieron habilidades espectaculares, como la facultad de comer ratones vivos; a otro, una lengua de medio metro con la que cazaba moscas y pájaros; a otro, orejas postizas terminadas en punta, capaces de varear aceiturnas, unos frutos virtuales de los que se extraía un bálsamo ideal para curar la melancolía, muy parecidos a las olivas. Así consiguieron que un circo los comprase a todos juntos para exhibirlos en las ferias del Otro Mundo. Al poco tiempo, un incendio en la carpa acabó con la segunda vida de todas aquellas almas en pena. Los enterraron en una fosa común, bastante más barata que un panteón, saltándose el episodio del rayo que había desbaratado los huesos de los muertos en la realidad. Con el dinero de la venta al circo consiguieron que pasaran en cinco minutos naturales los tres años virtuales exigidos por las autoridades de Second Life para quedarse en los puros huesos. El dinero allí es todavía más poderoso que en esta pobre primera vida.

Se hizo rápidamente un nuevo panteón inmenso, lleno de hornacinas. Allí fueron colocados uno a uno los huesos de todos los antepasados. Esta operación, que en la vida real habría llevado tanto tiempo, la terminaron en pocos segundos. Así quedaba cumplido el deseo de Amancio. Adela quizá no estaría totalmente satisfecha, pero ni siquiera la realidad virtual servía para poner un poco de orden en la muerte. Enseguida el panteón se llenó de curiosos que desfilaban ante los restos de los Tordesillas como si fuesen piezas de un museo. Los hermanos no tardaron en

aprovechar aquella fiebre cobrando una entrada a todos los avatares que deseaban visitar el panteón: ¡el nunca visto espectáculo de la muerte! Así, sometidos a este postrer exhibicionismo, los ancestros posaban dócilmente ante las miradas de los que todavía disfrutaban de una segunda vida. Y la cadera de la abuela Fernanda, como veríamos más adelante, volvía a quedar expuesta a los avatares mortales de nuestro mundo.

Visita a casa de Maribel y Adolfo. Aprendizaje del mudo oficio de cronista. Salida nocturna con Pedro, Álvaro y Félix. Palacios estilo remordimiento. El gramito. Misteriosa desaparición de una obra de arte.

La grabación de la conversación entre Amancio y Adela fue un completo fracaso. Quedó registrado únicamente el ruido de una mano que cogía un trozo de pan. Lo demás no se oía, seguramente por haber situado la grabadora bajo el paño de la panera. Mis sueños inconfesados de realizar mi trabajo mediante grabaciones se vieron frustrados tras el primer intento. Intentaba consolarme, habría tardado mucho más tiempo en escuchar las voces, interpretarlas, contextualizarlas, que en asistir directamente a su emisión.

Me tocaba ir de visita a casa de Adolfo y Maribel. Los hermanos empezaban a estar cansados de que Fuensanta acaparase toda mi atención cuando mis honorarios corrían por cuenta de todos. Me extrañó mucho que no hubiesen organizado ningún espectáculo de bienvenida, que no me brindasen un poco de carnaza para mi relato, o una broma: un cubo de agua en la puerta, un susto en la escalera o en el ascensor. Lo cierto es que abrí con mucha cautela la puerta que me habían dejado entornada para que pasase. Pero mi temor demostraba la escasa intuición sobre el carácter de esta parte de la familia Tordesillas. Se esforzaron en presentarme una casa perfectamente dispuesta, donde todos los detalles estaban cuidados como por un interiorista. Enseguida trajeron un té con pastas en un juego de tazas con motivos chinescos. Tan cuidadas como el mobiliario y la vajilla eran las palabras de Adolfo.

—Ayer no pudimos expresarnos con toda la libertad y franqueza que hubiésemos deseado. Era un ambiente demasiado enrarecido, incontrolable, sometido a todo tipo de injerencias caóticas, donde no podemos siempre poner en práctica nuestro exacto plan de vida. Aprovechamos su visita para intentarlo hoy. Aquí en casa es mucho

más fácil y cuesta que se nos escapen los detalles. En realidad, tenemos programado hasta el último dato de nuestras vidas, organizadas como un perfecto informe. En estos últimos tiempos estamos empezando a poner cámaras en casa. Vamos a ofrecer nuestro hogar como un modelo para el mundo en Internet. Así, en un entorno ordenado, podemos más fácilmente crear una vida sensata. Ya lo han hecho en sus habitaciones nuestros hijos, ahora queda ponerlas en el resto.

—Supongo que entonces no les resultará demasiado brusco que yo ande por aquí curioseando.

—Desde el primer momento nos pareció una idea magnífica. Es algo que venimos planeando desde hace bastante tiempo —dijo Maribel.

—Bueno, lo que sí quiero que sepan es no hay nada más lejos de mi intención que resultar un intruso. Me resulta un trabajo bastante complicado.

—En el fondo, no hace más que cumplir un designio divino. Las conductas y los pensamientos deben ser transparentes. El desastre comienza cuando uno no acepta ser observado. No podemos sentir vergüenza de su testimonio. Cuente con nuestra naturalidad y aceptación —explicó Adolfo.

—Sí, pero una cámara no es el ojo de Dios, y los ojos de un cronista no pueden sustituir, ni siquiera de modo metafórico, la mirada divina —aventuré.

—Una cámara es al menos una metáfora de la mirada de Dios. Y los

ojos de un cronista son una metáfora de la cámara —insistió Maribel.

—Más que una metáfora de la mirada de Dios, creo que una cámara es una metáfora del tiempo tal y como lo entienden los humanos. Una cámara es, en realidad, el tiempo diferido, un presente aplazado o desplazado. Yo hago lo que puedo por no impedir el presente.

No se me ocurría nada mejor para quitar importancia al papel que me habían dado los Tordesillas. No conseguí gran cosa.

—Me parece que estamos otorgando demasiado protagonismo al instrumento —siguió Maribel—. Al fin y al cabo usted no forma parte de nuestras vidas más que como un medio y no conviene que los medios resulten demasiado cargantes, llenos de pensamiento.

—Ha dado usted en el clavo, señora. Dejemos a un lado mi vida y mis reflexiones; pero permítanme una pregunta más. ¿Qué ocultaron ayer ante el resto de la familia que hoy sí puede ser mostrado con tanta franqueza?

—Bueno, nosotros, como puede comprobar, somos una familia religiosa, entendemos el mundo moderno desde una perspectiva sagrada, por eso para nosotros una cámara es una metáfora de la más alta mirada.

—Volviendo a lo que realmente no dijimos en familia, porque nos habrían mirado como bichos raros —siguió Adolfo—, nos toca defender nuestra segunda vida, la vida en la que nuestros hijos

crean nuevas especies de mariposas mientras en la vida real desaparecen continuamente especies creadas por Dios.

Estaba empezando a llover afuera y me pregunté a mí mismo si eso también estaría previsto en su programa vespertino. Deseé con fuerza un trueno más cercano, un trueno que hiciese saltar sobre sus asientos a los miembros de esta familia, y mi deseo se cumplió casi inmediatamente —algo que nos ocurre solo a los supersticiosos, y eso cada cinco años aproximadamente— haciendo que fuese yo quien saltara en su sillón, sin poder apreciar la reacción que había tenido el bramido sobre mis anfitriones.

—Second Life es una perfecta alegoría del acto creador de Dios —prosiguió Adolfo—. Igual que en la vida normal, ahí podemos aprender a ser mejores.

—Convencionalmente se piensa que la gente es mejor gracias a una ética. Sin embargo, no termino de ver en la simple observación nada que se le parezca —me atreví a intervenir, aprovechando que Maribel se había levantado un momento.

—No —contestó Adolfo—, la perfección no tiene por qué seguir modelos morales, y menos si son de origen humano.

—¿Y quién decide lo que está mal para combatirlo? ¿Qué le queda al hombre por hacer, cuál es su lucha si todo está bien, si todo le resulta indiferente?

—Ser perfecto significa parecerse a Dios, hacer lo que hace un dios. Y Dios no se caracteriza por haber hecho un mundo perfecto.

Combatir el mal significa combatir todo lo que nos impide actuar como dioses.

—¿No sería más hermoso, incluso sobrehumano, más en correspondencia con el orden divino, actuar como seres humanos, siguiendo una moral humana?

—Eso para nosotros es una mediocridad —intentó zanjar Maribel Tordesillas, que acababa de aparecer en la habitación y solo había escuchado mis últimas palabras.

Seguí preguntándome si la virtud sería posible en un mundo en el que hasta la lluvia estaba decidida de antemano. Sin resistencia, sin fuerza no hay posible virtud. Me atrevería a decir que sin adversidad es casi imposible que nazca algo parecido al bien. Y descubrí uno de los motivos por los que había aceptado mi trabajo actual. Me convenció, sobre todo, la lucha que la familia mantenía con gran parte del mundo que la rodeaba. Su heroísmo me hizo creer que la crónica tendría algo de épico. Más adelante vería que, efectivamente, no se habían apagado completamente las rencillas contra los Tordesillas. Quedaban grandes incendios que extinguir. En ellos yo no actuaría como bombero, sino de leño apasionado.

Adolfo interrumpió mis pensamientos.

—Estoy casi seguro de que los creadores del mundo virtual se inspiraron en el pensamiento de los filósofos de la Edad Media, que hablaban de un dios que engendra la materia sin ser él materia. Aquí el hombre se iguala a ese Dios: creamos realidad virtual sin ser realidad virtual.

No pude contener mis ganas de intervenir, a pesar de la pasividad a la que me pretendía condenar Maribel. Le pregunté si su vida estaba inspirada en el programa Gran Hermano.

—Ese programa es el más grande experimento sociológico que se haya realizado jamás. Una serie de personas se encuentran permanentemente observados por los ojos justicieros o benévolos de otros hombres. No importa cómo actúen los que participan en el experimento, su conducta puede ser más o menos virtuosa, más o menos instintiva, lo que interesa en todo esto es que se sienten observados las veinticuatro horas de cada día. Los participantes, al permitirnos ser testigos de sus vidas, nos convierten en dioses. No necesitamos añadir a esto un sentido moral, hay suficiente con el enorme sentido ontológico que supone, para los que están a un lado de la cámara y para los que están al otro lado.

—Bueno, bueno —intervino Félix apareciendo de improviso con sus hermanos Álvaro y Pedro—, ya habéis sermoneado bastante a Ful. Creo que debería conocer otros aspectos de la familia. Nunca ha salido con nosotros por la noche. Hoy va a conocer un capítulo fundamental.

Bajé con Félix, Pedro y Álvaro sin muchas ganas de irme de copas. Para ellos era chic salir con su cronista; para mí, una obligación profesional. Además, comprobé que mi vestimenta no estaba a la altura. Ellos iban muy arreglados. Al bajar por la escalera se dieron perfecta cuenta de esta circunstancia, y yo también noté que me miraban un poco arrepentidos. Entre bromas y veras les pedí disculpas por mi aspecto un poco abandonado y les propuse que me utilizasen como motivo de orgullo. Lo que en principio era un inconveniente podría convertirse en una cualidad de la que presumir: no todo el mundo podía ufanarse de disfrutar de un narrador en la familia, cuya marca sería, por exigencias del guión, no llevar marcas, ya que el cronista debe ser neutral. Lo más ridículo podría causar sensación. De ese modo hacía más tolerable

la sensación de ser un zarrapastroso objeto de lujo.

En cuanto intentamos entrar en un bar de copas me impidieron el paso. El portero se empeñó, a pesar de conocer a los tres hermanos, en aplicar a rajatabla el derecho de admisión. No era la primera vez que me ocurría algo parecido. Era habitual que cuando intentaba pasar a algún local de moda no cumpliese alguna de las condiciones aspectuales exigidas. Intenté disuadir a los hermanos para que me dejasen marchar y entrasen ellos. No había nada que hacer, cuando a un portero se le metía entre ceja y ceja que yo no pasaba era inútil insistir. En este trabajo la selección de personal es muy rigurosa. Yo mismo, invitando a Félix, Álvaro y Pedro a presentarme como su cronista para disimular mi aspecto, había provocado su empeño, porque en el interior estaban esperándome sus amigos, que habían recibido mensajes de móvil en los que anunciaban mi presencia.

Mientras los hermanos discutían y pedían ver a un tal Tino, el dueño del local, yo me miraba en todas las superficies pulidas que había a mi alrededor con una inseguridad fuera de serie. Me consideraba el ser más raro y abominable que existía. Seguro que había algo oculto en mi alma que una mente visionaria como la del portero tenía especial facilidad para ver. Esta gente disfruta del olfato de los perros policía: detectan cualquier anomalía indigna.

Me colé aprovechando la entrada de un grupo de chicas que pasaban en ese momento con la delicada condescendencia del portero. Fue Pedro quien me empujó para camuflarme como una más. De espejo en espejo mi rostro se fue deslizando por multitud de reflejos de colores hacia el interior de la discoteca. Yo era un fantasma inmutable en el infierno de un movimiento frenético. Luces, cuerpos, sonidos se movían en una especie de REM exterior que mi serenidad parecía necesitar. Un enorme alivio deshizo la culpabilidad que durante un buen rato, en la puerta, se había acumulado sobre mi ánimo. Félix y Álvaro seguían discutiendo con

el «gorila» como si yo todavía no hubiese entrado. Pedro me detuvo en un descansillo para no perderse los fingidos esfuerzos de sus hermanos y la reacción del portero. En un momento dado dieron por finalizado su intento y salieron a la calle para fingir que se despedían de mí. Allí simulaban pedirme disculpas por la rudeza del vigilante. Al pasar de nuevo por la puerta, mi enemigo, ablandado por un súbito destello de bondad, les dijo que se lo había pensado mejor y que estaba dispuesto a dejarme pasar. Ellos hicieron como que me avisaban. Volvieron a decirle que ya no me veían. Oí al portero insistir en que iría él mismo a buscarme y salió corriendo en la dirección en la que supuestamente yo me había marchado. Por un momento tuve una especie de enajenación en la que me vi corriendo por la calle, como si estuviese dentro de un videojuego. Yo también caí en la tentación de cobijarme dentro de una segunda realidad virtual. Me veía huir delante del portero, intentando esquivarlo. Con un detalle alucinante crucé calles con el semáforo en rojo, salté por encima de coches que estuvieron a punto de atropellarme, tropecé con peatones a los que derribé y no pude auxiliar, sin apenas tiempo para disculparme, sin volver la vista atrás, como si estuviese escapando de la muerte. Durante un momento el ensueño casi se convirtió en una pesadilla, porque estuvo a punto de darme alcance. Desperté de aquel delirio de culpabilidad con el rostro del portero sudoroso y enojado bajando por la escalera del local. Realmente volvía de haber corrido por las calles, y era a mí a quien buscaba todavía. El peligro real borraba el peligro soñado. Afortunadamente no me vio. Félix y Álvaro se acercaron a él. Les dijo que no me había visto. En el fondo, debía de ser buen chico. La cosa quedó por el momento ahí. Guardé para mí un secreto temor de que al salir descubriese que me había adelantado a su voluntad e intentase matarme. Si me hubiese quedado un minuto más habría entrado y punto. Así, no solo me había costado entrar, también me costaría salir. No era la única persona que se había colado. Un montón de gente pasó mientras él me buscaba por la calle. De hecho, creo que en dos o tres minutos se superó con creces el aforo permitido.

Una vez abajo surgieron amigos de Pedro, Félix y Álvaro de todos sitios. Salían como recién creados de las columnas. El local estaba

atiborrado. Donde no había un brazo, una cabeza o una pierna había una moqueta, un espejo, una mesa o una botella. El grupo de amigos se mostraba muy animado con mi presencia, como si yo fuese un extranjero exótico al que iban a presentar. Me hicieron algunas preguntas vagas sobre mi trabajo y sobre la familia Tordesillas. Me trajeron una copa que se iluminaba de un modo muy extraño. Los dientes de todos los amigos tenían el mismo color y la misma luz de la bebida. Era lo único que destacaba sobre el fondo tenebroso. El resto formaba parte de una especie de telón de teatro negro. Los reflejos de la bola de espejos que coronaba la pista de baile nos envolvían como tatuajes escurridizos de una tribu que celebraba una ceremonia sin motivo. Hablábamos con la mirada. Nunca pensé que se pudiesen decir tantas cosas con los ojos. Se trataba de mensajes sin posible traducción, intensos y evanescentes, los más interesantes y satisfactorios de toda la noche. Nadie se habría responsabilizado de ellos, parecían surgir sin nuestro consentimiento.

Yo creía que en la pista dominaba la espontaneidad. Me engañaba. Cuando el baile se llenó de chicas Pedro, Félix, Álvaro y sus amigos las rodearon y empezaron acercarse de un modo provocativo. Jugaban con ellas con desprecio. Procuraban conquistarlas para abandonarlas enseguida. Hacían dos o tres pasos de baile e inmediatamente les daban la espalda para reírse entre ellos. Las chicas se quedaron bastante desconcertadas. Todo se llenó de dientes desamparados que vagaban por el centro de la discoteca como almas en pena a las que sus cuerpos hubiesen dejado allí plantadas.

Los amigos me pidieron que me sentase con ellos en uno de los sofás circulares. Empezaron a hablar dando la espalda a la pandilla de chicas. Uno de los amigos llevaba una camiseta con letras blancas sobre un fondo negro: «Nothing is imposible». Me dijo que él también escribía, pero no por obligación, como yo. Él no sabía escribir si no era sufriendo. Para él la literatura tenía una sola fuente de inspiración, una sola musa: el dolor. Era un dolor distinguido, inhumano, hecho de caprichos del humor. Yo le daba la

razón y miraba el silencio tenso de nuestros rostros. Tenía la sensación de estar con el grupo equivocado. Alrededor todo el mundo lo pasaba muy bien. Las chicas eran muy simpáticas y sonreían sin parar. Las conversaciones mantenían los rostros animados y expresivos. Lo único que podía consolarme era que estaba allí por trabajo. Me pagaban por aburrirme, por escuchar necedades, por desear estar en cualquier otro lugar, con otras personas. Creía que si me cambiaba de mesa disfrutaría de una amena conversación, en la que no tendría que soportar juicios apresurados sobre todo lo divino y todo lo humano.

Como muchas personas que dedican la mayor parte de su tiempo a los asuntos prácticos, a las mudanzas, los recibos, las facturas, los informes, las solicitudes, las normas, las instancias, y el resto del tiempo ocioso lo dedican a comentar esas mismas mudanzas, recibos, facturas, informes, solicitudes, normas, instancias, y te hacen añorar los tiempos en los que por lo menos había un grupo de privilegiados que no pensaban en lo mismo, o en alguna utopía necesaria que por fin nos exonere de todos esos asuntos, mis contertulios reconocían que leían una novela cada dos años y afirmaban sin tapujos preferir el cómic a cualquier literatura, el pop no muy sofisticado a la música clásica, contemporánea o no, y el fotoperiodismo a la pintura.

—No hay tiempo para profundizar demasiado —repetía uno de los amigos, y yo sentía una enorme ansiedad que me obligaba a beberme la copa casi de un solo trago.

Con sus atuendos vanguardistas defendían un pensamiento estético dominado por la prisa y el pragmatismo ornamental. Mis ideas sobre el tema escandalizaban a la mayoría. En mi opinión, contestada por todos, la creación no recogía únicamente algo así como la verdad de su tiempo, al que otorgaban una importancia histórica fundamental. Uno de los problemas de la cultura actual era la obsesión por convertirse en testimonio de su época. Las obras

de arte inventan el mundo, crean todo de nuevo, no se limitan, pensaba yo, a dejar constancia de lo ya existente. Es la literatura de Cervantes, por ejemplo, y la de otros autores, la que inventa una época determinada. Las novelas de Dostoievsky nos dan a conocer una Rusia inédita.

Antes de que acabase de exponer mis pensamientos sobre el tema me interrumpieron varias veces. Estaba empezando a centrarme demasiado. El escepticismo de los presentes no se dirigía únicamente al contenido de lo que decía, sino al hecho de estar dedicando demasiado tiempo y energía a lo que para ellos tenía un valor anecdótico. Si la conversación giraba en torno a la economía, la política, el turismo o las energías renovables, entonces no había límite, podíamos dedicar horas. Su capacidad de tolerancia con los asuntos se correspondía con su utilidad manifiesta y con la importancia dada en los periódicos a cada una de las secciones. La cultura no era de las más suculentas. Además, el lugar parecía construido para no permitir pasar demasiado tiempo hablando de lo mismo. Y cuando había silencio suficiente para dialogar, entonces ya se ocupaban, como vería más tarde, de llenarlo de estupefacientes que hacían imposible seguir un camino que no fuese tortuoso.

Después de iniciar quince conversaciones, con veinte temas cada una, sin ninguna relación entre ellos, Pepe, el chico que llevaba la camiseta de «Nothing is imposible», propuso ir a su casa. El grupo de amigos se mostró muy contento con la idea. El único que parecía sufrir era yo, no por ir a casa de un desconocido, sino por la necesidad de volver a pasar por la entrada. Allí me las tendría que ver y desear con el portero burlado. En el camino me entretuve todo lo que pude para postergar el momento de cruzar la puerta. La multitud giraba al ritmo de las luces, mirando hacia unas jaulas colgadas sobre la pista de baile. Allí arriba, chicas vestidas de tigresas bailaban frenéticas. El suelo de las cajas era de rejilla y dejaba ver unas piernas monumentales terminadas en pañitos de terciopelo. El sudor caía sobre los rostros vueltos a lo alto. Intenté que me tocase alguna de las gotas, pero la gente se arremolinaba

debajo de las danzantes. Contaba con la espera del grupo. Félix, Pedro y Álvaro no se irían sin su cronista. Me mezclé con la admiración divertida y embobada de los bebedores. Me dejé empujar por los que se afanaban a codazos para llegar hasta la barra y conseguir una copa con la que intentar alcanzar el nivel etílico que les permitiera permanecer en el bar esperando que una gota de sudor aliviara el propio sudor con el que se agitaban bajo un cielo de carne.

Entre empujón y empujón me depositaron al final en la escalera que llevaba a la salida, hacia el único que no necesitaba beber para encontrarse en su salsa, él único que se bastaba con su sudor. Efectivamente, según mis previsiones, cuando ya iba a salir, arropado por el grupo de amigos de mis clientes, el portero, tras reconocerme, me detuvo. Mis compañeros insistieron para que me dejara pasar, pero aquello suponía para él una cuestión de honor. De nada sirvió la intercesión, por otra parte bastante tibia, del dueño del bar, el tal Tino, que formaba parte del grupo. Me había colado contra su voluntad y pretendía cobrarme la entrada con carácter retroactivo. Pagué religiosamente y me dejó marchar. Intuía que el orgullo dañado del vigilante no se resarciría con la cantidad de dinero. Y no me engañaba, pronto descubriría que era uno de los esbirros de la familia Botero. Sé que estuvo detrás de las peores perrerías que vendrían más adelante.

Después de la tensión me quedaron muy pocas ganas de seguir. Insinué a Pedro, Álvaro y Félix que tenía ganas de marcharme a dormir. Intentaron persuadirme para quedarme alegando el interés de la casa de Pepe, una de las mayores fortunas de la ciudad. Me adelantaron próximas operaciones de hermanamiento económico entre los Tordesillas y los Botero, por lo que sería del máximo interés conocer las posesiones y los descendientes de estos. Algunos de los Tordesillas pensaban que no quedaría más remedio, dada su situación de quiebra, que apañar un matrimonio de conveniencia entre las dos familias. El problema era que la persona elegida por Maribel y Fuensanta Tordesillas no quería ni oír hablar del tema. De hecho, no había aparecido todavía en ningún encuentro familiar. Se

trataba de la hija de Adela, a la que querían casar con Tino, el dueño del bar donde acabábamos de estar, primo de Pepe Botero, Botero también él. Me extrañó mucho que todavía se hiciesen esas cosas. ¿Quién sabe si yo no conocía demasiado bien el mundo? Les agradecí la información e insistí en mi cansancio. Siguieron esgrimiendo razones de peso para que les acompañara: esa noche me tocaba agotar mi tiempo con esta parte de la familia, estaba obligado a observar hasta el último detalle de sus costumbres, tomar nota de sus conversaciones, compartir incluso su diversión.

Cuando llegamos a casa de Pepe Botero, su primo Tino, cuya tibieza en mi defensa ante el portero de su propio bar me había molestado bastante, se quedó delante de la cámara de vigilancia de la casa. Los demás habían pasado ya, pero él se mantuvo, como se suele decir, chupando cámara, a la altura de la puerta automática y corredera del jardín. Una cámara cuya grabación ni siquiera el único vigilante jurado de la casa, probablemente, estaría viendo en ese momento. Me quedé observándolo porque su rostro desprendía una satisfacción entre cínica y estúpida que me llamó la atención. Como no sabía muy bien cómo justificar mi curiosidad me vi obligado a decirle cualquier cosa.

—¿Por qué te quedas aquí?

—No sé. Me hace sentirme mejor, me fortalece, afianza mi espíritu, me siento más seguro. Cuando he hecho algo de lo que no estoy convencido, me quedo un rato así, delante de una cámara, y enseguida empiezo a sentirme mejor. Lo que consigo, al menos, es aceptarme un poco más.

—Si no es demasiada indiscreción, ¿de qué no estabas tan convencido para tener que utilizar este purgante?

—Supongo que le habrá molestado que no haya pedido al portero de Picú que le dejase salir. Lo siento mucho. Estoy obligado, por exigencias del negocio, a confiar en mis trabajadores. Si él ha decidido hacer algo y yo se lo rebato, probablemente sentirá deseos de consultarme lo que debe hacer en otro caso, con lo cual él hará peor su trabajo, porque yo no voy a estar en la puerta todo el día y porque habré hecho mella en su autonomía para la toma de decisiones. Además, la gente que desempeña este tipo de trabajos tiene una intuición especial, un olfato que no tienen los demás.

—A mí me parece que esos perros ladran antes a un ángel que a un diablo.

—En este mundo, los ángeles no son más que pobres diablos.

—¿Y qué son los actores de una película sin guión, sin espectador, sin director, que van mendigando un papel para su vida en las cámaras de vigilancia?

Afortunadamente llegó en ese momento el guarda jurado que vigilaba la casa, alarmado por el tiempo que la puerta cochera había pasado abierta por la interrupción de nuestros cuerpos en el camino del sensor. Reconoció a Tino y nos pidió que entrásemos. Mi compañero, por ser primo de Pepe, conocía la casa bastante bien; pero el guardés tenía instrucciones, según me enteré más tarde, de no dejar solo a ningún invitado, y menos si era de la familia. Había demasiadas cosas de valor y no confiaban en nadie.

—Supongo que no habrá visto nunca un estilo remordimiento tan conseguido —comentó Tino en voz alta. Parecía buscar una nueva

complicidad a costa de sus primos.

—La verdad es que no —y era cierto. Nunca había visto un amontonamiento de objetos tan heterogéneos y de tan mal gusto mezclado con piezas de valor artístico. Al pasar junto a la puerta de un cuarto de baño entreví lo que probablemente sería un miró.

—La casa tiene veinte habitaciones y veinte cuartos de baño. ¿No es así? —preguntó Tino al guardés.

—Sí, bueno, en la caseta del perro también hay una especie de cuarto de baño, y en la entrada, mi garita tiene un aseo.

—¡Veintidós cuartos de baño y veinte habitaciones! —exclamó Tino.

—Conozco casas igual de grandes que tienen solo tres o cuatro habitaciones y a veces un solo cuarto de baño. Me parecen bastante más lujosas. En estas, con tantas habitaciones, parece que todo tiene que servir para algo. Es como si alguien intentase hacer ostentación de su fortuna con llaves inglesas.

Aunque necesitaba seguir metiéndome un poco con Tino por ser el propietario de un bar en el que se había aplicado conmigo tan a rajatabla el derecho de admisión, agradecía la posibilidad de hablar con alguien, fuese de lo que fuese, y escapar un rato así de lo que yo consideraba el incontinente mutismo profesional al que estaba cada vez más abocado en mi condición de cronista. En un alarde de sinceridad le conté por encima mi encuentro con los padres de sus amigos, mi presencia en el programa de televisión con Julián, la

visita a Membrillo, las aventuras virtuales de los antepasados. Fue una flaqueza de inexperto, una estúpida búsqueda de complicidad. Todavía no sabía que Tino era la última persona a la que debía confesar mis debilidades. Enseguida iba a descubrir que era capaz de las peores tropelías. Con mis confidencias estaba alimentando su animadversión hacia mí. Y lo peor es que él también me reveló alguno de sus secretos. Por lo visto, los Botero habían llegado a un acuerdo con Maribel y Fuensanta Tordesillas para enlazar las dos familias. Eso ya me lo habían contado los tres primos, pero encontraba grandes diferencias entre las dos versiones. Él parecía dispuesto a sacrificarse. Se inspiraba en las costumbres de otras épocas. Me describió a su futura mujer, a la que llamaba la Extraterrestre, con los peores colores. Su cinismo, superior a toda prudencia y discreción, me pronosticó el resultado del matrimonio. Tampoco habló bien de Félix, Álvaro y Pedro. Para él no eran más que tres pringados. Odiaba a la familia. Si se relacionaba con ellos era para manipularlos mejor. Me alarmaron mucho sus palabras. Por la información que tenía, la comida que habíamos tenido en casa de los Tordesillas era el principio de su fin inminente.

Cuando llegamos al salón, todos los amigos estaban sentados alrededor de una mesa baja. Había dos enormes cuernos de marfil a los lados de un sofá. Un perro dóberman de alabastro pulido descansaba delante de una chimenea ciega, alta como un hombre, sin hueco para su uso. De repente, un estruendo enorme dio las horas: de un reloj de pared digital salieron doce pitidos como los que producen algunos relojes electrónicos. Una especie de reloj de cuco vomitó y volvió a tragarse doce veces un lobo que aulló doce veces. Todo eso aliñado con feísimas escenas de caza repartidas en cuadros que ocupaban los huecos dejados por una multitud ordenada de trofeos cornudos. Pepe, bajo la mirada fija de un tigre taxidermizado, preparaba unas copas en un mueble bar adornado con neón intermitente, al estilo de los clubes de carretera.

Terminó de preparar unos cócteles de colores fosforescentes y nos los trajo sin preguntarnos si nos apetecía tomar eso o cualquier otra cosa. Al parecer, la etiqueta en ciertos lugares tiene sus exigencias

con el huésped. Cogió de una bandeja una moneda antigua de cien pesetas y la introdujo en una máquina con discos de vinilo. Se sentó a mi lado mientras empezaba a sonar la música y comenzamos una especie de juerga anodina, hablando de cosas insustanciales como el último modelo de BMW, la calidad de los refrescos de marca española comparados con los norteamericanos, o cuáles son los vaqueros más resistentes. Preocupado por la imagen que tendría que dar de mí mismo en la crónica de la familia —al fin y al cabo yo era un personaje más— intenté llevar la conversación hacia temas que me interesaban, pero aquella reunión no había quien la animase.

Tino y otros dos amigos nos propusieron que pasáramos al cuarto de baño. Yo pensé que lo decían para ver el miró que había entrevisto al pasar por el pasillo. Al llegar allí me encontré un apelotonamiento de gente que esperaba delante del lavabo. Uno, delante de todos ellos, agachado, esnifaba una raya de cocaína. Los demás esperaban con impaciencia. Todos estaban contentísimos: unos, por haber tomado ya su dosis; otros, por estar más cerca de hacerlo.

Aquella alegría desencadenó en mí una serie de reflexiones. Pensé que la necesidad de diversión respondía más a la voluntad de ser reconocidos como seres felices que a una liberación de las costumbres propia de un tiempo tan orgulloso de sí mismo. Ese cuarto de baño era más bien el sumidero de una especie de infelicidad sistemática. La tristeza está mal vista; la vejez, prohibida; la soledad resulta abominable; la muerte no existe. Precisamente por esa asepsia nos encontramos con una especie de dicha universalmente impuesta que nos lleva a la mayor desazón. Cada uno se trata como puede y consigue la dosis de mortificación necesaria en sucedáneos como el desprecio, las habladurías, la depresión, la desconfianza, la hipocondría, placebos muy fáciles de encontrar. Esto hace que todo el mundo esté siempre de juerga. Es una juerga llena de sapos y culebras, de cuchillos y puñales. Desde fuera es perfecto, presenta un aspecto magnífico, pero cuando uno tiene la fortuna de ser admitido en uno de los círculos de este

paraíso de alborozo comprueba que ha entrado en una fiesta forzada por la obsesión de aparentar la condición de ser huésped de la felicidad.

Pedro se irguió, se pasó la mano por la nariz y me dedicó una sonrisa que me obligó a espantarme por dentro.

—De esto ni una palabra en la crónica.

—Los detalles insignificantes no suelen aparecer, salvo petición expresa del cliente.

—El cliente te pide que no lo saques.

—Así será —dije yo para él, intuyendo ya que probablemente tendría que traicionar mi promesa.

—¡Cómo mola esta fiesta! —dijo Álvaro, quien también se había erguido y se limpiaba la nariz con la mano.

El anfitrión me pasó un billete de cien euros enrollado y me invitó a tomar mi dosis.

—Pero no te quedes con el billete, ¿eh?

Siempre he sentido curiosidad por las drogas y me habría gustado experimentar la sensación que producía introducirse por la nariz esos polvos que se empeñaban en magnificar con expresiones peterpanescas como «polvos mágicos» o «nieve pura». La verdad es que se habían pasado parte de la velada haciendo alusiones al «gramito», enrollando billetes o nombrando con crípticas estupideces aquel momento sagrado alrededor del que había girado la noche.

Tino, que se encontraba justo delante de mí, en un alarde de cortesía me cedió el sitio. A veces parecía preocupado por mostrarse digno de aparecer en una crónica. Sin darme cuenta, pero consciente de estar haciéndolo bajo el control de mi voluntad, soplé en lugar de aspirar, con tal fuerza que mi raya y todas las demás salieron volando en miles de partículas que se dispersaron por el lavabo sin posibilidad de reunirlas, pues casi toda la coca se había apelmazado y diluido en las partes mojadas.

La reacción de los que todavía no habían tomado la porción consagrada no se hizo esperar. Me increparon, me insultaron. Los que ya habían tomado su dosis se reían como locos. Aquella diversión solo podía compararse con el angustioso apareo de dos moscas en una cinta de pegamento insecticida. Estos son algunos de los diálogos que se sucedieron a continuación. Los extraigo de mi grabadora sin preocuparme por ponerles nombre.

—Pero bueno, ¿qué has hecho?

—Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

—¿Te queda algo?

—No.

—Pero ¿se puede tomar así, disuelto en el cubata?

—Este cronista es gilipollas.

—Ful de Estambul.

—No te lo metas a la boca, te puede hacer daño en el estómago.

Me temo que la noche se había agotado por mi culpa. A partir de ese momento se formaron dos grupos claramente diferenciados: por un lado estaban los que, con cara de pocos amigos, contemplaban la escena, cogiendo de vez en cuando una revista o sacando el teléfono para disimular su irritación; por otro lado estaban los que habían entrado en el baño antes de que yo llegase, entablados en una frenética conversación cuyo centro era Jorge, el primo de Pedro, Félix y Álvaro. Como todas las personas interesantes que el grupo conocía, el primo Jorge era objeto de análisis despectivo. Su vena sinceramente artística, su complicada y directa relación con la vida eran un enigma inescrutable para el grupo de amigos, que habían encontrado en él a alguien lo suficientemente extravagante como para tratarlo con la curiosidad de entomólogos.

Me levanté tratando de mostrar mi más claro desacuerdo con el apaleamiento moral de Jorge. Por supuesto, mi actitud de enfado solo consiguió jalear más el cacareo criticón. Pedro, Álvaro y Félix tuvieron que entender que mi salida era una causa noble. Ya que

ellos no lo defendían, al menos yo, como representante de la familia, mostraba mi indignación. Por eso no pudieron retenerme más tiempo y me dejaron marchar. Pepe, definitivamente rabioso por haber perdido sus últimas rayas de cocaína, contraviniendo las normas de seguridad de sus padres, me dejó ir solo hasta la puerta. Un poco antes de marcharme pude ver cómo entraban en una habitación donde había un cuadro de San Sebastián iluminado. Empezaron a disparar dardos sobre el mártir. Los aciertos en el cuerpo activaban un gemido electrónico de respuesta. El juego les cambió el humor.

Me dispuse a atravesar la casa sintiéndome un ratón o una cucaracha indeseable. Por los interminables pasillos descubrí que todavía me quedaba ánimo para una última trastada. Por eso decidí perderme en el camino, prolongar la estancia en la mansión de los Botero todo lo que me dejasen las alarmas, los perros, los vigilantes y mi sensatez. Es muy probable que un espíritu novelesco me estuviese jugando una mala pasada. Algo me empujaba a actuar de detective. Mi oficio terminaba en la observación de la realidad y su constatación. Sin embargo, hay muchas cosas que se ocultan, empezando por los verdaderos motivos que yo mismo tenía para desviarme del camino hacia la puerta. No bastaban para descarriarme ni mi inédita vocación detectivesca ni el posible rencor contra los Botero. Tendría que descubrirlo sobre la marcha.

Cada vez que entraba en una habitación, automáticamente se disparaban los interruptores y el espacio se iluminaba. Casi todos los motivos ornamentales de los cuadros y de la decoración de papeles pintados y frescos tenía como leit motiv el cerdo. Series interminables de guarros azules, enlazados con graciosos rabos retorcidos subían y bajaban por las paredes. Ristras y ristras de morcillas y chorizos rosas se entrecruzaban con jamones y paletillas rojos. Empezaba a estar saturado de puercos edulcorados y embutidos de colorines. Mi propósito inicial de perderme en el laberinto de los Botero empezaba a flaquear. Entonces llegué a una especie de sala de trofeos. Nada más entrar se iluminaron todas las luces y empezó a sonar el himno de España en hilo musical.

Montones de vitrinas guardaban en su interior todos los premios conseguidos por la empresa familiar en decenas de certámenes de industrias cárnicas y degustación de chacinería. Así se podía leer en las plaquitas metálicas de los pedestales. Jamones de oro, chorizos de plata, salchichones de honor cubrían de arriba a abajo las paredes. En el vértigo ante tal triunfo de la carne tuve mi primera iluminación detectivesca. Los Botero de esta casa eran los propietarios de esa empresa omnipresente en el mercado internacional de embutidos que lleva el nombre de la familia. Hasta ese momento no los había relacionado. No sé por qué, pensaba que se dedicaban a la construcción, como todas las grandes fortunas de los últimos tiempos.

Por los pasillos, las luces de emergencia me dejaban ver lo suficiente. En una de las estancias encontré un montón de crucifijos colgados boca abajo. Empecé a ver detalles satánicos por todos sitios. Imaginé que habría al menos seiscientos sesenta y seis razones para salir lo antes posible. Recordé el miró que había entrevisto al entrar en la casa. Es uno de mis pintores favoritos. Estaba oculto a los ojos del mundo, encerrado en aquel templo satánico. El ambiente húmedo de los servicios no era idóneo para su conservación. Ni siquiera las visitas lo contemplaban. Cualquier día, quizá mañana mismo, la señora de la limpieza le podría pasar una bayeta mojada por encima. Me empecé a obsesionar con su rescate. Abría todas las puertas impares. Había descubierto que cada una de ellas se correspondía con uno de los veinte cuartos de baño. Un sensor encendía inmediatamente las lámparas; para que yo viese si estaba el cuadro y para que el guarda jurado de la puerta, si no estaba durmiendo, empezase a notar algo raro en el hecho de que se fuesen iluminando una a una las ventanas impares. En el decimoquinto baño lo vi. Era uno de los clásicos temas recurrentes del pintor: Mujer, estrella y caracol.

Cuando lo descolgaba, empezaron a colarse por la ventana los ladridos de varios perros y los gritos de los dueños de la casa. El guardés había dado la voz de alarma. Me dio por imaginar que vendría corriendo hacia mí dando pisotones a cruces dibujadas en

las plantas de sus pies. Con el cuadro a cuestas bajé unas escaleras que conducían a los sótanos. En la parte subterránea las luces ya no se encendían automáticamente. El problema era el olfato de los perros. Como iba bastante sudado, hice pedazos la camisa y los restregué por el cuerpo. En la fuga, iba dejando los jirones de ropa detrás de botelleros, de montones de latas, de botes de cristal. Mientras me alejaba, sin saber muy bien qué hacer con el cuadro, oía el destrozo que provocaban los perros al romper vidrios y tirar montones de latas. Cuando llegué al garaje decidí meter el lienzo en uno de los coches que había aparcados. Al abrirlo empezó a sonar una alarma estruendosa que puso mis coordenadas totalmente en evidencia. Me encaramé al capó de un vehículo y salí al jardín por una ventanuca alta cuando los perros ya me pisaban los talones. El miró no estaba sufriendo demasiados desperfectos, pero ya iba siendo hora de deshacerme de él. Afuera encontré cuatro montones de muebles cubiertos con una tela plastificada sobre la que estaba escrita la palabra «Membrillo», el nombre de la casa de los Tordesillas. Abrí una de las lonas y metí como pude, dentro de un armario, Mujer, estrella y caracol. Los perros ya estaban en el exterior cuando cerraba la lona. Empecé a correr como un loco. Oía ladridos por todos lados. Cogí una sola dirección y me dirigí hacia allá como si realmente supiera adónde iba. El jardín estaba dispuesto en terrazas que bajaban por barrancos cada vez más pronunciados. Por allí no había luces. Tropezaba continuamente con las plantas, con las piedras, con los bancos, con las hamacas, con las bicicletas. Era milagroso que no me cayese. A pesar de los obstáculos tenía la sensación de volar por encima de la tierra. Cada ciertos metros el suelo desaparecía bajo mis pies y caía a otra parte del jardín, agarrándome a las plantas. No me quedaban trozos de tela sudada. Los perros eran más rápidos que yo. En uno de los senderos noté que me daban alcance y me subí a un banco. Pronto tuve siete dóberman a mi alrededor, ladrando como locos. Pude percibir que tenían tanto miedo o más que yo. El único alivio era que al menos no mordían. Después de ladrar un rato se marcharon, callados, sin ganas de más bronca. No muy lejos estaban Tino y Pepe. Seguían rastreando la zona.

—Qué bien que tienes a los dóberman hoy aquí —decía Tino.

—No sé para qué sirven. ¿Han encontrado a alguien? —seguía Pepe.

—No te los vuelvo a dejar.

—Sí lo harás. Aquí sabes que están perfectamente alimentados.

—Si no te gustan mis perros, ¿por qué no has sacado a tu pastor alemán? —desafió Tino.

—La última vez que lo soltamos casi destroza a un niño que pasaba por la calle. Hemos decidido tenerlo siempre atado, aunque haya ladrones. Es demasiada responsabilidad. Podemos terminar en la cárcel por un imbécil.

—Tampoco podemos decir que sea un ladrón de verdad. Lo único que sabemos es que ha entrado en varias habitaciones.

—Y que ha corrido como un poseso —añadió Pepe.

—Y que trabaja de espía de los Tordesillas. No son tan tontos como parecen. No está tan mal pensado, hacerse pasar como cronista. Desde luego, contratar a alguien para ese trabajo solo lo podía hacer una familia como esa, solo sería creíble en ellos.

—Sí, pero creo que ya demasiado tarde —afirmó con lejano orgullo

Pepe.

—¿Habéis firmado?

—Sí.

Jorge: estudio preparatorio, taller de inminencias. Blas: Vía Blanca, capilla de los huesos alzados. Celos por el cronista. Otras funciones.

Después de saltar una última tapia conseguí llegar a la calle, fuera del territorio Botero. Mi botín fue mucho mayor del que yo pensaba. La absurda inocentada del cuadro había terminado poniendo al descubierto asuntos que no terminaba de ver. Nada se había destapado. Solo había insinuaciones, verdades a medias que había escuchado por casualidad y no sabía muy bien interpretar. No tenía tampoco muy claro qué hacer con la información que había conseguido. Mi sentido del deber me obligaba a comunicar lo que había averiguado. Pero me faltaban un montón de datos. Si quería transmitir algo medianamente coherente debía primero atar cabos. Y para eso había que seguir investigando.

Lo primero que hice al día siguiente fue ir a visitar a Jorge. Gracias a él estaba metido en este trabajo de cronista. En parte también por su culpa me tocaba ahora actuar de espía de los Botero para los Tordesillas. De toda la familia, era el que más confianza me inspiraba. Si sentía algún interés por los Tordesillas, se debía a él. Las chanzas y rechiflas de los cocainómanos me habían recordado que tenía con él una deuda que no se había saldado con mi salida enojada de la casa.

Aunque mi visita sorpresa no le había sentado demasiado bien enseguida se mostró muy afable y dispuesto a contarme alguno de sus secretos. Él los tenía más elaborados que yo. Lo primero que hizo fue enseñarme la parte oculta de la casa. Si bien daba al norte, era la más luminosa. Había elegido esa orientación siguiendo los cánones ortodoxos de los artistas para situar los estudios de pintura. De ese modo tenía luz sin dejar que el sol se entrometiese demasiado y terminase por devorar los colores de los cuadros. Me chocó no ver ningún lienzo acabado ni empezado. Estaba todo perfectamente dispuesto para comenzar, algo así como la sala de la

inminencia. Fácilmente adivinó mi pensamiento.

—Sé lo que me vas a preguntar.

—Bueno, este estudio hace preguntas él solo. Se nota que acabas de montarlo.

—Nada de eso. Llevo ya cuatro años con él así. Solo muevo de vez en cuando algún papel, afilo algún lápiz o abro y cierro los botes de trementina.

—Creo que ahora sí tengo alguna pregunta.

—La pintura es solo una manera de aprender a mirar. El acto de mirar ya es en sí una obra de arte, la máxima obra de arte, la más delicada, sublime, insuperable.

—Eres un artista pasivo, digamos.

—No. La percepción es una construcción como otra cualquiera. No renuncio a pintar. Lo haré, cuando haya mirado la suficiente.

Me recordó que en la tradición de la pintura china los artistas pasan un montón de tiempo observando lo que quieren traspasar al papel.

—Algo así es lo que me pasa a mí. Con una particularidad: no me importaría no pintar al final ese detalle del mundo que me ha llevado toda la vida mirar.

—Entonces, este estudio es innecesario.

—No creas, es como el cielo para los creyentes: parece que no se usa, que está en otra dimensión, pero al final se mete en este mundo, lo transforma, lo convierte un poco en el cielo. Si yo no tuviese este estudio, esta especie de cámara secreta, no me fijaría del mismo modo en los colores, en las sombras, en los reflejos.

—¿Seguro que no pintas nada en el mundo?

—Te confieso que últimamente tengo una especie de fijación con los colores del mar. A veces me llevo un cuaderno y unos lápices y acuarelas para tratar de recordar por escrito los innumerables tonos que adquiere con el cielo. Pensamos que tiene un solo color, pero no hay un día igual a otro, y eso donde mejor se puede observar es en la contemplación del mar, en su reflejo.

—El conocimiento siempre es indirecto. Nosotros mismos —permíteme que añada algo de mi oficio—, solo podemos comprendernos, o al menos observarnos, a través de los demás. Por ejemplo, yo conozco mejor a la familia Tordesillas a través de otras personas que están a su alrededor, que los quieren bien o mal.

No se dio por aludido y siguió, dejando sin éxito el primer intento por introducir la información. Yo esperaba una pregunta como «¿Quiénes nos quieren bien?» o «¿Quiénes nos quieren mal?». Como

siempre, mis expectativas superaban con creces la realidad.

—Con las nubes me ha costado bastante más trabajo centrarme en los colores que adquiere el mar. Son más claramente perceptibles; pero ¿quién va a mirar la superficie del agua cuando hay tal profusión de formas alucinantes que se van transformando interminablemente, con una novedad incansable?

—No sé por qué te digo esto. Tengo un incontenible deseo de contarlo. Ya te digo, probablemente no venga a cuento. Ayer estuve en casa de Pepe Botero. Supongo que lo conoces. Es amigo de tus primos.

—Sí. Él y toda esa panda me odian.

—Por lo que oí, puede que no te falte razón.

—Probablemente a ellos tampoco.

—Estoy seguro —continué— de que serían incapaces de hacer lo que yo hice al salir de la casa. Ese tipo de aventuras las guardan para Second Life. Allí, piensan ellos, si uno quiere, puede incluso quemar la casa o el coche de los que te han ofendido, hasta darles una paliza, llegado el caso. Por cierto, también se desahogan escribiendo, haciendo fotos o componiendo alguna canción. El arte para ellos es un espacio de alivio y venganza. La misma catedral de Florencia y otras obras semejantes, por muy grandiosas que pareciesen, no son más que experiencias de desenojo.

—Para ellos, el arte es un adorno. No te puedes dedicar a él con seriedad durante toda la vida. No comparto para nada sus ideas sobre el tema. Creo que el arte es fruto de otra semilla. A mí, desde luego, no me cuesta tanto hacer una obra porque no pueda irritarme. Para ellos en el mejor de los casos el genio es siempre la furia. Y lo peor es que durante toda mi vida, por cuestiones sociales y familiares he tenido que mantener clandestina mi vocación artística. No es raro que un trabajo oculto dé una obra invisible.

Jorge seguía sin interesarse por lo que yo había hecho al salir de la casa de los Botero, así que decidí tomármelo con calma y empezar con otras confidencias más suaves.

—Para lo bueno y para lo malo, la vida es el escenario único donde se resuelven todos los problemas, o se complican del todo. Probablemente hice lo que hice porque estoy harto de que el único sitio donde uno pueda tener aventuras sea Second Life. Tus primos están completamente obsesionados. Si pudiesen, dejarían para siempre esta primera vida. Y esa fe, compartida por otros miembros de la familia, tiene su lado pernicioso. Porque toda esta moda de grabaciones de escenas de cama y de palizas que últimamente aparecen en todos los medios son el tirón de la culata que sufrimos por pensar que la vida tiene algún otro escenario aparte de lo que ven los ojos. La perversión que consiste en cometer atrocidades para grabarlas me parece el efecto de pensar que cualquier cuestión ética o estética pertenece al mundo de la ficción. De ese modo se ha terminado por convertir la realidad en una película de terror. Es como si al iluminar con los focos cualquier episodio indeseable le diésemos un sentido lógico que nos liberase de toda condena. La ficción siempre cobra sus ventajas, para bien y para mal.

Ahora era yo el que se desviaba. Como siempre, los rodeos te hacían descubrir nuevos aspectos de la realidad, informaciones muy importantes para entender el comportamiento de la familia. Esos datos no aflorarían de ninguna manera si no fuese por causas

indirectas, recorriendo lugares a los que no lleva ningún camino.

—Antes de contarme lo que hiciste en casa de los Botero —preguntó por fin—déjame que te explique algo. Desde que murió mi abuelo, hace relativamente poco, sus hijos, quiero decir mi padre y sus hermanos, han sufrido una transformación curiosa. Ya sabes que lo mío es la observación, como lo tuyo. Quizá te pueda servir de algo lo que te voy a contar. A partir de su desaparición las cosas empezaron a revolverse en la familia. Los padres siempre procuran la unión de sus hijos, mantener los lazos. Mi abuelo lo tenía bastante fácil, los hermanos debían compartir una casa grande, con unos terrenos alrededor. Esa fue su voluntad. Pero estaban condenados a encontrar continuamente motivos de discordia. Se enfrentaban por cualquier motivo. La única explicación que encuentro para sus roces es la ausencia de mi abuelo. Bajo su mirada, todo iba perfectamente. Alrededor de él todos giraban con orden, como en un tiovivo, manteniendo las distancias justas dentro del mismo sistema orbital. En su momento los hermanos no aprendieron a resolver por cuenta propia las diferencias. Se pulverizaban al intervenir la autoridad. Ahora han buscado sucedáneos, algo que sustituya aquella mirada imperial y pacificadora, fulminante. Unos acuden a Second Life, otros intentan buscar la complicidad fuera de la familia. Contigo han encontrado justo lo que buscaban: una mirada que los observe, incluso que los juzgue. Algo así como una autoridad que ponga orden. No lo vas a conseguir. Esto no tiene remedio.

Cuando me disponía a contarle mi aventura sonó el teléfono. Era Blas, el padre de Jorge. Le pedía ayuda para ir a recoger unas piezas que se había encontrado. Definitivamente se había olvidado de lo que yo había hecho en casa de Pepe Botero y se puso a hablar de la obra que se traía entre manos. Esperé otro momento propicio para contarle lo que había descubierto. Tenía claro el título de su próximo cuadro: El palacio de Orestes. Se trataba de una casa que rezumaba sangre y se levantaba de la tierra, con muros muy oscuros de piedra casi negra. De las ventanas surgía una luz intensa y rojiza. Me confesó que tuvo la idea un día que leía las tragedias de Esquilo,

no recordaba si eran Las Coéforas o Las Euménides, cuando uno de los personajes grita: «Levántate, casa», intentando que la familia saliese de la maldición en la que habían entrado desde que Agamenón asesinase a su hija Ifigenia en sacrificio para conseguir vientos apacibles en la expedición a Troya.

Nos fuimos al encuentro del padre de Jorge, que nos esperaba en la casa familiar. Por el camino me estuvo contando todos los detalles del cuadro que tenía en mente. No había ni un solo pormenor relativo a la forma, al sentido o al modo de ejecución que no tuviese pergeñado en su mente. Sabía perfectamente qué colores debía mezclar en cada caso, los insectos que reposaban en las piedras de granito, el dibujo en las alas transparentes de la cigarra, cómo crear la atmósfera necesaria para marcar la inminencia de su canto, la proporción de puntos de mica en cada uno de los pilares de mampostería. Incluso los detalles fantasmagóricos, como los rostros asomados a las ventanas de los muertos por la maldición, o la levitación de la casa por encima de una sangrienta superficie de arcilla se encontraban perfectamente dibujados en su propósito. Un cuadro tan romántico en su concepción temática tenía una definición propia de la primitiva pintura flamenca.

Cuando nos acercábamos a la finca de los Tordesillas varios camiones de ganado nos adelantaron. Desprendían un insoportable olor a cerdo. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para concentrarme en lo que estaba contando Jorge. La peste añadía a sus palabras un halo dramático. Era tan intensa que acaparaba casi toda nuestra energía mental. Uno no podía dejar de defenderse permanentemente de ella. Era el momento de contarle que en casa de los Botero había visto un montón de muebles cubiertos con una lona donde estaba escrito el nombre de la finca. También le conté las misteriosas palabras que había oído.

En la puerta de su casa Blas nos esperaba rodeado de electrodomésticos viejos. Su hermana Fuensanta los iba a tirar y él

le había pedido que se los regalase. El camión acababa de descargar en la puerta. Jorge no tuvo tiempo de reaccionar a lo que le acababa de contar. Tampoco parecía muy dispuesto a contárselo a su padre inmediatamente.

—Ayudadme con esta nevera. La pasaremos al patio. Me servirá para guardar las llaves inglesas.

—Papá, tienes ya trastos de sobra.

—No, no tengo ningún sitio para guardar las llaves inglesas.

Entre los tres conseguimos llevar la nevera hasta el patio. Durante el camino tuvimos, efectivamente, que sortear todo tipo de muebles de dudosa procedencia y uso. Cada vez que chocábamos con algún obstáculo Jorge emprendía un discurso contra la manía de su padre de adoptar todo tipo de cacharros inservibles.

—Ahora la lavadora.

—¿Para qué quieres la lavadora? No te sirve de nada. Es acumular mierda.

—Una orbegozo como esta no voy a dejar que se la lleven al vertedero. Eso de que no sirve no es cierto.

—Míralo, don Marcas, como si eso te hubiese interesado alguna vez.

Las indicaciones que teníamos que darnos para trasladar el muerto cortaron la discusión, que no se pudo reanudar porque el padre nos dio otras instrucciones sobre cómo desmontar la lavadora, qué hacer con las piezas y porque se fue a recolocar la cocina, que había quedado fuera. Teníamos que desmontar las placas embellecedoras de los dos electrodomésticos y amontonarlas en un rincón del patio. Luego había que arrancar el tambor de la lavadora y agrupar las piezas más pequeñas. Todo el patio estaba lleno de montones cuya regularidad no se apreciaba a simple vista. En una especie de papelera metálica había tornillos. Aunque te fijases bien no encontrabas fácilmente el sentido del agrupamiento. Eran de tamaños muy variados. Cogiendo dos de las piezas y observándolas por separado me fijé en que eran octogonales. Saqué otra y era también octogonal. A la quinta deduje que estaban ordenadas por el número de lados. En la cesta de al lado estaban las hexagonales. En el basurero dominaba la geometría.

Las imprecaciones de Jorge me sacaron de mi arrobo cabalístico. Estaba peleando con una de las placas de la nevera y no había manera de arrancarla. Al ayudarle me sorprendió su cambio de personalidad. De ser una persona dulce y tranquila, de cuya boca no se escapaba ni una maldición, se había convertido, al llegar a casa de su padre, en un saco de juramentos vertidos a diestro y siniestro. No sabía muy bien si el humor le había cambiado al conocer mis descubrimientos en casa de los Botero o si estaba simplemente enfurruñado contra los trastos de su padre. Yo lo escuchaba pensando que su indignación debía de encajar de algún modo, como toda aquella basura a la que su padre sacaba diariamente del caos.

—Vamos a la Vía Blanca —interrumpió, de repente, Blas cargado con un montón de planchas blancas de recubrimiento de electrodomésticos.

A Jorge se le transformó la cara. Dejó de quejarse. Ahora mostraba un entusiasmo sorprendente. Cogió todas las láminas blancas que pudo y me dio otras cuantas para que yo las llevase. Por el camino, lo primero que encontramos al salir de la casa fue un árbol lleno de bolsas de plástico atadas a las ramas. Con el viento parecía un árbol volador, lleno de colores extraños. Estaba seco. Blas, que le había tenido bastante aprecio cuando era todavía un olmo frondoso, había decidido cubrir su muerte con una alegre memoria.

—Lo vi una vez en Badajoz. Un campesino había adornado uno igual en la puerta de su casa —me dijo, intentando restarse originalidad, algo que parecía formar parte de su carácter.

En silencio nos cruzamos con paredes recubiertas con restos de aperos de labranza que parecían bandadas de golondrinas de hierro volando por un deslumbrante cielo blanco. Aquí y allá había improntas de Blas: muebles cubiertos de piedras en mitad de un bancal, ruedas como remate de las ramas de un árbol, similares a las que había visto en pinturas del siglo XV sobre el final del mundo, carrocerías de coches aparentemente abandonadas a la orilla de un camino. Como una especie de sacerdote había conseguido un hermoso matrimonio entre la pura naturaleza virgen y toda la basura que se genera en una civilización mecanizada. Avanzábamos por un camino medio abandonado por el que hacía tiempo que no transitaban vehículos. En la cuneta vimos un sofá con todos los muelles asomando por la tapicería del asiento, girando en espiral al aire libre. Un poco más allá, un sillón de madera quemada, sin respaldo, dejaba ver a través de su esqueleto unas plantas de hojas carnosas que se balanceaban sobre la tierra. Una silla de enea desmadejada y atada a las ramas altas de los árboles cercanos parecía decirnos que había que caminar. Muebles escrupulosamente destrozados hacían guardia para que a nadie se le ocurriese sentarse.

El camino terminó. A partir de su final todo estaba recubierto con

planchas metálicas. Las depositamos al borde y Jorge me pidió que le siguiera mientras su padre colocaba las piezas que habíamos traído. Nos salimos del camino y subimos por el monte hasta lo más alto de un cabezo. Desde allí me enseñó la Vía Blanca: una deslumbrante línea que recorría el campo a nuestros pies y se cortaba, de repente. Podía ser el camino de Jauja, el camino de Hänsel y Gretel, el camino a ninguna parte. Me quedé sin palabras, en mi pensamiento no cabía ni una sola sombra de duda. Conmovidos, Jorge y yo casi simultáneamente comenzamos a subir por lo más denso del monte, por donde el esparto, las jaras, los lentiscos y los chaparros intentaban impedirnos el paso. Al atravesar toda aquella masa vegetal íbamos desprendiendo el aroma del tomillo y del romero. Cada uno llevaba un camino paralelo, pero juraría que disfrutábamos de un ánimo común. Nuestros cuerpos parecían guiados por la alegría de un dios risueño.

A partir de cierto momento nos perdimos. Avanzábamos por el simple placer de avanzar, de sentirnos vivos, más vivos que nunca, arañándonos contra las matas llenas de espinas y los cardos, extraviados, bajo el extraño influjo de la Vía Blanca, que nos obligaba a trazar un camino donde no lo había, a buscar una dirección que fuese en todas las direcciones, a caminar con unas piernas donde se apelotonaban con gran emoción el peso de todos los hombres y sus ganas de volar. Detrás de unos pinos sobresalía una torre de colores con una forma muy rara, similar a un cono invertido. La anchura superior provocaba una sensación de extrañeza. De nuevo otro desafío a la realidad que tenía todos los visos de ser obra de Blas. Conforme me acercaba la construcción se ocultaba tras los pinos que rodeaban la torre. Cuando salí al claro del pinar me encontré con un montón de chatarra dispuesta verticalmente. Se levantaba casi milagrosamente en mitad del bosque. El viento hacía que alrededor los pinos se moviesen con su afilada canción de baile. No sé por qué, me acordé de aquella época imaginada por los paleontólogos en la que casi todos las florestas de la tierra eran bosques de coníferas; un tiempo de viento permanente, mucho más fuerte que el que normalmente nos empuja hoy; y pensé en la interminable canción de resistencia que entonarían los árboles luchando contra el viento, agarrados a una

tierra deleznable que no dejaban escapar. Al salir de aquella evocación carbonífera escuché un sonido encantador que no procedía del viento entre las ramas de los pinos. Entonces me fijé en los tubos de hierro que sujetaban al suelo los coches que estaban más altos. Estaban agujereados y formaban un maravilloso concierto con los pinos. El arpa eólica se dejaba soplar y era respondida por un pájaro carpintero que trituraba una corteza. Las ramas crujían imitando a una velocidad todavía más apresurada el picoteo en busca de gusanos. No sabía si toda aquella confluencia de acordes era debida a un estado de percepción inusual. Seguramente yo había llegado cuando se cruzaban una serie de sonidos que cuajaban sobre el suero de un silencio transparente. Me sentía pleno.

Casi a la vez llegaron Jorge y Blas. Salieron al claro por flancos diferentes. No sabía muy bien cuánto tiempo había estado caminando por mi cuenta. Sé que anduve por el bosque lo mismo que ellos. Al llegar a la torre, me había detenido en una especie de arrobo que me impedía contar las horas. Jorge me había estado buscando. Blas había ido y había vuelto de la casa.

—Tenéis que acompañarme. Tu tía se ha vuelto completamente loca —y luego, como en un inciso, dirigiéndose a mí para explicarme rápidamente el origen de la torre—. Lo vi una vez a la salida de Sevilla, cerca de Itálica. Estaba en un solar de desguaces. Me encantó la idea.

Ni Jorge ni yo entendíamos muy bien qué problema podía haber surgido. Por el camino, mientras se apresuraba sudoroso y tiraba de nosotros con una extrema preocupación solo nos quedó claro que se trataba de su hermana Fuensanta. Supimos que estaba fuera de sí y que amenazaba con llamar a la guardia civil, a su abogado, al obispo. Blas hablaba de la capilla, de los huesos, pero su discurso era muy atropellado, tan plagado de obstáculos, vueltas y revueltas como nuestra bajada del monte.

Cuando llegamos lo entendimos todo bastante mejor. Fuensanta estaba en la puerta de la capilla, que había abierto de par en par. Llamaba por teléfono sin parar. No nos hacía caso. Sus palabras y sus gestos eran tan confusos como claro el día en el que se recortaba su figura.

En el interior de la capilla Blas había organizado otra de sus instalaciones. Colgaban huesos por todos sitios, a todas las alturas, hasta más o menos el nivel de la cabeza. Parecía un bosque fúnebre. A nadie se le habría ocurrido un homenaje mejor. Había encontrado así un modo de zanjar la controversia de sus hermanos sobre la manera de inhumar los huesos de sus antepasados. Con aquella multitud de tibias, caderas, vértebras, falanges, coxis, cráneos completos e incompletos, con mandíbulas sin batir, costillas, huesos sacros, omóplatos y clavículas, una suave brisa jugaba a las tabas. Debajo sentí el naufragio absoluto de las edades. Me veía hundido en el presente, en el fondo donde el tiempo hace pie. En el centro de aquella deriva inmóvil de la muerte escuchaba los gritos de la Antígona Fuensanta clamar contra la pública y caprichosa exhumación de su hermano, quien se acercó un momento para decirme casi al oído:

—Lo vi en Madrid, en una instalación del cubano Kcho. Había recogido objetos que pertenecían a los balseros que se marchan desde su isla. ¡Y los había colgado todos en el techo! Era como si uno estuviese debajo del agua y viese sobre sus cabezas flotar un montón de objetos a la deriva.

Me llamó la atención esa especie de obsesión de Blas por demostrar que sus obras no eran nada originales. Era incapaz de mostrarte algo sin hacer uno de esos comentarios. Pensé que se trataba de un rasgo de modestia, algo así como una declaración de pertenencia a una tradición. Probablemente también era una forma de escudarse

frente a una familia decidida a hacer picadillo su sentido estético, demasiado escorado hacia la colección de basuras. No era raro que lo llamasen artista pulgoso y que se quejasen de los trastos de su hermano.

Fuera Jorge intentaba mediar entre su padre y su tía.

—¿No crees que sería mejor hablar entre nosotros?

—Para hablar, están nuestros abogados. Yo, ante la barbarie solo encuentro insultos. Ya te he dicho que no hablo con locos. Debería mandaros más bien a mi psiquiatra.

Fuensanta, como tanta gente, pensaba que el único entendimiento posible lo proporcionaban los abogados. Había perdido la práctica de hablar. La palabra solo le servía para desahogarse, para maldecir y para murmurar. Para ella los demás carecían completamente de razón. No recordaba que se trata de una facultad humana, que uno no se puede apropiar de ella y convertirla en un privilegio individual sin dejar de ser racional. Entre sus gritos me pareció escuchar que el diálogo fuera de los tribunales era para ella una práctica de seres incivilizados. Fuensanta solo creía en las leyes, que identificaba completamente con su voluntad, y confiaba a los juristas el ajuste entre su deseo y el derecho.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —me espetó, de repente, Fuensanta—. ¿No deberías estar con Agustín?

Efectivamente, recordé que había recibido un mensaje el día antes, durante la noche con los hijos de Maribel, en el que me citaba a

pasar el día con Agustín. Intenté consolarla de su irritación con su hermano. Si un rayo había puesto al descubierto los huesos de sus antepasados, no sería injusto rendirles el tributo de una intemperie cobijada. En la capilla se podría mantener su recuerdo sin profanarlos.

—Es necesario cubrir la carne, pero los huesos ya se pueden exhibir —se me ocurrió decir.

—De ninguna manera, la muerte hay que esconderla —dijo de pronto Amancio, que había surgido en mitad de su ausencia.

Empezaba a acostumbrarme a estas apariciones de los Tordesillas. Estaban muy dotados para la ubicuidad.

—La muerte hay que respetarla, pero no ocultarla, y yo creo que lo que ha hecho Blas es un acto de amor hacia sus ancestros —insistí.

—Mira, a nosotros los restos de nuestros ancestros —siguió Amancio— ya no nos importan demasiado. Habíamos llegado a un acuerdo el otro día para darles una sepultura digna en un magnífico mausoleo que les iban a construir Pedro, Félix y Álvaro. Pero estos colgajos son una verdadera ridiculez.

—La verdad es que no se me ocurre nada —zanjé, porque verdaderamente no sabía muy bien cómo defender aquella maravilla.

La prima Juana, a quien había conocido destrozando un coche a horcajadas de su primo Agustín el día que vine por primera vez a Membrillo, llegó corriendo para decir que había una procesión, una Santa Compaña, según ella, que pasaba en ese momento junto a la casa grande. Todo el mundo salió corriendo para ver qué era aquello. Y sí, un grupo de unas veinte personas, vestidas de montañeros, caminaban por la carretera con sus mochilas y llevaban cada una de ellas una vela roja encendida. Se trataba de una procesión de difuntos de carne y hueso. Me temo que nuestra actitud sigilosa de espías era bastante más extraña que su marcha. Nadie se atrevió a preguntarles. Todos en la familia preferían imaginar sectas extrañas movidas por un magnetismo telúrico que tiraba de ellos hacia aquel lugar que —más adelante lo sabría— ya casi no pertenecía a la familia Tordesillas. Solo yo, en mi papel de cronista, me vi en la obligación de averiguar quiénes eran. Pero tuve la delicadeza de esperar a que todos se hubiesen marchado para hacer las indagaciones. Realmente, el motivo para llevar las velas y caminar dispuestos de ese modo era tan insignificante y anecdótico que lo he olvidado. En la familia, en cambio, el tema habría dado para dos días si no hubiese otros más urgentes que yo mismo iba a sacar.

Al volver, todos envueltos en la conversación de la extraña teoría de las velas, hubo una reconciliación general. Amancio sacó de Blas una solemne declaración en la que se comprometía a desmantelar su bosque óseo y llevar los restos a la parroquia.

—En la catedral de Toledo —nos dijo a todos— cuando cae uno de los capelos cardenalicios que cuelgan del techo se supone que el alma del difunto que lo llevaba entra en el cielo. O cae al infierno, ya no recuerdo. Así habríamos podido seguir los pasos por el más allá de nuestros antepasados. Habéis perdido vuestra oportunidad.

—Hoy tienes que venir a mi casa —me dijo Amancio ejerciendo su derecho a ser observado—. Vamos a hacer una obrita de teatro.

Blas me recordó que todavía no había estado en casa de Adela, que Maribel y Fuensanta acaparaban toda mi atención y mi trabajo.

—Vale, esta tarde vas a casa de Adela y después vienes a mi casa. Da igual la hora que sea —aceptó con esa condición Amancio.

Nunca había estado tan solicitado. Me esperaba una dura jornada. No me dejaron marcharme a descansar. Querían que asistiera a una conversación y les aconsejase sobre un asunto que acaparaba casi el ochenta por ciento del tiempo que pasaban juntos: la manera de conseguir pasar de personas simplemente adineradas a completos millonarios, a ser posible sin mover un solo dedo, utilizando solo el ingenio, la idea inicial que desencadenaría inmediatamente un aluvión de millones. En parte estaban obligados a aumentar sus ingresos para mantener con cierta dignidad la propiedad que habían heredado de sus padres. Las inversiones que requería Membrillo les hacían buscar en su imaginación posibilidades más o menos reales para aumentar el capital familiar. Pero no era fácil. Todo había sido ya inventado o explotado.

—Ya sé —exclamó Amancio tras una triste crisis de silencio—, nos forraremos con la crónica de Ful.

Yo estaba deseando zanjar la cuestión y marcharme. Sentía la obligación de contarles lo oído en casa de los Botero, pero no veía el momento, y Jorge tampoco se lanzaba.

—Por cierto —exclamó Fuensanta—, he traído el contrato.

—¿Qué contrato? —preguntamos casi todos.

—El del cronista —respondió Fuensanta.

Lo leyó en voz alta para verificar que todos estábamos de acuerdo. Mis funciones: escuchar, anotar, escribir en un estilo adecuado, asistir a los eventos familiares. Debía estar disponible en fines de semana si había algún encuentro señalado. Me obligaba a acompañar a determinados miembros de la familia en sus diversiones. Hacían hincapié en descartar visitas a los lugares de trabajo por considerarlos anodinos y carentes de suficiente interés novelesco. Se establecía mi sueldo. Se estipulaban las condiciones de trabajo y se determinaban el principio y el final del contrato. Al terminar mi trabajo, tenía la obligación de entregar a la familia un mínimo de doscientas cincuenta páginas con el relato de la «inusual vida cotidiana» que llevaban los Tordesillas. Nada decían de la posible publicación. Se les había pasado quitarme el derecho a editar por mi cuenta los asuntos que yo creyese convenientes sobre la familia. Pecaban de ingenuos, y no se debía a una excesiva confianza en los seres humanos. Había cosas que no se planteaban. No concebían que ciertas maldades pudiesen cometerse contra ellos. Un contrato no es más que la enumeración de las vilezas que una de las partes puede cometer contra la otra. Ahí es donde flaqueaban los Tordesillas. Su imaginación no alcanzaba el impresionante abanico de abusos que la mayoría de la gente ejerce, sufre o contempla a diario. Era para echarse a temblar.

—En el contrato, yo añadiría a mis obligaciones la labor de espía. Pero antes de deciros por qué, os voy a contar el único negocio con posibilidades que se me ocurre. La idea la tuve el otro día leyendo el periódico. Por lo visto se está poniendo de moda el suicidio espectacular. Uno se mete un tiro, lo graba y lo cuelga en Internet. Yo os propongo que aprovechéis esa corriente social y lo convirtáis en un negocio dándole algo más de dignidad. Podríamos crear una empresa que ofertase diferentes formas espectaculares de morir,

relacionadas con célebres muertes de otras épocas. En Holanda ya nos están pisando la idea. Una empresa que se llama Dignitas cobra por llevarte a un aparcamiento junto a un bosque, proporcionarte un cóctel de barbitúricos y trasladarte al crematorio hasta convertirte en cenizas. El problema es que no le dan ningún glamour al asunto. Yo os puedo asesorar en el folleto y me comprometo a traer lo antes posible un esbozo de las diferentes formas de morir que se me ocurran. La ejecución ya corre de vuestra cuenta.

La familia tenía una clara debilidad por la muerte. Todos confesaron que lo primero que visitaban cuando llegaban a una nueva ciudad era el cementerio. Aquello les pareció genial. El problema es que lo había conseguido a costa de cargarme con más trabajo. Y todavía me faltaba lo más delicado. Jorge me echó un capote. Dejaron que me marchase antes de empezar a tratar el asunto Botero. Creo que mi obligación habría sido estar allí en aquel momento. Demasiado serio para un cuento de segunda mano. Más tarde, por lo que me contó Jorge, supe que un insólito pudor de la familia a mostrar en público sus desavenencias más violentas estuvo tras mi ausencia. Yo era para ellos como el difunto abuelo Tordesillas. En cualquier caso, me fui feliz al ver a Adela, intuyendo que esa parte del trabajo iba a resultar un poco menos tensa.

Visita a casa de Adela. La pareja más rara de la familia. Una parcela en el mare Marginis de la Luna. La infinita propiedad de un trozo de la Luna. ¿Taxidermia o crionización?

La verdad es que no sabría decir si Adela me esperaba o no me esperaba, si me dejó pasar o fui yo quien me tomé la libertad de entrar en su casa, si, una vez dentro me invitó realmente a sentarme o me dejé caer en un sillón al ver que ella se sentaba. Se había arreglado como para que le hiciesen un retrato. Su postura en el sillón era inquieta. No sabía cómo posar, ni de qué hablar. Me ofreció una taza de té y no me la sirvió. Estuvimos en silencio más de una hora, cortado solo por mis intentos de reanudar una conversación que no había terminado de empezar. Cuando se me ocurrió que con el tema de los enterramientos probablemente dijese algo, me encontré con que casi lo había olvidado y no quería saber nada. A pesar de lo necesitado que estaba, tampoco me atreví a tocar con Adela la información conseguida en casa de los Botero. Otro asunto con el que intenté hacerla participar en algún tipo de conversación me lo proporcionó un manual para taxidermistas que reposaba en la mesa del salón. No había nada en la habitación que pudiese ser interpretado como una práctica de un aficionado a la taxidermia. Como seguía muda, le propuse marcharme, pero de ningún modo quería renunciar a mi compañía.

A la hora tuvo piedad y me pidió que saliese a la terraza. Allí estaba su marido y podría ser que él tuviese algo que decir o hacer que fuese digno de recordarse. Adela me previno de que odiaba la primavera. Era alérgico y se pasaba el tiempo regulando el clima del interior de la casa. Tenía debilidad por comparar la temperatura del interior con la del exterior y le gustaba hacer gráficos térmicos con los cambios a lo largo del día. Cuando se aburría se dedicaba a pasar los centígrados a Farenheit, y si el aburrimiento era enorme, como ese día, los pasaba a Celsius. En ese momento estaba ocupado abriendo una ventana para comprobar la temperatura de las ocho de la tarde y compararla con la temperatura del mismo día, a la misma hora, en 1977. Una bocanada de gritos de golondrinas se

coló.

—Vete a tu país —contestó espontáneamente, dirigiéndose al griterío que se colaba entre los edificios rebotaba y entre los muros vecinos que sitiaban la terraza—. Odio estas estaciones tan variables. Puede haber cambios entre la sombra y el sol de quince grados. No lo voy a conocer, pero me gustaría ir a la Luna y quedarme a vivir allí. Sí, ya sé, ya sé que en la Luna los cambios son bastante más bruscos, pero en una estación lunar el clima está perfectamente regulado. Me podría dedicar a otra cosa, a calcular, por ejemplo la cantidad de vaho que se formaría en el cristal, o el tamaño minúsculo de algunos accidentes geográficos de origen espacial. Esas locas que chillan histéricas ahí fuera emigran para mantenerse siempre iguales. Se mueven para conservar la quietud.

De repente me miró por primera vez y como si hubiese descubierto algo en mi rostro sonrió, me cogió del brazo y me introdujo en su habitación de estudio.

—Venga, venga, ya que tengo el honor de recibir en casa a alguien que se preocupa por mi vida, le seré un poco sincero y le contaré mi verdadera historia. Yo no sé si usted tiene una verdadera vida, la verdadera vida es la vida de nuestros deseos. Normalmente ocultamos esos deseos a los demás, pero disfrutamos de ellos con la gente que nos gusta, y usted me ha gustado, sinceramente.

—Me alegro, caballero. He de decirle que usted también...

—No se preocupe —me interrumpió—, no tiene por qué corresponder. Es casi mejor así. Ahorraremos tiempo. Yo sé que está usted aquí por motivos de trabajo. Cuanto antes terminemos, antes podrá usted marcharse a su casa. Yo le cuento mi deseo. Usted no

tiene que contarme el suyo. Seamos pragmáticos. Tampoco quiero pasarme el resto de la vida siendo sincero y escuchado sinceridades de los demás.

Todo esto lo dijo casi a oscuras, en un cara a cara invisible. Acabábamos de entrar en la habitación y todavía no había encendido la luz. Durante un buen rato se calló. Por un rato pensé que la sinceridad de la que hablaba consistía en ese silencio mantenido. Me hubiese atemorizado si no hubiese hablado previamente con Adela. Al encender la luz se iluminó un mapa de la Luna editado por la NASA. Tenía bastantes detalles.

—Lo que le he dicho de la Luna no es solo un sueño, es un proyecto que llevo meditando desde hace bastante tiempo. Ya tengo mi parcela comprada en el mare Marginis.

Más o menos hacia el este, concretamente en el extremo oriental, me señaló, en el mapa iluminado, un mar, una mancha negra cuya visibilidad se perdía en la cara oculta.

—Mire, ahí, justo en la orilla que no se ve de este mar lunar, el mare Marginis, es donde yo querría ir a parar. Desde allí vería muy raramente la tierra. Está justo en la zona de libración. Cada mes me asomaría uno o dos días... Bueno, yo y todo el satélite. Viviría casi de espaldas al mundo, en una zona extraña, con un brillo de luminosidad casi autosuficiente, producido por un mineral llamado anortosita que domina en esta zona. En dos zancadas llegaría al mar de las Crisis y al mar de la Serpiente. Me daría esporádicos paseos por la Laguna del Sueño y tendría una casa de recreo en el golfo del Éxito o en el de la Concordia.

—Me temo que se han abandonado por el momento los viajes a la

Luna.

—Yo soy paciente. Mire, le voy a mostrar el título de propiedad de mi parcela en la orilla oriental del mar de los Márgenes. Es un título legal, con el sello de la Lunar Society Republic. Me la vendió Denis Hope, propietario de la Luna y otros ocho satélites y planetas más del Sistema Solar. Los gobiernos de los países del mundo no tienen capacidad para adquirir propiedades extraterrestres. Esto está ratificado por la ONU. Este gran propietario del espacio exterior aprovechó que nada se decía sobre los particulares y registró como suya toda la superficie lunar. Si a usted le interesa, le diré que su empresa inmobiliaria se llama Lunar Embassy. Mi parcela linda con la de John Travolta y la de Tom Cruise. Según me han dicho, es como una Beverly Hills. Allí está, discretamente camuflada a los ojos de los terrícolas, que no podrán observarnos con sus potentes telescopios de paparazzi. El problema, pensará usted, es que la misma parcela la podría vender, con el mismo derecho, cualquier otro particular. Yo he tenido en cuenta esa eventualidad, y para cubrirme las espaldas y acumular derechos de propiedad compro a todos los nuevos propietarios que declaran sus derechos sobre mi territorio. Por el momento tengo ya tres escrituras. La que le acabo de mostrar de Lunar Embassy y estas otras dos, una de Moonstate y otra de Crazyshop.

De repente, tras un momento de silencio en el que yo intentaba expresar con mi rostro el hieratismo propio de un cronista, Eugenio miró el reloj y salió corriendo hacia la ventana donde se encontraba el termómetro exterior. Una vez consultado, las golondrinas volvieron a pasar muy cerca de la calle en la que nos encontrábamos y mi anfitrión volvió a gritar hacia ellas: «Vete a tu país». Mientras apuntaba en su cuadernillo los datos que acababa de observar recordé dónde había oído esa misma frase. Un día, en el metro, escuché a un inmigrante magrebí escupírsela violentamente a un inmigrante hispanoamericano. Al volver de ese estúpido recuerdo, posé mis ojos sobre un hombre que estaría dispuesto a comprar su parcela de la Luna a todos y cada uno de los seres humanos que levantasen acta de su propiedad lunática, que pagaría

sus títulos de propiedad conforme los demás fuesen registrando la completa posesión del universo. El único ser humano verdaderamente democrático, capaz de adquirir a todo el mundo su derecho sobre un trozo de tierra que no pertenecía a la Tierra. Si hasta el último mono hubiese levantado escritura notarial del cielo, la humanidad entera se haría acreedora de Eugenio, el más admirable propietario. Y allí, para colmo de tanto esfuerzo, pretendía vivir taxidermizado. Al cabo de sus apuntes volvió a sus asuntos lunáticos.

—Es un lugar muy tranquilo, se lo aseguro. El terremoto más violento que se ha registrado en la superficie es de dos grados en la escala de Richter. Nuestras cápsulas de cristal resistirán perfectamente. Podremos estar en contacto directo con el espacio interplanetario. Además, si hay una cosa por la que realmente siento un verdadero interés es por contemplar los microcráteres, de un metro, incluso microscópicos. Le he pedido a mi mujer que mande disecarme si muero antes de que volvamos a la Luna, y que así me lleve a la parcela y me introduzca en uno de pequeños boquetes que poseemos. Prefiero la taxidermia a la crionización. Te permite un margen mucho mayor. Todos sabemos lo poco que duran los productos congelados cuando los sacamos de la nevera. En cambio, hay un montón de castillos repletos de fieras cazadas por sus antiguos habitantes que se mantienen en perfecto estado, más presentables que los dueños de esos mismos castillos, que los cazadores de los trofeos. En el fondo, lo importante no es que uno mire, sino que a uno lo vean. Yo con eso me conformo. Y nadie va a entrar en el refrigerador para echarte un vistazo, ni siquiera tus deudos, a principios de noviembre. Allí en la Luna podría ser el primer taxidermizado. Hay que ser el primero en algo.

Una vez más, tenía la sensación de que estaban actuando para mí. La misma Adela, tan ciclotímica en su conducta y en su actitud, me hacía recelar algo excesivo en su contención, en su indiferencia hacia mí, sobre todo porque me había obligado, a pesar de no mostrar el mínimo interés por el asunto, a permanecer observando su pasividad. He de reconocer que en su caso había cierto

nerviosismo que le otorgaba una apariencia de naturalidad. Supongo que, simplemente, no había encontrado a tiempo un papel con el que mantener la mirada del cronista.

La verdad es que prefería que todo aquello no fuese más que cuento, porque de tener algún fundamento en su carácter y en su verdadera voluntad, no tenía ganas de permanecer con ellos ni un momento más. De los últimos días solo me quedaba un regusto de autenticidad: la experiencia del robo del cuadro. Era lo más absurdo que había ocurrido, no había ninguna razón, ninguna causa para hacerlo. Ninguno de los Tordesillas estaba directamente implicado. Sin embargo, tenía más sentido, era increíblemente más fructífero, incluso laboralmente, que huesos, comidas, discusiones y poses familiares.

Cuando salía, Adela estaba hablando por teléfono con alguno de los hermanos. El tono utilizado era violento. Sin quererlo oí alguna referencia a la firma. La tormenta se había desatado entre los Tordesillas. Por ello decidí abandonar la casa lo antes posible. Adela no parecía tener tiempo ni humor para despedirse de mí. Eugenio miraba el reloj, tomaba nota; miraba los termómetros, tomaba nota. Si no, manipulaba termostatos. Luego volvía a mirar la hora, la temperatura, los cuadernos. Tras un rato esperando una despedida formal les dejé en una hoja unas palabras de adiós y me marché. Utilicé como excusa la invitación que me había hecho Amancio.

Cuando iba por el pasillo hacia la puerta salió un papel blanco de debajo de una puerta. Ponía «hola» en letras rojas. Pensé que estaba escrito con una barra de labios, pero seguramente eran simples ceras. Confieso que salí corriendo sin querer saber quién había escrito aquello. Había tenido suficientes extravagancias.

La casa de Amancio. El pasillo de las máscaras. El ogro, el lobo y la bruja. Trampas vitales.

Huía hacia una casa repleta de máscaras, donde gestos tristes para siempre callaban, congelados en mirarte desde tiempos remotos. Había maravillosas máscaras con los pelos en punta, fabricadas con madera de abedul oscurecida, objetos antropomorfos con varias filas de dientes, mitad tiburón, mitad humanas. Caretas de las que uno no estaba muy seguro si producían terror o lo sufrían, con los pómulos salientes y rostros tensos por el paso del tiempo. En algunas, la parte trasera era un oso; la delantera se mostraba irreconocible, pues consistía en un híbrido de ave y lobo. Identidades permanentemente bifurcadas que, a su vez, se doblaban monstruosamente en cada uno de los lados. Pensé que el aire tardaría muchas horas en borrar la mueca de un drama lleno de voces invisibles. Tarde o temprano terminaría adueñándose del interior de las vitrinas y apoderándose de las vetas más ocultas de la madera.

Por todo aquel bosque de animales hombres y hombres animales me condujo Amancio hacia un salón no menos recargado. Ya no había máscaras que ocultasen el vacío de rostros inexistentes, sino cortinas de todos los tamaños que servían de telón de fondo a los invitados. Por todos sitios encontrabas vitrinas repletas de bibelots, aparadores que a duras penas resistían el peso de platos, fuentes y vasijas con motivos chinescos, maceteros con tiestos de plantas que alzaban sus tallos hasta el techo. Yo soñaba despierto con ese lugar desnudo de la casa donde no hubiese un motivo decorativo.

La única silla que quedaba libre era uno de los asientos de un tú y yo tapizado con terciopelo y adornado con borlas de tela. Allí estaba sentada una mujer bastante cargada de alcohol. Me puse a su lado, frente a ella. Hablaba casi como por instinto, sin importarle demasiado quién era yo ni el tema de la conversación. La turbiedad

de su discurso impedía reconocer la mitad de las palabras. Su lengua se daba golpes de borracha contra las paredes del paladar. La imaginaba como un monstruo ciego y locuaz nadando en un charco de saliva. Como no podía estar demasiado tiempo escuchando a la mujer sin imaginar penosamente la lengua, pregunté a Amancio por aquella colección de máscaras que tenía a la entrada. Me dijo que la había traído un antepasado, un tal Juan Pérez, en el siglo XVIII, tras una expedición a Alaska en la que habían explorado la zona y realizado intercambios con los indígenas. Luego tuvo que atender a otras visitas que estaban continuamente solicitando de él bebidas y atenciones. Yo volví a quedarme solo con la mujer del tú y yo.

Enseguida vino la adolescente Juana Tordesillas a avisar a su padre para que hiciese algo en el interior de la casa. No podía aguantar ni un minuto más escuchando la cháchara farragosa de la mujer del tú y yo. Amancio y su hija desaparecieron tras una puerta antes de que yo pudiese abordarlos. Los seguí por donde pensaba que habían salido. De nuevo crucé el pasillo de las máscaras. Me demoré un poco observando las vitrinas. La iluminación fantasmagórica de las piezas, los gestos y las plumas me hacían desear salir por la puerta sin despedirme. Me obligué, por deber profesional, a mirar una vitrina. Entre un cuervo y una foca centré el reflejo de mi cara, que dejé inmóvil, tratando de encontrar el animal que correspondía a mi alma. Pensé que no conseguiría dar con mi tótem porque solo me estaba fijando en los labios. Esa parte de la cara es la que nos hace más humanos. Por mi imaginación cruzaron los hocicos de caballos, de perros, de cerdos y montones de animales. Los miraba en mi interior buscando sus labios y solo encontraba rasgos bestiales.

De repente se apagó la luz y se oyó un griterío ronco, como de protesta. Quité mi rostro del cristal y salí disparado hacia el salón. Esperaba poder gozar de compañías menos hieráticas. Me quedé junto al pasillo, dentro del salón. Una puerta se abrió al fondo, iluminada por una luz de velas que hacía temblar las sombras de objetos y personas. Pronto apareció un candelabro lleno de cirios encendidos. Lo llevaba alguien disfrazado de ogro, con una máscara

extraída de la colección del pasillo. Los gritos se repitieron y el ogro, a quien Amancio parecía haberle prestado la voz y seguramente el cuerpo, nos amenazó con un gruñido cavernoso. Luego apareció otro personaje con la máscara de un lobo. Iba aullando con gran fuerza y se tropezó con la espalda del ogro. Juntos llamaron por señas a una bruja. Era Juana, la hija de Amancio. Sus sombras temblorosas se proyectaban en una sábana. Actuaban sin decir una sola palabra. No era fácil saber qué expresaban. Había algo en su forma de moverse que te ponía los pelos de punta. Desde el primer momento sentí una emoción que me desbordaba. Probablemente tenía que ver con la fuerte impresión de vivir dentro de una mascarada. Era como si, de repente, los cuentos de hadas se hubiesen hecho realidad. Movimientos y sombras nos invitaban a pasar a un mundo que hasta ese momento solo conocíamos de oídas. El espectáculo era terriblemente desasosegante. Creía estar pensando con el estómago mientras aquellas máscaras nos miraban con sus ojos ciegos.

Los tres Tordesillas daban vueltas por la habitación como animales que hubiesen obtenido el privilegio de la locura, reconcentrados, totalmente perdidos en un interior incomprensible. Yo seguía en silencio expectante la evolución de los tres malvados, a los que un carácter excesivo y cuadriculado parecía haber amputado su espontánea razón de ser malos. Era una actuación sin palabras y sin gestos, dominada por una magia geométrica. Giraban y giraban formando un perfecto triángulo equilátero. Se perseguían unos a otros en una eterna carrera. A veces iban más despacio, otras aceleraban, todos a la vez, manteniendo las mismas distancias entre ellos. Estaban perfectamente sincronizados. Cuando uno se encontraba en un vértice los otros dos ocupaban exactamente la misma posición en el triángulo imaginario. Era tan alucinante que tuve la impresión de que no caminaban sobre el suelo. Parecía que el triángulo se hubiese levantado y los tres personajes se paseasen por el aire, erguidos verticalmente. Sonaba todo el rato un tambor frenético por detrás de la cortina. Me preguntaba quién sería. Seguramente algún Tordesillas. Los actores giraban como muñecos, como si una fuerza ajena a ellos los arrastrase en un sistema de gravitación organizado por un Dios amante de la precisión. Daban

vueltas como un solo derviche con tres brazos, como una loca trinacria de una sola cabeza. A partir de cierto momento empezaron a ir y volver cada uno en el mismo lado, como si algo les impidiese pasar de los vértices. Eran como lápices obsesivos escribiendo en el aire la geometría delirante de los cuerpos. La escena se prolongó hasta la desesperación del público. Hubo otras figuras, y también momentos en los que los cuerpos en movimiento perdían la forma trazada y vagaban buscando un esquema en el que encajar de nuevo sus trayectorias imparables.

La mujer del tú y yo salió un momento de su sopor, se levantó y tambaleándose llegó a hasta una mesa donde había una serie de botellas. Cogió una de ellas y volvió a sentarse. Los ruidos de la chapa y del gas sacaron de su ensueño al ogro, que empezó a fijarse en lo que tenía alrededor. La bruja se había sentado frente a un espejo y el lobo aullaba retorciéndose por el suelo sin que en ningún momento el tambor obsesivo hubiese dejado de sonar, como si toda un tribu estuviese tocando.

Calló el tambor y los tres Tordesillas hicieron una inclinación para saludar al público. Era la señal de que el espectáculo había terminado. Mis palmas eran las únicas que sonaban. Los demás no hicieron ni un amago de ovación. Cada uno siguió haciendo lo suyo, beber o charlar. Recordé por un momento mi vieja manía nunca cumplida de no aplaudir en los conciertos. Consideraba que el estrépito posterior a una buena pieza musical o una buena representación teatral solo contribuía a borrar inmediatamente de nuestras conciencias la resonancia estética que nos habían dejado los músicos o los actores. Con todo, nunca había conseguido ponerlo en práctica, pues mis escrúpulos sociales me obligaban a tener en cuenta la función de agradecimiento y reconocimiento de estos gestos. Seguí aplaudiendo con insistencia, quizá en parte para sacudirme la profunda impresión sentida durante la representación. Los movimientos de los Tordesillas me habían dejado en un estado de salvaje espiritualidad. Necesitaba en cierto modo profanar aquella sensación tan potente. Los invitados se dieron la vuelta y así, de espaldas a sus anfitriones, obviaban su generosidad sin

cortés correspondencia.

La actitud indiferente del público me hizo dudar. ¿No sería yo un iluso y aquello un espectáculo bochornoso? Me había pasado con vinos, con piezas musicales, con películas. A veces solo me gustaban a mí. Quién sabe si los invitados de Amancio tendrían razones de sobra para no dar ni siquiera una muestra de agradecimiento. En cualquier caso, la reacción era excesivamente sobria y contenida.

Intenté buscar explicaciones. Quizá estábamos demasiado acostumbrados a mensajes sin respuesta. Intenté explicarle algo así a Amancio. Seguía en ese espacio sagrado del trance en el que habían entrado con los movimientos y los tambores. Lo encontré desvalido. Juana y Eloy estaban también afectados por la falta de agradecimiento. Me sentí en la obligación de acompañarlos un rato más. Como me tenía que marchar empujé a Amancio hasta un grupo de cuatro personas. Ellos siguieron hablando de sus cosas sin hacer el menor esfuerzo por incluirnos en su conversación. A mí me daba igual ser invisible, Amancio empezaba a preocuparme. Se mostraba cada vez más postrado. Tenía un aspecto muy ridículo con su máscara y su traje. Poco a poco empezaron a mofarse de él, señalándolo desde lejos y callándose cuando nos acercábamos.

—Amancio, ¿queda algo de beber?

Eso fue lo único que le dijeron desde el final del numerito teatral. Creo que era la mujer del tú y yo. En el acaloramiento de la conversación le faltaba un vaso donde apoyar la mano y un refresco para su garganta. Él no respondió, estaba demasiado aturdido. La gente empezó a marcharse porque las bebidas no llegaban. Algunos tenían que entrar en el dormitorio o en el baño a recoger sus chaquetas o a hacer sus necesidades. No le pidieron permiso para nada ni dijeron adiós. Al final nos quedamos solos. Me despedí. Su

mano estaba como muerta. Supuse que al día siguiente se levantaría más animado.

¿Por qué Amancio había hecho la función con su hija y su sobrino? ¿Quién tocaba el tambor desde dentro? Una corazonada me hizo relacionar todo aquello con la persona que me había saludado en casa de Adela por debajo de la puerta. Una extraña corriente subterránea unía los diferentes episodios de esa novela familiar a la que me habían invitado a asistir. Las apariciones y desapariciones de los personajes tenían la estructura perfecta de un rompecabezas. Nada parecía superfluo. Cada detalle estaba cargado de significado. ¿Por qué un mensaje escrito con carmín? ¿Por qué por debajo de la puerta? ¿Por qué justo en el momento en que salía de casa de Adela para ir a casa de Amancio? ¿Era ese saludo la bisagra que unía la Luna con el fondo de la tierra, las estaciones espaciales con las cuevas del Neolítico? Fuese quien fuese me gustaba su forma de iluminar las tinieblas a golpes.

¿Querían realmente demostrar su talento dramático? ¿No pretenderían más bien hacerme ver mediante la reacción del público a la representación algunas perversas cualidades de la sociedad que los rodeaba? ¿A quiénes habían invitado? Con algunos de ellos iba a coincidir en sucesivos encuentros familiares. ¿Conocerían de antemano la pasividad con la que iban a recibir su actuación? ¿No se propondrían, en el fondo, que asistiese a un fracaso anunciado? Eso, al menos aquella noche, me resultaba imposible. La representación no se podía quedar solo en eso, en una especie de reclamo para la frialdad de los invitados. Era un magnífico trabajo de coordinación. ¡Pero el público lo había hecho tan bien! Quizá solo con una pieza semejante —demasiado vanguardista— se pudiese provocar semejante perfección en el desdén. ¿No estarían los Tordesillas intentando mostrar abiertamente una cara de la ciudad que no se podía ver a simple vista? ¿No sería su intención desenmascarar la maldad y la animadversión de todos contra ellos, quizá también la pacatería estética de los asistentes? Probablemente, al contratarme su intención era continuar el trabajo que había iniciado con el

reportaje encargado por el periódico. No había bastado con aclarar las falsas acusaciones que los medios habían extendido. Ahora querían pasar a la ofensiva, pero de un modo indirecto. Ya no me utilizaban como baluarte, sino como pluma vengativa. Me consta, por comentarios que he oído con cierta frecuencia en boca de muchos de los Tordesillas, que no le tenían un especial respeto a la sociedad donde se desenvolvían difícilmente. En algún momento me comentaron que vivían en una ciudad madrastra. Y esa actitud, desde luego, no era bien recibida.

Esa noche, en casa, pasé unas horas bastante atareado. Iba sin ton ni son, con una loca inventiva, paseando por mi casa. La actuación de Amancio no era más que una pieza teatral dentro de una composición mayor. No sabía muy bien si mis contactos con la familia Tordesillas estaban todos mediados por la pose. En cualquier caso, no tenía demasiada importancia. Mi papel, actuasen premeditadamente o no, consistía en la asistencia a un espectáculo. Daba igual que la función estuviese preparada o fuese espontánea, mala o buena, que los verdaderos actores fuesen unos u otros. Mis ojos y la tarea que me habían encomendado lo convertían en una representación. Se interpretasen a sí mismos o no, yo estaba delante, observando todo para tomar nota y convertirlo en una obra con su principio, su desarrollo y su final. Me habían pagado para fijarme. Este pensamiento me hacía estar increíblemente solo: solo en unas gradas donde todo el mundo actuaba; solo ante todas las tragedias, ante todas las comedias, ante todos los desplantes hechos a esa familia a la que creía haber adoptado. Esa noche tenía que ordenar mi cabeza. No disponía de más tiempo para elucubrar. Por una parte, necesitaba empezar a pergeñar los personajes de mi crónica, hacer aunque fuese un esbozo de retrato. Por otra, encargo dentro de otro encargo, la empresa de suicidios en la que yo solo me había metido para salir lo antes posible. En las dos tareas recibí inesperada ayuda de una misteriosa Tordesillas a la que todavía no conocía.

Entregué al día siguiente mi trabajo a Fuensanta, una especie de canto a la vida que consistía en intentar convencer a los que

pretendían dejar la vida de que esta era algo que merecía la pena. En fin, nuestra empresa de suicidios estaba condenada al fracaso, en todos los sentidos de la palabra. Después del espectáculo de Amancio, Juana y Eloy me sentía capaz de hacerle frente a la muerte, desafiarla y vencerla. Proponía en mi proyecto estrategias de persuasión para provocar un giro en la actitud letal de los posibles clientes suicidas, convirtiéndola por arte de desesperación en talante vitalista. Para que dicha persuasión surtiese efecto era necesario ajustarse muy de cerca a la personalidad y las vivencias del cliente. Evidentemente, todos tenemos alguna flaqueza, y mi propuesta estaba encaminada a fortalecer el amor a la vida profundizando en la mayor debilidad de cada uno de los individuos. Era necesario encontrar rápidamente ese punto vulnerable que nos hace vencer en la lucha contra la muerte con sus propias armas. Proponía como ideólogo al filósofo Cioran. La empresa se llamaría La segunda vida. La operación pasaba por un proceso de encantamiento que podría consistir en mirar durante varias horas una pared llena de desconchones, en la aparición de un olvidado álbum familiar de antepasados a los que uno ya no conoce, en una canción llena de tristeza, en tumbarse en el suelo con una mesa encima durante al menos media hora. Si esto fallaba necesitaríamos una intervención más compleja. Consistiría en dramatizar su propia ejecución, organizando un espectáculo de psicomagia, al estilo de las curas realizadas por Jodorovsky. Ofreceríamos un amplio abanico de posibles muertes, todas ellas inspiradas en clásicos suicidios o asesinatos.

Fuensanta reenvió la idea a todos los Tordesillas. Solo contestó una tal E.T. Se presentó por correo electrónico como enemiga acérrima de mi trabajo. En un principio, le habían encargado a ella la crónica de la familia, pero lo rechazó porque estaba totalmente en contra de hacer algo así. No quería aparecer en una fantochada semejante. No se dejaría ver por mí en ningún momento. Se mostró radicalmente partidaria de la realidad y enemiga furibunda de ese mundo «fabuloso» en el que su familia había decidido instalarse. Por eso, y por otras razones, Fuensanta y Maribel la llamaban la Extraterrestre.

Dos o tres correos electrónicos más tarde se mostró conciliadora. Estaba dispuesta a colaborar en la idea de rescatar a gente de la tristeza o la desesperación. Me felicitaba por la ocurrencia de convertir las debilidades en fortalezas. Le gustaría contribuir a que nuestros potenciales clientes cruzaran la muerte y alcanzaran una segunda vida. Me envió una imagen que podría servir, según ella, como icono de la empresa. Era un autorretrato de Francesca Woodman. En él, la fotógrafa atravesaba una lápida funeraria y salía por el otro lado. Al poco tiempo me llegó un catálogo de muertes antinaturales firmado por ella. Curioso que la menos dispuesta a posar de la familia estuviese tan dotada para el teatro. Escribía de maravilla.

La muerte senequista, con Mesalina arrodillada al pie de la bañera, pálida y desnuda, su lengua entre los dedos de los pies, la sangre expandiendo su marea roja por el agua enjabonada, mientras Nerón, coronado de laurel, enciende un cigarro sentado en el retrete y se entretiene con un plano de la casa; la muerte socrática, en una celda plagada de carteles de mil partidos políticos, deseando buen provecho a los amigos que ya empiezan a desplumar los pollos del último gesto generoso, y dicen adiós, y tienen hambre; la muerte cleopatrina, exactamente igual que en los cuadros, las mismas víboras entrelazadas, la misma esclava parecida a Nefertiti, la misma cesta, las mismas manzanas y distinto Marco Antonio, al que no se le invita, ni en pintura, a contemplar una escena tan triste como sus mismas obligaciones; la muerte salvaje, con un golpe certero de cascanueces en el cráneo, en un bosque cerrado donde la fuga es cuestión de tres o cuatro minutos, sin apenas tiempo para el arrepentimiento, tras un aperitivo de frondosos arañazos, utilizando un mazo de madera no muy pulida que empuña un hombre salvaje prerrouseauniano y prerrenacentista, un hombre selvático como los de antes, los que flanquean los escudos nobiliarios en las portadas de los palacios y defienden escenas sagradas en las catedrales; la muerte Lucrecia, en triclinio romano, mientras entra por la ventana forzada una brisa húmeda, lacustre de mosquitos y croar ansioso, y ruedan dificultosamente por el suelo las uvas alargadas que llamamos tetas de cabra, resbalando sobre los labios lúbricos de los

faunos en el mosaico, con montones de testigos que asisten a la boda con la daga; la vil, para gente de excesivo corazón, amantes del boato y el arrepentimiento, recomendada a los que no quieran pisar el umbral de la muerte con esa comezón infantil, atávica, del cuello susceptible y abrigado todas las noches con la sábana centinela, para los que les guste el típico hilillo de sangre recién exprimido; la muerte circense, sobre una pantalla de corcho duro en la que se puedan clavar sin demasiado ruido ni desliz los primeros cuchillos del malabarista, los ojos inyectados en sangre, tan diestro en la puntería como siniestro en el horror moroso de completar el contorno hasta encerrar a la víctima en su propia silueta, hasta lanzar el último cuchillo certero que le rompa el corazón, con ovación y todo por el mismo precio; la muerte cadalsiana, clásica, la de más éxito, se puede elegir el color de la escuadra de madera, la textura de la soga, de esparto, de seda y de otras muchas cosas, con unos buenos tambores para tensar el ambiente cuando la cuerda todavía está fláccida, ideal para estirar los músculos agarrotados por el desuso o la lacia costumbre del egoísta; la muerte perra, lo mismo pero en un árbol, sin elegir soga, muy barata; la Disney, si no están muy desesperados y quieren dejar una puerta abierta a los tópicos eternos del futuro, cuando la medicina haya arreglado los problemas de tristeza; la muerte espartaca, esa de los buitres bajando en círculos hasta la cuneta, hasta el borde de las autopistas donde se levantaban las hileras de mortales con los brazos abiertos, con precio especial para grupos y visita gratis a la catacumba donde serán enterrados un poco más tarde los huesos mondos y lirondos; la muerte Guillotine, con aplauso de plebe insaciable.

En todo caso, si la cosa fallaba, lo único que uno podría decir es que finalmente se habían prestado los servicios ofrecidos. Creía que era la única empresa que podría sobrevivir engañando al cliente. ¿Quién estaría dispuesto, una vez curado de su biofobia, a tachar de fraudulenta a la persona que le había salvado? Estudiaríamos los partes de las salidas de los bomberos a las cornisas donde anidan los suicidas; también las reclamaciones de los rescatados a sus salvadores. Estaba convencido de que nadie revelaría la irónica intención con la que nuestro producto saldría al mercado. La empresa estaba destinada a suicidas serios que mantendrían su propósito oculto hasta el último momento. Contábamos con su discreción, con que no airearían, después de haber sido convertidos

a la vida, sus fallidas ganas de poner punto final a la existencia. Todo se desarrollaría con la máxima discreción. Si estaban vivos, se suponía que no habían sido clientes nuestros. El problema es que las cosas estaban cambiando mucho. Algo así podría perfectamente empezar a considerarse, por culpa de la eutanasia, del embellecimiento de la muerte, en un acontecimiento perfectamente confesable.

Juro haber puesto en el empeño todo mi entusiasmo de insomne. Entre otros motivos porque pensaba que si la familia emprendía un negocio semejante, quizá me podrían emplear como gerente. El proyecto me resultaba una digna dedicación porque me permitiría mantenerme asalariado al final de mi trabajo actual. Soñaba con una tarea semejante, concebida por mí mismo. No me iban a mantener como cronista durante toda la vida. Ahora que intuía el objetivo de mi trabajo estaba seguro de que cuando hubiese demostrado la maldad de la ciudad madrastra me darían el finiquito.

Álbum familiar. Más dudas laborales. Agarejo en el colegio panóptico. El recreo: rincones de libertad. Encuentro con Mohamed. Todo el mundo quiere incluir publicidad en la crónica. Los tres vicios. El glamour de los camellos.

Fuensanta no mostró casi ningún interés por el asunto de las muertes espectaculares. Apenas leyó el catálogo que había escrito su sobrina. En realidad, no se acordaba de haberme encargado ninguna brillante idea con la que montar un negocio próspero. Solo había sido un entretenimiento. Tuve la sensación de que me tomaba demasiado en serio las bromas o los comentarios insignificantes de la familia.

Intenté convencer a E.T. para que colaborase conmigo, para que participase también en la crónica. Era un trabajo muy delicado. Ella me podría ayudar a poner un poco de orden en mis ideas, darme pistas sobre el verdadero propósito de los Tordesillas.

Durante unos días estuvimos carteándonos. Le pregunté varias veces si había sido ella quien había saludado por debajo de la puerta al salir de casa de Adela, pero no me respondió. Tampoco me aclaró quién había organizado el teatrillo en casa de Amancio, quién había tocado el tambor. Se quejó de que sus tías Maribel y Fuensanta querían casarla con Tino Botero en puro y duro matrimonio de conveniencia. Ella misma se preguntaba si no lo harían para hacerla rabiar. Se la llevaban todos los diablos cuando oía hablar del tema, sobre todo porque la familia del pretendiente parecía habérselo tomado en serio. Los Botero la llamaban para preguntarle si ya había decidido una fecha, para acordar con ella los detalles de la ceremonia, para darle detalles del ajuar. Y lo peor de todo: le habían enviado un carísimo anillo de compromiso.

Me contestó con unos retratos familiares que había esbozado, según decía, dos años antes, cuando la familia, conociendo su buena pluma, le había propuesto mi trabajo. Me los envió por si pudieran servirme de algo. Su crónica habría sido bastante más dura que la mía. No mandé a Fuensanta este álbum familiar. La tentación era grande, pero me contuve. Demasiado pronto para que me despidiesen.

A Tita le gusta escuchar el sonido de la cigarra como si fuese un concierto de Navidad. Cuando está desanimada se enfada a la primera oportunidad para que los gritos, sus propios gritos, la reanimen. Pasa largas horas delante del espejo diciéndole: «Espejito, espejito». No parece recordar lo que sigue a continuación. Frunce el ceño, esboza una boquita de piñón y pregunta: «¿Hay alguien más fea que yo?». Es la más clara personificación de la melancolía aceptada por todo un clan que lleva ese fundamental pecado capital como un motivo heráldico en su escudo nobiliario. Si se aburre, recorre la ciudad buscando en los blasones de las casas señoriales historias con las que apuntalar su tristeza.

Fuensanta tiene un carácter autoritario. Le gusta ser el centro. Acapara la atención. Vive de prestado la vida de los demás. Tiene un miedo horrible a la muerte, pero ha forrado su casa de representaciones de la Postrera. Tiene fobia a las palomas y a las plumas en general. Le gusta alimentarlas con maíz envenenado y disfruta en las plazas de ver llorar a los niños delante de sus cadáveres. Las ratas, en cambio, no le dan ningún miedo.

Adela tiene la manía del orden. Es un misterio, no sé si natural o artificial. Aparentemente la relación con su marido es la de una mantis religiosa hembra con el macho. Pero él es tan precavido, tan previsor… En cualquier otro caso habría sucumbido y no quedaría gran cosa de él. Por otro lado, parece infinitamente cariñosa, meticulosa a la vez que desprendida. Un enigma del que no se puede hacer un retrato, ni fiel ni infiel. Escurridiza, dura,

hermética.

Amancio es amante del teatro, de las máscaras, del travestismo. Anima objetos, colecciona todo tipo de piezas. Él mismo es una persona formal con ramalazos de locura al que, en el fondo, le gustaría ser una máscara, hacer disfrutar de la lealtad de las máscaras, fuera del interminable trajín de los gestos, una mueca que representase su ser completo en todas las circunstancias, que fuese todas las reacciones, todos los estímulos, en la infinita perfección de los dioses visibles, en los que la alegría, la desesperación, la serenidad forman parte del mismo rostro.

La prima Juana, hija de Amancio. De mayor puede que sea una gran bruja.

El primo Jorge sueña con soñar. Su problema es que en la familia queda un resto de fobia hacia el trabajo. Guardan, eso sí, una impresionante capacidad para la contemplación, lo que les permite una vista casi divina sobre la realidad. Pero él sigue soñando con soñar el sueño del creador y pasar manos a la obra en algún momento. Su padre está siempre diciéndole que ya hay bastantes obras en el mundo, que no hay ninguna necesidad de crear nada más. El resto de la familia intenta convencerlo de que basta con coleccionar. Los nobles como ellos no crean, los nobles coleccionan. Es la última víctima de la inacción a la que se somete gustosamente la familia desde hace generaciones.

Blas tiene el síndrome de Diógenes. No puede renunciar a nada. Es incapaz de tirar un electrodoméstico viejo. Mientras su hermana Fuensanta solo recoge las antigüedades, él, seguramente por su espíritu de contradicción, siente una especial ternura por los objetos de baja estofa. Los acoge en su casa de Membrillo. Ordena y reordena continuamente los desechos, agrupándolos por piezas e inventando nuevas clasificaciones basadas en criterios siempre

insólitos y sorprendentes. No tiene demasiado interés por veladores, entredoses, cómodas y otras antiguallas. Para él estas ya están suficientemente bien tratadas. Todo el mundo se preocupa por ellas: las lija, las barniza, las repara, incluso las compra. En cambio, él sabe que los objetos de pronto y presente desuso caen en el olvido y en el descuido. Por eso se cree la única persona que los puede sacar del asilo de los basureros, en el callejón de la degradación total. A veces se asoma a los vertederos espontáneos que hay en las zanjas junto a las poblaciones y observa todas esas piezas olvidadas que desaparecen a la intemperie. No puede resistir que nadie se acuerde de ellas. En el fondo, es un animista que reprocha a todos los humanos la indiferencia con la que tratamos a la materia. El tiempo gasta la esperanza de encontrar su sentido. Se ha convertido en portavoz de esta parte muda del paisaje. Le produce una tristeza infinita el pensamiento de todos los objetos que se han fundido en el paisaje, que nadie sacó de la cadena fatal de la desaparición, que nadie recordó, esos objetos que habían sido construidos con amor o con odio, en serie o uno a uno.

Maribel es la perfecta candidata para vivir en un mundo ideal. Se iría a la cama con el príncipe de las Tinieblas solo por su título nobiliario. Comparte su amor a Dios con su desprecio hacia la realidad. Sus aires de grandeza con el tiempo se han convertido en una tremenda debilidad por el mundo virtual, al que está entregada en cuerpo y alma. En ese otro mundo disfruta de varios palacios, con un servicio muy esmerado. Sus amantes vienen en carroza. Luego pasean abrazados por paisajes enterrados bajo un metro de nieve. Los gritos del cochero se oyen al fondo, tras los cristales helados. Desde la ventana contemplan el juego aristocrático de los ciervos y la parsimonia de los abetos, rotos solo por las detonaciones de las escopetas cuando su príncipe acompañante se asoma para cobrar alguna pieza.

Pedro, Félix y Álvaro viven en un mundo de fantasía. Seguramente su indiferencia tiene que ver con el idéntico amor que sienten por los videojuegos y las experiencias de la realidad virtual. Se creen

bastante superiores al resto de la familia porque se han entregado sin fisuras a ese otro mundo en el que creen manejarse mejor que en el actual.

Toti tiene la sed del desierto. Cuando bebe abre las puertas de su lado más tenebroso. O bebe para mostrar que la suya es una oscuridad prestada, para cubrir con un manto de tinieblas las propias sombras. Mejor no acercarte. Te obligará a naufragar con ella. A su lado cualquier trasatlántico no es más que una cáscara de nuez. Se enorgullece de ser tan procelosa, de ver a la gente huir de su lado y correr pidiendo clemencia a los dioses apolíneos de la sobriedad.

Conocía los estudios que demuestran que nuestra convivencia está fundada en centenares de mentiras diarias: mentiras piadosas, mentiras constructivas, mentiras reconfortantes, mentiras concesivas, mentiras pacificadoras. Hasta delante del espejo nos engañamos. Nuestra conciencia habita un cuento de hadas. Los sentidos nos engañan siempre. No saldremos nunca de la ficción. ¿Qué podemos hacer? ¿Elegir la fábula que más nos apetezca? Quizá sea el amor el que nos introduce de golpe, un día, en ese mundo de fantasía que no abandonamos jamás. Amor hacia nosotros mismos, amor por los demás, amor por la desastrosa realidad. En la crónica, mi silencio atento era una gran mentira cómplice de la mentira verborreica de los demás. Solo me quedaba la esperanza de que, en el fondo, me estuviesen engañando. De ese modo mi mentira, el silencio que constata las palabras de los demás, mi observación mercenaria, serviría para engañar a la mentira que ellos me ofrecían, en una doble negación de la falacia.

La verdad es que no sé qué esperan de mí. En cuanto les muestre mi testimonio sentirán una terrible decepción y se lanzarán a por el traidor. Pensarán que no he hecho más que una caricatura con sus vidas, con todo ese fondo y esa superficie inconfesables. No sé muy bien qué quieren que se vea y lo que pretenden ocultar. Me estoy

complicando la vida. Todos, en el fondo, padecen un mismo incontenible deseo de notoriedad. Por algún motivo quieren destacar, para eso me han llamado a mí. También E.T., aunque se mantenga al margen y rechace por principio la crónica. En realidad, ha participado en ella más que otros Tordesillas. Es loable la preocupación que muestran hacia su imagen, el esfuerzo invertido en construir sus vidas sobre su propia imaginación, sin importarles demasiado el ambiente en que levantan este castillo de naipes, bajo la mirada ávida de todos los tahúres tramposos. El sistema familiar les ha adjudicado un papel que han asumido con alegría. Es difícil saber lo que hay de fatalidad y de propia decisión en sus caracteres. Y yo sigo preguntándome qué es lo real para ellos. ¿Debo entender que están fundando alguna verdad en las mismas apariencias? Esa ingenua forma de desnudez parece sustentar la melancolía de la familia. Hasta Fuensanta, con su obsesión por revolverlo todo continuamente, oponiéndose a las propuestas de sus otros hermanos, enrareciendo sus relaciones, es consciente del papel, en cierto modo antagonista, que el destino le ha asignado. Ella se sabe motor de la tristeza familiar. Es ella quien concreta en penas de carne y hueso las vagas turbulencias anímicas de la familia. Seguramente también sea ella la principal artífice de una euforia desesperada que invade el quehacer diario de todos los hermanos. Y esa ebriedad generalizada es una respuesta y una forma de resistencia a una maldad que ella parece haber asumido, como una forma de sacrificio, por el delirante bien común.

El verdadero interés de los Tordesillas era su conciencia de estar actuando y su propósito de hacerlo. Habían cogido el toro de la representación por los cuernos. Quizá no fuesen tan espontáneos, pero había algo sagrado en su forma de sacrificarse a las apariencias. Dominaban la escena para imitarse a sí mismos, a lo que había en ellos de más desconocido. Y en mitad de la actuación se descubrían marionetas de fuerzas extrañas. Una multitud de dioses invisibles se peleaban por manifestarse en su delirio de personalidad. Y todo ello gracias a que no había realmente ningún modelo más allá de sí mismos, algo realmente imperdonable para los hombres de gesto prestado. Debo reconocer que eran originales, propietarios de su propio ser. Solo ellos podrían regalarse a sí

mismos. Los demás intentaban dar lo que no tenían. Ellos se lo habían arrebatado a las tinieblas. Eran porque no querían ser nadie.

A veces pienso que he sido llamado para proteger esas pompas de jabón llamadas Adela, Maribel, Tita, Blas, Amancio. Mi labor más o menos secreta consiste en procurarles un ambiente aislado, en el que puedan flotar recibiendo la tenue luz a la que responden con una irisada y teatral conciencia.

Esa mañana, mientras me dirigía hacia mi trabajo, inconsciente todavía de la animadversión con la que nos iban a tratar, a mí y a toda esta troupe de titiriteros sedentarios, yo mascullaba por dentro mi secreto. Mi pensamiento estaba lleno de los retratos expresionistas escritos a brochazos por E.T. Me faltaba mucho por conocer, pero tenía profundamente claro mi papel protector. Ocultarles lo que intuía de ellos era una manera de cuidarlos. No quería romper ningún hechizo vital. Por eso tampoco me atrevía a hacer demasiadas preguntas —salvo a E.T.— ni a anticiparles detalles de la crónica.

Una muestra de lo que vendría más adelante llegó esa misma mañana. Fuensanta estaba empeñada en que pasara un día con su hijo Agustín. Me acompañó hasta su colegio. El camino fue largo. Después de comprar dos hámsteres, que mantenía en una jaula como reliquia de la infancia perdida de sus hijos, tuvo un ataque de histeria al salir de la tienda de animales. En la plaza donde se encontraba el establecimiento había un hombre dando de comer a las palomas. Yo solo había visto dos grandes ojeras rodeando una mirada turbia y esquiva. No me había dado cuenta de nada hasta que oí los trozos de pan caer a nuestros pies. Inmediatamente después una nube de palomas aterrizó a nuestro lado. Nos vimos envueltos por un monstruoso zureo de cientos de pájaros hambrientos. Sus cabezas subían y bajaban picoteando las migajas a una velocidad increíble. Fuensanta se agarró tan fuerte a mi brazo que consiguió hacerme gritar. Gracias a mi reacción, ella no se

desmayó y los pájaros levantaron el vuelo hasta nuestra altura para situarse a unos metros de nosotros. El susto hizo que la jaula de los hámsteres cayesen al suelo y se abriese la portezuela. Las palomas volvieron a levantar el vuelo. Una escuadra cerrada se desplomó sobre los roedores, a los que el miedo inmovilizaba como cadáveres. Su picoteo acabó relativamente pronto con la vida de los ratoncitos.

El cuerpo de Fuensanta era un puro temblor. No podía dar ni un solo paso. Le pedí ayuda a la persona que estaba dando de comer a las palomas para sentar a la Tordesillas en un banco de la plaza. No me hizo caso y se dio la vuelta para marcharse. Se fue de un modo tan brusco que me hizo sospechar. Por eso me fijé. Era el portero de la discoteca de Tino Botero, aquel que me había impedido la entrada. Algo no me cuadraba. ¿Desde cuándo los porteros de las discotecas pasan las mañanas de insomnio echando de comer a las palomas? La respuesta a esa pregunta se perdió en mi interior con las palabras de Fuensanta.

—¿Qué has hecho con el cuadro?

No me sentía con fuerzas para preguntar qué cuadro. Ningún Tordesillas sabía que yo había cogido un miró en casa de los Botero. En todo caso, solo lo podrían saber Félix, Pedro y Álvaro.

—Ya lo devolveré. No te preocupes.

—El cuadro ya lo han encontrado. Esta mañana, al desmontar los bultos que llevaban a Membrillo.

—Explícame por qué están haciendo una mudanza a vuestra casa.

—Maribel y yo hemos vendido la finca.

—¿Lo saben los otros hermanos?

—No, pero tenemos su autorización.

—¿Estarán de acuerdo?

—Sí y no. La situación era insostenible. No podíamos mantenerla. Lo hemos hecho por el bien de toda la familia. Pepe Botero nos quiere ayudar con nuestros problemas. Está gestionando nuestras deudas. El problema es que mis hermanos son muy dignos.

—Botero es el que se dedica a los cerdos, ¿verdad?

—Sí, mira, esta mañana ha salido en la prensa. Han montado quince granjas de cerdos en un tiempo récord. Todas en nuestra tierra. Pero son provisionales. Nos lo ha prometido Pepe.

—Me pareció ver el otro día mucho movimiento de camiones de ganado.

—Aunque tenga ese negocio, es un tipo culto. Colecciona arte moderno y antiguo. Tiene una gran sensibilidad. Con Maribel y conmigo siempre ha estado muy atento y se ha mostrado muy

afectuoso.

—No lo dudo. El único problema es que no guarda sus obras con el cuidado que exigiría un conservador de museo. El cuadro que cogí el otro día estaba en el cuarto de baño.

—No es tan raro. Debe de tener tantas obras de arte que ya no encuentra el sitio idóneo donde dejarlas. Piensa que también tiene una colección de autobuses antiguos, de cuchillos, de cuadros con motivos porcinos. Pero debes confiar en él.

—No tengo ningún motivo para desconfiar, no lo conozco.

—Pues él tiene otra impresión. El otro día estuviste con su hijo y con su sobrino. Algo debiste de decirles. Está preocupado por lo que puedas contar en la crónica. Como estamos haciendo últimamente estas operaciones de compraventa... Quiere que su nombre no salga manchado con todo este asunto.

—Por ahora no sé nada que pueda temer.

—Me resulta un poco duro, pero no me queda más remedio. De esto ni una palabra al resto de la familia. Me ha enviado a mí para que te diga que si aparece una sola mención infamante en tu crónica de los Tordesillas, te denunciará a la policía.

—¿Por robo? Adivino que nos vamos a llevar bien.

—Tienes que entenderlo. Me ha prometido regalarme el cuadro si todo sale bien.

—¿Dónde está el cuadro ahora?

Fuensanta tuvo la imprudencia de decirme que estaba en una caja del banco, a su nombre. A Pepe Botero, por lo visto, como no aparecía ningún cerdo no le interesaba tanto. Si algún día se dedicaba a la cría de caracoles se lo pediría otra vez.

Al final llegamos al colegio de Agustín. El hombre que había dado de comer a las palomas en la plaza, el portero de la discoteca de Tino, nos había seguido hasta allí. Se metió en una cafetería próxima y desplegó las hojas de un periódico. Pensé que Fuensanta me dejaría en la puerta, pero no. Cruzamos por un patio enorme, perfectamente asfaltado. Los niños salían a jugar por un pavimento tan duro que más les habría valido ser coches. Las caídas debían de ser terribles. Me imaginaba una sangre azul, del color de la gasolina, saliendo de las heridas hechas en las frágiles carrocerías de los estudiantes. El campo estaba tan desnudo, tan limpio de hierba y obstáculos, que me parecía necesario infringir algunas normas. Esas infracciones podrían sustituir a la hierba, proporcionarían una mayor sensación de selva, como si cada vez que se tocase la pelota con la mano en un partido de fútbol creciese una ceiba enorme que, por unos segundos, diese la sombra necesaria para no morir desesperado en la insolación de la obediencia.

Llegamos al despacho del director y este no tuvo inconveniente en que yo anduviese por el colegio en horas lectivas, merodeando con mi curiosidad. Le parecía muy bien que el centro se diese a conocer

y consideraba que su aparición en una crónica era una manera como otra de hacer publicidad. Enseguida le interrumpió el conserje para decirle que habían llegado los de Coca-cola. Nos dio licencia para acompañarle. Fuensanta se despidió y yo me fui con el director, deseando encontrar el momento para espiar a Fuensanta cuando saliera del colegio.

Habían interrumpido las clases para invitar a los alumnos a tomar un refresco promocional. Los sacaban por grupos de las aulas y les contaban las actividades de solidaridad que realizaba la empresa por el mundo. Al final, les daban un refresco. A los niños de educación infantil los habían mantenido en las clases, que se encontraban bastante cerca del lugar del agasajo promocional. Pedí permiso al director para conocer esa zona del colegio. Salí corriendo hacia la puerta para comprobar si había algún acuerdo entre el espía y Fuensanta. Ella salió, el vigilante la miró y bajó de nuevo los ojos hacia el periódico. Volví más tranquilo a la zona donde me había dejado el director. Había grandes ventanales sobre un patio no muy amplio. Desde fuera uno podía contemplar las aulas como si se tratase de grandes peceras en las que los escolares aprendían a estar encerrados. En la primera, la profesora iba de mesa en mesa ayudando a los niños a dibujar sobre unos cuadernos. Los alumnos reclamaban continuamente su atención y ella parecía atender a todos a la vez. Algunos de ellos estaban muy concentrados. Una niña despeinada, llena de rizos, con su babi de rayas, rellenaba la silueta de un pájaro con trazos de color intenso. Apretaba mucho el lápiz sobre el papel. Mantenía una serenidad bastante sorprendente en el barullo del grupo.

La mañana era perfecta, luminosa. Los jilgueros gritaban a mi lado. La observación de los niños encerrados me produjo una sensación de libertad mezclada con angustia. Era demasiado feliz, feliz contemplando el plácido encierro de los niños. Para evitar aquella sensación tan ambigua avancé hacia otra de las peceras. Me sentí también atraído por el enorme desorden que reinaba dentro. Había un círculo de chavales rodeando una escena que me costó entender. Formaban una muralla entre la maestra, sentada en su mesa

mientras leía un libro, y un niño que estaba tumbado mientras sus compañeros le mantenían abierta la bragueta y le echaban dentro de los pantalones montones de escupitajos. Yo no alcanzaba a oír las voces, pero era fácil adivinar el escándalo dominante. El niño intentaba resistirse, pero no lo conseguía. Miraba hacia el lugar donde se encontraba la maestra como si fuese su única tabla de salvación. Sus facciones estaban tensas por la desesperación. Como por el lado de los mayores no conseguía nada, empezó a implorar también hacia sus compañeros. Era difícil creer el nivel de crueldad alcanzado por los verdugos de la novatada. En un momento dado la profesora, ante el griterío formado, levantó la cabeza del libro y observó el tumulto. Podría jurar que vio al niño, que sus ojos se cruzaron en una mirada que muy probablemente estaría incubando el principio de una gran desconfianza. La maestra volvió a posar los ojos sobre las páginas del libro como si el entorno le estuviese ayudando a pensar sobre lo que acababa de leer. Me sentí en la obligación de impedir aquel juego y entré en el aula con el propósito de pedirle a la maestra que interviniese. Ella me despidió rápidamente, de un modo muy frío, haciéndome notar que molestaba. Por lo menos conseguí disolver el círculo de abusones. Entre las llamadas al orden que la profesora tuvo que hacer escuché el apellido Botero. Aquel nombre empezaba a ser una obsesión.

Más tarde, Agustín me dijo que era una vieja costumbre llamada agarejo. Casi todos, en algún momento de su infancia la habían sufrido. La broma consistía en echar a los críos en las partes íntimas todo tipo de porquerías, a veces también sapos, tierra, ratones... Era una manera de curtirlos mediante la humillación. Se practicaba con frecuencia, sobre todo, cuando había cierta diferencia de edad. Con tan pocos años, tener doce meses más que otro te permite un poder inmenso. Cuando algún niño goza de una excesiva vida interior, si el resto de la manada considera que su autonomía pone en peligro la cohesión del grupo, se desencadenan este tipo de ignominias, cuya función principal consiste en reforzar la dependencia de los individuos con la comunidad. Es practicada como novatada contra chicos demasiado tiernos. Está hecha para fortalecer, como un rito de transición hacia la dureza de la vida. El problema es que se convierte con mucha facilidad en una escuela dentro de la escuela,

y habitúa a practicar el ultraje como una forma de dominio sobre los semejantes. Más adelante iba a descubrir en mi propia piel hasta qué punto una vileza inocente como aquella termina adiestrando a mucha gente en la violencia gratuita, en el aborrecimiento de todo lo que muestre algún indicio de delicadeza y refinamiento. En este sentido, los Tordesillas eran el blanco perfecto, en su maniática busca de ceremonia, para todos aquellos que encuentran remilgos hasta en una patata.

Enseguida sonó el timbre del recreo. Atravesé el patio mientras los chicos salían a jugar. En un momento se organizaron como si todo estuviese previsto al milímetro. Cada uno se fue al campo de deporte que le correspondía y empezó a jugar. Me admiraba la perfecta planificación natural de aquella pequeña sociedad donde todo parecía como un tablero de ajedrez superpoblado. Desde lejos vi acercarse al director con el hijo de Fuensanta. Venían hacia mí. Yo habría querido disfrutar de mi anonimato al menos durante ese rato, pero fue imposible esquivarlos. El centro estaba diseñado como un panóptico en el que nada escapaba a las miradas de los vigilantes. Contaba con pocas posibilidades de salir de su campo de visión. La altura media de los chavales y mi traje de chaqueta me impedían camuflarme.

El director me dejó con Agustín y se marchó. Fuimos a dar una vuelta alrededor del patio. Un grupo de niños se distraía jugando a «churro-media-manga-mangotero». Un chaval tenía pegada la espalda contra la pared. Sobre él se apoyaba una cadena de críos. Estaban agachados, boca abajo, y cada uno tenía la cabeza metida entre las piernas del anterior. Los demás saltaban para intentar aproximarse todo lo que podían a la cabecera de la fila. Se impulsaban hasta dos veces sobre la ristra de espaldas para avanzar. Cuanto más lejos llegabas más a salvo estabas de las caídas pesadas, pues te eslabonabas en el lugar donde caías; pero el riesgo de que el golpe fuese más fuerte aumentaba.

Otros niños jugaban al pañuelo. ¿Cuál era el premio? No lo sé, simplemente ganar. El patio estaba lleno de vencedores. Todos intentaban ser los primeros. Afortunadamente se repartían en diferentes juegos, con lo cual podía haber bastantes ganadores. Ganadores al «churro-media-manga-mangotero», ganadores al pañuelo, ganadores al fútbol, al baloncesto, a las canicas, a los cromos. Y luego estaban también las victorias de salón, las de todos aquellos que no jugaban a nada, porque estaban lesionados, porque no habían llegado todavía a los campos de juego, porque ese día estaban cansados o porque preferían una victoria de otra especie. Esos usaban en general factores y motivos ausentes con los que humillar a sus contrincantes. Uno de los críos llamó a Agustín. Era un chaval de un curso superior al suyo. Sus facciones me resultaban familiares. Según me dijo Agustín se llamaba Raúl, Raúl Botero. El hijo de Fuensanta no quiso acercarse, pero el otro vino hacia nosotros acompañado de un compañero. Tenían un aire bastante achulado para su edad.

—¿Por qué no le dices a tu cronista que no tenéis donde caeros muertos? ¿Quién os ha pagado las últimas cuotas del club de tenis? —preguntó Raúl todo lo alto que pudo.

—¿Y los recibos del colegio? —preguntó su compañero.

Agustín se mantuvo en silencio haciendo verdaderos esfuerzos por no salir en la crónica peleándose.

—Siempre estáis pidiendo prestamos —insistió el compañero de Raúl.

—Guarro. A ver si te lavas —le increpó Raúl—. No sé cuándo será tu cumpleaños, pero toma, vete dando con esto.

Agustín abrió el regalo. Casi se pone a llorar. Era una pastilla de jabón. Mi interés por todos aquellos niños se vio inmediatamente saciado. Pronto quise no estar allí. De repente me acordé de mi experiencia como estudiante en un centro semejante a este. Por aquel entonces creo que habría dado quince años de mi vida con tal de verme inmediatamente en cualquier otra condición que no fuese la mía. Me habría dado igual ser representante de cepillos de dientes, vendedor al por mayor de papel higiénico en países remotos, carbonero en un inmenso barco mercante en el que nunca hubiera visto la luz del sol hasta que hubiese llegado a algún puerto donde las frutas no tuvieran nombre para mí. Si no recuerdo mal, no me habría importado ser perro, ni siquiera garrapata de un perro callejero. Lo más importante en aquella época era la libertad. Me pasaba el día pensando en ella. No sabía muy bien qué era, pero su sabor era fácil encontrarlo en la negación de cualquier aspecto de mi vida. No estar desayunando a las ocho de la mañana era ser libre. No montarse en un autobús un poco más tarde, no estar a este lado del cristal de la ventana, no ser un pájaro al amanecer. Todo, menos yo, era ser libre. Los niños tienen idealizados a los mayores y a los mayores les pasa lo mismo con los pequeños. Tanto unos como otros piensan que la libertad se encuentra del otro lado. Los primeros se dejan fascinar por la ceremoniosidad aprendida de los adultos. Les parece que sus movimientos, sus palabras, sus actos se rigen por misteriosas etiquetas. La forma de entrar en un coche, de cortar verdura con un cuchillo, de peinarse, de rascarse la cabeza o darse la mano son rituales de una solemnidad extraña y familiar a la vez. Continuamente temen no ser admitidos en las galas de la madurez. En cambio, los mayores se pasan la vida echando de menos la espontaneidad infantil, sin sospechar el enorme esfuerzo que supone actuar continuamente sometido al vértigo de las infinitas posibilidades.

Abochornado por el regalo y las imprecaciones de Raúl y su compañero, Agustín me llevó hasta un rincón del patio y me hizo cruzar una fronda de arizónicas. Allí se abría un panorama insólito donde el hijo de Fuensanta pudo encontrar cierto consuelo.

Comprendía sus ganas de desaparecer y las dificultades que encontraba para hacerlo en el colegio. Todo el patio estaba rodeado por una cerca de alambre. Para evitar el aspecto de campo de concentración diurno habían plantado aquellos árboles por delante de la alambrada. El hueco entre los cipreses y la cerca era el único espacio en el que uno podía no ser visto. A los que no querían romperse las rodillas contra el asfalto les quedaba solo ese estrecho refugio clandestino. A duras penas cabía un cuerpo y un cigarrillo. Alguien había conseguido abrir un hueco en la verja y enrollarlo como si fuese una lata. Eso permitía aumentar la zona oculta. La calle cedía una minúscula pero muy significativa porción de su espacio al recreo. Con ese trozo de muralla metálica, enganchándolo en la parte de arriba, se habían fabricado una hamaca bastante cómoda. Creo que se alquilaba por minutos, no había tiempo para más. Lo mejor de aquello es que uno podía estar tumbado a la bartola por un precio aceptable en el lado de fuera, por donde pasaba gente que era libre, que no tenía que estar confinada durante todo el día en un centro de reclusos por el simple hecho de ser demasiado pequeño y demasiado ignorante. Qué fascinantes debían de ser para aquellos críos las señoras que pasaban con el carro de la compra, qué mundos de compleja imaginación los puerros que sobresalían por encima de sus bolsas, o los universitarios de la facultad de al lado, que si querían entraban en clase y si no querían se quedaban en cualquier otro lugar.

Como el espacio entre la valla y los cipreses era demasiado reducido me vi obligado a salir por la verja rota hasta la calle. Enfrente había un instituto público de secundaria. Según me dijeron, su conserje los dejaba salir a la hora del recreo. Los estudiantes se acercaban a incordiar a los del colegio privado a través de la verja. Los consideraban blanditos y todos los días al terminar las clases los recibían en la explanada que unía los dos centros con una lluvia de piedras.

Sobre la acera que había junto a la verja vi a un padre amonestando a un muchacho de la edad de Agustín. Era Mohamed, el compañero de Julián en el programa de televisión con el que había empezado

mi trabajo con los Tordesillas. El tutor de su hijo lo había avisado con carácter urgente y había tenido que pedir permiso en el trabajo para atender las quejas del profesor por la conducta de su hijo. Después de terminar de sermonear al crío lo mandó de nuevo a clase y se quedó solo conmigo. Tenía un sentido del humor excelente que no había podido ver durante el programa. Me dio muchos recuerdos para Fuensanta y para su hijo. A pesar del desplante con el que lo despidieron les cogió bastante cariño. También le hacía mucha gracia que yo trabajase como cronista. Lamentó no tener la oportunidad de aparecer más a menudo en mi relato. Hizo varios chistes sobre la necesidad de arreglarse para salir con dignidad en el libro que yo estaba escribiendo. Me confesó también que el niño le daba muy mala vida. En realidad, se había marchado de su país para que a su hijo le realizaran un trasplante de riñón. Había hecho enormes esfuerzos y sacrificios para que se viniese con él. Finalmente lo había conseguido. La operación había salido perfectamente y el chaval hacía ya una vida normal. El único problema era la conducta, las amistades, la actitud. Se metía en todo tipo de líos, de los que una y otra vez le tenía que sacar el padre. Había ido a comisaría por haber atracado a unos extranjeros; ahora acababa de sacarlo del apuro de haber robado a un compañero de clase.

Alguien nos dio un empujón y no se disculpó. Sonó el chillido de un cerdo al ser sacrificado. Era un grito agudo que rasgaba el aire como un cuchillo. El rostro de Mohamed se transformó. Para él fue como las campanadas a medianoche de Cenicienta. Trabajaba en el matadero de al lado, en las industrias cárnicas Botero. Se tenía que marchar, pues había obtenido un permiso corto para solucionar el problema de su hijo.

En ese momento sonó el timbre del recreo. Me introduje corriendo por la verja rota. Los críos la agarraron de nuevo para simular que no había ningún trozo suelto. Todos habían desaparecido. Es increíble la reglamentación cronológica de un colegio. Los alumnos la tienen totalmente asumida. Yo encontraba serias dificultades para adaptarme a la sistemática prisa del encierro.

Enseguida me topé con el director, que me afeó con la mirada el haber salido de detrás de los cipreses. Me condujo hasta un polideportivo y me dejó sentado junto a él en las gradas de la piscina. Antes de que saliesen los alumnos, que en ese momento se cambiaban en los vestuarios, me contó con pelos y señales la historia del colegio. Yo lo escuchaba un poco distraído, mirando las instalaciones con mucha atención. Me preguntó si no tomaba nota. Estaba tratando de incluir una presentación del colegio en la crónica. Empecé a sentir cierta angustia al notar que últimamente la mayoría de la gente hablaba conmigo para que yo incluyese sus palabras en la crónica. Me disculpé afirmando que contaba con una memoria prodigiosa. Afortunadamente no la comprobó, no me tomó la lección. No habría sabido reproducir casi ninguno de los datos que me había facilitado. Solo recuerdo el amor a la Virgen María del fundador.

Al salir del centro me di cuenta de que mi perseguidor, el portero de la discoteca de los Botero, seguía en la cafetería, mirando por encima del periódico hacia la puerta del colegio. Aparenté haberme olvidado de algo, volví a entrar y me dirigí hacia la muralla de arizónicas que cubría la verja. Al introducirme entre las ramas oí un pitido. Era el director. Me llamaba de ese modo la atención para que no saliese por el hueco. Quizá de lejos me confundiese con un alumno y pensase que me estaba escapando para hacer pellas. En lugar de ir a pedirle disculpas decidí apresurar la marcha y atravesar la verja desplegando los alambres atados. Una vez fuera bordeé el centro. La cafetería desde la que me esperaban tenía una segunda puerta. Entré por ella y abordé al espía. Al verme se llevó una gran susto y salió corriendo. Lo perseguí por algunas calles hasta que desistí. Mi intención era que me contase qué quería y por qué me seguía. En el fondo, al correr detrás de él me cargaba de valor para afrontar la difícil situación en la que me encontraba desde el robo del cuadro. Entre las cosas que pensé mientras intentaba darle alcance era que seguramente conocía de primera mano detalles de los Tordesillas. ¿Cómo entender, si no, la jugarreta de las palomas? ¿Sería ella, Fuensanta Tordesillas, la que habría

contado a sus propios enemigos las debilidades que más vulnerable podrían hacerla? ¿O esa información les habría llegado gracias a la imprudencia de Pedro, Álvaro y Félix?

A las seis de la tarde había quedado con Agustín para completar mi jornada adolescente. Me habría gustado que me hubiese hecho pasar ante sus amigos por alguien que no fuese yo. Por lo que vi más tarde, me habría sentido más cómodo en el papel de camello. De ese modo tendría la oportunidad de dejar de ser por un momento el cronista que todo lo observa, para quien todo el mundo posa constantemente. Así podría tener un papel de «reconocido prestigio social» en ese círculo. Sería una forma marginal y retorcida de estar integrado, de conseguir que la gente no estuviese continuamente a mi alrededor haciendo méritos, en un peloteo agotador. Pero todo el mundo parecía ya conocerme antes de haberme visto. Sabían a lo que me dedicaba y quiénes eran mis jefes.

En realidad, creo que Agustín no quedó con sus verdaderos amigos, a los que inconscientemente protegió de mi curiosidad. Me llevó a ver a los amigotes que peor le caían. Al mismo tiempo que me mostraba a sus amistades más «radicales», alardeando de ello probablemente por pura pose, ejercía cierta venganza, traicionaba a los traidores. ¿Cómo explicar la presencia de Raúl Botero y su compañero, del que a falta de nombre llamaré el Intrigante? Lo habían humillado por la mañana delante de mí. En el fondo, casi seguro, estaba contento de que apareciesen públicamente sus trapos sucios, que le parecían verdaderamente repugnantes. Era la única manera que tenía de denunciarlos. A esa edad, la complicidad exige a todos los adolescentes una amoralidad insuperable. Caer en el chivatazo es la peor falta. Sin embargo, Agustín estaba muy dispuesto a proporcionarme todos los datos que fuesen necesarios para que yo completase con rigor la estampa de aquella pequeña corte de viciosos. Gracias a él y a lo que comprobé pude dividir la panorámica de aquella tarde en tres grandes vicios.

El primero era el vicio del juego. Habíamos quedado en una sala de máquinas de juegos y apuestas de la ciudad. El sonido estruendoso espesaba el ambiente. Se hacía difícil caminar entre aquella monótona y desquiciante polifonía. Unos se dedicaban a las tragaperras; otros, a las máquinas antiguas de entretenimiento. Agustín miraba con otros amigos el juego de Raúl. Realmente era un virtuoso. Se notaba que había invertido mucho tiempo y mucho dinero en alcanzar su nivel de dominio.

Agustín me informó en un aparte de la catadura del individuo.

—Este que ves aquí le roba el dinero a su abuelo, que está enfermo, y se lo gasta en máquinas, drogas y aperitivos. Delante de todos nosotros siempre está presumiendo de ser, a su edad, el que mayor poder adquisitivo tiene de todo el colegio.

Al poco tiempo salieron de la sala de máquinas a una callejuela trasera. El grupo seguía a Raúl. Fue él quien decidió detenerse entre dos coches. Trataba de mostrar su liderazgo, aunque el motivo para ello fuese insignificante. Los demás se lo permitían, pues siempre pagaba él. Se notaba su madera podrida de líder.

El segundo vicio era el hachís. La vergüenza que estaba pasando al pensar que la gente me relacionaría con estos porreros adolescentes en aquel rincón tenebroso me obligó a adoptar una postura un tanto distante. Eso me dio un aire turbio. Ante los ojos de los amigos de Agustín gané bastante interés. Casi todos me miraban con una mezcla de admiración y miedo. Se quedaron un buen rato callados. Pensé cómo hablaría un cronista si tuviese que decir algo. Lo único que conseguí fue carraspear cuando le di una calada al canuto que uno de ellos me pasó. Y mejor que nunca entendí, cuando empezó a hacerme efecto el humo, la idea de Aristóteles según la cual es imposible que una sola y misma cosa se mueva a sí misma. Esa cosa

llamada Ful empezaba a parecerse a un río, con más o menos caudal de pensamiento. En él se reflejaba la obsesión de que la voluntad no se mueve sola, que siempre hay un objeto que la empuja. Yo era pura inercia flotando sobre la inmensa solicitud de determinaciones. Me sentía conminado a actuar hasta por el color del coche en que estaba apoyado.

Empecé a sentir pánico a dejar mi voluntad guiada por aquella panda de liliputienses que me inspiraban todo tipo de desconfianzas. Busqué alrededor, con desesperación, otras condiciones. Imploraba piedad a las luces amarillentas y extraterrestres de las farolas, a los balcones que se asomaban desde las casas, tristemente vacíos, sin una escena a la que me pudiese agarrar para no tener que dejarme dominar por aquel entorno inmediato. Miraba hacia lo que quedaba de cielo en busca de una estrella que se hubiese apiadado de esta calle, de esta voluntad errática que fumaba en un callejón sin salida. Pensé que con una calada más podría escuchar las luces, sentirlas, masticarlas. No sé por qué, ni entonces ni ahora me quedó claro el estímulo que me hizo acordarme de los libros de Castaneda en los que don Juan exhorta a su discípulo a tomar notas en su cuaderno cuando viese que nada le era comprensible en sus raptos de ebriedad bajo el influjo de las drogas. Obediente a aquel remoto consejo saqué una libreta y empecé a escribir todo lo que decían los chavales.

—Pásamelo.

—¿Tomamos algo?

—¿Cuánto dinero tienes?

—Y este, ¿por qué escribe?

—Está haciendo su crónica.

—Anota lo que decimos.

—Y lo que no decimos.

—O sea, lo que hacemos.

—Eh tú, idiota —exclamó el Intrigante—, ¿a qué te dedicas?

Tomando nota de mi propio pensamiento anoté: «Este es un trabajo duro». Y a continuación respondí en voz alta.

—Me dedico a tomar notas.

—Eh, tú, cronista. Apunta, apunta. Te saco la lengua —dijo Raúl.

—Y yo te hago un calvo. Mira, mira.

Mientras el Intrigante me enseñaba el culo, yo me refugiaba en mi interior, único lugar seguro entre aquellos descerebrados. Había encontrado la absoluta autodeterminación de mi voluntad, a la que obligaba a tomar la iniciativa en un mundo plagado de estímulos y

brío desinflado. Mientras se reían a carcajada limpia —el síndrome del hachís les hacía exagerar todo— escribí una reflexión sobre el Intrigante. Pensé que utilizaría aquellas salidas de tono faltonas para impresionar a Raúl y a todos los demás. Era una manera fácil de convertirse en una especie de imprescindible héroe de pacotilla. Bastaba con insultar sin motivo a una persona mayor o romper la luna de un coche.

Alguien propuso ir a tomar algo. El fumeteo les daba un hambre y una sed feroces. Nos dirigimos hacia el templo del tercer vicio, la ensaladilla rusa. Por el camino surgieron maquinaciones por parte del Intrigante. Pretendía excluir a dos personas de la pandilla, alegando que no gozaban de la necesaria confianza y que bajarían mucho el nivel de la crónica. El buitrecillo, sin duda, temía que su ración de protagonismo y de ensaladilla rusa se viesen mermados. También sospechaba que a la hora de pagar las consumiciones, Raúl tuviese un ataque de racanería que no le permitiese comer y beber como cuando iba solo con él. Lo normal, según me dijo Agustín, era que el Botero solo invitase al Intrigante. Este hacía todo lo posible por desplazar a todos los demás. Ese día no podía obligar a Agustín y a su cronista a desaparecer. Era demasiado chic pasear con nosotros dos por los bares de copas. Para imponerse por una vez, Agustín mantuvo a otro amigo con nosotros.

Cuando vi que dos de nuestros compañeros de fatigas se quedaban por el camino, con cara de desamparo, como dos ovejas descarriadas que hubiesen sido devueltas, muy a su pesar, al rebaño de la multitud ordenada y sobria, las ganas de dominar mi voluntad mediante la coronación de la osada incertidumbre como reina de todos mis pasos fueron sustituidas por un deseo visceral de venganza que solo se vio en parte saciado por la satisfacción de que los dos chavales que ya no nos acompañaban dejarían de formar parte de esta perversa corte dirigida por un descerebrado que, un día sí y otro también, desvalijaba a su abuelo para echar las migajas de su botín a las palomas rapaces que lo rodeaban otorgándole un aura de respetabilidad canalla.

Entramos en el Picú, el bar donde había pasado una noche con Pedro, Álvaro y Félix. Gracias a Dios no estaba el portero de marras. Demasiadas horas extra por la mañana, persiguiéndome a mí y haciendo de «caballero» con las damas. El ruido de la música, afortunadamente, no nos dejaba hablar demasiado. Ellos no lo necesitaban. Estaban en esa edad en la que se comienza a imitar a los mayores, sobre todo, los gestos más fáciles: elevar el vaso de cerveza, llevar el cigarrillo hasta los labios. Pensé que luego se complicarían la existencia queriendo imitar los discursos, esforzándose por decir a los demás algo que tuviese interés y sentido coherente. Aquellos críos todavía estaban en la fase de conseguir unos gestos y movimientos bien parecidos. Sabían que eso era lo más importante, también entre los mayores. Todo, en realidad, era una representación. Se trataba de fingir que uno está dejando algo claro frente a los demás. Podríamos decir que el fuerte de los adultos que imitaban eran las relaciones teatrales. Yo no conseguía ver mucho más que un vodevil carente de frivolidad, lo que privaba a este tipo de piezas de su verdadero encanto. Se representaba una pieza ligera con la solemnidad de un auto sacramental.

Al llegar al bar, antes de que nos sirviesen las consumiciones, Raúl recibió una llamada. Agustín me había dado su número de teléfono y me pidió que le diese un toque y colgase enseguida. Al ir hacia el bar habíamos visto a un vagabundo sosteniendo con su mano una lata de cerveza en la oreja y hablando por ella como si de un móvil se tratara. Fue seguramente ese esfuerzo de comunicación absurda lo que le inspiró para gastarle aquella broma. No estoy seguro de que tuviese prevista la reacción de su amigo, pero algo intuía. Raúl llevaba un manos libres y al comprobar que se trataba de un teléfono desconocido, —evidentemente no tenía fichado mi número — se puso a hablar en mitad del local, iniciando una larga conversación con una llamada perdida. Primero iba hacia un lado, luego hacia el otro. Unas veces parecía estar riñendo con alguien. Al momento nos hacía pensar, más bien, que mantenía una conversación cariñosa. Movía las manos como si hubiese ensayado

cada uno de los gestos. En un momento dado, la llamada perdida debió de decirle algo muy gracioso y Raúl se dio la vuelta completa en algo parecido a un giro de baile mientras soltaba una carcajada. Aunque sus movimientos fuesen en algunos casos un poco bruscos, no perdía nunca la compostura. Toda su flexibilidad muscular estaba al servicio de la seriedad de las marionetas. En cuanto aparecieron las ensaladillas rusas sobre la barra colgó, olvidando despedirse, y se acercó apresuradamente a coger una. Era lo único que le obligaba a despreocuparse de su apariencia.

Raúl y el Intrigante se pusieron rápidamente a engullir colines con ensaladilla rusa y anchoa. Con la boca llena y abierta, miraban sin parar con embobada admiración a dos jóvenes mayores que ellos. Según me dijo Agustín, y por la pinta que tenían debía de ser verdad, se trataba de dos camellos de postín. Estaban sentados en una mesa, cerca de una ventana. Mientras Raúl y el Intrigante aprendían modales canallas, Agustín y su amigo daban vueltas a la posibilidad de calcular el deseo, las necesidades y la voluntad en términos matemáticos, lo que les impedía dedicar atención a las ensaladillas y a los modelos de conducta de sus amigos.

Los camellos llamaban cada vez más la atención. Conscientes de ser observados, oprimidos por el peso de las miradas, se revolvían en movimientos cargados de sensualidad. Cada uno de sus gestos se hacía para ser contemplado con deleite por sus admiradores. Cuando agotaron su repertorio de posturas, aires y maneras empezaron a buscar una mayor intensidad espectacular en la provocación de un individuo, solo, sentado en una mesa sobre la que escribía frenético, rodeado de libros.

Este individuo de pelo ralo, mucho menos pagado de su imagen que los camellos, empezaba a mostrar un manifiesto cansancio hacia los provocadores. Eso hacía que los chulos se creciesen hasta puntos ya intolerables. Después de tirarle los libros que tenía sobre la mesa le llenaron de rayajos los papeles en los que estaba escribiendo. Por

último, le volcaron la bebida. Alrededor de sus fechorías se extendían risas de complicidad.

En una de aquellas ofensas, a las que hasta aquel momento el individuo no se había dignado responder, se levantó y les soltó a la cara dos palabras por lo visto bastante más ofensivas que una buena bofetada. Inmediatamente comenzó una batalla campal en la que volaron sillas, mesas y botellas. Desde que había empezado la pelea, Raúl y el Intrigante comían todavía más deprisa que antes. El ritmo de sus mandíbulas iba a remolque de la emoción de las tortas. Cada una les parecía la última ensaladilla que podrían tomarse en este mundo.

El corro de espectadores que se había formado alrededor me impidió acercarme a poner un poco de paz. Estaban encantados con el espectáculo y no parecían dispuestos a permitir que un espontáneo lo fastidiase. Mis voces pidiendo tranquilidad cruzaron la barrera humana que rodeaba el circo, pero sus consecuencias fueron como las de una mariposa que atraviesa el último tendido y sobrevuela el ruedo de una plaza de toros. Me vi obligado a buscar otro remedio. Miré por el bar dónde estaría la caja de los plomos y le di al automático cuando uno de los macarras tenía cogido al pobre diablo por detrás mientras el otro se disponía a darle un golpe. Afortunadamente, gracias a la oscuridad, no dio en el blanco, sino en el rostro de su amigo, y la víctima pudo zafarse de la agresión.

Alguien volvió a encender la luz. El individuo agredido leía, sentado en su silla, concentrado en ignorar lo que había sucedido. Su inesperada indiferencia dejó un tanto atolondrado a todo el mundo. Los chulos recompusieron su ropa y volvieron a sus posturas, aires y maneras comentando con todos aquellos que quisiesen lo que acababa de ocurrir. De ese modo el ambiente del bar se renovaba, las conversaciones volvían a tomar brío, el interés por la vida en común se recuperaba a costa de un poco de violencia.

El dueño del local, Tino Botero, consideró que el hombre de pelo ralo que seguía leyendo como si nada en mitad del bar era una influencia perniciosa. Tras evocar con los agresores durante unos instantes lo que había sucedido, lo invitó a pagar su consumición y a marcharse. Él se opuso, como era lógico, pues su participación en el altercado había sido pasiva y totalmente accidental. Me acerqué a Tino para interceder por el pobre diablo; pero sus guardas jurados ya lo estaban cogiendo del hombro y expulsándolo del bar mientras le mostraban el cartel de «Reservado el derecho de admisión». El individuo soportaba imperturbable las maniobras de Tino y las cuchufletas desde la barrera de los chulos, envalentonados con esta doble humillación de su víctima y con la invitación a otra copa que les brindaba Tino. De paso, ya que me entrometía, el dueño del local aprovechó para expulsarme a mí también y para declararme, en voz bien alta, persona non grata.

Agustín y pandilla salieron detrás de mí. Por un rato perseguimos al pobre diablo, acompañándolo por si los camellos decidían atacarlo a traición en un callejón oscuro. Era una extraña sensación la de guardar las espaldas de un desconocido capaz de meterse sin pensarlo hasta la úvula de la boca del lobo. Yo lo veía como un ser heroico que necesitaba protección. Entró en otro bar. Desplegó de nuevo sus libros sobre una mesa y pidió una consumición. Me quedé más tranquilo y decidí que no corría tanto peligro como en los otros lugares.

—¿Y tú por qué has defendido a ese impresentable? —me preguntó el Intrigante para despedirse.

—Yo hago lo que me da la gana.

—Tú tienes envidia de los que han puesto en su sitio a ese tipejo.

—¿De los camellos?

—Más quisieras.

—Yo soy camello del aire, dromedario del viento, jirafa del cielo. Mi droga está recién salida de los laboratorios de la sangre..

Desde luego, no habría dicho nada semejante si no hubiese fumado.

—Hablas como un cura —me contestó el Intrigante, que no parecía dispuesto a escuchar mucho más—. Vamos, Raúl. ¡Qué coñazo de cronista tenéis en vuestra familia! —dijo a Agustín.

—Déjalo. No merece la pena. Es un pobre diablo también —Raúl, que empezaba a hacer sus pinitos de chulo, me perdonaba así la vida.

—¡Ful! Tu nombre lo dice todo. Vete a Estambul —remató el Intrigante.

Nunca pensé que mi trabajo exigiría tanto de mí. En principio yo esperaba solo escuchar y tomar nota. Me veía medianamente dotado para ser un buen espectador y trasladar mis observaciones al papel. Pero no tenía tantas habilidades para comportarme diplomáticamente con todo el mundo. Las circunstancias, la

diferencia de edad y mi vocación de moralista me obligaban a participar. De vuelta a casa de Agustín les iba contando que no había nada más alucinante que la realidad. No era necesario tomar drogas. Influido por las teorías de Jorge les dije que la verdadera droga, la más eficaz, la de más largo alcance, la encontramos en la percepción. Si uno consigue apreciar las cosas en toda su intensidad, puede llegar bastante más lejos que con cualquier sustancia. No sé qué pensarían de mi sermón. Me despedí sin averiguarlo.

Afortunadamente, aquella noche no subí a saludar a Fuensanta. No me habría dejado dormir. Tenía demasiadas cosas que contarme. En los últimos tiempos se había callado muchos detalles sobre su vida y su relación con la familia. Había llegado el momento de soltar los secretos. No porque ella quisiera, sino porque ya no se podían mantener más tiempo ocultos. Sus tejemanejes habían rematado la trama en la que ella había atado a toda la familia. Tenía cuarenta y nueve llamadas perdidas suyas en mi teléfono. No había tenido suficiente con lo que me había confesado esa mañana. Me había perdido sus largas y enrevesadas explicaciones.

La granja de cerdos se pone de largo. Cuadro de la mosca épica. Del silencio de los pinos a la obertura del Apocalipsis. Pregón para envidiar a un cerdo. Raúl y el Intrigante juegan a las tabas con los huesos de los Tordesillas. El ombligo de los tiempos. La invasión de los cerdos. Los muebles salen a la terraza. La lengua de los perros. Tiro al plato. Una balsa al final de la escapada.

A la mañana siguiente recibí la llamada de Jorge. A última hora de la tarde pasarían a recogerme él y su padre. Iríamos a una fiesta, un evento de obligado cumplimiento. Por el tono parecía más bien un funeral. Se trataba de la última celebración en Membrillo. Inauguraban una granja de cerdos. Habían vendido la finca a los Botero. Finalmente se había destapado la verdad. Me llamaron también Fuensanta y Maribel. Querían que las acompañase. Como ya me había comprometido con Blas y su hijo me pidieron imperiosamente que me acercase a sus casas aquella misma mañana. Intentaban a toda costa verme antes. Adiviné que preferían dar su versión de los hechos antes que sus hermanos. De repente, me había convertido en su reputación personificada e intentaban agarrarse a mí para mantener la dignidad, o su apariencia. Lo más probable es que las desavenencias entre los hermanos me costasen el puesto de trabajo. Quizá harían un esfuerzo por utilizarme como eje de unión. Recordé las palabras de Jorge sobre su abuelo. Yo era casi la última ocasión que tendrían para reconciliarse.

En el camino hacia Membrillo padre e hijo llevaban una cara tan larga que me resultaba difícil iniciar una conversación. No sabía si sería mejor dejarlos en su crisis de melancolía o intentar sacarlos de ella dándoles algún pie a desahogarse.

—Ya me llamó la atención el último día la peste a granja que había por todos sitios. Parecía un presagio —comenté, antes de que ellos comenzasen a darme detalles sobre la operación.

—¡Es su táctica! Tú sabes que es el aroma regional: la peste a cerdo estabulado. Lo inundan todo de granjas, cercan con ellas las tierras que se resisten, apestan a los vecinos, que terminan teniendo que vender, como nos ha pasado a nosotros, a un precio decidido por ellos, porque nadie quiere comprar un terreno rodeado de mierda.

Blas estaba realmente indignado. Gran parte de su vida se desarrollaba en ese lugar. Allí era donde tenía las obras mejor conseguidas por su entusiasmo y su perseverancia. Ahora solo le quedaba un rincón aislado en mitad de las pocilgas.

—¿Por qué no me habéis llamado? Se supone que mi crónica debe ser exhaustiva y rigurosa. He asistido a reuniones y fiestas mucho menos significativas para la familia. Además, quizá podría haberos echado una mano a la hora de enfrentaros a…

—…Pepe Botero. Supongo que te acordarás de su hijo. Estuviste una noche en su casa. Son enemigos declarados de la familia, aunque sean íntimos de los hijos de Maribel, de la misma Maribel y de Fuensanta —aclaró Jorge.

—En la realidad pasan estas cosas: se puede ser amigo de la parte y enemigo del todo —sentenció con tristeza Blas—. Además, ha utilizado esa amistad para seducirlas y ponerlas en nuestra contra, hasta el punto de obligarnos a los demás a vender. Primero las llevan de oropel en oropel, las malacostumbran al lujo y a las tonterías, y luego les hacen ver que ellas mismas podrían perfectamente disfrutar de todo eso: dar magníficas fiestas, comprar coches último modelo, hacer viajes, lucir joyas, incluso salir en las revistas. Lo único que tienen que hacer es venderles Membrillo en lugar de vivir en un quiero y no puedo.

—Supongo que hay ciertas costumbres que crean adicción —se me ocurrió.

—Todas; pero a algunas solo se enganchan los imbéciles.

—Insisto, ¿por qué no me habéis llamado?

—¡Por pudor! —exclamaron a coro.

—¿Pero qué pudor, si a esta familia le gusta hacer alarde hasta de sus miserias? —osé decir.

—Esta vez resultaba excesivo. ¿Te llevarías tú a tu cronista a la cama, o a las peleas con tus hermanos? —me espetó razonablemente Jorge.

—Además, desde que entré a trabajar a vuestro servicio he desarrollado una fobia contra los Botero que me habría permitido estar más atento.

Yo, que creía saber tantas cosas de los Botero y de su relación con los Tordesillas, tenía que reconocer que había miles de detalles que se me habían escapado en las narices. En realidad, me había fijado solo en lo más insignificante y lo que sabía lo había averiguado por casualidad.

—De todas formas, no te preocupes, tendrás noticia detallada, ya la estás teniendo, de todo lo que ha ocurrido. Te informo de las últimas novedades. Botero se ha convertido en el asesor financiero de mis hermanas. Se ha ocupado de tenerlas bien cuidadas en los últimos tiempos, haciéndose cargo incluso de gastos cotidianos. Cuando ellas iban a pagar las facturas de la luz, del colegio, de la universidad de sus hijos, se han encontrado con que alguien se había adelantado. Por supuesto, no sospechaban que aquello no se hacía a cambio de nada. También las han aleccionado sobre la relación económica que debían mantener con sus hermanos. Un auditor contratado generosamente por su benefactor les ha aconsejado que nos descontasen a los demás todo aquello que hubiésemos gastado del patrimonio familiar desde la más tierna infancia. Así, nos han ido deduciendo todo lo que recordaban: supuesto dinero que nuestros padres nos dieron de más. Por supuesto, se trata de gastos incalculables. ¡Te puedes imaginar la cantidad de dinero que se pueden quedar a cuenta de la Vía Blanca y del almacenamiento de todas mis basuras! Han calculado el alquiler del terreno que mis montajes han ocupado durante años. A la pobre Adela le han descontado hasta la matrícula de la universidad que le pagaron mis padres. Ellas, como no estudiaron, como solo gastaban en perfumes, ropas y taxis... La verdad es que yo podría haberles reprochado muchas más cosas, pero me daba vergüenza.

Blas estaba realmente dolido, y a la vez resignado. Parecía conforme con que aquello finalmente hubiese terminado. Quien realmente estaba eufórico era Jorge. La noticia lo había convertido en una persona activa. Sus sueños artísticos se habían transformado en empeños materiales. Había abandonado el proyecto de su cuadro nunca comenzado sobre aquella frase de la tragedia de Esquilo «Levántate, casa». Era como si la casa se hubiese elevado por encima de Jorge y hubiese echado a volar, permitiéndole entregarse a otra obra que sí había comenzado. Esta vez, dentro de sus obsesiones clásicas, estaba pintando un cuadro dedicado al quinto trabajo de Hércules: La limpieza de los establos de Augias. Lo más curioso es que lo enfocaba desde la óptica de una mosca. Su obsesión era conseguir aproximarse a las montañas de mierda sin

los automatismos del hombre. Y todo ello evitando renunciar a la visión del gigante hercúleo, capaz de mover dos ríos de su cauce. Si solo un terremoto podía llevar a cabo semejante proeza, pretendía expresar la fuerza de tal movimiento sísmico a través de formas y colores. La empresa de un héroe observada a través de los ojos prismáticos de una mosca. De hecho, defendía que Hércules nunca habría conseguido alcanzar la limpieza de los establos sin convertirse en una mosca épica, sin su sensibilidad, sin su familiaridad con los excrementos. El título del cuadro lo alejaba de toda retórica mitologizante: Como una mosca en una montaña de mierda.

Su padre insistía frente a su hijo en que su origen noble le impedía hacer una obra de creación. Yo lo veía como un irónico rasgo de modestia para restarse originalidad. Su único posible cometido se reducía al coleccionismo, coleccionismo de huesos, coleccionismo de electrodomésticos antiguos, coleccionismo de todos los trastos inservibles desechados por los demás. Si hubiese sido un hombre de letras podría haber escrito un diccionario, haber compilado una antología, pero jamás se habría permitido un ensayo, un poema, una novela, pues un obrero de la inteligencia no dejaba de ser un obrero. Para él, el mundo entero constituía un gabinete de curiosidades. Proyectaba sobre todo lo que le rodeaba, incluso sobre lo más banal, una visión de extrañeza que convertía cualquier objeto en preciosidad única. Defendía tan apasionadamente su síndrome de Diógenes que yo, como siempre que un Tordesillas hacía algo demasiado en serio, dudaba de su sinceridad.

Jorge siguió con la descripción de su cuadro. ¡Estaba tan entusiasmado! Nunca había tenido una certeza tan clara de que en arte las negaciones son mucho más productivas que en cualquier otra actividad. Por un momento me acordé de la conversación con Pepe Botero sobre las penas como estímulo artístico y me vi en la tentación de darle la razón en su teoría. Jorge había cambiado hasta su aspecto físico. Parecía más robusto; dentro de los límites, claro, de su vocación anémica. Me permití decirle, enlazando con algo que le había comentado justo cuando nos conocimos, que los buitres

hambrientos a los que habían expropiado de las carroñas de la intemperie se lo pensarían dos veces antes de picotearle el pellejo.

—Ahora que lo dices, me das una idea. Pienso introducir buitres en mi cuadro. Serán como una representación de las Erinnias vengadoras. Irán en bandada. Volarán dando círculos alrededor del jarro de bronce en el que se esconden los cobardes que han organizado el desastre, los Euristeos de toda esta historia. Me he traído la cámara. Necesito inspiración. Aquí seguro que la encontraré. Me temo que me van a sobrar rostros para buitres y Euristeos.

Los Botero, ganaderos cainitas hasta la médula, habían encontrado en la finca de los Tordesillas un asentamiento en el que por fin pasara desapercibida su errática vocación criminal. Como buenos pastores, vagaban por el mundo deslocalizando porquerizas. Eran conocidos y admirados por la rapidez con la que instalaban y abandonaban granjas en cualquier lugar del planeta. Su propósito, actualmente, pasaba por convertir la finca de los Tordesillas en cuartel general, símbolo estable de rancia nobleza. Esto les permitiría inventarse toda una tradición de arraigo para sus negocios de embutidos. En pocos años nadie dudaría del viejo abolengo campesino de los Botero. Muy pocos relacionarían el lugar con los antiguos propietarios. Para adaptarse a ese nuevo menester agrícola hacían verdaderos esfuerzos de ostentación. Ese debía de ser el sentido y la función de los carteles arqueados y luminosos que nos recibían a la llegada a Membrillo. El lugar había cambiado notablemente desde la última vez. En muy poco tiempo la casa y alrededores habían sufrido una serie de transformaciones espectaculares que los hacían irreconocibles. Habían adoptado las máximas de sabiduría agrícola más vulgares y las habían colocado como credenciales de su nuevo estatus. Evitaban escrupulosamente las más refinadas citas sobre el viejo menester. La dignidad, la sabiduría y la virtud con la que defienden la agricultura los autores clásicos ennoblecían, pero no eran lo suficientemente llamativas. Por ese motivo, seguramente, fueron descartadas.

Nuestro vehículo pasó bajo un primer arco luminoso. En él había escritas unas palabras en luces de neón: «Cava hondo». Un poco más allá se atravesaba bajo otras palabras: «Echa basura». Por el tercer arco («Cágate en los libros de agricultura») se accedía directamente al aparcamiento de la finca. Había dos enormes pantallas en las que se sucedían diferentes escenas con cerdos en los establos, cerdos en los camiones, lechones mamando ubres de plástico, verracos montando marranas, puercos comiendo, marranos durmiendo. Entonces entendí que la fiesta se hubiese celebrado por la noche: de ese modo lucía mucho más vistosamente toda la parafernalia verbenera de las industrias cárnicas y agrícolas que los nuevos anfitriones de Membrillo habían preparado para nuestro deleite. El silencio que bajaba antes desde los pinos y paseaba desnudo sobre la tierra había sido sustituido por el estruendo de dos bafles que lanzaban sus decibelios contra toda posible expectación. Escuchando aquello uno sentía alejarse el origen del universo, y no dudaba de la inminente aproximación del tranquilizador final de los tiempos. Era la obertura del Apocalipsis.

Cuando llegamos al jardín de la entrada nos encontramos con Pepe Botero hijo, que nos saludó mucho más amablemente de lo que luego iban a mostrar sus aviesas intenciones. Después de pedirnos que dejásemos las llaves de los vehículos al guarda coches, por si había que moverlos, nos preguntó con cierta sorna por la prometida de Tino mientras nos acompañaba a la capilla, totalmente desacralizada, convertida para la ocasión en lugar donde los invitados asistiríamos al pregón inaugural, a cargo de un famoso poeta local.

El poeta subió por unas escaleras hasta el púlpito de madera. Me sonaba muchísimo su cara. Enseguida recordé haberlo visto en la fiesta que había dado Amancio. Sin duda, era uno de aquellos espectadores indiferentes que encontraron de enorme dignidad y elegancia no agradecer a Amancio su teatral hospitalidad. Aquí parecía bastante más en su salsa. Empezó agradeciendo a Pepe y

familia su invitación para inaugurar la granja. Este lugar, que siempre había estado abandonado, o mal aprovechado por los anteriores propietarios, entraba en una nueva fase, una nueva dimensión en la que se convertía en un núcleo de modernidad. De hecho, podíamos todos verlo: Pepe Botero y familia habían conseguido convertir la inauguración de una granja en una fiesta glamurosa, donde se encontraba lo más granado de la sociedad. A continuación nos leyó, como de su cosecha, la historia de la domesticación del cerdo según Marvin Harris o algún discípulo. Desmontó, con datos históricos copiados de algún libro, la justificación teológica de la abominación del cerdo por parte de algunas religiones y, apelando a la diosa razón, pidió que el marrano se convirtiese en caballo de batalla para acabar con los prejuicios y supersticiones infundadas de lo que él llamaba religiones inferiores.

Una vez sacralizado el cerdo e invitados todos, principalmente los anfitriones, a la cruzada contra el ayuno del cochino, empezó la parte humorística. Esta fracción de ingenio iba condimentada con su ración de sexo. Así, una vez abandonado el fundamento científico en el origen de la domesticación del puerco, el poeta intentó demostrar que su crianza se debe a la secular envidia que el hombre ha sentido por este animal, a sus ganas de emularlo. El pregonero dejó pasar unos instantes de divertido estupor e incredulidad entre los asistentes. Una vez repuestos, cuando ya se habían callado y necesitaban que se les aclarase aquella imprevista afirmación, explicó que, efectivamente, el hombre envidia al cerdo porque desearía y no alcanza, salvo raramente, los treinta minutos de orgasmo que disfrutan ordinariamente, sin clínicas para tratamientos venéreos. Incluso trataba de demostrar que, al comerlo, intentamos que se nos pegue alguno de esos treinta minutos, en una operación mágica mantenida por atavismos inconfesables.

—Probablemente esta puerca continencia se debe a que los cerdos son los únicos mamíferos que no poseen glándulas sudoríparas, de modo que les permite retener los líquidos que nosotros,

trabajadores esforzados del sexo, perdemos por todos los poros.

Tras estas últimas palabras, que tuvieron una gran acogida, el pregonero dio por terminado su discurso de inauguración y nos invitó a probar los embutidos Botero. «Comed todos de él», dijo. Enseguida empezaron a pasar bandejas con jamón. En las dos enormes pantallas aparecieron los primeros planos de la película Viridana. La banda sonora había sido sustituida por canciones jamaicanas que reclamaban la legalización de la marihuana. El padre de Pepe, a quien todavía no conocía, ensalzaba lo que él llamaba la película de su hijo, poniéndola por las nubes delante de mis excompañeros de periódico, los de la sección cultural, que escuchaban con la boca llena de jamón y colines. Cuando el nuevo anfitrión de aquel lugar terminó de atender a los periodistas, Blas me presentó ante él como el cronista de la familia Tordesillas.

—¡Enhorabuena! ¡Hay mucho que contar de esa familia, mucho que contar!

—Bueno. Me gustaría incluir algo de los cerdos. La verdad es que no sé nada de ellos. Debe de ser un mundo alucinante.

—Lo primero que hay que hacer es aclararse con los nombres. Los gorrinos son los menores de cuatro meses; los cochinillos, los que han crecido un poco más, pero todavía maman.

—A la mitad los llevan al matarife todavía sin destetar —dijo una chica de una edad aproximada a la de Pepe, que se parecía muchísimo en los ademanes y en la voz a Pepe y a su padre.

—Los verracos son los sementales. Empiezan su vida sexual a los quince meses y pueden tener un harén de hasta quince marranas —intervino el poeta pregonero.

—Los embriones del cerdo y del hombre, por su semejanza, demuestran que existe un parentesco entre los dos animales. En cierto modo, comer carne de cerdo puede ser considerado una forma de canibalismo —recitó la chica, a la que descubrí algo así como un lazo borriquero que le cubría el abdomen y la hacía semejante a un inmenso insecto sabihondo.

Esta segunda intervención me convenció de su parentesco en primer grado con Pepe y su padre, con los que guardaba un parecido innegable. Iba a pedirle que confirmase mis sospechas cuando vi a Pedro, Álvaro y Félix subir al púlpito desde el que el pregonero había soltado su discurso. Cogieron el micrófono y empezaron a presentar lo que aparecía en la pantalla. Todos los miembros de la familia Tordesillas se acercaron hasta donde nos encontrábamos Jorge, Blas y yo. Entre ellos había una chica que estaba llorando. Adela intentaba consolarla mientras miraba con cara de odio a Maribel y a Fuensanta. Me acerqué para ofrecerles mi ayuda. Jorge me dijo que era su prima E.T. Entreví unos ojos irritados detrás de sus cabellos revueltos. Me miraban como las ventanas de una casa abandonada, cubierta por la hiedra. Imaginé que sus párpados daban a habitaciones tomadas por murciélagos. El corazón me empujaba fuerte hacia abajo, como si quisiera hundirme los pies en la tierra, arraigarme allí mismo, en las baldosas. Me veía como un árbol tembloroso, plantado en mitad de todas las tormentas. Me miré las manos y reconocí la forma de antiguas raíces. Pensé que su fuerza, su punta de diamante, eran las lágrimas de E.T. ¿Cómo era posible que la gente no viese las sacudidas de mis latidos? Eran salvajes como los tambores de casa de Amancio.

—¿Eres Ful? —me preguntó E.T.

Al decirle que sí metió en el bolsillo de mi chaqueta unas hojas impresas y me pidió que las incluyese en la crónica. Hizo todo lo posible para que sus tías Maribel y Fuensanta la viesen. Su hermano Eloy se echó las manos a la cabeza. Luego supe que no era por lo que me acababa de dar E.T. Temía, con razón, que sus primos hubiesen organizado cualquier estúpido espectáculo interactivo como despedida de Membrillo.

Tita me dijo que ya tenía diseñado el escudo «bobiliario» de los Botero. En uno de los cuarteles aparecería una quijada de burro que los emparentaría claramente con la estirpe de Caín. Me preguntó si se me ocurriría algún blasón para rememorar la estupidez de sus hermanas. En lugar de flores de lis proponía poner caretas de cerdo rodeando los blasones.

Los Botero les habían pedido a los tres hermanos que organizasen algo que sirviese como homenaje a la familia saliente. Abrieron la página de Second Life. En la pantalla apareció la casa de Membrillo. Era mucho más lujosa y principesca que en la realidad. Los jardines que la rodeaban no tenían nada que envidiar a Versalles: largas y anchas avenidas rodeadas de grandes árboles llenos de flores, castaños y magnolios, con formas digitales de torpe resolución, simples y vistosas, híbridos de tebeo y fotografía. Por esa larga avenida, imitada directamente de la Granja de Segovia, avanzaban los integrantes de la familia. Maribel, la madre de los tres supuestos artífices del programa, cuyo avatar lucía una prominente operación de pechos y un cutis perfectamente liso que recordaba las caricaturas de la película Brazil, avanzaba la primera cortando flores de lilos virtuales y oliéndolos con una gran afectación. Algo me decía que la original idea de los Tordesillas se había desvirtuado. Los tres hermanos miraban desde el púlpito a su madre. Intentaban pedirle disculpas con los ojos y le hacían ver con gestos que aquello no se parecía nada a lo que ellos habían preparado. Detrás de la madre, en la pantalla venían los tres hermanos, Pedro, Álvaro y Félix, con fracs y pajaritas a todo color.

De repente, pasaron junto a ellos tres bandidos a caballo. Llevaban raptadas a tres doncellas. Atadas y amordazadas, saltaban como sacos delante de los secuestradores. Los tres hermanos corrían hasta darles alcance. Subieron a los caballos y derribaron a los raptores. Mientras cabalgaban al trote desataban a las chicas y las desamordazaban. Enseguida descubríamos que se trataba de avatares de Naomi Campbell, Penélope Cruz y Claudia Schiffer. Los tres hermanos recibieron apasionados besos de agradecimiento. La escena fue coreada en son de burla por los Botero y otros invitados. Al final, desaparecían por los caminos laterales.

El siguiente en aparecer en las pantallas fue Jorge, cuyo doble provocó una carcajada generalizada al chocar contra una estatua. Se disculpó con ceremoniosa cortesía, como si se tratase de una dama. Apoyó la mano en un hormiguero. Hablaba de tú a tú a las hormigas que subían por su brazo mientras se dirigía a la casa. La escena parecía imitada de Un perro andaluz de Buñuel. Aquello me hizo pensar en la autoría de Pepe Botero junior. Recordaba vagamente que en su casa había comentado su costumbre de hacer intervenciones «artísticas» sobre películas de Buñuel. Según él, todo estaba creado. Por eso él se expresaba mediante las creaciones de otros. Pensé que era justo lo contrario a lo que hacía Blas al dignificar la materia más degradada estéticamente: uno convertía en estropajos consumadas obras de arte, otro hacía de cualquier cosa una obra de arte.

Una vez más los tres primos miraban a Jorge con cara de incredulidad. En la pantalla apareció Blas. Llevaba un martillo y un cincel. Miró hacia un lado y hacia otro. Se encaramó sobre el pedestal y golpeó el hombro de la estatua hasta arrancarle el brazo de piedra. Luego salió corriendo con el brazo hasta llegar a la casa. Por el camino iba atropellando y empujando a todo el mundo. Entró en una cochera que había en los bajos de la casa. Allí pegó el brazo en una especie de Shiva de la que salían otras muchas extremidades. Todo estaba lleno de fragmentos de objetos irreconocibles. Mientras buscaba una pieza que se resistía a aparecer se encontró detrás de un montón de ruedas a un hombre

vestido a la manera de finales del siglo XIX inyectándose morfina sentado en el suelo. Se trataba de un bisabuelo, me hizo saber Blas, que empezaba a estar seriamente preocupado por el cariz ridículo que tomaba la proyección. Por si no quedaba claro que se trataba de un antepasado de los Tordesillas, un subtítulo aclaraba: «El bisabuelo Federico Tordesillas se inyecta morfina». Pronto entró en la habitación un personaje cuyo subtítulo nos hizo saber que se trataba de la tatarabuela Fernanda. Buscaba al bisabuelo Federico para informarle de que una guerra había empezado; pero Federico el morfinómano no quería saber nada. El marido de la tatarabuela Fernanda, con traje militar, teniente coronel según el subtítulo, se despedía marcialmente de su mujer ante los ojos en blanco de Federico.

Los tres primos se bajaron del púlpito cuando las carcajadas ya eran demasiado humillantes. Jorge filmaba a los Botero. No sé muy bien cómo lo hicieron, pero toqueteando en unos cables consiguieron que sobre la pantalla apareciese la película de Tino hurgándose la oreja en busca de cerumen, a Pepe Botero con cara de idiota y a Raúl disfrazándose de vieja. La hermana de Pepe jugaba con el teléfono móvil. Como no se dieron cuenta demasiado pronto, pudimos disfrutar todos de un momento distendido en el que el burlador era burlado.

Pepe Botero, Tino y Raúl tomaron de nuevo las riendas de la proyección. Para disimular la brusquedad con la que habían arrebatado a los tres hermanos el manejo de la exhibición virtual mostraron la cantidad de visitas (tres mil en todo el mundo) que hasta ese momento habían recibido en Internet. Vi a Félix discutir bajo el púlpito con el amigo de Raúl, quien, para mí, aún hoy sigue siendo el Intrigante. Tino quedó montando guardia frente a los cables que Jorge había estado manipulando. Los Botero reanudaron la retrospectiva familiar con una escena que ya había oído varias veces en las reuniones de los Tordesillas. Por la gran avenida llegaba una gran carroza con el rey. Por delante y por detrás, un gran cortejo de caballeros escoltaba a su Majestad. Antonio Tordesillas, cabeza de la familia por aquella época, entraba con el

rey en el comedor de su casa, donde lo agasajaba con una cena para la que se había esmerado la cocinera. El caso es que el rey no invitaba a sentarse a su anfitrión, por lo que el antepasado debía esperar de pie durante toda la cena y la sobremesa. La escena era terriblemente aburrida. Me puse a leer lo que E.T. me había dejado en el bolsillo.

Se titulaba Diario de una amante virtuosa y decía así: «Lo conocí en el autobús. Yo había montado en una parada llena de gente. Ya no cabía nadie. Nos apretujamos unos contra otros. Me tocó junto a él. Mi aliento rozaba su cuello. Lo exhalaba con mayor intensidad a propósito. Veía cómo mi soplo le erizaba el vello. Simultáneamente, empezamos a rozar nuestros muslos. Nos manteníamos el uno junto al otro. No sé si era imaginación, pero a cada momento notaba que su mano también rozaba mis nalgas. Cada vez apretábamos más. ¿Quién sería? Podría perfectamente tratarse de un maniaco peligroso. Un frenazo me hizo desistir de mis esfuerzos por buscar un motivo para separarme de mi compañero de viaje. Mi pecho se apretó contra su cuerpo y allí se mantuvo, en un permanente roce».

Me interrumpió la crecida de los murmullos. De repente, una serie de personajes totalmente anacrónicos se había introducido en la escena del antepasado al que el rey humillaba sin concederle asiento en su propia casa. Un obrero, una estrella de cine del siglo XXI, una cantante pop mezclaban sus voces y sus presencias con las del rey. Pedro, Álvaro y Félix, que volvieron a sentirse reconocidos en la proyección, justificaron la escena con una alabanza del eclecticismo, defendiendo Second Life como la posibilidad de realizar un sueño sincrónico de todas las edades. Alguien dijo por detrás: «Ahora entenderás por qué somos republicanos».

—No sabía que eran republicanos —le dije a Maribel.

—En la familia mantenemos esta anécdota como una humillación.

—No es difícil estar en desacuerdo con una institución como la monarquía. Es algo completamente irracional, que se corresponde más con otros tiempos en los que no se había alcanzado un desarrollo como el actual.

Quien dijo esto último era un individuo bajo y regordete, vestido con un traje azul en el que destacaba, sobre las cumbres de los hombros, la blancura de la caspa. Maribel me lo presentó revistiéndolo con dos o tres títulos académicos. No podía dejar de mirarle los hombros y sentía bastante apuro al notar que el individuo se estaría dando cuenta.

Otra vez ocurrió algo inesperado en la pantalla. Un montón de gente con trajes medievales intentaba entrar en la casa de los Tordesillas. Yo no entendía nada. Tuvo que explicármelo el historiador. Se trataba de inmigrantes en el tiempo que huían de su época.

—Nuestra contemporaneidad es consciente de que cualquier tiempo pasado fue peor. Por eso podemos imaginar que los habitantes de todas las épocas pasadas intentarían escapar de sus fechas tercermundistas para venir a nuestro primer y último mundo. Nuestro periodo ha sido deseado por todas las épocas. La máquina del tiempo es una metáfora de la inmigración, la inmigración cronológica. Y vea usted que no digo emigración porque el movimiento se produce siempre desde otra época hacia la nuestra. El trabajo clave del historiador consiste principalmente en comparar todas las épocas con el presente, demostrando que este es increíblemente superior a todo lo anterior, que vivimos en el tiempo prometido. Estamos tan seguros de eso que nuestro subconsciente, reconociendo que no puede haber nada que se le iguale, decide

acabar con este mundo en su Edad de Oro y no permitir que se plantee una decadencia. Todos los desastres bélicos y medioambientales de hoy tienen ese sentido, impedir definitivamente una Edad de Plata, una Edad de Cobre, una Edad de Hierro.

—Me gustaría conocer las pruebas en las que usted se funda para demostrar que vivimos en la mejor de las épocas —pregunté, dispuesto a rebatir con todas mis fuerzas aquella teoría que parecía propuesta para escandalizar—. No entiendo cómo se puede demostrar que el tiempo futuro, del que no tenemos ninguna prueba, va a ser peor que el nuestro.

—Las únicas pruebas que tenemos son las previsiones hechas por los ecologistas y las visiones de los escritores y cineastas de ciencia ficción. Demuestran que, desarrollando lo que ahora mismo nos hace ser los mejores, encontraríamos con toda seguridad la decadencia, el peligro para la civilización.

Pedro, el hermano de Álvaro y Félix, intervino en la conversación y nos consoló con una fórmula de eternidad hecha de vídeo, Internet y pacotilla. El historiador estaba empeñado en amargarme la noche y siguió con lo suyo.

—Participo en varios blogs cuya principal preocupación consiste en encontrar una manera digna de hacer desaparecer la vida sobre la tierra. Créame, son foros serios, en los que gente muy preparada propone todo tipo de soluciones terminales: bombas de hidrógeno o de neutrones, ayuno universal, enterramiento colectivo en una inmensa fosa colectiva...

Yo no daba crédito. Una vez más comencé a sospechar que estaban

fingiendo, representando un papel original, a la altura de un cronista. Él sabría que yo estaba obligado a tomar nota de los asuntos relacionados con la familia. Seguramente Maribel había puesto sobre aviso al historiador y este había preparado todas estas ideas sobre el mundo de ayer y hoy. Algo que casi confirmaron las palabras que me dijo a continuación.

—Sé que usted es el cronista de la familia Tordesillas. Mi obligación es proporcionarle la conexión de su historia familiar con la historia con mayúsculas, hacer que su trabajo no se reduzca a un montón de anécdotas aisladas de su tiempo. Por eso debe conocer lo que los historiadores piensan sobre el presente. Creo que su crónica debe tener una referencia al momento histórico actual. Es un marco imprescindible para entender lo que le sucede a una simple familia.

—No somos una simple familia —corrigió Maribel.

—Ya, ya lo sé. Sois una buena muestra de nuestro tiempo.

—Eso suena mejor —se enorgulleció Maribel.

—En todo caso, tendrá usted que decirme con qué nombre quiere aparecer en la crónica —pregunté al historiador.

—Augusto de Talavera y Pérez.

Lo apunté para que no se me olvidara. Al abrir mi bloc de notas leí sin querer una frase del Diario de una amante virtuosa: «Tuve un

ensueño en el que su semen invadía el autobús. Los cristales se salpicaban de manchas blancas. Nuestros roces habían contagiado a todos los que nos rodeaban. La gente empezó a quitarse la ropa, a besarse. Enseguida se organizó una bacanal en la que participaban gentes de todas las edades, una orgía como las que se organizaban en las fiestas dionisíacas». Cerré el cuaderno en cuanto pude dejar de leer.

—¿Por qué estás tan azorado? ¿Qué hay ahí que te ha impresionado tanto?

Hasta ese momento no había visto a Fuensanta, que se encontraba justo detrás de mí. Con un movimiento brusco agarró mi cuaderno y estuvo forcejeando conmigo durante unos instantes.

—No es nada. Son cosas mías.

—Es tu cuaderno de anotaciones para la crónica.

—Para la crónica utilizo esta grabadora.

—Confiesa, es tu cuaderno, y esa loba te ha dado los papeles que tanto te empeñas en ocultar.

—Mi hija no es una loba, pedazo de bruja —intervino Adela tajante.

—Es una crónica de toda la familia, no solo de ti y de tus hijos.

Tenemos derecho a saber lo que le ha dado a Ful. Va vinculado a nuestro nombre.

—Si ustedes lo desean, yo podría dividir la crónica en diferentes partes, una para cada hermano.

—Déjame leer solo el final.

Dicho y hecho, Fuensanta me arrebató las hojas que me había dado E.T..

—*«El autobús llegó al final de su ruta. Nos despedimos todos como si fuésemos una familia que se disuelve después de una gran celebración». Esto, la verdad, no parece demasiado escandaloso —reconoció Fuensanta después de leer en voz alta.*

—Lo más fuerte se lo ha saltado. Lo demás es una orgía desenfrenada en un autobús —tuve que admitir.

—Y te lo habrá dado para que lo pongas en la crónica.

—Así es.

Empezaba a sospechar que E.T. solo quería participar en la crónica para incluir gamberradas como esa. Quizás fuese su manera de responder a la propuesta, hecha por parte de su familia, de contraer matrimonio con Tino Botero. Ninguna de las tres aportaciones que

había hecho hasta el momento, —el catálogo de las muertes antinaturales, el álbum familiar y, ahora, este relato erótico— eran fácilmente admisibles como parte de la crónica.

Fieles a su atención tangencial los Tordesillas siguieron dando vueltas a los detalles accesorios como si se tratase de una cuestión trascendental.

—Pido que nos reunamos ahora mismo en asamblea familiar para decidir qué se hace con el diario de Encarna.

Mientras Fuensanta llamaba a pensar sobre la idoneidad de incluir o no un diario erótico en la crónica familiar, el resto de invitados contemplaba las delirantes y poco pudorosas escenas que los hermanos Pedro, Álvaro y Félix habían preparado sobre la familia, las mismas que sus amigos Botero habían intervenido. Los Tordesillas eran expertos en invitarse a disputar sobre los temas que les importaban en los lugares más impredecibles. Ese día las voces de los antepasados en la pantalla de Second Life, amplificada en los bafles, casi no dejaron oír los gritos de sus descendientes. Había Tordesillas de cinco generaciones gritando a la vez.

—Yo no tengo inconveniente en que aparezca el diario —se pronunció Jorge.

—Creo —dijo Amancio— que deberíamos resumir lo que dice Encarna, simplemente hacer una mención. De otro modo sería arrebatarle su trabajo a Ful, incluir otro estilo que cortaría la coherencia temática y estilística del libro.

—Si Ful considera que estéticamente es admisible, que lo incluya —manifestó Blas.

—¿Y qué hay de la ética? —exclamó Fuensanta.

—Es complicado —intervine— hacer un libro entre varios, sobre todo, si a cada momento los personajes que aparecen en él proponen sus propios criterios o temas.

—Supongo que nada se te ocultó cuando te contratamos para este trabajo. Todos los riesgos estaban bastante a la vista —dijo Maribel.

—Vosotras no tenéis ningún problema moral —intervino en ese momento Adela—. Lo único que os preocupa es el rechazo de mi hija al matrimonio con Tino. ¿Por qué no la dejáis en paz?

—Ya que lo mencionas, te diré que me parece un disparate que no lo acepte. Era el único recurso que nos quedaba para que Membrillo se mantuviese en la familia. Si yo tuviese hijas, las habría obligado —dijo Fuensanta.

—¡Su actitud es de una antigüedad intolerable! Sobre todo en estos tiempos en los que todo el mundo sabe perfectamente que el matrimonio es una convención como otra cualquiera, una operación económica más —siguió Maribel.

De repente algo nos hizo cambiar radicalmente de tema. En la pantalla apareció un plató de televisión. Era la típica distribución

de los programas de cotilleo, al estilo reality show, con todos los Tordesillas presentes y pasados alrededor de una especie de moderador. Los antepasados estaban caracterizados con trajes de su época. El moderador fue el primero que intervino.

MODERADOR: Se dice que dentro de poco va a salir una crónica de la familia.

FUEN: Sí, estamos realmente muy emocionados.

MODERADOR: Dígame, ¿cómo es la vida cotidiana de los Tordesillas?

FUEN: Bueno, está claro que no es una vida cualquiera. En nuestra familia…

ABUELA FERNANDA (a voz en grito): ¿Dónde está mi cadera?

FUEN: No me acuerdo de lo que hice con ella.

ABUELA FERNANDA: Tú eres la última que la cogió. Se la quitaste a Amancio. Sabes muy bien que él la habría cuidado mejor que tú.

Pedro, Álvaro y Félix todavía reían, aunque de un modo un poco más apagado, con unas reservas comprensibles por el cariz que había tomado antes la proyección sobre la familia. No sé por qué, por la tibieza en su risa, sospeché que algo no les cuadraba. Ellos

querían haber hecho una especie de homenaje a la familia en clave de broma. Llevados por el narcisismo propio de la estirpe idearon una despedida virtual del lugar, novelesca. Nadie dudaba de que se les había ido de las manos. Pepe, cerca de ellos, anunciaba con sus carcajadas tener el control absoluto sobre esa nueva realidad. Los Tordesillas eran tan dados a hablar de sí mismos que casi todo el mundo a su alrededor conocía bastantes anécdotas familiares de varias generaciones atrás. Los Botero se habían apropiado del lugar y del pasado de ese lugar. Su complicidad con lo que estaba sucediendo en la pantalla y lo que íbamos a ver al otro lado no dejaba lugar a dudas. Fue Pepe quien entregó a Raúl, recién aparecido en la fiesta, algo que, por los gestos, no debía ser visto inmediatamente por todos. El Intrigante, que también había surgido como por arte de magia, salió a un gesto de Pepe y desapareció tras una puerta con unos grandes cortinajes, recuerdo de la anterior decoración de la casa. Algo raro parecían estar tramando mientras en la pantalla la abuela Fernanda discutía con Fuensanta. Los Tordesillas estaban cada vez más inquietos. Cerraban el grupo familiar como un equipo de rugby a punto de saltar. La inconfundible voz de Raúl rompió la expectación levantando por los aires una cadera desnuda.

—¡Abuela Fernanda! —gritó hacia la pantalla, mostrando el hueso y blandiéndolo con procacidad.

Una corriente de electricidad nos puso a todos los pelos de punta.

—¡Ven a coger tu hueso si quieres, vieja!

—Agustín se abalanzó a por él, pero su madre lo agarró antes de que lo tuviese a tiro para despellejarlo.

—¡Encima de que lo he sacado de la pocilga! Se lo estaban comiendo los cerdos.

—¡Devuélveme mi cadera! —gritaba la abuela Fernanda desde la pantalla.

—¡Ven a por ella! ¡Déjate de virtualidades y acércate a por ella, vieja fea, pasa!

Adela no podía más. Miraba a Raúl con ojos asesinos, Pedro, Félix y Álvaro habían dejado definitivamente de reírse. Lo que nadie esperaba sucedió. Sucedió que de detrás de los cortinajes por los que se había esfumado el Intrigante apareció la abuela Fernanda a la misma vez que desaparecía en la pantalla. La abuela Fernanda, increíblemente ágil en su nuevo avatar Intrigante, perseguía a Raúl por la capilla. Todos los Tordesillas corrieron tras el hueso. Raúl y el Intrigante, convertido en la abuela Fernanda, se lanzaban la cadera por encima de sus perseguidores y se burlaban de la familia con la ayuda de todos los invitados. La cadera cayó varias veces, haciéndose añicos que seguían volando y volviendo a caer en más pedazos. Pedro, Álvaro y Félix intentaban recogerlos, pero muchos de los presentes, entre los que reconocí a la mujer borracha que había asistido a la función de Amancio, se dedicaban a dar patadas a los huesos y mandarlos lejos de los Tordesillas. Agustín salió corriendo detrás de Raúl y el Intrigante.

Álvaro, Pedro y Félix fueron a pedir explicaciones a Pepe, que en ese momento se encontraba hablando con Tino y no les prestó demasiada atención. De hecho, los dos les dieron la espalda, indicándoles que se encontraban ocupados, absorbidos por una emocionante conversación cuyo tema no era otro que la reciente batalla entre la familia Tordesillas y Raúl y el Intrigante. Comentaban, muertos de risa, los detalles de la refriega, el tropezón

de Adela cuando se lanzó a por el Intrigante, la cara de idiota que se le había quedado a Amancio cuando vio la cadera hacerse añicos contra el suelo.

Mientras, Fuensanta y Maribel fueron a hacer lo mismo con el padre de Pepe, que se encontraba hablando con el poeta pregonero de la inauguración. Su reacción fue la misma que la de los hijos: dar la espalda a las Tordesillas enfrascándose en una divertida conversación sobre lo que acababan de ver. Con toda la descortesía de la que eran capaces, que era mucha, hicieron un gesto de guardia dando el alto a las dos mujeres que buscaban alguna explicación. Ellas todavía se encontraban en un estado de incredulidad que les impedía reaccionar con la furia merecida por la ocasión.

Adela, mientras, recogía los fragmentos de los huesos con respetuosa delicadeza. Blas, Jorge y yo nos encontrábamos junto al historiador.

—Ha sido realmente divertido —dijo, ingenuamente convencido.

—No le encuentro ninguna gracia —respondimos simultáneamente los tres.

—Bueno, ha sido uno de esos gags que nos hacen relativizar la muerte —insistió.

—La muerte no es relativa —dije con tono indignado.

—El único absoluto es el presente histórico. Todos los otros momentos son relativos.

Yo estaba realmente enfurecido y en vez de estrangularlo, como habría deseado, me dediqué a rebatir en un tono violento y despectivo sus teorías sobre la importancia del aquí y ahora. Aprovechando que mi familia estaba inactiva me dejé llevar por mi incontinencia y hablé como si fuese el protagonista de algo.

—Es absurdo todo eso que usted dice sobre la máquina del tiempo y nuestra época. ¿De verdad cree que los habitantes de la Edad Media emigrarían hacia nuestro presente, huyendo del retraso social, político y religioso, buscando a la desesperada una máquina del tiempo, aunque esta los desgarrase en parte, para llegar a las costas de nuestro siglo XXI? ¿Está tan seguro de que besarían con admiración las playas de nuestro época? Yo creo que se quedarían más bien en las tierras sagradas de sus tiempos.

Sobre la marcha me fui tranquilizando. Intentaba retomar la conversación de antes para apaciguar un poco los ánimos de la familia. Creía que así tendríamos algo de margen para reaccionar con sensatez a la burla y a la agresión. Nunca imaginé que lo que verdaderamente estaba consiguiendo era dar tiempo a los Botero para contraatacar con más brío. Seguían un plan perfectamente orquestado.

—Si todos esos casposos seres anacrónicos hubiesen conocido nuestro tiempo, si hubiesen tenido noticia de la magnitud del avance de nuestra época, no habrían perdido ni un minuto en quemarse las cejas buscando la elaboración del oro y se habrían dedicado de lleno a inventar la máquina del tiempo.

—Usted está convencido de que habría un montón de griegos, romanos y fenicios nostálgicos del futuro, en el limes de nuestra época, deseando que les concediésemos asilo cronológico —repliqué.

—Exactamente igual que ahora están los africanos, asiáticos y suramericanos intentando cruzar nuestras fronteras espaciales.

—Yo me inclino más, sinceramente, por pensar que nos encontramos en la periferia del tiempo. Si uno se para a pensar en la calidad del presente, no le resulta difícil descubrir que bajo toda la sofisticación invertida en medir hasta el último instante de actualidad se esconde un tiempo raquítico, arrepentido casi. Además, es imposible que alguien del pasado desee el presente.

—¿Por qué imposible? El presente es fruto de esa nostalgia por el futuro que sintieron los hombres del pasado —replicó el historiador.

—Para los hombres de otro tiempo nosotros estamos en la periferia del tiempo. Para ellos somos un barrio bajo.

En ese momento entró Mohamed en la capilla. A falta de una continuación para mi razonamiento me acerqué corriendo a saludarlo. Los Botero lo habían trasladado a Membrillo para llevar a cabo la instalación de sus granjas. Me dijo que, pese a haber salido del matadero, volvía a trabajar en lo mismo, en una explotación de animales abominables. Todas las mañanas, al amanecer, para purificarse, se iba a dar un baño en una de las balsas que había en el terreno. Le recordé lo peligroso de ese tipo de piscinas, de las que es imposible salir si no se cuenta con una cuerda para empujarse por el suelo resbaladizo de plástico. Me pidió que no me preocupase: había al menos dos cuerdas preparadas con sólidos

amarres para la salida. Allí hacía todas las mañanas sus abluciones, en soledad, antes de orar.

Mientras hablaba con Mohamed, Raúl y el Intrigante se habían acercado sigilosamente.

—¿Cuál es esa balsa? —preguntó inesperadamente interesado Raúl.

—La que hay detrás del pinar.

—¿Y cuál es la mejor hora para ir a bañarse?

—No lo sé. Yo voy al amanecer. Pero me van a disculpar, tengo que avisar al dueño.

Lo acompañé hasta donde se encontraba el padre de Pepe, quien seguía dando la espalda, de modo claramente intencionado, a Maribel y a Fuensanta. Le interrumpimos la conversación con el poeta de la inauguración y Mohamed le informó de que había gente introduciéndose en los establos. Habían intentado retenerlos, pero había sido imposible. Eran chicos y chicas jóvenes, aunque también los había mayores, que se declaraban pertenecientes a una asociación en defensa de los animales. Hablaban un rato con los cerdos y luego los soltaban, dejando francas las puertas. Convendría tomar medidas.

Fui rápidamente a avisar a Blas, a Jorge y a los demás de que en poco tiempo los cerdos lo invadirían todo. Blas me contó que el

historiador —que había desaparecido repentinamente— le había dicho que el actual dueño de la granja había mantenido en su trabajo a Mohamed porque disfrutaba contratando a musulmanes para estos trabajos. Por lo que conocía de la religión islámica sabía que lo que más les fastidiaba es el contacto con lo impuro de estos animales. Por eso los destinaba siempre a los puestos en los que mayor intimidad pueden tener con el cerdo: la preparación de los embutidos, el contacto directo con la sangre, con las vísceras, con la carne, la limpieza de los establos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé sin mucha confianza en mis propias palabras.

—Después de lo que han hecho con la cadera, sinceramente, me lo creo todo —apuntó Jorge.

En la pantalla aparecieron piaras enteras de cerdos saliendo de sus pocilgas. Simultáneamente se abrieron las puertas de la capilla y la realidad se llenó de marranos. Por megafonía, como una voz en off de aquella película de terror porcino —no había escapatoria, uno no sabía si en la pantalla había más cerdos que por el suelo—, la hermana de Pepe empezó a cantar las alabanzas de aquellos animales.

—Los cerdos son inteligentes, más inteligentes que los niños menores de tres años. Pueden emitir hasta veinte sonidos diferentes para expresar sus muchas necesidades y estados de ánimo. Los efectos psicológicos de su aislamiento son nefastos. Por eso los hemos liberado, y porque los cerdos sueñan, y su máximo sueño es el sueño de la libertad. El profesor Stanley Curtis, de la universidad de Penn, observó que eran incluso capaces de representaciones abstractas, y que podían grabar una imagen en su mente durante mucho tiempo. El profesor Curtis también descubrió que reconocen

sus nombres. Hizo un experimento con cerdos domésticos que respondían a la llamada de sus amos. También la universidad de Illinois y la de Cambridge han demostrado en sus estudios que los cerdos son capaces de perseguir a otro cerdo para robarle la comida, lo cual demuestra sus increíbles rasgos de humanidad.

Lo leía todo desde debajo del púlpito. Las páginas estaban impresas de algún sitio de Internet. Su voz era desganada, carecía de verdadero interés en lo que decía. Su rostro expresaba una indiferencia absoluta, que contrastaba con el contenido de su discurso de rebelión animal. Su cara y sus gestos de zombi parecían transmitirse a los cerdos y a todos los invitados. Era terrorífico. Salimos como pudimos por una puerta que conocían los Tordesillas. Los cerdos nos empujaban, gruñían y hacían sus necesidades sin cesar.

Huyendo de toda aquella marranería me encontré con el padre de Pepe. Estaba en el centro de una habitación llena de cerdos. Hablaba por teléfono con uno de sus agentes de Bolsa. Gritaba, mandaba comprar, vender. «Espera que bajen. Tienen que bajar. ¿Cómo podemos joder a ese cabrón?». Acababan de abrir las esclusas de su granja y un río de cerdos inundaba la fiesta de inauguración mientras él se preocupaba por movimientos económicos de su agente al otro lado del Atlántico.

Nos perdimos intentando encontrar un lugar a salvo de toda aquella marranería. Los invitados deambulaban por la casa. Los muebles todavía conservaban el aire antiguo y familiar de los Tordesillas. Por fin encontré una habitación, después de subir varios tramos de escaleras, en la que no había ni un solo cerdo. Eloy tocaba en un piano desafinado una pieza frenética de música serial. Era como una burbuja de locura dentro de otra locura más amplia. Me senté a escuchar. La música me recordaba el espectáculo geométrico de las máscaras en casa de Amancio. Paró de golpe y cerró el piano.

—No entiendo a mi familia. ¿Qué hacemos todavía aquí? Han vendido la casa, la han llenado de cerdos. Los anfitriones parecen claramente decididos a humillarnos con saña. ¡Vámonos!

—Sinceramente, yo tampoco sé muy bien qué ocurre. Hace unos días nadie hubiese imaginado esta situación. Creo que ha sido una maniobra en la que se han aliado la ingenuidad con la mala fe.

No sabía muy bien por qué pero me sentía bastante culpable de todo lo que estaba ocurriendo. Recordé la escena del agarejo en el colegio de Agustín. Mi intervención había evitado que los compañeros siguiesen vejando al niño. Pero ¿dónde estaba aquí la profesora? ¿A quién podría acudir para que pusiese orden? ¿A los mismos verdugos? Sabía que no estaba entre mis funciones, pero no podía evitar sentirme responsable, impotente. Quizá yo no hubiese hecho lo posible. Imaginé que me habían llamado para evitar toda esta humillación gratuita. Los Botero ya tenían lo que querían.

—Los cerdos no los hemos traído nosotros. Tampoco Pepe. Ha sido su hija. ¿No lo habéis visto? Enseguida se arreglará todo.

Fuensanta había aparecido sin que yo me hubiese dado cuenta. Intentaba todavía justificar, en mitad del desastre, su buen hacer. Según ella, aquello no tenía mucho que ver con su voluntad, ni siquiera era mala intención de Pepe Botero. Tenía cosas más importantes que hacer en esta vida que dedicarse a fastidiar a los Tordesillas y ridiculizarlos delante de todo el mundo. Eran accidentes, gamberradas sin mayor importancia de cuatro chiquillos. Se les había ido de las manos. Nos pidió que confiásemos y se marchó con Maribel a buscar una solución.

En ese momento entró corriendo Jorge, a quien habían emplumado todo el cuerpo untándolo con sebo. Detrás de él venía un montón de cerdos.

—Han puesto una rampa en la escalera para que suban. Me han tirado un cubo lleno de sebo y luego han dejado caer las plumas. Esto es increíble. Las bromas aquí van de veras. Mi padre está dando vueltas por la casa con una cuerda a la que hay atadas un montón de latas e inmundicias frescas. Y lo peor es que está encantado.

Una de las cosas más interesantes de los Tordesillas, algo que los hacía verdaderamente dignos de estudio, era su relación con la adversidad. Las situaciones límite forzaban en ellos la máquina de la inteligencia hasta un punto insólito. Parecían agigantarse en la humillación. Solamente esa virtud los sacó con bien aquella noche de la encerrona que les habían preparado. Pero también era probable que su maestría en afrontar la desgracia tuviese más que ver con una atención desviada hacia los márgenes. Me imaginaba a Blas convertido por fin en su propia obra de arte, cuidando hasta el último detalle de la degradación que le había tocado protagonizar.

Mientras Jorge nos contaba en qué se había convertido el piso de abajo y las humillaciones que les estaban propinando a los Tordesillas parecía iluminado por su propio cuerpo, como un personaje sagrado que emanase luz. Y esa luz no era otra que su propia voz luchando contra las tinieblas.

Enseguida bajamos a rescatar a los demás Tordesillas. A Adela la habían encerrado en un confesionario y cada uno a un lado, Raúl y el Intrigante, la insultaban con la boca llena de jamón utilizando las palabras más soeces que encontraban. En cuanto nos vieron aparecer, sin dudar ni un instante de su cobardía, salieron

corriendo, atragantados de miedo. Adela se levantó con el rostro iluminado por una especie de beatitud adquirida en contraste con todas las barbaridades que los otros le habían soltado. Blas pasó corriendo por nuestro lado. Gritaba: «¡La llave. La llave!». Llevaba una cuerda atada por detrás, con un montón de latas que hacían un ruido infernal. Atinó a decirnos que Fuensanta y Maribel estaban encerradas en la bodega con un montón de cerdos. Fuimos corriendo a pedir la llave al padre de Pepe, que tardó un tiempo, a pesar de nuestra insistencia, en atendernos, pues estaba intentando, según él, atajar el desbarajuste que se había organizado. Maribel y Fuensanta gritaban verdaderamente angustiadas. Todo aquello que les pasaba a los Tordesillas estaba ocurriendo a la vez en las pantallas. Así nos podíamos hacer una idea más clara de su situación. En la bodega, casi a oscuras, estaban encaramadas a un tonel cada una. Por todo el suelo pululaban los cerdos, seguramente hambrientos, sin dejar espacio entre lomo y lomo. Y para que no quedase duda de que no ocurría solo en la representación, los gritos de las dos hermanas y los gruñidos de los cerdos subían por una rejilla del suelo que comunicaba con la bodega.

Los demás invitados habían conseguido mantener su serenidad a base de copas de vino y tapas. Eran perfectamente capaces de compartir su aperitivo con todos aquellos cerdos. Pocos eran los que habían salido al jardín huyendo. Algunos de ellos, un grupo en que creí reconocer al poeta pregonero, se encontraban encima de las mesas disputándose platos de jamón con los cerdos, que también querían participar con su inteligencia en el festín que allí se había organizado. Según nos habían aleccionado antes los defensores de los derechos de los animales, un síntoma de su desarrollo intelectual era la capacidad para robar comida. Los humanos gritaban a los cerdos: «¡Caníbales!». Y los animales gruñían intentando conseguir su tajada. Todo ello surcado por activistas de rostro hierático que portaban pancartas individuales con mensajes como «Abajo el especismo», «¿Tiene rostro lo que comes?», «Respeta a tu semejante» o «¡Fuera la tortura animal!». Algunos de ellos pasaban con una pantalla de ordenador colgado del cuello en la que aparecían escenas de mataderos. Esa parte del negocio se había obviado en el despliegue de exhibicionismo empresarial que

habíamos visto en la presentación de las nuevas granjas. El padre de Pepe se quejaba de que esta vez su hija había llegado demasiado lejos. Ella le había dicho que se trataba de liberar a seis cerditos para colgar la acción en YouTube y ponerla como ejemplo a seguir. Los seis cerditos serían acogidos por un activista de una organización llamada Vegana, que los cuidaría como animales domésticos. A nuestras muestras de inquietud por la situación de Maribel y Fuensanta, el padre de Pepe respondía con indignación que si pudiese encerraría a todos los que habían organizado la acción en una habitación con un jamón hasta que se lo acabasen. Uno de los activistas se ofreció a demostrar que antes se dejaría morir de hambre que comer carne. Entonces aprovechamos para decirle a Pepe Botero que el mejor sitio para encerrar a dicha persona sería la bodega donde actualmente se encontraban encerradas las Tordesillas. El amigo de su hija estaba encantado de ofrecerse al sacrificio, pues sabía que no tardarían mucho en liberarlo y su caso serviría para demostrar la crueldad ilimitada de los que se dedicaban a las industrias cárnicas. Nos lo llevamos a la bodega agarrado como un rehén que fuésemos a canjear por las hermanas. El padre de Pepe abrió la puerta y en ese momento salió en estampida un tropel de cerdos.

Fuensanta y Maribel estaban como recién salidas de una pocilga, casi con un ataque de nervios. No le dirigieron la palabra al padre de Pepe ni a ninguno de nosotros. Parecían enfadadas con el mundo entero. Nos miraban con cara de desprecio, como si fuésemos los responsables de sus desgracias y hubiésemos tardado más de la cuenta en sacarlas de la bodega.

La familia salió de nuevo al espacio profanado de la capilla, donde los cerdos seguían campando a sus anchas entre las pancartas de Igualdad Animal, enarboladas por jóvenes con cara de palo. En la pantalla apareció por fin Amancio, otro Tordesillas que quedaba sin localizar. Estaba encerrado en una habitación con un loco que gritaba una y otra vez: «Te vi'a cortar la vena er sueño». Era lo único que sabía decir. Su acción también era simple: lanzaba violentas patadas acompañadas de rebuznos. El problema era que la

habitación en la que se encontraban era pequeña y el pobre Tordesillas recibía bastantes golpes. A los hermanos les costó reconocer el lugar en el que estaba encerrado. Era el vestidor de la habitación de los padres. Hasta allí subimos corriendo, resbalando sobre los excrementos frescos de los cerdos que subían y bajaban a su antojo, embistiendo pianolas y bargueños, mordisqueando cortinajes hasta descolgarlos de sus barras, envueltos en sábanas de hilo contra las que luchaban como si se tratase de su propia sombra blanca, derribando aparadores llenos de cristalerías de Bohemia, derramando la sangre sobre alfombras de nudo al cortarse con los fragmentos de copas, vasos y platos de porcelana portuguesa. No sabía muy bien cómo habían llegado hasta allí, pero la mayoría de los cuadros estaban en el suelo y habían sido agujereados por las pezuñas indiferentes de los cerdos.

Al abrir la puerta encontramos a un Amancio descompuesto al que le quedaban muy pocas ganas de hablar. Detrás de él salió el hombre con el que había estado encerrado. No dio demasiadas muestras de locura. Según nos dijeron más tarde Pepe Botero y su padre era un individuo que solo sabía dar patadas y rebuznar. No se explicaban cómo había llegado allí. Mientras el resto de la humanidad se suele especializar en muchas burradas, algunas de ellas imprevistas, aquel hombre era experto en una sola, que repetía sin parar, por la que era conocido en el pueblo de los Botero. Yo me preguntaba si no sería un buen actor, o simplemente una especie de matón o muerto de hambre contratado por los actuales dueños de la casa. Algunos Tordesillas parecían dispuestos a marcharse cuanto antes, pero Maribel y Fuensanta querían aclarar algunas cosas y se acercaron al padre de Pepe.

—Tenemos que hablar de negocios.

—Nada de negocios —contestó seco el nuevo dueño—. Nuestras cuentas ya están saldadas. Lo único vuestro que tenéis que llevaros son los muebles. Han quedado hechos una porquería y no los quiero

para nada.

—¡Cómo que nuestras cuentas están saldadas! ¿Qué quiere decir eso, Fuensanta? —preguntó Blas.

—Déjame un momento. Dijimos que hablaríamos hoy de la manera de cobrar el resto —protestó Maribel.

—Ya habéis cobrado todo lo que teníais que cobrar.

—Pero ese no es el precio estipulado en el contrato.

—Lo importante no es el contrato, sino la escritura, y esto ya está a mi nombre —respondió el padre de Pepe—. Me gustaría hablar en algún momento con usted —me dijo casi sin que se diesen cuenta los demás—. Suba a la oficina cuando tenga un momento.

Todos los miembros de la familia quedaron consternados. Parecía que no podían hacer nada. Amancio se recuperó enseguida de la paliza que acababa de recibir.

—¿Estoy entendiendo bien? —preguntó atónito— ¿Este señor tiene ya la escritura firmada y autorizada por vosotras?

—Nos disteis vuestro poder para las firmas.

—Pero os lo dimos para otras cosas.

—Nunca pensé que nos haría esto —exclamó Fuensanta.

—¿Habéis firmado delante de notario la escritura de compraventa? —afirmó Blas con desesperación.

—Sí.

—Una parte nos la ha pagado mediante cheque, que es la que vosotros ya conocéis.

—Que conocemos de oídas, claro.

—Y otra parte en «b» que nos iba a dar hoy. Eso nos dijo el notario.

—Y que nos va a dar devolviéndonos los muebles —gritó Blas.

Nos encontrábamos todos en la terraza que había delante de la casa. Los empleados de la nueva granja empezaron a sacar los muebles, casi todos con las tapicerías rajadas, desventrados de paja y muelles, con la madera bastante deteriorada. Un hombre tocado con un sombrero blanco, seguramente el notario, dejaba constancia de todo nombrándoselo a su pasante, que lo anotaba a mano en un cuaderno. Los miembros de la familia se fueron tumbando donde pudieron, casi todos en el pretil que hacía de baranda. Desde allí se pusieron a descansar mirando las estrellas. Una paz a prueba de

todo tipo de desgracias pareció someter a los Tordesillas. Me habría gustado consolarlos diciéndoles que seguirían habitando para siempre el palacio de la noche, del que quizá ni siquiera la muerte los podría expropiar. Ese es probablemente el consuelo de los vagabundos: mirar el cielo con la convicción de ser acogidos por una inmensidad común con la que tienen una relación privilegiada, buscar las figuras míticas de los seres fabulosos que las estrellas o las nubes dibujan, compartir en silencio el misterio de una respuesta impronunciable. Los grillos, el gruñido de los cerdos sueltos por el jardín, la ya lejana voz en off de la pantalla acompañaban a ese círculo mágico de familiares cansados formado alrededor de los muebles que empezaban a dominar la intemperie. Eloy, el hijo de Adela, se unió al grupo tumbándose en un hueco libre del poyete. Surgió de lo más oscuro del jardín. Parecía tener una relación íntima con las tinieblas. Al verlo sentí de nuevo que probablemente yo podría haber evitado lo que estaba ocurriendo. Un reloj de pared dio las cinco en punto. Sus campanadas domesticaron las formas bravas de los árboles que había alrededor de ellos. Los gestos de gigante que hacían las ramas rindieron pleitesía a la tierra aromática de la madrugada.

Yo permanecía en pie observando la quietud de todos los que me acompañaban y los movimientos de vacua solemnidad con los que el notario dejaba constancia de los muebles que iban saliendo. Su voz los presentaba como si fuesen los invitados a un baile cortesano. De ellos daba un solo título. Se adivinaba un largo linaje inacabable para cada uno de ellos: «¡Tresillo estilo Luis XV!»… Su nobleza parecía consistir en lo que se callaba, en las inmensas posibilidades de ser otros muebles que esa madera tenía. Su hidalguía la proporcionaba todo aquello que no era el objeto nombrado y podría haber sido. Su «no ser» cercaba el carácter único del mueble, haciéndolo manifiesto para los que contemplábamos el baile de la madera antes de llegar al suelo de la terraza. Los invitados, los muebles, estaban rodeados de un montón de curiosos, los dueños de los muebles, que en este momento parecían más bien el servicio deslumbrado que asistía desde la barrera a la fiesta palaciega del castaño, la caoba y el roble. Probablemente nunca habían lucido tanto como aquella noche, sin otra función que

ocupar el vacío de la terraza, todos mezclados según protocolos de incomprensible sutileza. Y tanto los muebles como los que rodeaban a los muebles, los dueños de los muebles que miraban el cielo y, más allá, los árboles con gesto de gigante que acercaban sus ramas a la tierra con el temblor de las libélulas, y yo, no más consciente que los demás de la ceremonia apocalíptica en la que participábamos, ocupábamos el centro de un último momento en el que habíamos coincidido gracias a una noche desastrosa.

Y entonces el notario, apropiándose de mi arrobo, me pidió que lo acompañase a ver al padre de Pepe. La única satisfacción que me quedaba después de abandonar la terraza era la conciencia de dejar intacto aquel círculo de personas encantadas. Yo sabía que todos, en el fondo, habían querido que la crónica de la familia pasase también por allí, por la intimidad compartida con los muebles absurdos, con los dibujos de los árboles, con las manchas de luz que repartían las estrellas. Pero quizá, pensé mientras subía a ver al padre de Pepe, aquello fuese todo imaginación maternal mía, y en cuanto me viesen desaparecer por la puerta se rompiese el hechizo de la apariencia y todos volviesen a sus cuitas económicas, a sus conjuras entre hermanos, a sus disgustos.

En la puerta del despacho de Pepe Botero padre, antiguo gabinete del abuelo Tordesillas, esperaba tambaleándose Augusto de Talavera y Pérez, el historiador. Seguía bebiendo vino y comiendo jamón.

—Está usted atravesando las puertas de la historia —me anunció solemnemente cuando cruzaba el quicio.

—Más bien son las puertas de la historia las que me atraviesan. Pero yo soy demasiado franco y la historia saldrá como ha entrado.

Por supuesto, yo no entendía nada de aquello que yo mismo acababa de decir y lo achacaba al exceso de alcohol o a la ebriedad de la desgracia. Dentro tendría una más o menos clara idea de lo que quería haber dicho. No estaba dispuesto a mantener demasiada cortesía frente una hostilidad tan flagrante hacia mis clientes.

—Siéntese, siéntese.

—¿Con quién tengo el placer? Porque todavía no conozco su nombre.

—Ya nos han presentado antes, pero se lo recuerdo. José Botero, para servirle.

—¿Y cuál es el motivo de la reunión?

—Le he llamado para hacerle una oferta de trabajo.

—No sé nada de cerdos.

—Ya sabe usted que los hijos pródigos no saben nada de nada. Y yo le quiero contratar como hijo pródigo.

—No me considero exactamente un hijo pródigo.

—No quiero que usted haga otra cosa que lo que ya hace.

—¿Escribir crónicas familiares? ¿De quién?

—De los actuales habitantes de este lugar.

—¿Quiere usted decir que deje a los Tordesillas para dedicarme a los Botero? Eso no es un contrato como hijo pródigo, sino como traidor, directamente.

—Eso es. Le pagaré el tiempo que ha trabajado con ellos más un adelanto de seis meses a cuenta de nuestra crónica. Porque supongo que no le habrán pagado.

—Eso es asunto mío.

—Todos sabemos que son unos muertos de hambre. No creo que le paguen nunca.

—Supongo que usted será el más directamente responsable de que ocurra eso.

—¿Por qué lo dice? ¿Por la acusación de hace un rato?

—Sí, parece que les debe usted dinero.

—Yo no les debo nada. He alcanzado el precio que yo quería gracias a mi inteligencia.

—Sí, y a la confianza depositada en usted por dos de las hermanas.

—No las soporto. ¿Con sus ínfulas! Se creen de un planeta distinto. Que se aguanten.

—¿Y los demás?

—Peores todavía. Mire, yo sé más de ellos, mucho más de lo que usted pueda averiguar en cinco años de convivencia. Si quiere hacer una buena crónica, póngase en la mesa que empiezo a dictarle.

—No, gracias. El caso es que está usted incluso orgulloso de haberlos estafado.

—Por supuesto. He demostrado una inteligencia superior.

—Creo que usted confunde inteligencia con astucia.

—Para mí es lo mismo.

—Llama usted inteligencia a la capacidad para engañar.

—A la capacidad para cumplir con mi deseo del modo más inteligente posible.

—Valga la redundancia —apostillé.

—¡Ea! —gruñó orgulloso.

—Pues las hermanas Tordesillas han cumplido con su deseo confiando en usted.

—Pero el resultado ha sido muy diferente.

—Entonces la inteligencia se mide por resultados, no por propósitos.

—La calidad del propósito no tiene ninguna importancia, lo que importa es lo que se consigue. Ya sabe usted que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

—También es importante cómo se consiguen las cosas.

—Pero ese «cómo» no tiene ningún sentido sin el «para qué».

En ese momento irrumpió el historiador empujando la puerta, sin llamar. Quería estar en la historia, decía, ser testigo, no perdérsela, y por eso había entrado. Que le disculpásemos. Apenas se sostenía de pie. Botero intentó sacarlo de la habitación. El hombre se cayó y hubo que ponerlo encima de un sofá. Botero salió de la habitación buscando ayuda. Mientras estaba fuera me asomé al balcón y pude ver la terraza donde estaban tumbados los Tordesillas mirando las estrellas y los árboles. Seguían como los había dejado, huéspedes de una noche prodigiosa en cuitas, rodeados de una poderosa paz que no duró mucho. La rompió Tino, que llegó con su moto, derrapando y acelerando. Procuraba hacer todo el ruido posible con su tubo de escape sin silenciador. También usaba la bocina. No parecía soportar la contemplación en la que estaban sumidos los Tordesillas. Debía de irritarle profundamente, a juzgar por el estruendo que organizó. Parecía una rabieta mecánica por sentirse excluido de un paraíso que intuía y despreciaba a un tiempo, sin permitirse la ocasión de desearlo, entenderlo, aprenderlo.

Con el ruido no me había dado cuenta de la llegada del poeta que había hecho el pregón. O quizá hubiese estado ahí todo el tiempo.

—Pierde usted una gran oportunidad. En todos los sentidos, créame. No gana nada con guardarle fidelidad a esa familia. Su interés debería ser puramente profesional.

—Si el interés es profesional, desde luego, lo que debo hacer es permanecer con ellos.

—Usted debe ser fiel al lugar, no a las personas, y quienes habitan ahora el lugar con el que se comprometió son los Botero.

—Permítame que…

—No puede traicionar al espíritu del lugar. Los lares siguen siendo los mismos de siempre, independientemente de la familia con la que comparten el hogar.

—Los lugares no son nada sin las personas, son como un calcetín sin pie. Prefiero un calcetín sucio con pie a un calcetín limpio sin pie.

Aprovechando un momento de silencio provocado por mi ejemplo me aproximé a la ventana. Por el camino que llegaba hasta la casa se aproximaba E.T. Venía maltrecha, como si hubiese andado durante horas por el bosque. Toda la familia se levantó al verla y la rodearon. Tino dejó la moto y entró apresuradamente en la casa. E.T. se abrazó a su madre y empezó a llorar. Su hermano Eloy también se acercó. Cuando Botero consiguió deshacerse del historiador volvió, algo más enfadado que antes.

—Entonces veo que no quiere de ninguna manera cambiar de trabajo. Usted se lo pierde. Se arrepentirá.

—No sé si tomármelo como una amenaza.

—Tómeselo como quiera.

—Creo que hemos terminado, ¿no?

—Una última oferta. Mantenga usted su actual trabajo, pero deje que yo también le pague. Solo tendrá que incluir la información que yo poseo de los Tordesillas.

—No, gracias. Me limito a la observación. No tengo otra fuente.

—Fuera de aquí, ladrón. Ahora mismo voy a llamar a la policía. Le recuerdo que desapareció de mi casa un cuadro de Miró justo cuando usted se encontraba en ella. No lo he querido remover por darle una oportunidad. Veo que se condena a varios años de cárcel.

De vuelta a la terraza escuché unas voces que me resultaban familiares. Venían del hueco de la escalera por la que bajaba. Eran Pepe, Tino y otros amigos que recordaba de la noche que los conocí a todos. Tino contaba cómo se había ido con una de las Tordesillas. Juraría que se refería a E.T. La había engañado diciéndole que la llevaría a un lugar donde hubiera cobertura para llamar a unos taxis, pues los coches de la familia habían quedado inutilizados. Iban en moto, a toda velocidad por los caminos. Ella le pedía por favor que parase. No quería matarse de un modo tan estúpido. «¿No te gusta la velocidad?», le había preguntado él, y había acelerado. Ella se agarraba como una lapa por detrás y él mientras le preguntaba si esos apretones debía interpretarlos como una insinuación, si no iba a esperar a la noche de bodas. Todos rieron mucho. Al final, llegando ya a la casa, hizo un caballito un poco más brusco y la chica cayó al suelo. Ni siquiera se preocupó por mirar atrás. El poeta escuchaba a mi lado.

—Es todo un Orfeo. Parece que ya no repite los errores del hijo de Apolo. Este episodio lo puedes llamar «la afrenta de Membrillo». Así le das un toque épico a tu crónica

Cuando estaba saliendo por la puerta me crucé con Mohamed. Le dije que no era conveniente que se quedase allí. Debía abandonar su trabajo lo antes posible. Intentaría conseguirle algo en el periódico a través de mis excolegas. Él se mostró bastante harto también. Me dijo que era su último día allá, que se iba a dar el baño en la balsa, como todas las mañanas al amanecer, para tener un rato de recogimiento. Después cogería sus cosas y pediría la liquidación. Me despedí con un apretón de manos. Al cruzar una puerta noté una cortina que se movía. Sigilosamente salió de allí Raúl y se escabulló como un mueble disimulado que hubiese salido rodando para unirse con el caos de la casa.

Encontré a la familia completa, preparados para marcharse lo antes posible de aquel lugar maldito. Se lo habían casi regalado a su peor enemigo para que este lo convirtiese en una trampa. Cuando me vieron volver, Fuensanta y Maribel me dieron la espalda.

—¿Qué has estado hablando con el rey de los cerdos? —me preguntó el marido de Maribel.

—Nada interesante —respondí—. Me ha hecho una oferta de trabajo.

—¿Y la has aceptado?

—Tengo ya trabajo. Además, serían tareas incompatibles.

Jorge y Blas subieron a ver a Botero. Yo los seguí. Tenían algún

reproche importante que hacerle. Efectivamente, entraron sin llamar a su despacho.

—¿Qué pasa con nuestros coches? —le espetó Blas bruscamente.

—No sé de qué me están hablando. Habrá que llamar a mi jefe de seguridad. Él sabrá decirnos algo.

Llamó con el móvil y enseguida se presentó un vigilante jurado en el que reconocí de nuevo a mi perseguidor, el portero de la discoteca de Tino. Era el momento de pedir socorro. Si ellos tenían cobertura, el inhibidor de señales con el que impedían el funcionamiento de nuestros teléfonos se encontraría en ese momento desactivado. Lo intenté en un descuido, pero no funcionó.

—¿Qué ha ocurrido con los vehículos de estos señores?

—Una avalancha de cerdos los ha averiado.

—¿Y cómo es posible que las puertas de todos los coches de la familia estuviesen abiertas? Había un cerdo en cada uno de los asientos. Las cuatro ruedas de todos nuestros vehículos están pinchadas —gritó indignado Blas.

—Ha sido la zona más afectada —justificó el empleado.

—Bueno, no voy a discutir las evidencias. Ahora solo quiero que

nos saquen de aquí como sea. El pueblo más cercano está a quince kilómetros —pidió cambiando el tono Blas.

—Lo siento. Están ustedes demasiado sucios. Nuestros coches se mancharían. Es imposible. Les podemos ofrecer un camión de ganado.

Ante un descaro y una mala intención tan evidentes, sin pedir más explicaciones, los tres salimos del despacho impulsados por el mismo resorte defensivo. Rápidamente descubrimos que cuanto antes nos marchásemos de allí, antes nos veríamos libres de las posibles canalladas que nos tenían preparadas.

Al llegar a la terraza, la voz alarmada de Blas hizo que emprendiésemos rápidamente la marcha. Éramos un grupo numeroso. Avanzábamos a paso ligero por el carreterín que unía el lugar con el pueblo, donde seguramente podríamos conseguir algún vehículo. E.T., al ver la cantidad de parches que tenía el asfalto, dijo que era una carretera dálmata. Casi todos nos pusimos a mirar la calzada mil veces arreglada, con sus múltiples manchas de color oscuro sobre fondo claro. Así, cabizbajos, concentrados en la observación de nuestro desplazamiento sobre una referencia fija de carácter tan irregular, evitábamos la conciencia de nuestra humillación y las palabras que necesariamente se convertirían en reproches a la parte de la familia que había permitido todo lo que acababa de suceder. Hipnotizados, contemplábamos a una el paso de la carretera bajo nuestros pies. Aparte de la necesidad común de mirar a otra parte, de bajar la cabeza, de pensar en otra cosa, de convertir la carretera en un perro dócil, descubrí que en esta familia existía la tendencia dominante de mirar hacia el suelo. Se trataba de una mirada más melancólica que torpe, debida más a la atracción por límites infranqueables que a la dedicación a sortear obstáculos o al apuro por encontrar un terreno transitable.

Tino, Pepe y los demás amigos empezaron a perseguirnos con sus motos estruendosas. Los que venían en los asientos de atrás traían sacos de estiércol y cubos de agua sucia. Al llegar a nuestra altura nos arrojaron las inmundicias.

—¡Se han escapado los cerdos!

—¿Dónde vais, guarros?

—Tomad un poco de mierda.

Agustín le dio una patada a una de las motos, la que guiaba Pepe. Este cayó al suelo aparatosamente.

—¡Ahora lárgate a decirle a tu papá lo que te han hecho!

Pepe levantó de nuevo la moto y la arrancó corriendo. Los demás dieron la vuelta, igualmente acobardados, y no se volvieron a cruzar con nosotros. Reemprendimos la marcha con más energía. Sospechábamos que habría represalias. E.T. me cogió del brazo. Estaba cansada y necesitaba un apoyo. Sentí que con ella toda la familia buscaba mi protección. Quería consultarme algo. Tenía una manera de apretarme el brazo que me recordó a su madre.

—¿Crees que existe el mal?

—Probablemente.

La respuesta fue un poco idiota. Estaba demasiado aturdido por las circunstancias y por la confianza con la que, de repente, así a bocajarro, me había hecho una pregunta que me resultaba tan íntima.

—Yo sí lo sé. Existe.

—¿Y cómo lo has descubierto? —pregunté, verdaderamente interesado— Yo, la verdad, tengo mis dudas, incluso cuando estoy seguro de tenerlo delante. En el último momento pienso que se trata de una forma de la estupidez, de la ignorancia.

—Eso no son más que atenuantes propios de nuestra época, experta en lenitivos que no curan nada. Son como la locura o el alcohol para los criminales. Pensamos que con la enajenación lo explicamos todo. Necesitamos razones, pero nos conformamos muy rápidamente con la primera justificación. La sinrazón se convierte así en la razón de lo que no encuentra una fácil y rápida explicación. Parece que no tenemos tiempo para demasiados matices, y nos conformamos con grandes contradicciones.

E.T. estaba consiguiendo que me olvidase completamente de la situación. Todos los Tordesillas, a su manera, eran expertos en desviar la atención de lo que sucedía. Hasta entonces me había parecido un defecto, pero después de todo lo que habíamos pasado me parecía una virtud fundamental con la que poder afrontar dignamente la existencia.

—Sí, tienes razón. Lo que me cuesta es contar con el diablo para explicar el mal. No debería tener ningún problema, es un personaje

que me resulta atractivo, supongo que por puro romanticismo. Sin embargo, no suelo contar con él cuando busco razones. Antes tendría que aprender a luchar con semejante angelito.

—Hay mucha gente que no se plantea la más mínima oposición. Vivir, actuar, les parece lo más natural del mundo. Con esos estamos vendidos. Mira, por ejemplo, a mis tías Maribel y Fuensanta. No sé si se puede ser más espontáneo.

—¿Entonces, actuar con absoluta naturalidad es diabólico?

—Mira, yo soy simplemente una alcohólica anónima, pero creo que actuar como un animal, en cualquiera de los sentidos, es peligroso. Desertar de la humanidad es un rasgo de modestia impermisible. No podemos renunciar al lujo de ser hombres sin caer en el mal.

Aquella confesión, así, sin introducción, me produjo un gran desconcierto. La vi tan increíblemente vulnerable y tan fuerte a la vez. De nuevo tenía la sensación de que en ella estaba la clave de la turbulenta familia y de mi relación con ella. Sus palabras me permitieron pensar que realmente estaba justificada mi asistencia a sus vidas. No era solo por su revelación y porque la última noche en Membrillo hubiese sido tan novelesca. ¿Quién sabe si el sentido de mi propio destino no estaría también allí, en esa fuga de la que tenía que tomar nota como si me fuese la vida en ello?

—Todos somos el diablo. Todos somos la inteligencia caída —intervino Blas, que había estado escuchando por detrás.

—Unos más que otros —dijo Amancio mientras señalaba a sus

hermanas.

Gracias a la conversación nos habíamos olvidado de los cerdos y de los Botero. Me pregunté si Jesucristo cantaría en la cruz. Sentí una resistencia que flaqueaba, o que desaparecía completamente. Seguíamos andando, pero estaba empezando a caminar sobre piernas que no conocía, que me llevaban sin que mi voluntad participase ni se opusiese. No me producían inseguridad, como tampoco el aire nuevo que estaba empezando a respirar y tantas cosas familiares que veía, olía, sentía u oía como si fuese la primera vez.

Entonces nos cruzamos con dos militantes de Igualdad Animal peleándose por un cerdito. El lechal parecía bastante indiferente a los empellones que se daban por su culpa. Era tan pequeño que lo podían coger en brazos. Uno de los militantes tiraba de las patas delanteras y el otro de las patas traseras. El cochinillo empezó a gritar cortando jirones de aire. Aquellos alaridos me recordaron el encuentro con Mohamed junto al matadero, en el colegio de Agustín. Pensé que la balsa a la que había ido a bañarse no quedaría lejos, que no sería mala idea ir a darnos un baño antes de salir de aquel infierno. La mayoría de nosotros estábamos literalmente llenos de mierda.

La escena de los veganistas se rompió antes de que descuartizasen al pobre animal. Una bocina empezó a sonar. De nuevo el silencio de los pinos se rompió de cuajo. Lo primero que vi fueron las ruedas delanteras de un camión. Se movían con una extraña vivacidad y autonomía. Eran como un milagro en la masa esclerótica de la carrocería oblonga. Los neumáticos se detuvieron, obedientes a la quietud del asfalto, cómplices del cuerpo superior que soportaban. Entonces empezaron a colarse entre los árboles los ladridos de una multitud de perros. Pasaban como un viento bronco, balanceándose de rama en rama, hasta que los vimos. Salían del camión en jauría y se dirigían a nosotros con toda la furia que presta la cobardía

compartida. En aquel momento deseé con todas mis fuerzas ser con los Tordesillas un grupo de gente imaginario, poder desaparecer como una ficción, estar en un videojuego. Pero la imaginación solo me dejaba anticipar una muerte desgarradora y perruna. Imposible huir de la realidad.

Empezamos a correr cuesta abajo, a la izquierda del camino. Todo estaba lleno de pinos. Afortunadamente, yo había fantaseado a menudo con situaciones parecidas. Tuve la impresión de que me había estado preparando durante toda la vida para un momento semejante. Solo había una solución: subirnos a los árboles. En mis ensueños premonitorios yo era perseguido por animales más salvajes: jabalíes, serpientes gigantes, tan grandes que no podían enroscarse en los troncos, leones manumitidos por zoológicos arruinados, locos furiosos, asesinos en serie… «¡A los árboles! ¡Subámonos a los árboles!», grité instintivamente mientras corríamos sin detenernos. El cronista, en lugar de contemplar de modo pasivo su destino, intentaba dirigirlo, al menos desviarlo momentáneamente de su desastre. Como los árboles no eran demasiado altos, conseguimos todos encaramarnos en un tiempo récord.

E.T. y yo compartimos un pino raquítico. Los perros se habían congregado alrededor de los troncos de los árboles y a dos patas ladraban debajo de nuestro miedo. No era fácil comunicarse con el árbol de al lado para buscar una solución. Al mirar hacia abajo, si hacía abstracción de la penosa situación en la que nos encontrábamos, podía ver desdoblado el frenético movimiento de las cabezas de los perros. Mi percepción era tan lenta y tan rápida a la vez, tan contemplativa y tan alarmada, que de cada cuerpo salían al menos tres cabezas. El calor de los ladridos era sofocante. A alguien se le tenía que ocurrir algo. Yo había pensado tanto durante mis paseos en esa situación que estaba completamente en blanco. Había agotado todos mis recursos de supervivencia con la idea de subir a los árboles. Hacía falta alguien que «viviese» por primera vez, también imaginariamente, aquellas circunstancias. Fue providencial la presencia de mi compañera de rama.

Cuando ya empezábamos a estar aburridos de mirar los perros, los pinos y el esparto, asistimos desde la mediana altura del pino a una escena apocalíptica. Los dos militantes de Igualdad Animal tuvieron una inspiración salomónica y dejaron de disputarse el gorrinillo antes de partirlo en dos. El caso es que, probablemente por sus principios —al fin y al cabo también eran los iguales de los perros —, o simplemente por no habernos oído, siguieron corriendo monte abajo en lugar de subirse a los árboles. Desde nuestra modesta atalaya pudimos observar unos cuantos mordiscos. Al cabo de un rato desaparecieron bajo un barranco. Los perros perseguían a los cerdos entre los cardos y las zarzas. Por lo que pudimos ver, los animales domésticos no tenían demasiados recursos contra el salvajismo de los perros adiestrados. Tampoco los militantes de Igualdad Animal, que aparecieron de nuevo, podían evitar los bocados de los perros. Venían corriendo hasta nosotros. Uno de ellos se detuvo debajo de nuestro árbol. Un sabueso lo tenía cogido entre sus dientes. De repente, E.T. tuvo un momento de inspiración. «¿Aus!», gritó. Enseguida el perro soltó la pierna.

—¡Me ha hecho caso! ¡Me ha hecho caso!

—Ha sido solo una vez. Convendría asegurarse de que obedecen tus palabras. ¿Cómo se dice «Muerde»?

—«Fass».

Y antes de que yo pudiese repetir sus palabras el perro había vuelto a morder la pierna del militante.

—«¡Aus, aus!» —corregí rápidamente, y el perro separó de nuevo

sus dientes de la pata igualitaria.

—No conviene dar órdenes contradictorias sobre el mismo sujeto o en la misma situación.

—¿Por qué?

—Puede dejar de funcionar.

—¿Cómo sabes tanto de perros?

—Trabajé en una clínica psicológica de perros, lo que vulgarmente se llama hotel canino. Supongo que por eso me hice alcohólica. Para esta familia, trabajar en las caballerizas es siempre traumático.

Las confesiones tenían el efecto de intensificar el vigor con el que afrontábamos aquel momento de nuestras vidas. Su naturalidad me dejaba pasmado. Compartía la oscuridad de su existencia. Me resultaba admirable su espontánea exposición a la luz. Un tenue orgullo doblaba sus labios cuando mostraba el relieve de su historia. Los datos de su biografía iban cayendo en mis oídos como un veneno mortal.

De árbol en árbol pasó la información de que todos debían decir «Platz» para que los perros se tumbasen junto a los troncos. Cuando el mensaje llegó hasta el último de los Tordesillas las palabras mágicas llovieron sobre la fiereza de los animales. Todos se recostaron a nuestros pies. Antes de bajar E.T. extendió la siguiente

consigna: cuando estuviésemos abajo había que coger un palo, una piedra o cualquier objeto arrojadizo y acompañar su lanzamiento de la palabra «Lauf». Así, todos volverían al lugar donde se encontraba el portero de Tino contemplando su propia operación. La jugada funcionó. Casi todos nuestros palos y piedras salieron al mismo tiempo e impactaron en el camión. Algunos incluso llegaron a dar en el conductor. Enseguida, como un coro perfectamente sincronizado, siguiendo instrucciones de E.T., empezamos a gritar, cada vez más alto, la palabra que servía para pedirles que mordiesen: «Fass, fass, fass, fass…». El enemigo también gritaba alguna orden, pero nuestras voces unidas tenían una mejor acogida entre la jauría. El matón tuvo que meterse en el camión y arrancar. Como no podía dar la vuelta en un carreterín tan estrecho decidió emprender el regreso conduciendo marcha atrás. Los perros lo seguían, ladrando alrededor del vehículo, mordisqueando las ruedas, que se movían a un lado y a otro como si tuviesen sensibilidad a las marcas que les dejaban los colmillos de los perros. Cada vez giraban más frenéticamente, desequilibrando el curso del camión. Un minuto después de verlo desaparecer se oyó un estruendo.

Nosotros reemprendimos la marcha hacia el pueblo más cercano, en dirección contraria al camión. Los perros se perdían en el silencio. E.T. propuso acelerar el paso para llegar lo antes posible a la balsa donde podríamos darnos un baño y adecentarnos un poco. Temíamos cualquier bestialidad organizada por los Botero. A pesar del sofoco de la carrera yo necesitaba seguir hablando. Las palabras eran como un manto de protección contra la siguiente perrería.

—Me pregunto cómo es posible que los de Igualdad Animal hayan conseguido organizar semejante lío.

—¿No crees que el dueño de los cerdos estaba en el ajo y se les ha ido de las manos? —interrogó Jorge.

—Tampoco hay demasiada diferencia entre unos y otros —siguió Pedro—. Supongo que los de las industrias cárnicas ya saben que tienen que dedicar un pequeño espacio a su oposición. Todas las empresas lo hacen. El sarao de esta noche seguramente servirá para dar publicidad a los Botero. Ya sabes, mejor que hablen mal… Por supuesto, el victimismo es ideal y vende más que la prepotencia. Además, al final siempre demuestran que la alternativa es imposible. Los cerdos perdidos por el campo no sobrevivirán, como no sobreviven los visones que liberan de las granjas donde los crían para luego convertirlos en abrigos; organizarán problemas en las carreteras, asaltarán cultivos...

—¿Estaba previsto o ha sido un complot? —preguntó Maribel. Parecía más necesitada que los demás de una respuesta.

—Desde luego, los principales perjudicados hemos sido nosotros —sentenció sin mucha dificultad Amancio.

—Sí, pero ¿y todo lo demás? —inquirió Blas.

—Si te refieres a las películas de Second Life, te aseguro, tío…

—Estoy oyendo gritos —los interrumpí.

Efectivamente, todos oímos claramente unos gritos a lo lejos. No estaban acompañados de ladridos de perros.

—A veces los perros, cuando están mordiendo a alguien, ya no ladran, simplemente gruñen —dijo Amancio.

A nuestro alrededor comenzaron a caer pequeños y extraños proyectiles. Hacían un ruido sordo. Se fragmentaban contra el suelo y lo dejaban lleno de manchas negras. Era como si la propia muerte estuviese lloviendo su sólida y rota negación, extendiendo por los campos pedazos de su oscuro pronóstico. Sospeché que podrían incluso haber contratado francotiradores para jugar con nosotros, o simplemente para eliminarnos. Yo, que siempre había imaginado en la tranquilidad del campo las peores salvajadas, nunca en mi vida había visto tan cerca el cumplimiento de mis temores, ni siquiera cuando había tenido la desgracia de aproximarme a campos de tiro militares o civiles. En esos casos, que me hubiesen dado un balazo habría sido casualidad, pero si empezaban a disparar ahora, lo más probable es que atinasen; y lo peor es que seguramente habrían montado una coartada con la que cubrir sus espaldas. Empezaba a encontrarme seriamente angustiado cuando oímos claramente las detonaciones. La incredulidad y el miedo nos dejaron paralizados. Los tiros fueron como el pistoletazo de salida para nuestra carrera hacia no sabíamos muy bien dónde, cuesta abajo, sobre una prolongadísima ladera que bajaba suavemente hasta una balsa de agua que deslumbraba bajo los rayos del amanecer. Los gritos seguían oyéndose, a lo lejos, cada vez más tenues. Nos dirigíamos hacia aquella voz desesperada con el doble impulso de la huida y el deseo de auxiliar. La llamada de la voz era tan apremiante o más que los tiros que impactaban a nuestro alrededor.

Estaban simulando que practicaban tiro al plato. La tierra saltaba muy cerca de nuestros pies. No sabíamos si tenían muy buena puntería o muy mala. Yo habría preferido lo primero, porque así me habría asegurado que su intención no era, por el momento, la de darnos. Bajábamos como el agua, buscando las vertientes y las cárcavas que nos hiciesen menos visibles. Corríamos hacia el sol. Todo estaba iluminado. Adelantábamos el destello de los pinos para volver a perseguir otros árboles todavía más brillantes. La belleza del campo a esa hora de la mañana era deslumbrante. Me habría

gustado tener menos prisa para dedicarle al alba momentos más apaciguados. El perfil de las montañas dibujaba delicadamente un horizonte sin bruscas transiciones. Sobre esas líneas destacaban bultos que podían ser personas, árboles, rocas o casas. La proporción, a esa distancia, era un cuento de hadas. En un momento dado, envuelto en la impresión de belleza o por el cansancio me detuve un instante. Al mirar para atrás los vi. Estaban subidos a los árboles, con una pierna en cada rama, encaramados a las copas oscuras, sin brillo, del oeste. Desde allí disparaban hacia el sol, como míticos cazadores nocturnos. Una lluvia invertida de objetos negros ascendía por la claridad del cielo. Entonces, al verlos, me di cuenta de que los gritos que se oían desde el lado del amanecer habían dejado de sonar. Y volví a correr cargado con un presentimiento que no iba a tardar en confirmarse: en la balsa flotaba un cuerpo sin vida, boca abajo. Era el de alguien que parecía predestinado a morir ahogado. Había llegado en balsa y ahora salía también en balsa, como si no hubiese escapatoria. Mohamed no había podido salir del agua para rezar, como cada mañana, hacia el amanecer. Alguien había cortado la cuerda que estaba amarrada a un poste. Era la que utilizaba para salir tras el baño. La angustia debió de ser horrible. Los esfuerzos realizados para evitar el deslizamiento del fondo se notaban en la increíble agitación del verdín. La inclinación no permitía salir si no era con la ayuda de un punto enganchado en el exterior. Durante un buen rato, hasta el agotamiento, había hecho tremendos esfuerzos por remontar la cuesta viscosa. La desesperación se había adueñado de él. No pudimos reanimarlo.

Denuncia del vil asesinato. Concurso de hortalizas. E.T.

Me tocó a mí hacer la denuncia. Ya que estaba a sueldo de los Tordesillas, mi obligación incluía hacer el relato pormenorizado de las vejaciones sufridas en Membrillo. También hice una narración de nuestra fuga y una descripción de lo que nos habíamos encontrado en la balsa. No dudé a la hora de acusar a los Botero del asesinato de Mohamed. Maribel y Fuensanta no lo tenían tan claro. Pensaban que podría haber sido un accidente, pero yo me acordaba con perfecta claridad del momento en que estuvimos hablando la víctima y yo sobre el baño que se daba todas las mañanas en la balsa, y de la atención con la que nos escuchaban Raúl y su amigo. Parte de los Tordesillas, precisamente los que peor habían negociado con Pepe Botero, me reprocharon que acusara a la familia cuando no tenía pruebas fehacientes, poniéndolos todavía más en su contra. Maribel y Fuensanta confiaban en que las negociaciones no hubiesen terminado. Eran muy capaces de mandar un abogado a la primera de cambio a cualquiera de sus hermanos, pero se guardaban mucho de hacerlo con Pepe Botero, pues se trataba de alguien a quien admiraban y temían por cuestiones económicas. También eran conscientes de que su enemigo tenía un poder que superaba con creces su capacidad defensiva.

La familia se dividió en dos facciones. La unión a la que fueron sometidos por la adversidad se disolvió rápidamente. De una parte Maribel y Fuensanta, responsables del acuerdo desastroso de venta, emprendieron una campaña de pacífico acercamiento cuyo objetivo era la reconciliación que les permitiese retomar la primitiva fase del acuerdo y los colocase en una posición favorable para llevar a cabo otra negociación. Según ellas, en nada les beneficiaba la guerra abierta, pues los resultados habían sido los que todos conocían. Si no hubiésemos montado el numerito con la cadera de la abuela, pensaban, la reacción de los Botero no habría sido tan violenta. Ya no recordaban su propia actitud durante las últimas humillaciones en Membrillo. Culpaban, por tanto, a parte de la familia de sus desgracias económicas. Ya que no podían acusarse de haber hecho

un trato absurdo justificaban lo ocurrido por la intervención sensiblona de los demás Tordesillas en el asunto de la cadera, acusando así a sus familiares de haber fastidiado una operación que en todo momento controlaron ellas. Por otra parte, Adela, Tita, Amancio y Blas no parecían estar dispuestos a rendirse y aprovechaban todas las ocasiones que les brindaba la suerte para conseguir al menos un poco de justicia. Aunque su ajuste de cuentas poco tenía que ver con la realidad, —iba más allá de un simple despecho— la humillación les había cambiado la vida. Organizaban reuniones en las que tramaban todo tipo de torturas contra los Botero y contra sus secuaces, que en muchas ocasiones se confundían con la ciudad entera, conjurada en una conspiración contra todo lo que oliese a Tordesillas. Habían decidido armarse hasta los dientes. Desempolvaron las viejas armas de la familia, restos para ellos de un noble ejercicio de la violencia. Los hermanos no salían a la calle sin llevar al menos un bastón-espada y un revólver antiguo escondido entre la ropa. Sospechaban de todo el mundo. La gente se extrañaba de su excesiva desconfianza: ¿cómo era posible que tantos Tordesillas se hubiesen quedado, de repente, cojos? Si a alguien se le ocurría hacer alguna vez una broma sobre los bastones ya no lo volvían a saludar. De ese modo se fueron alejando cada vez más de su entorno.

Los siguientes días mi trabajo como cronista cayó en intensidad y en dedicación. Estaba claro que no tenían el ánimo para dejarse observar. Me tocó hacer de todo: presentaba documentos en los registros de las instituciones oficiales, buscaba planos y catalogaciones de edificios en ayuntamientos, estudiaba leyes y normativas que les afectasen, afinaba bandurrias desahuciadas durante siglos en trasteros olvidados, rellenaba innumerables hojas de reclamaciones, exponía por escrito quejas, solicitaba mejoras, presentaba pliegos de descargo. Muchos de los encargos de la familia buscaban el desagravio de la fiesta de los cerdos. Supongo que tampoco Felipe II se mostraría demasiado ante su cronista justo después de la derrota de la Armada Invencible. Son reacciones naturales. Yo, consciente de la necesidad del repliegue, no tomaba demasiadas iniciativas, es decir, no me presentaba motu proprio en casa de ninguno de los hermanos, y pude dedicar aquellos días a

ordenar mis papeles. Mientras, observaba de lejos sus movimientos con bastante preocupación.

Una mañana me llamó E.T. Procuraba estar presente en todas las salidas del grupo de amigotes con los que nos habíamos enfrentado en la inauguración de la granja de cerdos. Ya me contaría las razones. Aquel día se iban a reunir en un festival de hortalizas. Se celebraba en una plaza de toros. Estaba empeñada, según me dijo, en que yo conociese ese tipo de eventos. A ella le habían llamado la atención durante mucho tiempo, pero no había encontrado la ocasión y la compañía para asistir. Ya no le tenía tanta manía a la crónica.

En el albero de la plaza se habían situado una serie de puestos montados con tenderetes de hierros y telas. Sobre los mostradores los agricultores exhibían sus piezas. Todos estaban callados. Dejaban hablar al tamaño de sus hortalizas. Sonreían lo justo. Se encontraban la mayoría de ellos bastante desubicados, nerviosos. Los visitantes eran casi todos gentes que no pertenecían al mundo de la agricultura. Venían dispuestos a pasar un buen rato a costa de los que se dedicaban a labrar la tierra. Insultaban a los agricultores con la más descarada de las insolencias. Se reían de sus ropas, de sus caras, de sus zapatos, de sus sonrisas, de sus muertos. Los «chicos de ciudad» hacían como que imitaban el habla de los campesinos.

El grupito de los Botero estaba bajo los efectos del cannabis. Entre ellos vimos a Tino y a Pepe hijo, acompañados de Raúl y el Intrigante, quienes tuvieron la decencia de no saludarnos, al menos mientras yo, el Inquisidor, —así me llamaban, según me dijeron los Tordesillas que aún mantenían relación con ellos— estuviese con su amiga. Su risa era desmesurada. Usaban la droga para mirar con otros ojos, con los ojos de la superioridad que se burla de todo. A la vez filmaban y fotografiaban sin parar, indiscriminadamente, todo lo que había allí expuesto: los agricultores situados orgullosamente

detrás de sus productos, los tomates de tamaño desproporcionado, las torres de calabazas gigantes. Los cámaras de los medios locales eran los únicos que no reían, investidos de una seriedad notarial. La actitud de Pepe y compañía era la de alguien que, ocho días más tarde, sentado en el sofá de su casa, rememorase con sus amigos lo que había visto en este festival de hortalizas extravagantes. Parecían observar en diferido lo que estaba delante de sus narices. No hablaban con nadie. Cuchicheaban de las personas allí presentes como si fuesen hortalizas con ojos. Si se dirigían a alguien, lo hacían para reírse todavía más locamente, para que a todo el mundo le quedase claro que no tenían nada que ver con ese mundo ridículamente campesino.

Como buenos maniáticos de la realidad virtual Tino, Pepe Botero y compañía tenían un avatar en la Red. Sus grabaciones terminarían sirviendo de material para crear nuevos episodios. En ellos no sucedería nada diferente a lo que ya habían vivido en la vida real. No se introducían en aquellos ambientes más o menos extraños para conocer lo que no tenían, sino para confirmar su identidad no campesina. En nada se parecían a los emperadores chinos queriendo saber de primera mano qué era la pobreza. Estaban exentos de cualquier tipo de curiosidad. Lo desconocido padecía la calidad de despreciable. Solo frecuentaban lugares que sirviesen para demostrar una vez más su superioridad. Y allí, en la plaza de toros, observaban desde la tribuna de una distancia heroica los concursos de tomates, de calabazas, de pepinos. Y se reían pensando que su presencia constituía un tributo absurdo a una divertida época que todavía creía en la materia, por la que profesaban un desprecio irónico. Bromeaban con la semejanza de aquella situación con los dibujos animados de Winnie the Pooh. Ridiculizaban la tierra y sus frutos. Se mostraban idólatras de la inexistencia.

Delante del primer premio de calabacines se nos acercaron Tino, Pepe, Raúl y el Intrigante. Con su habitual desenvoltura se dirigieron a E.T. ignorando a su acompañante. Hicieron corro alrededor de ella. Yo les facilité las cosas fingiendo un súbito interés por el mayor calabacín de la temporada. Tenían una especial

habilidad para dar la espalda a indeseables como yo, a los que trataban como criados prescindibles. E.T. les seguía el juego y no mostraba mucho empeño en que se me incluyese en el grupo. Mientras me concentraba en el enorme calabacín no hacía más que pensar en que realmente yo no era más que un intruso, un extraño invitado por la familia en uno de sus arrebatos de narcisismo. Lo único que estaba consiguiendo con mi presencia era alterar el curso natural de los acontecimientos. Seguramente todo se habría arreglado de un modo mucho más cómodo entre los Botero y los Tordesillas si mi intervención no estuviese entorpeciendo una relación perfectamente fluida. Que E.T. fuese capaz de darme la espalda junto a los que yo consideraba sus enemigos no podía significar otra cosa. Estaba a punto de marcharme, a punto de iniciar mi despedida como cronista de la familia, ya le daba la espalda al calabacín monstruoso cuando E.T. se desprendió del grupo y volvió a hacerme compañía, cogiéndome del brazo con naturalidad conciliadora. Junto a nosotros pasaron los cuatro amigos. Todos ellos me dieron un buen golpe de camaradería brutal en la espalda.

E.T. me contó que la habían invitado a asistir a una competición deportiva en un pueblo cercano. Se trataba de un concurso de lanzamiento de huesos de aceituna. Contaba conmigo para ir con ella al día siguiente. Los cuatro amigos competían y estaban muy entusiasmados con el futuro del juego. Según ellos, tarde o temprano terminaría convirtiéndose en una prueba olímpica. Mientras llegaba el día siguiente, el día de la competición de lanzamiento de huesos de aceituna, intenté ser franco con E.T. Le dije que probablemente todo se resolvería con facilidad mediante un matrimonio entre las familias. Lo ideal era que ella se casase con Tino. Yo notaba cierta atracción por ambos lados. En cuanto me desmintió esa posibilidad, quejándose de la ceguera que padecía, que no me permitía ver el alcance de la enemistad que la unía con los Botero, seguí preguntándole cómo y por qué seguía queriendo ir con aquellos que tanto la habían humillado. Se lo preguntaba una y otra vez y ella me decía que ese tipo de gente era un reto para ella. En la vida solo se permitía afrontar problemas sin posible solución. A mí me parecía un asunto más bien simple, con el que no se debía

perder ni un solo minuto.

—¡Es como seguir intentando conocer a un oso cuando te ha declarado la guerra, cuando ya te ha lanzado un zarpazo!

—Da igual, no hay nada demasiado elemental. Ya viste los perros. Tú te conformas con contar historias que vives desde fuera. Describir, narrar, eso te parece suficiente. Te puedes permitir el lujo de contar lo que no te importa. En mi caso lo que me duele es lo que más necesito entender. No puedo dejar de compartir mi razón con ellos.

—Yo no cuento cualquier cosa sobre cualquiera. Digamos que mi trabajo no funciona con marionetas, más bien lo contrario: soy yo la marioneta de los personajes que me han contratado para contarles su historia. Uno de esos personajes eres tú. Los hilos de toda la familia tiran de mis dedos haciendo que mi mano escriba una historia. Ese es mi trabajo, no tengo ningún problema, podríamos decir que en parte lo he elegido yo, al menos lo he aceptado. Y te aseguro que a estas alturas me importa mucho lo que cuento. Te lo digo muy en serio. Seguramente esa certeza tiene que ver con tu aparición. Pero, ¿por qué tenemos que venir aquí? ¿Qué sentido tiene ir detrás de esta panda de descerebrados?

—En lo más ridículo siempre hay alguna clave. Déjate llevar.

—La verdad es que contigo da gusto. A tu lado uno siempre piensa que en cualquier momento todo se arreglará, que el mundo dará un giro y se enderezará, convirtiéndose en eso que hemos intuido tantas veces. Antes de conocerte veía cada vez más lejos la hora en que todo encontraría en un solo sentido su armonía, incluso en el desastre, incluyendo personas y episodios turbios como los de los

últimos días. En mi formación y mi trabajo como periodista me he preparado para pensar siempre en lo peor, para aprender y enseñar a ver cada vez más cerca el Apocalipsis, para empapelar de desastres la paz temblorosa de nuestras vidas. En realidad, yo entré en el gremio como un infiltrado. Vivía desde el principio con la esperanza constante de dar una gran noticia, de comunicar algo que realmente fuese como una revelación, un golpe de aire fresco en mitad del páramo repleto de un diario. Y si no, todavía más me gustaba dar pequeñas noticias que contribuyeran a minar el pesimismo beligerante de nuestros días, como el hallazgo de un piano en mitad de una montaña inaccesible; el descubrimiento de nuevas especies, nuevos cráteres, nuevas estrellas; o la detección de un submarino misterioso en aguas de Noruega.

—Qué suerte, tú tienes todas esas noticias para volverte loco de alegría. Yo he buscado eso mismo en otros caminos que terminan mucho peor.

—¿Te imaginas que en realidad estuviese esperando al mismísimo mesías y no tuviese el valor ni los medios de confesármelo a mí mismo?

E.T. empezó a reírse como una loca.

—¡Espero que no lo hayas encontrado entre nosotros!

—¿Quién sabe?

Lanzamiento de huesos de aceituna. José Botero, promotor de nuevos juegos olímpicos. Quién es quién en la familia Tordesillas. Angustia por no ser nadie, solo uno mismo. Amores de barro. Tino, artista multimedia, prepara un happening sobre la desnudez. Solo queda verdad en el alcohol.

La familia seguía sin dejarse ver. Ni siquiera Fuensanta me llamaba. Se encontraban todos en un tono bajo de exhibicionismo. Ya casi habían abandonado las tareas a las que me habían dedicado en los últimos días: no me pedían que reclamase las multas, ni los impuestos que consideraban injustos, ni la revisión de las cuentas sospechosas de los restaurantes. No me pedían la devolución de los libros recién comprados con páginas en blanco, ni que me quejase formalmente por comisiones cobradas injustamente en los bancos. Se quedaban con las frutas podridas que les vendían los tenderos, con los boletus llenos de gusanos que habían pagado a precio de oro, con las reservas de vinos estropeados en la tienda. Lo único que me encargaron, sin muchas ganas, es que me ocupase de mirar en el árbol genealógico. Como todas las familias preocupadas por su abolengo contaban con una buena documentación sobre el particular. En su casa familiar de Membrillo guardaban arcones repletos de legajos polvorientos que ahora conservaban en un guardamuebles, con miles y miles de actas, sentencias, partidas bautismales, derechos de propiedad, juicios por asesinatos… Pretendían que dejase constancia sobre los crímenes cometidos por la familia a lo largo de los siglos. Había que incluirlos en la crónica. Estaban últimamente preocupados por si los asesinatos sufridos en la familia superasen los que ellos habían cometido. En el estado general de desánimo en el que se encontraban pensaban que una historia medianamente criminal les permitiría afrontar una situación de crisis con las fuerzas necesarias.

Tita me ayudaba con gran entusiasmo. Ya no le preocupaba tanto el pasado melancólico de la familia. Estaba dispuesta a convertir el clan actual de los Tordesillas en una familia mafiosa apiñada en torno a la vendetta como dedicación principal y exclusiva. Pero

necesitaba pruebas históricas para esa posibilidad. Cada vez que encontraba entre los papelajos el testimonio de un crimen cometido por un Tordesillas se llenaba de alegría y me hacía tomar nota. Todo lo contrario ocurría cuando descubría que alguien de la familia había perdido la vida a manos de algún desalmado. Pasaba días y días de preocupación intentando comprobar que las actas de defunción de sus antepasados no contenían indicios que hiciesen pensar en una muerte violenta.

Como aquello no me ocupaba demasiado tiempo y necesitaba justificar mi sueldo me dedicaba casi enteramente a seguir los pasos de E.T., la única que requería mis servicios. Ella insistía en llevarme a todos los eventos en los que estaban presentes los Botero con la intención de que yo dejase testimonio de su mezquindad. Achacaba todos sus males, los familiares (la ruina) y los personales (el alcoholismo), a la sociedad de la ciudad madrastra. Confiaba en que yo despedazase con mi crónica los defectos de un mundo que ella creía enfermo. Le impresionó mi confesión de mesianismo iluso. En realidad, me había idealizado como una especie de ángel exterminador capaz de vengar afrentas que no se reducían a las que yo había vivido, sino que venían de más atrás y calaban mucho más profundamente de lo que aparentaban. Me quería pasear por todas las ocasiones de conseguir una parodia cruel de la familia enemiga. Ella sabía que no era necesario cargar demasiado las tintas, bastaba simplemente con dejar constancia.

La acompañé finalmente al concurso de lanzamiento de huesos de aceituna. Habían construido un enorme recinto deportivo, más indicado para discóbolos y lanzadores de jabalina que para escupidores de güitos. Se trataba, según me dijeron luego, de un «huesódromo». Había dos enormes pantallas. Una de ellas hermanaba con Berlín; la otra, con Los Ángeles. Era una manera de dar un aura cosmopolita a un juego estúpido. En las otras ciudades había, a su vez, otras dos pantallas que unían imaginariamente los tres lugares. En cada una de ellas habían organizado una exhibición para divulgar el juego.

A la entrada se apelotonaba la gente. Me sorprendió entre todo el gentío un hombro nevado de caspa. Inmediatamente reconocí en él al historiador de la fiesta de los cerdos. Lo tenía entre mis apuntes como Augusto de Talavera y Pérez. Soy muy desmemoriado y necesito ese tipo de referencias escritas para acordarme de todos los datos que se deben incluir en la crónica. Se encontraba charlando con Fuensanta, Maribel y Tita. Me sorprendió mucho encontrarlas allí. Ellas se sorprendieron casi más de verme, sobre todo, de verme con E.T.

—Vaya. ¡Qué casualidad! No se pierde usted ni una —le dije al historiador, después de besar a las tres hermanas.

—Ya que me lo recuerda —me dijo apartándome un poco sin demasiada discreción— le diré que José Botero se encuentra un poco preocupado por su papel de cronista. No está seguro de salir demasiado bien parado en su diario familiar.

—Por lo que conozco de su cinismo —respondí— supongo que no le preocupará salir todo lo malparado que sea. Incluso encontrará motivos de orgullo en ello.

Como veía que Tita se acercaba, cambió radicalmente de tema.

—Sí, señor —prosiguió—. Lo hemos propuesto al Comité Olímpico Internacional para que otorguen la categoría olímpica al lanzamiento de hueso de aceituna en los próximos juegos.

—Magnífico. ¿Podemos ver alguna demostración? —preguntó E.T.

—Por supuesto.

La exhibición ya había comenzado. Los «jugadores» iban con un peto de color fosforescente y un número en el dorsal. Cuando les tocaba se colocaban en una especie de pista semejante a la utilizada en el salto de longitud, con una fina capa de arena que servía para marcar el impacto del hueso y poder calcular así de modo fidedigno la distancia. Mientras llegaba su momento se preparaban en un pasillo de encurtidos. Había un montón de recipientes donde se guardaban en su caldo todos los tipos de aceituna que se pueden encontrar en el mercado.

El historiador quería a toda costa hacer de guía. Al día siguiente tenía que publicar una crónica en el periódico local. Estaba tan atento a todos los detalles como dispuesto a mostrarnos las excelencias del nuevo juego. Detrás de todo ello se encontraba José Botero. Financiaba el espectáculo en sus tres sedes. Pretendía darle su apellido al lanzamiento de hueso de aceituna. Había contratado al único historiador visionario de la ciudad. Este, convencido de que los profesionales de la historia, como él los llamaba, deben pasar a la acción y convertirse en creadores de acontecimientos, había decidido pasar a la historia como el primer historiador capaz de hacer historia. El pasado problemático se convertía en un tema secundario, apto para mentes simples y anticuadas. Solo acudía a él para investigar en la «prehistoria» los primeros pasos preparatorios que iban prefigurando el presente. Así demostraba la perfecta causalidad que regía su mundo. Consciente de que la historia no se crea de la nada, sin importarle el aislamiento al que lo tenían sometido sus colegas, se arrimaba a los manantiales solventes de sucesos. Juntos, Botero y Augusto de Talavera formaban la pareja ideal de materia y forma. El primero proporcionaba los ingredientes elementales del dinero y su consecuente capacidad para generar más dinero. El segundo se dedicaba, como un agente de bolsa

metido a demiurgo, a dirigir, por las vertientes adecuadas, los caudales de su mecenas. Este, haciendo un alarde de humildad, se ocultaba durante el proceso de la creación de la materia. Por eso no lo veíamos allí, y por cierto miedo al fracaso y al ridículo. El historiador era como su capataz en el levantamiento de pirámides a veces simplemente inmateriales, porque el dinero no siempre consigue recuperar su origen tangible, devaluarse en cosas corrientes y molientes, trocarse en realidad.

Augusto de Talavera nos contó los entresijos más asquerosos del juego. Sine ira et studio, pues estaba por encima de cualquier favoritismo, nos contaba las habilidades de cada uno de los jugadores. Para empezar, él tenía claro que se debía practicar el escupitajo de larga distancia, «gapismo» lo llamaba (gaping para los más esnobs), y achacaba las deficiencias de algunos jugadores a falta de entrenamiento. No se puede lanzar bien el hueso si antes uno no ha moldeado la boca en la propulsión de saliva. Cuando empezó a hacer las distinciones entre los tipos de saliva, las hermanas Tordesillas se marcharon con E.T. Me quedé solo en el lugar en que no debía estar, notando que mi trabajo pertenecía más bien a la convivencia con la familia, sintiéndome, además, cada vez más melindroso con los detalles de estos juegos paraolímpicos.

Conecté la grabadora para no tener que escuchar con atención lo que decía el historiador. No hay nada mejor para concentrarse que desconectar en la cara de alguien que nos habla. Aunque esos momentos estén condenados a la brevedad, pues no podemos mantenerlos durante mucho tiempo sin caer en la descortesía, son instantes cargados de intensidad, en los que procesamos miles de pensamientos. No hacer caso a algo o alguien es la base de toda concentración. En la cara del historiador tuve la tentación de ver la mismísima huella de Dios, algo así como la pisada de un ser invisible sobre un material extraño. Alarmado, decidí volver a la tierra, a los asuntos de los Tordesillas.

Recordé lo que me acababa de decir E.T. Algo que probablemente las hermanas nunca me habrían contado: su cambio de estrategia en la crisis Botero. Habían decidido, ya que no podían vencerlo, unirse a él. Actuaban, me pareció, como los seguidores de esas sectas que practican el satanismo cuando descubren impotentes que ya no les quedan armas para vencer al diablo y que Dios no les hace ningún caso. Pretendían seducirlo de forma sibilina hasta conseguir su propósito. Por supuesto, la estrategia debía mantenerse oculta. El resto de la familia se habría indignado. Ellas lo tenían claro porque ese tipo de armas siempre les habían funcionado; porque así, obviando el problema, podían seguir haciendo la vida normal de siempre y no tenían que enfadarse con medio mundo; porque todavía no habían entendido la madera podrida con la que estaba hecho Botero, que te obligaba a convertirte en un gusano si querías entrar en su mundo; y, sobre todo, porque de ese modo podían estar hablando eternamente de la vulgaridad de Botero con pruebas siempre renovadas.

Volví de mis pensamientos para compartir el conocimiento del futuro que me brindaba Augusto de Talavera. Más adelante tenían previsto hacer más complejo el juego, estableciendo diferentes modalidades en función de la variedad de oliva utilizada. De ese modo habría Campo Real, manzanilla, negra, de Jaén, verdegal, machacada, a la manchega, de Aragón, de Almendralejo, de Obregón; y uno se podría apuntar a la que quisiera, según sus dotes labiales, como ahora uno se puede apuntar en un campeonato de motos a una cilindrada u otra.

Augusto de Talavera tenía también previsto convertir el lanzamiento de hueso en un deporte colectivo. Lo juzgaba ya más o menos pergeñado. Habría un campo con su reglamentaria media hectárea de extensión. Estaría dividido en dos partes con la misma área. El historiador tenía ya tantos sinónimos de «hueso» como un locutor de fútbol tendría de «balón». Habría dos equipos que irían pasándose la «semilla» de boca en boca hasta alcanzar el campo contrario. Allí tendrían que introducirlo en una especie de gua, como un agujero de golf. El equipo contrario solo tendría la boca

para arrebatar la «simiente». Los que tuviesen la posesión del «grano» deberían lanzarlo pasado un máximo de tiempo. Si el «núcleo» se caía, el equipo contrario tendría que coger una oliva de los lados del campo, donde habría un montón de botes de los patrocinadores con carteles que ensalzaban el fruto olímpico. Para los entrenamientos, los equipos contarían con un montón de expertos en Física que calcularían las trayectorias parabólicas de los «proyectiles» y aconsejarían a los jugadores sobre la fuerza exacta con la que tendrían que lanzarlos.

Yo me fijé en que los participantes no pelaban directamente las aceitunas. Había una especie de apoderado que se metía primero el fruto en la boca y lo masticaba a conciencia, sin dejar nada de carne. A continuación se lo pasaba a su compañero, que tras unas solemnes vueltas y revueltas en la boca hacía un giro y lanzaba el proyectil. Inmediatamente después se acercaban los del jurado a la pista sobre la que había caído el hueso. Sobre el suelo estaban las marcas de las distancias alcanzadas. Sacaban las cintas métricas, tomaban nota en su cuaderno y pasaba el siguiente jugador. Por lo visto, según me dijo el anfitrión, daba mala suerte pelar uno mismo la oliva. Por eso se había extendido la costumbre de ceder la faena a un subalterno. Algunos jugadores llevaban más de un pelador con el fin de dejar perfectamente mondo el hueso.

—¡Qué escupitajo! —exclamé al ver lanzar el hueso a uno de los participantes.

—Yo no utilizaría la palabra «escupir». No me parece que refleje demasiado bien la nobleza telúrica de un juego como este. Soy más bien partidario de utilizar «lanzamiento», «proyección», «emisión», «propulsión».

Con el fin de ayudar al historiador del presente a generar nuevos

acontecimientos y tradiciones le propuse un juego que se me estaba ocurriendo sobre la marcha. Los jugadores podrían subirse a una escalera y tendrían que atinar con su saliva en una escupidera. El récord se mediría por la altura desde la que el participante lanzaría su proyectil. Se podrían construir unas escaleras reglamentarias, de medida estándar compartida internacionalmente, fabricadas exclusivamente, por ejemplo, por alguna empresa de José Botero.

Cuando Augusto de Talavera empezaba a interesarse por mi propuesta, llegó E.T. y abandonamos el «huesódromo». Se notaba que había bebido. Me confesó que Maribel y Fuensanta habían pelado huesos para los cuatro participantes conocidos (Raúl y el Intrigante, Tino y Pepe). Era como una muestra de caballerosidad que enlazaba aquel deporte con los torneos medievales en los que se hacía participar a las mujeres llevando alguna prenda femenina en el combate. En este caso la dama transmitía una especie de suerte babosa a su caballero, que escupía con saliva de honor. En realidad, se lo habían pedido a ella, pero había conseguido que sus tías accedieran a pelarles la aceituna a sus enemigos.

Por el camino de vuelta me informó de las intenciones que albergaban las hermanas sobre mi futuro. En primer lugar —algo que yo había empezado ya a comprobar—, pretendían convertirme en su mayordomo, una especie de chico de los recados a su servicio. Medio en broma, medio en serio, meditaban incluso ponerme el clásico uniforme, con librea y botones dorados. Por otro lado, había llegado el momento, confesaban, de comunicarme la verdad sobre la familia. Según me dio a entender, todos habían estado fingiendo. Se habían intercambiado personalidades y manías. En mi ausencia habían estudiado sus individualidades; en mi presencia, ocupado las casas de los otros. El nivel de mímesis alcanzado había sido muy alto, según me dijo.

No sabía muy bien si se trataba de una última prueba que me hacían. En realidad, yo siempre había pensado que estaban

fingiendo, pero no hasta el punto de intercambiar sus formas de ser con tan asombrosa seguridad. Por eso, en mi desconcierto, le hice a E.T. mil preguntas a las que ella me respondió que solo había una cosa que tenía clara, y esa era la seguridad de que ella, con todas sus inseguridades, era ella.

Me entraron unas terribles ganas de vengarme. Tanto que tuve que parar el coche en un camino y comenzar a andar para desahogarme. E.T. iba detrás de mí, escuchando y tratando de alcanzarme. De repente, se me había hecho un mundo mi trabajo. ¿Tendría que averiguar la verdadera identidad de mis historiados clientes, ir deshojando los falsos atributos, comprobar a quién correspondía cada una de las máscaras? La mejor opción, si me dejaban, era fingir que no conocía la ficción, mantenerlo como estaba y no tener que doblar el trabajo. Si ellos se habían desdoblado en personajes, yo no me haría ahora detective de sus identidades. Convertir las sombras en cuerpos, las sospechas en personas de carne y hueso suponía un arduo trabajo de investigación. Y para eso tendría que acudir a los Botero. El patriarca se había ofrecido a contarme la verdad sobre la familia. Yo estaba tan enfadado que por un momento tuve la tentación de atender a su llamada y aceptar parte de su propuesta, la que me prometía toda la información que quisiera sobre los Tordesillas. En aquel momento solo me detuvo la simpleza identitaria de los Botero. ¡Tino era tan Tino! ¿Qué decir de los Pepe Botero, padre e hijo, dos auténticos monolitos? Aquello me reconcilió con mi trabajo y con los Tordesillas, con su escurridiza manera de ser, tan incompleta, tan provisional, tan teatral. De repente me vi como alguien necesario para hacer de los personajes de la familia algo completo. Quizá me habían llamado con el fin de alcanzar ese último punto que les faltaba para llegar a la plenitud de un destino. Eran como actores que necesitaban al menos un espectador. Su verdad estaba fundada en mi observación. Pensé que podría convertir a los personajes en personas, pero recordé que «persona» viene de «máscara» y volví a desesperarme.

Ser cronista de aquella familia era una tarea muy complicada. El mundo después del espectáculo del lanzamiento de hueso de

aceituna y de la confesión de E.T. me parecía una soberana ridiculez; pero se trataba de una bufonada que no podía compartir con nadie, pues cualquiera podía ser cualquiera. Además, no encontraba un papel que me permitiese entrar en el jolgorio cómico en igualdad de condiciones, algo así como vengarme de la mentira ajena con la propia mentira. La seguridad que me otorgaba el trabajo se había venido abajo. Condenado a la neutralidad de un lápiz solo había tomado notas falsas y dibujado sombras. Mi papel como cronista se tambaleaba. Me veía como un pintor al que el árbol se le convierte en gacela y echa a correr antes de que la retraten. La realidad se esfumaba, era difusa, exigía un testigo a la altura de sus metamorfosis. Lo único que tenía a mano era suplantar mi personalidad. ¿Y si yo también me hacía pasar por otra persona? ¿Y si yo hubiese estado fingiendo todo el rato o empezase a hacerlo ahora? Pero primero tendría que saber cómo era. Para mentir sobre sí mismo uno debe estar más o menos seguro antes de que existe algo así como una verdad. Si no, cualquier cosa puede ser verdad o mentira.

E.T., para consolarme, propuso intercambiar nuestros modos de ser. Yo podría ser ella y ella sería yo. Así, dijo, me vengaría, podría salir de mí mismo y entender mejor la pantomima que habían representado los demás. Yo también me convertiría un poco en una sombra. No debía desesperarme por la terrible perspectiva de ser siempre yo mismo. Si intercambiábamos nuestras manías, nuestras historias, nuestros modos de ser me ayudaría a salir de mí mismo, de esa persona a la que su familia había convertido de un plumazo en una gallina sin huevos, en un actor sin papeles, en un historiador sin historias.

Y aquí es donde yo me descubrí un ser completamente insólito, inventado por los apasionados besos que empezó a darme E.T. Para poner en práctica esa especie de fusión que me ayudaría a entenderlo todo no se le ocurrió nada mejor que involucrarme en el espectáculo. De repente se rompió la cuarta pared y caí en una extraña dimensión de mí mismo en la que realmente no importaba quién fuera. Empecé a representar, lo mejor que pude, mi papel de

amante. Mientras E.T. se quejaba de mis limitaciones proteicas yo pensaba que estaba empezando a cruzar el umbral que separa la realidad de la ficción. Como me siento incapaz de expresar con palabras lo que vino a continuación le he pedido a mi amante que se convierta en cronista de aquel —para mí inefable— episodio. Eso debía ser una prueba evidente de que habíamos dejado de ser nosotros mismos y nos habíamos convertido en el otro. Al fin y al cabo ese era su género. El exhibicionismo erótico compensaba su delicada discreción en todo lo demás. Lo primero que hizo al terminar su relato al día siguiente fue enviármelo.

«Se me podrá acusar de mentirosa y pensar que soy una romántica farsante, pero en ese mismo instante empezó a llover. El cielo fluía con nosotros. Al principio la lluvia era caliente y resbalaba por el interior de mi blusa. Mis pezones empujaban por dentro, cada vez más erguidos. Mis manos buscaban por todo su cuerpo una solución, la respuesta a un acertijo cada vez más enigmático. Él tampoco parecía haber encontrado respuesta a una ansiedad que me encantaba provocar y hacer crecer. De nuestra piel salía un vapor invisible que aspirábamos tras el primer regusto del ozono. Habría dedicado una vida a cada uno de los poros de su piel. Mi mano recorría su espalda, el vello de su pecho, movida por una voluntad casi autónoma de animar la inercia de esa parte semivegetal de nuestro cuerpo. Enseguida me encontré tumbada en el suelo. Mi blusa había desaparecido; su camisa, también. Mientras la humedad de su boca me recorría la piel, sus manos me desabotonaban el pantalón. Enseguida noté sus dedos jugando con el vello del pubis. Lo coloqué a horcajadas sobre mi cara. Como si en ello me fuese la vida le quité el cinturón y bajé sus pantalones. Mi mano cogió con delicadeza los testículos, como si estuviese sujetando un pájaro. Mis dedos fueron subiendo poco a poco por el tronco del pene, que en ese momento se encontraba elevado por un aluvión de sangre. El ápice de mi lengua paseaba por el prepucio jugando como una orca con una foca, como un león con un conejo. Mi otra mano mientras acariciaba sus piernas, como una ardilla que bajase de un árbol y subiese por otro, saltando de alegría de un tronco a otro. En un giro torpe y sincronizado a la vez, mis muslos se irguieron a los lados de su cara como las orejeras de un burro sediento. Lamió la parte

interior de mis piernas saboreando su punto exacto de sal. Después de mordisquearme las partes blandas y musculosas de los muslos, me quitó las bragas y empezó a lamerme el clítoris. Yo esperaba que los labios interiores fuesen sedosos y acariciasen y lamiesen a la vez su lengua. Subí encima de él. Me parecía un caballo de pura raza. No sé si fue torpeza o juego consciente, durante unos largos instantes su miembro no encontraba la puerta de mis entrañas. A veces colaba solamente la punta. Allí hacía de berbiquí, extraía las virutas gimientes de mi placer. Yo me agarraba con los labios y con la lengua a su cuello, dirigiendo con esas riendas el errático mariposeo del pene. Al final mi vagina, convertida en un cazamariposas de gran precisión, envolvió, perfectamente ceñida, la ebriedad del miembro, enderezando el tumulto de glóbulos rojos y leucocitos. Arriba, su lengua, mimetizada con todo lo que estaba ocurriendo abajo, se instalaba en mi boca, recorriendo frenética las paredes, afirmando los límites. Así, cada uno era del otro borde por el que se asomaba a su propio desbordamiento. Impulsada por el vértigo, apretaba mis nalgas y mis muslos con la presión justa para provocar más vértigo. Si existe una clara sensación de infinito, un infinito limitado a la duración, ese tiene lugar en el cuerpo que cae y sube al mismo tiempo, que cuanto más sube, más cae, y cuanto más se deja caer, más alto se alza. Todo ello sin dejarlo salir de la vaina aterciopelada de la vagina, donde él vegetaba con la concentración del haba, hasta que, rota la envoltura, un haz casi doloroso de luz quebró el misterio de nuestro encuentro con un deslumbramiento feroz que nos dejó fulminados en el mismo hueco del tiempo».

Y aquí es donde se supone que entro yo de nuevo. Un yo que ha empezado a formar parte de un tú, de un ellos. Todo tenía un regusto de tierra. Disfrutábamos del olor de la lluvia sobre un suelo sediento. Sí, es probable que estuviésemos tirados en el barro, que hubiésemos disfrutado de un lecho blando y elemental. Yo me sentía tan cambiado como un paisaje después de siglos de agua corriendo por mi piel. Y pensé que E.T. formaba también parte de ese paisaje. Y lo que había alrededor parecía también una prolongación de nuestros cuerpos. Juntos descubrimos el sonido del agua como si nunca lo hubiésemos escuchado. En algún lugar

cercano caía un chorro desde la altura suficiente para dejarse oír por nosotros. Era como la llamada de un coro de gotas que nos pidiesen ir a sumergirnos. Necesitábamos un baño.

Al volver de nuestro chapuzón alguien se había llevado la ropa. Teníamos motivos suficientes para enfadarnos. Eso lo sabían nuestros ofensores, pero no se iban a salir con la suya. Comenzamos a caminar hacia el coche practicando el faquirismo por un terreno lleno de piedras puntiagudas. Cada vez que uno de nosotros daba un grito el otro se reía. Deberíamos agradecer a nuestro bromista que nos hubiese ayudado a divertirnos como locos. Íbamos descuidados y orgullosos de nuestro desnudo. Aquello era un rito de iniciación, una especie de aprendizaje social del ridículo y la humillación. El aguafiestas, desde luego, no había conseguido su propósito. Los arrancamoños que se nos clavaban en los pies nos obligaron a preguntarnos por qué había plantas que necesitaban producir semillas así. Pensamos que era una forma de amor como otra cualquiera. Nos preguntábamos cuál sería el motivo por el que la naturaleza había creado la jara tan pegajosa y el espino tan hostil.

Por supuesto, nuestros enemigos no se iban a conformar con aquella simple humillación. Nos tenían preparada una estupenda afrenta. Quedaba todavía un buen rato para llegar al coche cuando vimos a Tino, el artista multimedia más cabrón del Olimpo virtual, salir con su cámara en mitad del bancal por el que nos dirigíamos hacia el coche. Su objetivo, según nos contaron más adelante los tres primos de E.T., Félix, Pedro y Álvaro, era provocar en nosotros cualquier reacción que aumentase nuestra indignidad: tirarle piedras, procurar escondernos, gritarle con el rostro desencajado… Pero casi sin pensarlo nuestra actuación fue la de obviarlo como si no estuviera, seguir con lo nuestro: caminar con más o menos dificultades hacia el coche. De ese modo se vio frustrado su plan. Lo único que había conseguido era un vídeo en el que una pareja caminaba completamente desnuda, a veces incluso riéndose de su propia desgracia: de haberse clavado algo en el pie, de la ridiculez de su situación, de las bromas de una y otro. Así, el dios justiciero

de la intrusa cámara de mortificación tuvo que admitir la indiferencia con la que era tratada su presuntuosa potestad para observarlo todo. Tuvo igualmente que comprobar que su mirada no dominaba la actuación de los observados, que la vida seguía por otros derroteros intransitables para su vileza. Comprobamos que la inocencia, o algo parecido que en mi caso me proporcionaba mi proximidad con E.T., nos cubría y nos protegía de las miradas humillantes.

Lo primero que hicimos al llegar a casa fue abrir la página de Tino. Esperábamos encontrarnos. Teníamos incluso curiosidad. Lo que nos proponíamos en verdad era boicotear el acceso a esa página como fuese. No hizo falta, no lo había colgado. Por lo que vimos, me temo que no era demasiado interesante. O puede que no quisiera hacer perder a E.T. su condición de prometida, mantener, por oscuras razones familiares, la interesada ilusión de un compromiso. Encontramos montones de grabaciones horribles, sacadas seguramente de Vídeos de Primera. En muy poco tiempo vimos una señal de tráfico arrancada de su soporte por el viento y estrellada contra un autobús checo en una autopista, un carrito de niño dándose la vuelta al patinar en una calle de Helsinki, una mujer que caía desde un primer piso mientras tendía la ropa en un balcón de La Habana, un golpe tremendo de un chaval en bicicleta en una urbanización de Los Ángeles, dos automóviles desplomándose por un acantilado de Perú, una maceta desgraciada rompiendo la cabeza de un viandante romano, una puerta de cristal automática demasiado limpia contra la que alguien se daba un cabezazo en la City de Londres, un cubo de pintura que caía sobre una señora que iba de punta en blanco en el barrio de Salamanca de Madrid.

Tino no había dudado en dar una vuelta de tuerca «artística» a estos art documents e incluir todo tipo de desastres, ya no tan naturales, suscitados artificiosamente, como palizas dadas por grupos de adolescentes a otro adolescente indefenso o a vagabundos, incendios provocados en los que las víctimas gritan desde las ventanas sin poder salir de la casa o carreras de coches en dirección

contraria por autopistas con conductores que intentan esquivar al suicida. Por supuesto, para todos estos horrores tenía un discurso con el que ganaba premios de creación artística. Se remontaba en sus antecedentes al cine mudo de Chaplin, Buster Keaton y Harold Lloyd. En literatura no dudaba a la hora de citar El ángel de lo singular de Edgar Allan Poe. Ante tan noble filiación en la lucha contra el aburrimiento, los jurados no dudaban en premiar su empeño por ser fiel a la actualidad.

E.T. estaba convencida de que también los desastres «naturales» de la página, los del estilo Vídeos de Primera, podrían estar provocados. Tino siempre encontraría a algún descerebrado que ofreciese su película para conseguir la celebridad. Ni siquiera tendría que pagar sus fechorías. Él era el único beneficiado. Solo le llegaba la grabación, convertida en un sublimado objeto artístico. Para los demás, para los autores de esas «genialidades» firmadas por él, la cárcel o los daños; para él, los premios y el reconocimiento de una sociedad sedienta de catástrofes, de un mundo que solo reconoce la vida en su propia extinción.

Mi papel de cronista se estaba convirtiendo en el de un detective de escasas fuerzas enfrentado por motivos totalmente ajenos a gentes sin escrúpulos. Ante tamaña responsabilidad, consciente de mis dificultades para alcanzar el heroísmo, me entregué a la bebida. Bebía como impulsado por una extraña fuerza. Mi mano me recordaba a la mano del famoso relato de Nerval. ¿Era la mano de E.T., la mano de Tino, la mano de cualquier borracho presente o pasado que me hacía empinar el codo de modo compulsivo? Cuando llevaba ya un número de copas aceptable me puse a hacerle preguntas extrañas a E.T., preguntas que le resultaban familiares, como quien se acuerda, de repente, de un pariente lejano o de una extraña vivencia. Creo que me interesaba saber si el pecado original era, en realidad, una culpa relacionada con la identidad; si el problema de Adán era haber dejado de ser también Eva, haber dejado de ser el árbol y la serpiente, ser solo Adán, expulsado del todo para ser él mismo.

El caso es que, después de varios razonamientos delirantes sobre el absurdo de ser una misma persona, después de exponer los problemas legales, sexuales y psicológicos que provocaba esa obsesión por ser alguien, le confesé eufórico, con una deslumbrante iluminación etílica, que por fin me había convertido en ella. Ya estaba preparado para que me contase con detalle el cambalache mental de los hermanos Tordesillas. Había conseguido meterme en la piel de otro. Incluso le había cogido cierto gusto, cierto sentido. Le daba a la bebida y estaba dispuesto a contar pormenorizadamente la impecable vida sexual de… Bueno, todavía no sabía de quién. Sabía dónde: en un supuesto paraíso recobrado; y cómo: con montones de metáforas que pusiesen al descubierto la relación de nuestros cuerpos con el resto del universo. A ella le pareció estupendo y volvió a besarme, haciendo que se me olvidasen las ganas de saber quién era quién en el mundo de los Tordesillas, ese mundo que empezaba a ser también el mío.

Si mis palabras iban siempre a ser desmentidas de ese modo por sus labios, yo me disponía a no dejar nunca de hablar. Pero ella también parecía querer identificarse conmigo y en lugar de seguir con el beso decidió hacer de bocazas.

—Adela, mi madre, ha hecho el papel de Fuensanta; Fuensanta ha hecho de Tita; Tita, de Maribel; Maribel, de Adela.

—Entonces, tengo que dar la vuelta a mis gustos, a mi afición por cada uno de los Tordesillas —respondí.

—Seguramente han exagerado un poco. Ya sabes que los que te caían mal no son tan mala gente, y los que te caían bien ya tienen ganado tu corazón y no tienes por qué modificar tu actitud hacia

ellos. De todas formas, eso no debería afectar a tu trabajo.

—¿Puedo seguir llamando a cada uno por su nombre?

—Sí. Les resultaba más difícil suplantar el nombre que la forma de ser.

—Todo esto me rompe un poco la cabeza. No sé si podré aclararme. Es como una atracción de feria en la que los cuerpos de cartón intercambian las cabezas de los visitantes. En realidad, ¿Fuensanta, la Fuensanta real, es una persona reservada, imprevisible, escurridiza y hermética?

—Sí.

—¿Y Tita es posesiva, dominante, le gusta ser el centro de atención?

—Digamos que a veces algunos papeles han sido más caricaturescos que otros. Cada uno tiene su manera de actuar. Tita, la exFuensanta, es inimitable y para conseguir ciertos efectos había que acentuar algunos rasgos.

—Y Agustín y tú, ¿de quién sois hijos?

—Agustín, de Fuensanta; yo, de Adela.

—La loca por la realidad virtual, la que se iría a la cama con el Príncipe de las tinieblas simplemente por ser un príncipe, ¿quién es? Necesito una hoja de Excel para calcular todos estos desbarajustes.

—Ya sabes que Adela es Maribel.

—Maribel, entonces… Pero Tita ya era bastante Maribel en la boda, cuando conocí a la familia, antes de que decidiesen contratarme de cronista, antes de que montasen toda esta farsa. Aquí hay ciertas contradicciones.

—Bueno, la verdad es que esto es un viejo juego. No solo lo han hecho contigo. También lo hacían de pequeños y no pueden dejar de fingir en los acontecimientos sociales. Les encantaría haber sido gemelos. Con los más allegados se muestran sin ambages, pero en las reuniones con gente desconocida simulan una personalidad inventada. Además, siempre lo han utilizado como un mecanismo de defensa contra los peligros del exterior.

—¿Y entre los varones?

—Amancio ha hecho de Blas; Blas, de Eugenio; Eugenio, de Amancio.

—La verdad es que no hay demasiada diferencia entre Blas y Amancio.

—Debes saber que Eugenio ha cargado un poco las tintas dementes de Amancio. Juntos han preparado el papel. Me consta que disfrutan con los ensayos. Me temo que sería muy difícil alcanzar la verdad última. Poco a poco han concebido sus caracteres, sus rarezas, se han ido inventando tics. Cuando a alguno se le ocurría alguna tontería para su hermano, lo llamaba inmediatamente y se ponían manos a la obra.

—Siempre he tenido la sensación de que estaban montando un numerito. Por ejemplo, cuando fui a ver a Eugenio, ¿tu padre?, se asomaba a la ventana y gritaba a las golondrinas: «¡Vete a tu país!». Aquello era claramente una sobreactuación.

—Creo que están muy orgullosos de ese papel.

—¿Y lo de la parcelita en la Luna?

—Eso es casi verdad. Amancio está totalmente obsesionado por la posibilidad de ir a la Luna a vivir. Empezó siendo un crítico acérrimo de la llegada del hombre al satélite. La ponía en duda y creía que había sido una gran patraña. Hasta que un día…

—¿Y la segunda generación? ¿Jorge, Agustín, Félix, Álvaro, Pedro, tú?

—Nosotros no hemos cambiado. Hemos reconocido que no contábamos con una densidad dramática como la de nuestros padres. Tampoco tenemos la costumbre. Ten en cuenta que los mayores lo han hecho desde pequeños. Ni siquiera saben muy bien quiénes son ellos.

—Por cierto, una pregunta: ¿Tita hacía ya de Maribel en la boda? En aquel momento todavía no fingíais. Yo no era vuestro cronista. ¿A quién le interesa realmente la genealogía, a Maribel o a Tita?

Pensaba que así la pillaría en una contradicción seguro, pero no. ¿Estaba adiestrada por todos los demás, a pesar de tener una relación especialmente estrecha conmigo? El caso es que salió airosa.

—Ahí lo siento, pero cualquiera te podía haber hablado de blasones y de melancolías ancestrales. En eso coinciden todos. Es casi lo único que tienen en común.

—¿Y Eloy?

—Eloy no quiere saber nada de toda esta historia. Su papel ha sido el de disimular que todo el mundo era quien era. Pero llevaban ya un montón de tiempo haciéndolo, así que está bastante acostumbrado. Simplemente se ha guardado los reproches.

—¿Y tú por qué no apareciste desde el principio?

—Odio las bodas. Evito los encuentros familiares. Siempre me he sentido una extraterrestre, y me revienta esto de la crónica. Ya lo sabes.

—Pero desde el principio contactaste conmigo. Estabas ahí, todo el rato, mandando los correos electrónicos, como desde otro planeta, dando pinceladas a mis personajes, que eran también tuyos.

—Puede que me fastidiase no hacer yo al final la crónica. Además, no quería que mi aparición estuviese basada solo en habladurías.

—Yo, un desconocido, les daba mucho más juego, claro. Espera —dije, pensando que había encontrado la clave de la farsa—. Toti no ha vuelto a aparecer. Estaba en la boda de tu primo. ¡Y la incluiste en el álbum familiar!

-—¿Preferirías que volviese? ¿Estabas de verdad necesitado de alguna patadita en la espinilla? La hemos internado.

—¿Dónde?

—Bueno, mitad manicomio, mitad clínica de desintoxiación.

—¡La habéis borrado de la foto!

—Bueno, tú tampoco la has echado de menos. No has preguntado por ella en ningún momento.

—Tengo un lío tremendo. Esto es un rompecabezas.

—Lo siento, he contribuido a la confusión total.

—¿Pues sabes qué? La verdad es que yo también he actuado —dije sin demasiada convicción.

—No te creo —zanjó con segura incredulidad—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. Una muy importante. ¿Dónde termina la farsa? Por ejemplo, en la fiesta que me organizó Amancio, en nombre de Blas, había un montón de gente. ¿Debo entender que todos ellos estaban también actuando? ¿Qué hay de la fiesta de inauguración de la granja? ¿Realmente habéis vendido Membrillo? ¿Tino, José Botero, Pepe y sus amigos, están fingiendo también o son unos redomados cabrones?

—Me temo que en su caso, ellos, todos los demás, actúan de corazón. Si están representando, nosotros no conocemos su verdadera ficción, o su verdadera realidad. Ya nos gustaría que todo fuese simplemente un sainete.

—¿Y tú? ¿Eres alcohólica anónima? ¿Escribes de verdad relatos porno?

—Lo peor, o lo mejor —depende de cómo te lo tomes, supongo que también del momento— es que bastantes cosas son verdad, al menos han sucedido en la realidad, de un modo fatal, sin que nadie lo haya pensado como parte de una historia inventada.

—Por favor, ¡dime quién eres, cómo eres!

—Bueno —respondió E.T. sin hacer mucho caso de mi dramatismo —, para inspirarme he cogido un poco de santa Teresa y otro poco de la condesa Bathory. Para aprender a escribir los relatos pornográficos he acudido a algunas novelistas como Zoe Valdés, Lucía Echevarría o Almudena Grandes. Ya te he dicho que en casa no he podido encontrar a nadie con quien aprender a ser otra yo. No me ha quedado más remedio que...

—¿Para qué queríais un cronista?

—No sé. Creo que hay varios motivos. Al principio te llamaron por agradecimiento, por lo que habías escrito en el periódico sobre ellos. También, en cierto modo, para que siguieras lavando su nombre. No te lo vas a creer, pero soñaban con ganar un montón de dinero a tu costa, forrarse con la crónica cuando la publicases. De ahí el esfuerzo invertido en esta «puesta en escena». Y, sobre todo, por narcisismo, porque se creen interesantísimos.

—Si se creen tan interesantes no deberían haber fingido. ¿Qué tienen que ocultar?

—Puede que en el último momento tuvieran un ataque de pudor.

—A mí me daría más vergüenza hacer de mi hermano que de mí mismo.

—Sí, pero te divertirías menos. Cuando eran jóvenes los hermanos se invitaban a las camas de sus amantes. El intruso llegaba con la luz apagada y casi siempre era descubierto. En el fondo, les da igual cómo sea cada uno; lo importante es el carácter familiar. Las individualidades, por muy excéntricas que hayan salido, no tienen tanto peso como la extravagancia de todos.

—Sigo sin entender.

Y ella casi no había parado de reírse desde que me había confesado esa extraña verdad que era, en realidad, una mentira. Lo único que me hacía feliz era que lo estaba pasando en grande a mi costa.

Nuevas funciones del cronista. La marcha zombi. Los dóberman de Tino. Encuentro con la familia y búsqueda de la verdad. La crónica se cuestiona desde dentro. Sentencia de eutanasia. Iglesia de la Logología. El espíritu de la utilidad. Destrucción del templo. Visita de todos los demonios.

Mis sospechas se confirmaban cada vez más claramente. Los Tordesillas cambiaban mis funciones. Estaba claro que habían dejado de actuar, pero no me interesaba comprobar quién era quién en la selva familiar. Ya no les interesaba tanto la pose, los travestismos identitarios, como sus enemigos, sus manías, sus amigos o las pequeñas curiosidades. No tenían demasiadas ganas de seguir dedicando sus gestos al cronista. Empezaban a querer un papel más activo para mí. Y pensaron que nadie como yo, es decir, alguien que ya no tenía nada que hacer, aunque ahí seguía, podría dedicarse a esas pequeñas hazañas eternamente postergadas que iban a ser mi siguiente cometido. No me mandaban al tinte, sino a poner una reclamación en un bar porque el camarero había tratado mal a uno de ellos cuando se le había caído una horchata al suelo por culpa de la inestabilidad de la mesa, o a meterme en una alcantarilla para ver si los conductos tenían el techo abovedado, para ver si había diques junto a los canales subterráneos y si las ratas hacían carreras de obstáculos entre los zurullos flotantes del subsuelo. En casos así me pedían una crónica rigurosa de mi descenso a las profundidades. También me encargaron varias veces que permaneciera por la noche en lugares públicos. Dormí para ellos en un museo, en un teatro, en un ministerio, en un ambulatorio. Aprendí a inventarme las historias que ellos esperaban con el fin de mostrar que había estado atento a lo que ocurría donde ellos no podían estar. Yo tenía el don de su ubicuidad. Para ellos fui la soledad con ojos, el abandono que deja testimonio de lo que ocurre cuando todo el mundo se ha marchado. En cierto modo me dieron así la oportunidad de resarcirme de haber asistido a un engaño organizado, de haber llenado mi existencia de experiencias fabulosas. También empezaba a recelar que la que había mentido era E.T. Si no del todo, al menos en parte, pues yo no apreciaba ninguna transformación entre los Tordesillas, y sí muchas

contradicciones en su relato. Todos se parecían tanto. Seguían siendo idénticos a sí mismos. Seguramente había sido una broma de E.T. Este pensamiento me consoló bastante, pero no quise que me lo desmintiese y no le dije nada. Ella me ayudaba con la crónica de aquello que sucedía fuera del mundo de los Tordesillas. Le quedó muy bien la visita a las alcantarillas y el relato de la noche en el museo arqueológico.

En mi nuevo papel de chico de los recados de toda la familia Tordesillas esperaba encontrar la sumida atalaya desde la que contemplar esos aspectos no espectaculares de la familia y de la ciudad que, ya empezaba a sospechar, se me habían escapado para siempre. Al darme instrucciones precisas para asuntos concretos que les importaban tenían un margen menor de ocultamiento. En ese día a día del criado confiaba encontrar la realidad que yo necesitaba para dar sentido a mi trabajo. Tendrían menos oportunidades de escabullirse por la resbaladiza ficción. A veces me tentaba como un reto el propósito de averiguar qué había detrás de cada personaje, pero enseguida desistía. Todos tenían una personalidad muy marcada, fruto, quizá, de la estrecha convivencia con la ambigüedad.

Habían decidido conservar los muebles y enseres que salvaron de la debacle de Membrillo como si fuesen objetos preciosos en los que se conservase el espíritu Tordesillas. Una vez hecha pedazos la cadera de la abuela Fernanda, se entregaron de lleno al animismo. Yo estaba encargado de llevarlos al ebanista, sobre todo, cuando había algo que yo mismo no podía hacer. Después, una vez arregladas las antiguallas, me tocaba trasladarlas de casa en casa. Como no querían renunciar a nada y sus viviendas no eran demasiado grandes, al menos no lo suficiente para albergar todo el mobiliario, se turnaban en la tenencia de comedores, entredoses, aparadores, consolas, tresillos, cómodas y veladores. De semana en semana, uno de los hermanos custodiaba los muebles como si se tratase de los abuelos Tordesillas cuidados semanalmente por los hijos. Cada uno los mantenía al menos durante siete días. No les importaba que una lámpara ocupase casi la mitad de un comedor y los comensales no

se viesen las caras porque las lágrimas de cristal llegasen casi hasta la mesa. Era para ellos la manera de mantener vivo su vínculo ancestral con Membrillo. Hasta Blas, a quien al principio no le hizo mucha gracia la idea de tener en su casa objetos demasiado «formados», accedió a acoger los muebles en su particular orfanato de trastos inútiles.

El juego histriónico de la familia no cejaba, ni siquiera cuando ya habían sido revelados los secretos del traspapelamiento dramático. Mi estado de ánimo se correspondía mucho más con la jovialidad del teatro que con la angustia de una intriga que no encontraba su final. Sabía a qué atenerme. Mis intervenciones, cuando tenía que hablar con cada uno de ellos, eran más afectadas, cargando incluso las tintas de comediante. Ya no solo participaba como testigo de excepción en la vida de la familia, como mera conciencia observadora, también representaba mis pequeños papelitos. Y, sobre todo, tenía un propósito claro, lo que me proporcionaba una seguridad envidiable en su familiar juego de sombras. Había dejado de ser un simple espectador, desocupado de intenciones. Mi voluntad no se reducía al conocimiento de la realidad tal como era. De repente, descubrí que existía la verdad, una verdad hecha de palabras, de contradicciones, de desafíos, de abusos y humillaciones. Y no iba a cuestionar esa verdad empeñándome en descubrir la justa correspondencia entre las sombras y los cuerpos. Esa verdad no solo podía ser transmitida mediante la representación, era en cierto modo fabulosa y no debía empeñarme en negarlo.

Estaba orgulloso de haber entrado como parte activa en este nuevo capítulo de mi destino, de haber superado la contemplación pasiva y haber empezado a cobrar una existencia de carne y hueso. La influencia de E.T. fue esencial. Ella había desatado en mí una nueva confianza que me situaba en una posición casi independiente frente a la posible adversidad. De hecho, estaba encontrando en los reveses de la fortuna —en eso me empezaba a parecer preocupantemente a ellos— el combustible de una fuerza con la que actuaba con una desenvoltura casi temeraria en la farsa que me

habían encargado. Ellos, de modo pragmático, habían decidido que yo debía representarlos allí donde no estaban.

En principio, yo hacía lo que ellos no querían o no se atrevían a hacer. Unas veces eran fantasías extravagantes; otras, tareas que les producía tedio y les hacían perder tiempo o energía. Su relación con los burócratas y con sus enemigos la habían delegado casi completamente en mí. Estaban cada vez más felices. No era raro que me encargaran asuntos relativos a los enfrentamientos entre hermanos. De ese modo, cuando se veían, como sus litigios ya estaban resueltos o comisionados, se relacionaban con amabilidad entre ellos. Si acaso, su disgusto lo mostraban conmigo, al que reprochaban no haber solucionado todavía las desavenencias. Creo que me daban su cara más sincera, aunque no fuese la más amable. Los motivos de disputa tenían todos el mismo origen: los abusos y las humillaciones de los Botero. Estos, por su parte, concentraban su animadversión en el cronista, al que acusaban de haber dirigido contra ellos a los Tordesillas. Dado que algunos de los hermanos habían llegado a creer que había sido yo el causante de todos los problemas, y que los Botero tenían claro que era yo quien los removía contra ellos, no me quedaba más remedio que esperar palos de uno y otro lado.

Mi vida «profesional» se reducía aparentemente a compras en el mercado, visitas a diferentes consejerías, ministerios y ayuntamientos, encargos a carpinteros, fontaneros y electricistas. Me podía permitir el lujo de dedicar hasta una hora en discutir con quien fuese sobre cualquier detalle práctico. Tenía todo el tiempo del mundo para atajar las pequeñas humillaciones cotidianas que sufrían mis clientes. Disponía de horas pagadas para luchar contra el desdén y el desprecio con el que te tratan en las oficinas donde reciben a los que vienen a solucionar papeleos como mendigos molestos. Mi oficio en aquellos días consistía en hacer lo que normalmente nadie tiene tiempo para resolver. Seguramente encontraba un gusto añadido en mis nuevas dedicaciones por haber terminado bastante cansado de las historias de la familia. Con el trabajo anterior no hacía más que fijarme en los demás, quienes,

encima, fingían. Era bastante laborioso buscar la verdad de la verdad, o la mentira de la mentira, o la verdad de la mentira, o la mentira de la verdad. Ahora solo tenía que pelearme con medio mundo por motivos ajenos a mis intereses, pero me pagaban por ello. Y era agradable pensar que hacía por los demás aquello que jamás había tenido tiempo de hacer por mí.

El «trabajito» que más me divirtió fue uno que me encargó Blas. No me pregunten qué Blas. Había tenido una gresca con un dependiente de un puesto de productos para gourmets en el mercado que había al lado de su casa. El sujeto le había dado una lección de autoridad sobre los diferentes tipos de jamón. Blas pidió simplemente jamón serrano. Entonces el otro le dijo que él no tenía simplemente eso. Podía elegir entre jamón de Jabugo, jamón de pata negra, jamón ibérico o jamón de recebo; pero en su tienda no había jamón serrano. Debió de decírselo en un tono bastante ofensivo, porque me llamó casi inmediatamente para encargarme que fuese todos los días varias veces a la tienda a preguntarle al dependiente experto si tenía jamón serrano. Debía insistir en cuanto me dijese que no tenía, señalándole alguna de las piezas que había en el mostrador. No estoy completamente seguro de saber cuál fue el último pensamiento que le hizo obsesionarse con aquella anécdota insignificante. Supongo que le decidió a ocuparme en aquello descubrir que se trataba de un negocio de los Botero. Para mí, lo más curioso fue la llegada, el cuarto día, del portero de la discoteca de Tino. Le habían encargado conseguir que yo no siguiese molestando. Como en un partido de fútbol, parecía claro que aquel tipejo era el que me tenía que marcar durante todo el tiempo que durase el partido de los Botero contra los Tordesillas. Me lo volvería a encontrar disfrazado de zombi.

Por aquellos días, E.T. era la única de la familia que se empeñaba en mantener mis anteriores funciones como cronista. Se esforzaba, quizá para aligerar mis tareas, en propiciar encuentros entre Tordesillas y Boteros. Así tenían una palestra en la que dar rienda suelta a sus disputas. Fue ella la que me llamó, sin saber muy bien en qué lío me estaba metiendo, para invitarme a participar en una

marcha de muertos vivientes. Se trataba de hacer un pasacalles desde un centro comercial a las afueras hasta el centro de la ciudad. Había que ir disfrazado de cadáver. Me dijo que me despreocupara: ella ponía el maquillaje. Estuvimos un buen rato en su casa «arreglándonos» para la ocasión. Las ropas raídas las ponía yo.

La intención que había tras el evento, según me contó por el camino, era denunciar la enajenación de las ciudades modernas, en las que únicamente contamos con una repetición automática de costumbres de consumo. Era una manera de representar nuestro sentir cívico en una sociedad que solo te permite determinadas pautas de libertad. Me leyó algunos poéticos párrafos de la convocatoria. Hablaban de suburbios en coma y de una melancólica revolución sin líderes ni consignas.

Un falso zombi puede convertir los signos de la putrefacción en atavíos de glamour. Y así se hizo, con ayuda de una orquesta de vientos incluida, los zombis pasearon su distinción por mitad de la multitud. El resultado no fue muy bien comprendido, pues la mayoría de los «consumistas» ingenuos con los que se cruzaron preguntaban qué nuevo producto estaban intentando anunciar de ese modo. Entre los dependientes de las tiendas cercanas se formó una porra apostando si sería una crema rejuvenecedora o una loción protectora para el sol. La marcha seguía la ruta más cuadriculada de todas las que se han inspirado en la deriva situacionista. El movimiento cívico «Recuperar las Calles» colaboró organizando una fiesta en mitad de la Gran Vía. Tenían permiso del Ayuntamiento, que hizo coincidir el evento con el día municipal sin coches. Una importante marca de cerveza patrocinaba con música y bebidas. Se intentaba devolver a los peatones, según voluntad expresa de los organizadores, la capacidad para relacionarse de un modo no consumista en la ciudad. Algo diferente, se oía por megafonía, estaba ocurriendo o simplemente iba a ocurrir. La intención era propiciar nuevas relaciones, conciliar la magia de lo desconocido con el espacio previsto de la ciudad. En realidad, lo único que habían conseguido era una ruidosa fiesta privada, que los extraños miraban sin entender. Los participantes solo se preocupaban por

pasarlo bien en el escaparate diáfano de una sorpresa perfectamente trazada.

Volvimos a encontrarnos con Pepe, con Raúl y con el Intrigante, todos ellos cómplices de una diversión que no se conformaba con la intimidad. Ellos también querían hacer partícipes a sus conciudadanos del sentido lúdico de su inofensiva revolución. Por supuesto, entre los jirones de sus sudarios, habían dejado bien visibles las marcas de ropa. Por sus sacudidas uno podría pensar que acababan de decir la mayor genialidad del universo. Si no hubiésemos formado parte de la fiesta, nos habría parecido que los estallidos de risa, que hacían expandirse los grupos como piñas reventadas por el fuego de un buen humor incontenible, eran la más ajustada representación de la felicidad. Cada movimiento de expansión era acompañado por una mirada en redondo para comprobar que el eco de la felicidad había sido recibido por los extraños, por el público profano que aquel día estaba invitado a mirar lo que ocurría en su propio barrio.

E.T. me obligaba a coincidir una y otra vez con aquellos que me odiaban, con los que tenía que pelear cada día en los juzgados, persiguiéndolos para aclarar todos los asuntos que la familia tenía con ellos. No entendía por qué no habían utilizado mi payasada con el cuadro de Miró para ensañarse con su principal enemigo. Cuando se dirigían a mí, de palabra o de mirada, tenía la sensación de que se sorprendían de verme todavía vivo. Era una extraña intuición que empezó el día de la competición de hortalizas. Una razón nada desdeñable para perdonarme la vida sería mi degradación en las funciones para las que me habían contratado los Tordesillas. Sus gestos y expresiones eran siempre magnánimos. La manera de mirarme, la manera de ignorarme, la manera de hablarme, que nunca habían sido especialmente correctas, se tornaron agresivas, llenas de torvos ocultamientos y siniestras maneras de esquivarme. Desgraciadamente, pronto iba a comprobar que mis temores no eran pura fantasía.

Allí, en aquella fiesta insoportable, me iba a encontrar con mis jefes y con los enemigos de mis jefes. Disfrazados de zombis estaban casi todos los Tordesillas de la segunda generación: Félix, Álvaro, Pedro, Agustín, Jorge, Julián y Eloy. Por supuesto, también aparecieron los Tordesillas mayores, sin disfrazar, simulando un «encuentro fortuito» y mostrando unas enormes ganas de recuperar las calles. Fueron llegando, cada uno por su lado, desde diferentes puntos. Primero apareció Blas, al que su hijo enseguida reprochó su presencia allí.

—Desde luego, no hay manera de que os perdáis ni una fiesta. ¿No sentaréis nunca la cabeza?

—Perdona, juraría que a esta fiesta estamos todos invitados. ¿Qué pasa, solo los menores de cuarenta años tenéis derecho a manifestaros contra una ciudad inhabitable?

—No, pero se supone que los encuentros se producen por casualidad.

—Yo he venido por casualidad.

—Hola, Eugenio —saludé a Blas.

—Hola, Ful.

—¿Qué sabes de Blas? —le pregunté a Blas.

—Pregúntale a Amancio —respondió, contribuyendo a la confusión general.

—¿Sabes qué, tío? —dijo E.T.—. Ful ha conseguido apropiarse de mi personalidad. Y lo ha conseguido con una persona de otro sexo, mucho más difícil que vosotros, que simplemente teníais que identificaros con un hermano al que conocéis de toda la vida.

—¿Cómo habéis conseguido aclararos? —pregunté, sin querer hablar de mí.

—Cuéntanos cómo lo has hecho tú —me preguntó Amancio, que había llegado por detrás en ese momento y había estado escuchando nuestra conversación—. En toda mi vida de farsante farandulero no he conseguido identificarme con un personaje tan complejo como Adela.

—¿Qué Adela?

—La hija de Adela.

Antes de que pudiese responder aparecieron, sin darme tiempo para saludar, Eugenio y Adela madre. Su hija les reprochó, como había hecho Jorge con su padre, las incontenibles ganas de compartir a toda costa hasta el último resquicio de las vidas de sus hijos.

—A lo mejor os queréis venir a la cama con Ful y conmigo —soltó con su habitual estilo desinhibido la que hasta ese momento yo había conocido como E.T. ¿Se llamaba Encarna o se llamaba Adela? Amancio me había dejado totalmente desconcertado.

—Creo que nuestra curiosidad no llega para tanto. Por cierto, nunca imaginamos que alguno de nosotros se dejase explorar hasta tan hondo.

—La verdad es que me interesa bien poco vuestra crónica —dijo con toda sinceridad la presunta E.T.

—Lo que te gusta es el cronista —dijeron a un tiempo Fuensanta y Maribel, que habían aparecido sigilosamente, cumpliendo a las mil maravillas con su nuevo papel sibilino de encantadoras de enemigos.

Mantengo los nombres de antes para no volverme loco. Ya dije que no me interesaba nada averiguar las verdaderas identidades. Además, cada vez tenía más claro que E.T. me había metido los perros en danza sin motivo. De repente, que su tío la hubiese llamado Adela cuando a mí siempre se me había presentado como E.T. (Encarna Tordesillas) desde los misteriosos tiempos de la comunicación por correo electrónico me desconcertaba. Es muy probable que hubiesen sobreactuado, pero difícilmente habrían interpretado un papel que no fuese el suyo. ¿Cómo interpretar, si no, su desastrosa relación con los Botero? Sus enemigos eran la confirmación de que ellos eran ellos mismos.

—Ahora que estáis todos aquí, me gustaría que me explicaseis por qué, de repente, habéis decidido terminar con la crónica —solté, aprovechando que los tenía a todos a tiro, más para verlos

reaccionar que por necesidad de explicación.

—Eso pregúntaselo a Fuensanta y a Maribel —dijo Adela con cierto despecho.

—Juraría que había sido un acuerdo de todos los hermanos —intervino bruscamente Maribel, como queriendo zanjar el asunto.

—¿Qué pasa? ¿No podemos dar una explicación a Ful? —terció Blas.

—Es un asunto estrictamente familiar —dijo Fuensanta.

—El caso es que os veo a todos muy parecidos a vosotros mismos —me atreví a decir.

—¿Quién eres tú, Blas?

—Yo soy yo —afirmó categórico Blas—, pero pregúntales a Fuensanta y a Maribel.

—Fuensanta y Maribel están en una fiesta muy divertida de zombis y no tienen ganas de hablar de la familia —sentenció por las dos Maribel.

—Todo esto huele a gato encerrado —aventuré, cansado ya de secretismos.

—Tú limítate a cumplir con tus nuevas funciones —me espetó Fuensanta.

—Esto realmente apesta —dijo Eugenio—, y creo que es hora de airear un poco. Que corra la información entre nosotros. Ninguno sabe muy bien qué está ocurriendo, ni por qué.

—¡Mira, un jabalí! —interrumpió Maribel—. Álvaro, déjame la cámara.

—¡Y siete dóberman! —exclamó Fuensanta inmediatamente después, como si estuviese gritando eureka.

Cada una con una cámara de fotos se pusieron a filmar a Tino, que llegaba en ese momento con siete dóberman agarrados a sendas correas en una mano y con un jabalí atado a otra mano, símbolo de la pureza salvaje en la que se fundaban las industrias cárnicas Botero. Bien conocía yo aquellos perros. Y ellos también parecían haberme reconocido, porque enseguida se pusieron a ladrar hacia donde estábamos. Junto a las dos hermanas había otras veinte personas que hacían exactamente lo mismo que ellas. Los zombis usaban las cámaras con una soltura vivificante. Los perros actuaban con naturalidad. Habían dejado de ladrar y parecía que posaban. Solo el dueño mostraba cierto nerviosismo, como si hubiese estado ensayando la escena y temiese ahora, llegado el momento, que las tablas se le quebrasen bajo los pies o que el reclamo para ser visto se convirtiese en el verdadero objeto de todas las miradas. Nadie tenía palabras para otra cosa que no fuese la feliz convivencia de los perros con el jabalí: los domésticos salvajes con el salvaje

domesticado. Los zombis habían quedado en un segundo plano. Ellos, que hasta ese momento habían sido los protagonistas indiscutibles de la fiesta, se habían convertido en espectadores harapientos. Y, mientras, héroe absoluto del anuncio de sí mismo, Tino tomaba su cerveza.

Mientras Maribel y Fuensanta fotografiaban a los animales, los otros Tordesillas, ajenos a todo lo demás, seguían dando vueltas a su crónica hablando de sí mismos.

—¿Por qué ahora esas dos, que nos propusieron meternos en este lío, como si fuésemos reyes de un mundo por descubrir, quieren obligarnos a renunciar a la crónica? Ya estábamos convencidos. Lo habíamos asumido. Hemos hecho un esfuerzo por mostrarnos, por estar a la altura. Y ahora, de repente, ¿hay que terminar? —preguntó Adela.

—Últimamente han sucedido cosas que avergonzarían al más pintado. Se les cae la cara de vergüenza si salen ciertos trapos. Es bochornoso.

Creo que esto lo dijo Blas. El sonido era ya bastante malo. Parecían dispuestos a destapar el asunto. A partir de ese momento la grabación se llenaba de una estruendosa música ska que hacía imposible reconocer las voces y las palabras. Mi memoria, confiada en el aparato, no tomó nota de los detalles. Y yo vuelvo a sentir, al transcribir esta profunda laguna, que no debí haber aceptado este trabajo. Conocía de sobra mis escasas facultades para retener el flujo de la vida. Solo recuerdo que parte de los hermanos, los que más reparos habían mostrado para entrar en el juego de la crónica y mi contratación, siguieron quejándose por no seguir adelante con el relato. Tenían la sensación de que no habían llegado al desenlace. Como siempre que discutían algún asunto de interés vital, se

enzarzaron en polémicas digresiones. Cuando volvieron a lo que les importaba la música dio una tregua a mi grabadora.

—Dejad de reprochar a Fuensanta su oposición a la crónica —arguyó Maribel para defender a su hermana y cambiar ligeramente de tema—. Ella lo único que quería cuando nos propusimos vender Membrillo era aumentar nuestra liquidez económica para hacer las vidas más novelables. Vosotros mismos lo habéis dicho: todos hemos hecho un esfuerzo para dar a nuestras existencias una dignidad fabulosa, algo que se saliese de lo corriente. Ya teníamos cierta originalidad, pero había que cultivarla y, como para todo, el dinero ayuda bastante.

En ese momento apareció Toti, vestida de muerta viviente y borracha como una cuba. Nadie la esperaba. Le habían dado el alta antes de tiempo. Aquella Tordesillas representaba para mí el final de todas las fiestas. Reprochó a sus familiares que la hubiesen internado. Por lo que decía parecía algo decidido entre todos, como si se hubiesen avergonzado de ella y la hubiesen ocultado a propósito mientras yo hacía la crónica. Maribel y Adela intentaron darle un beso de bienvenida para apaciguarla. Las rechazó amargamente. Nos dijo a todos que era imperdonable lo que habíamos hecho. Yo me sentí también responsable por no haber preguntado por ella en todo el tiempo que había durado mi observación de la familia. Sabía que faltaba, pero hice como si no me acordase, cuando mi obligación habría sido, supongo, tratar de incluirla. Me dijo que ella era lo único interesante de toda aquella familia. Intenté ser conciliador. Algo dije que no le cayó nada bien. Me lo hizo saber con un «¿Tú qué sabrás, imbécil?»

E.T. me cogió del brazo y me sacó de allí. Los zombis bailaban a nuestro alrededor a ritmo de ska. La fiesta se había animado con los gritos de Toti. Seguramente pensaron que era algo divertido, que estaba actuando como zombi contra el trazado urbano rectilíneo, que echaba violentamente de menos las calles de la judería y del

barrio árabe desaparecidas. Nos hicieron un pasillo terrorífico y empezaron a darnos collejas. Dos o tres golpes bastante ofensivos me cayeron en el cogote. Juraría que la autoría se la debía a Raúl, al Intrigante y a Tino. Ni dije ni hice nada porque desde ese mismo momento me propuse no volver a aceptar ninguna invitación de mi amiga para ir a una de esas estúpidas reuniones.

Mientras los zombis nos perseguían por la calle, haciéndonos todo un cortejo de cuchufletas de ultratumba, yo intentaba aislarme de la hostilidad reinante, pensando en voz alta si habría alguna bondad en la representación de nuestras propias vidas. De repente, me embargó una terrible responsabilidad. De mi observación dependía la buena o mala actuación de las personas observadas. El trato que me daban era una muestra de que yo no lo había hecho bien. Algunas de mis «criaturas» se revolvían, no querían seguir siendo vistas por mí. Mis ojos habían conseguido ese efecto. Lo inconfesable empezaba a apoderarse de todo y de todos. Y además, no estaba seguro de que, en el fondo, no estuviese esperando, como un dios aburrido, que ocurriese algo, que la planicie que cubría también la vida de los Tordesillas adquiriese un relieve volcánico.

Mientras iba diciéndole todo esto a E.T., con mis palabras intentaba crear una costra defensiva. La película de terror viviente empezaba a ser opresiva. Afortunadamente, dos zombis aliados, creo que Jorge y Eloy, se enfrentaron a los que nos perseguían. Lo que había empezado en el género de terror pasó, con la pelea de unos zombis contra otros, al género cómico. Atrás dejamos la gresca de los muertos vivientes.

Los zombis quedaban cada vez más lejos. Había un tumulto de gritos y harapos. Habíamos dejado el coche a las afueras. No había casi nadie. Los árboles nos saludaban con sus ramas siniestras.

—Parece que dicen adiós, ¿verdad?

—También podrían decir hola —me corrigió E.T.

—¿A esta hora?

Entramos en el coche. Estaba decidido a averiguar al menos el verdadero nombre de aquella E.T., obligarla a decirme la verdad sobre ella, pero tampoco era el momento. Cuando arranqué el motor las cuatro puertas se cerraron. Aquello era relativamente normal, ocurría de vez en cuando. Yo estaba bastante acostumbrado a esos caprichos de las máquinas. No era sistemático; tampoco la primera vez. Lo que me pareció un poco raro es que el mando de las ventanillas no obedeciese. Empezaba a ser algo más que un capricho de un coche ya viejo. Dentro se olía cada vez más el humo del tubo de escape, como si todos los gases, por un problema mecánico, estuviesen siendo expulsados en la cabina. Era asfixiante. Intuitivamente, en lugar de detenerme, avancé todo lo que pude hasta llegar a una calle concurrida. Los problemas respiratorios empezaron a ser alarmantes. Detuve el coche en un paso de cebra por el que cruzaba mucha gente. No había manera de abrir las ventanillas. Tampoco podía parar el motor; por mucho que sacase la llave del contacto el coche seguía en marcha. No teníamos escapatoria. En mi cabeza solo quedaba una idea fija: encontrar un objeto lo suficientemente duro como para romper el cristal. Le dije a Adela que se quitase los zapatos para intentar pegarle un taconazo al parabrisas. Desgraciadamente, llevaba alpargatas, zapatos de zombi, como yo. Por un momento pensé que habría sido mejor que nos hubiesen puesto una bomba: habrían terminado antes. Los peatones nos miraban. Parecían bastante divertidos con nuestros agobios pulmonares. Uno de ellos sacó su teléfono y empezó a filmarnos. Hacíamos gestos de auxilio a todo el mundo; en balde. Ya eran varios los peatones dispuestos a grabarnos mientras moríamos. Alguno intentaba auxiliarnos, pero un grupo de zombis que había llegado corriendo detrás del coche se lo impedía. Uno de ellos

llevaba una jauría de siete dóberman, otro era el portero de la discoteca de Tino. Antes de ver a los perros, yo estaba convencido de que los zombis intentaban ayudarnos, que serían de los nuestros. En cualquier otra circunstancia habría tardado un rato en darme cuenta de la situación crítica en la que nos encontrábamos. Cuando uno se lo está jugando todo sus sentidos no pierden el tiempo. Allí no había nada que hacer. E.T. empezaba a desmayarse. Metí una marcha, me abrí camino entre los muertos vivientes y anduve unos metros. No me había dado cuenta nunca de lo bien preparadas que están las ciudades para que uno no se pueda dar un golpe en el coche ni queriendo. Por fin encontré lo que buscaba: una furgoneta de la que sobresalía, por la parte trasera, una viga. Apunté al centro del parabrisas y choqué con fuerza. La luna se rompió. Había conseguido abrir un boquete bastante grande. El resto se resquebrajó en muchos pedazos. Con lo que me quedaba de fuerza rompí el resto del cristal. Saqué como pude a E.T. y la reanimé.

Juro que yo no había pedido a ninguna empresa holandesa que me ayudasen a morir. Al día siguiente del episodio en el aparcamiento llegó una carta extraña a casa. La firmaba La Segunda Vida, filial de otra empresa holandesa: Sunset Services. Confirmaban que el trabajo encargado había sido frustrado por una manifestación de zombis antisistema y pedían disculpas por no haber podido acabar conmigo. Se reafirmaban en su compromiso de matarme lo antes posible y se extendían en la defensa del derecho a bien morir de aquellos que voluntariamente quisieran hacerlo. La Segunda Vida proponía seguir intentándolo mediante otros procedimientos más seguros, como naufragios en alta mar, opción con la que me ahorraba los gastos del sepelio y disfrutaría de unas exequias solitarias y poéticas. Adjuntaban otras posibilidades, cada una con una hoja explicativa, como la muerte cinegética en mitad de una cacería mientras paseaba por el campo, o la provocada con un escape de gas abierto por un agente cuando yo me encontrase durmiendo en mitad de la noche. Con el fin de tranquilizarme me informaban amablemente de que tenían mi llave, que no me preocupase de los pormenores. En último caso también, por el mismo precio —los gastos ya estaban abonados—, me proponían un falso atraco de madrugada en el que dos encapuchados entrarían en

mi casa y dispararían contra mí o me estrangularían. Si lo deseaba —a veces los clientes deben disimular ante familiares especialmente religiosos el crimen de lesa mismidad— la empresa podría hacer correr el rumor entre la prensa de que se trataba de un ajuste de cuentas por drogas o de un crimen pasional. Debía enviar lo antes posible la opción elegida, por correo con franqueo en destino, aclarando los detalles, especificados por ellos en plantillas donde debía señalar con una cruz las alternativas pertinentes. Si en el plazo de cinco días no obtenían respuesta, se otorgaban el derecho a llevar a cabo mi defunción en la modalidad que ellos creyesen más oportuna. Aseguraban que el proceso no se dilataría más allá de un mes. Pedían disculpas por los problemas surgidos, ajenos a su voluntad, y prometían mantener la discreción habitual con la que trabajaba siempre el grupo de empresas Botero, que acababa de abrir este nuevo negocio en Ámsterdam, con franquicia en Madrid.

En aquella época nos encontrábamos en pleno debate sobre la eutanasia. Quisiéramos o no, todos estábamos enfrascados en la polémica sobre la vida y la muerte, obligados a tener una opinión al respecto. Yo mismo había propuesto a los Tordesillas el negocio de suicidios aprovechando la moda reinante de la muerte voluntaria. Había muchos partidarios de legalizarla y otros contrarios a su legitimación normativa. La oposición de los segundos había radicalizado la postura a favor de los primeros, consiguiendo que el sistema —finalmente fue legalizada— protegiese hasta niveles inauditos a los que se proponían acabar con su vida. Intentando apoyar a los que querían ejercer su libre derecho a una muerte elegida el Estado amparó casos en los que no estaba claro que los suicidas quisieran libremente morir.

Era evidente que Fuensanta había hablado a Pepe Botero de mi proyecto de empresa de suicidios. Probablemente yo era el primer «asunto» de la compañía. Ellos le habían dado completamente la vuelta a mi plan primitivo de convertir suicidas a la vida y se dedicaban, como podía comprobar conmigo mismo, a convertir en suicidas por encargo a amantes de la vida.

Al ir a comisaría me enviaron a un juzgado específico para los casos de eutanasia. Comprobé que no era el único, ni La Segunda vida - Sunset Service la única empresa que se dedicaba a ayudar a morir. Dada la cantidad de asuntos pendientes, habían abierto unos juzgados especiales de primera instancia donde podría resolver con mayor celeridad mi problema. Fueron muy rápidos. El psicólogo de oficio que me adjudicaron se empeñó en que lo mío había sido simplemente un lapsus. Me dijo que no me preocupase. Todos los papeles estaban en regla y habían iniciado en protocolo de las últimas voluntades. Creían que yo, agobiado por el peso de la vida, había pedido ser muerto y luego no había podido asumir mi determinación por cobardía. Un caprichoso instinto de supervivencia jugaba con mi voluntad, pero ellos me ayudarían a cumplir con el propósito original. Se trataba de un pasajero arrepentimiento. Me reprocharon no saber tomar una decisión. Sospecharon que con mi denuncia yo intentaba oponerme a todos los casos de enfermos con dolores extremos, personas postradas en sillas de ruedas y otros que habían elegido poner fin a sus vidas de la manera más digna. Insistí en que yo no había solicitado ni contratado los servicios de la empresa. Al ponerse en contacto con ellos, averiguaron que realmente había sido yo quien, acreditando debidamente mi identidad, había encargado mi propia muerte siguiendo todos los protocolos de identificación. El equipo que me examinó fue oído por el tribunal y su tesis fácilmente aceptada. Yo era víctima de una triste conciencia judeocristiana empeñada en obligar a conservar la vida a todos los que pedían a gritos una muerte digna. Me acusaban también de activista contra la causa. No impusieron otra pena que el cumplimiento de mi propio contrato con La Segunda Vida - Sunset Services. No cabía recurso.

Una vez agotadas todas las vías legales llamé directamente a la compañía desde mi casa. Como siempre que uno se dirige vía telefónica a una de estas organizaciones, salió una voz robótica que me dio varias opciones a las que podía acceder pulsando uno de los botones del aparato. Esos caminos se dividían, a su vez, en otras muchas opciones que también se bifurcaban. Ya me había costado

elegir entre la primera parrilla: información, consultas, encargos, servicios jurídicos. El segundo abanico (modalidades, alternativas, sepelios, cartas de comunicación a los allegados, últimas voluntades) me resultó un laberinto en el que de ninguna manera iba a encontrar la sección buscada. A todo esto, el tiempo pasaba de una manera angustiosa y en cualquier momento —con los trámites de la policía y el juzgado ya habían pasado ocho días— podía llegar el encargado de ajusticiarme. En mis pesquisas además averigüé que uno podía decidir quién ejecutaría su última voluntad. No sería raro que mis anónimos verdugos se hubiesen arrogado la potestad de sacarme de este mundo. En un fogonazo de lucidez tuve la seguridad de que el encargado de acabar físicamente conmigo sería el portero de la discoteca de Tino, aquel sabueso que con el que me colé en el garito. Habría por ahí un documento, firmado por mí, en el que me comprometía a dejarme asesinar por él para acabar con mi triste existencia.

Estaba empezando a perder la cabeza, la paciencia y la serenidad. Supongo que las tres facultades se pierden siempre juntas, como los hermanitos de un cuento de hadas. Cualquier ruido, por insignificante que fuese, tenía la capacidad de desatar mis nervios hasta extremos incontrolables. Me pareció escuchar un intento de meter la llave en la cerradura de mi puerta. En ese momento estaba escribiendo algunas notas de la crónica, que se había convertido, de repente, en una especie de bitácora de supervivencia en la procelosa novela de mi vida. Hacía unos cinco minutos habían llamado por teléfono; pero yo ya no lo cogía nunca, para que no supieran que me encontraba en casa. Salí con lo puesto por una puerta de servicio. Llevaba esta crónica como única impedimenta. También me acompañaba el pensamiento de que nunca volvería por allí.

Si alguien había usurpado mi identidad para matarme, solo me quedaba una escapatoria: convertirme en otra persona. Se acabaron de golpe las chorradas de identificación anímica con E.T. Era cuestión de vida o muerte, no de equilibrio psicológico. Cuando se trata de salvar el pellejo todas las tonterías se evaporan como si no existiesen. Entré en una tienda de pelucas y me compré algo para

cubrir mi cabeza. Luego conseguí ropa con la que acompañar aquella mata de pelo. Todas las prendas las elegí de color amarillo. Aunque era muy supersticioso —ya estoy hablando de mí en pasado —, también tenía un enorme deseo de superación que me obligaba a retar mis debilidades. Aquella no la superé; pero conseguí dejar de sentir miedo durante el tiempo que los malos agüeros sobrevolaban mi pobre conciencia perseguida. Toqué en el telefonillo de E.T. Solo me quedaba ella en quien confiar. Me había estado llamando para proponerme una visita a la iglesia de la Logología. No pregunté qué era aquello ni por qué ni para qué. Estaba demasiado nervioso. Ni siquiera le pregunté por su verdadero nombre, algo que deseaba a toda costa saber. Mi disfraz le pareció estupendo, tanto que soltó una impresionante carcajada. Como todos los buenos psicólogos, primero alabó mi buen gusto de agente secreto, como quien echa piropos a un traje de gala, y luego —la parte terrorífica— me pidió que fuese solo, pues si iba como su acompañante, levantaría sospechas entre los posibles asesinos. Además, según ella, era mejor no acobardarse y salir a enfrentarse con la cruda realidad. Alertaría a toda la familia. Me cubrirían las espaldas. No solo los fieles aliados de siempre. Todos, hasta el último mono, fuese quien fuese. Contaba con una buena protección en mi disfraz. Si me replegaba, el miedo se multiplicaría y las posibilidades de ponerme en evidencia aumentarían de un modo considerable. No me recomendaba esperar a mi asesino en el cuartucho de una pensión de mala muerte. Para terminar de animarme me dio un beso entre piadoso y apasionado.

Yo había jurado no volver a aceptar ninguno de los planes propuestos por E.T., pero no había escapatoria. Si quería estar rodeado de gente capaz de hacer perder un tiempo precioso a mis perseguidores, tendría que dejarme acompañar por la familia Tordesillas al completo. Estoy seguro de que encontrarían un motivo de entusiasmo y unión al enterarse de que mi vida había sido sentenciada por los Botero.

Al cruzar la puerta de la iglesia, que más parecía una oficina que un templo, supe que entraba en una ratonera. Allí estaban Raúl, el

Intrigante, Tino, el historiador, Pepe Botero y su padre. Formaban círculos en el vestíbulo. Todos eran sospechosos de querer lo peor para mí. Eran ellos precisamente los fundadores de la «franquicia» de la iglesia. Tino me pidió, antes de pasar, que hiciera un test con un montón de preguntas sobre mi vida privada, profesional y sentimental. Lo hacían con todas las personas que llegaban con el fin de ganar adeptos.

En el cuestionario —«¡Para llegar adonde uno quiere… debe saber dónde está!»— me preguntaban si tenía una mentalidad científica y racional, si lamentaba los fracasos y las desgracias del pasado, si era claro y enérgico —«enérgico» era una de esas palabras con prestigio entre los logólogos— en la voz y en los ademanes, si encontraba difícil realizar una tarea que hubiese que hacer, si esperaría que algo sucediera en lugar de causarlo. El encabezamiento del test rezaba así: «Tu inteligencia y aptitud tienen mucho que ver con tus ingresos, tu futuro, tus relaciones personales y tu vida». La inteligencia se evaluaba en función de lo separado que estabas de los sentimientos, de toda esa turbiedad que emana de la tierra como una fatalidad que nos impide medrar. Pensé, por simple espíritu de contradicción, que el miedo me hacía más inteligente. Para ellos, los sentimientos no traducibles en beneficios sociales, las inquietudes, la memoria, la timidez y otros lastres semejantes, propios de fases más primitivas de la humanidad, no servían para nada, su única función consistía en impedirte un ascenso meteórico. Por eso, la sociedad logológica te proporcionaba una nueva familia de seres inteligentes, desapegados de aquello que pudiera ser una rémora para la liquidez de sus cuentas. Lo que fuese contra los principios de la Iglesia te condenaba a una vida irremediablemente fracasada.

Tino cronometraba la celeridad de mis respuestas con un aparato que medía la edad cerebral. Me hice el mudo por si acaso. Ese truco ya me había salvado una noche, hacía años, en la que unos desconocidos intentaron atracarme. Al verme tan disminuido no sintieron piedad, simplemente decidieron que era mejor burlarse. Yo me conformé con aquella humillación y salvé, quizá, el pellejo.

Lo hacía todo por escrito. En algunas preguntas me quedé atascado un buen rato. No tanto por las dudas que me surgieran sobre lo que debía contestar para obtener unos resultados calculados —había decidido contestar espontáneamente con el fin de conseguir unos resultados pésimos— como por lo implicado que me sentía por el asunto tratado.

—¿Llevarías a cabo las acciones necesarias para matar a un animal y evitarle así el dolor?

—¿Requeriría un claro esfuerzo por tu parte considerar la idea de suicidio?

—¿Aborreces la idea de la muerte o incluso lo que te la recuerda?

—¿La vida te parece más bien vaga e irreal?

Me resultaba muy difícil responder a todas estas preguntas porque me las estaba haciendo la misma persona que pretendía acabar conmigo de la manera más rastrera. Pensándolo bien, no era tan raro que me quedase mudo.

Al poco tiempo de entrar llegaron los Tordesillas en masa. Tenían un aire de preocupación. Preferiría pensar que era yo el único en notarlo. Esta vez venían todos juntos, sin rechistar, grandes y pequeños en complicidad, compartiendo casi una sola mirada, con la curiosidad espoleada por una especie de interés universal. Por la forma de observar esta vez parecían ellos los cronistas. Estaba claro

que con su mirada querían intervenir en el destino, dirigiéndolo con el magnetismo de la paranoia.

E.T. se encargó de justificar la llegada de la familia. Con disimulada ironía hizo ver que no iban a encontrar a tantas personas dispuestas a convertirse a la nueva fe. A Raúl y compañía se les presentaba una ocasión para entablar nuevas alianzas con sus enemigos y para demostrar que los Botero solo iban contra mí.

Todos tuvieron que hacer el test, como yo, y como yo iban a obtener unos resultados catastróficos en edad cerebral y aptitudes para la secta. En principio, pensaba que ninguno de mis clientes me había reconocido. Toti me pegó un pisotón de complicidad. El gesto y mi reacción debieron de parecer sospechosos a Tino, pero no cayó en que podría ser yo quien se había colado en su iglesia, yo, que lo había denunciado por asesinar a Mohamed. No le cabía en la cabeza que me atreviera a desafiar de ese modo el peligro.

Fue Pepe Botero quien había encargado a Tino el trato de lujo (La Segunda Vida - Sunset Services) que últimamente me estaban dando. Mi ejecución se la habían encomendado al portero de la discoteca. Me consta que fue él quien se ofreció voluntariamente para ocuparse de todo aquello que se pudiese hacer contra mí. Desde nuestro primer encuentro recibimos el mismo flechazo emponzoñado.

Embargado por el vértigo de la persecución y por una especie de ebriedad proporcionada por el anonimato, me entregué a la observación de los Tordesillas. Tenía una curiosidad incontenible por conocer de cerca la actuación de la familia cuando no contaban con mi presencia vigilante. No iba a durar mucho, pero me proporcionaría unos cuantos datos precisos. Ellos sabían que yo andaba por allí. Tenían una forma de husmear casi animal.

Observaban a los desconocidos con una atención salvaje.

La concurrencia era extravagante. Yo no era el único que podría parecer disfrazado. Eso sí, seguramente uno de los principales sospechosos. A estos lugares en los que se invita a canapés con entrada libre acude una parroquia que no deja de sorprenderte. Me pregunté muy en serio si los pobres de la puerta no se habrían disfrazado de señoras respetables para tener acceso a las bandejas con las que desfilaban los camareros; tal era la avidez con la que perseguían a los empleados del catering. Me prometí fijarme en los mendigos de la puerta por si parecían burgueses desharrapados a los que hubiesen despojado de sus ropas.

E.T. me presentó a los Tordesillas como un viejo amigo interesado en la secta. Al acercarme estaban hablando de los modelos que habían utilizado en su representación ante su cronista. Maribel nombró a Lucrecia Borgia y reprochó a sus hijos no haberse convertido en príncipes de la Iglesia. Le habría encantado acariciar la púrpura cardenalicia en el lomo de alguno de ellos. Blas hablaba de Gargantúa; Eugenio, de algunos personajes secundarios de Julio Verne que no recordaba. Amancio no dudó en decir que se había inspirado para alcanzar su personalidad postiza en las antinomias irresolubles de La crítica de la razón pura. Adolfo, maestro de travestismo virtual, era incapaz de reconocer un modelo fuera de sí mismo.

—¿A ver quién adivina el personaje en el que se ha basado Pepe Botero? Porque ya sabéis que él en todo momento ha querido aparecer en la crónica, incluso protagonizarla —preguntó E.T.

—El padre hijo de puta y borracho de Huckelberry Finn —acertó ágil Adela.

—¿Y el de Tino? —interrogó rápidamente Jorge.

—Una mezcla de Henry, el asesino en serie, y el Halcón Maltés —contestó E.T.

—¿Y Raúl? —volvió a preguntar Jorge.

—Un cruce de Freak Brother con malo de serie B. —contestó él mismo.

Yo no había olvidado mis deberes como cronista. El hecho de hacerme pasar por mudo me permitía utilizar mi cuaderno para tomar notas de todo lo que decían mis clientes sin que ellos supieran quién era yo. Rápidamente Maribel y Fuensanta quisieron leer lo que yo escribía y me reconocieron. La mirada de todos los Tordesillas convergió sobre mí. Me habían descubierto. Aunque contaba con la complicidad garantizada de todos ellos, me marché para evitar llamar demasiado la atención.

Persiguiendo un canapé de salmón caí justo detrás del corrillo de Raúl y el Intrigante. Evocaban atrocidades de otras ocasiones.

—¿Te acuerdas cuando le tiramos el huevo a la gorda aquella?

—¿Y el enano sordomudo que pedía limosna?

—¿Al que pusiste un alacrán en la caja de las limosnas?

—Sí. Salió corriendo y luego tropezó. Creo que se rompió los morros contra el suelo. Vino una ambulancia y todo. ¿Y aquella pueblerina que acababa de salir de la peluquería?

—La verdad es que hay peinados que me ponen furioso.

—Mira este mismo —dijo, y se refería a mí.

—Encima va de amarillo.

—Tú —dirigiéndose a una de las camareras que servían las copas—, dame otro vino.

Hice un gesto espontáneo para interponerme entre la chica y su falta de consideración, aventurándome a poner una vela en el entierro de los buenos modales al que nadie me llamaba.

—¿Pero tú qué haces aquí?

—Pepe Botero me invitó —escribí para darme un aire de respetabilidad e intentar que me dejasen en paz. Pero el destino quiso que en ese momento pasara por detrás de mí el mismísimo Pepe Botero, a quien rápidamente preguntaron sus secuaces. Este intervino para aclarar la historia.

—Sí, pero no me acuerdo de su nombre.

—Solís, Anselmo Solís —escribí.

—¿DNI?

—34583412.

—¿Matrícula del coche?

—HDP 3321.

—Repítame el DNI —me pidió, dándome otro papel en el que no podía ver el número que yo había escrito antes.

—34583413.

—Seguridad, seguridad —se dijo a sí mismo, inclinando la cabeza hacia las solapas de su chaqueta.

Al momento aparecieron dos guardas jurados. Aquello estaba organizado como un banco. Los sistemas de alarma saltaron. Temí lo peor. Estaba perdido. Ahora me llevarían a una habitación. Me

encerrarían con los dóberman. Yo me resistiría ofreciéndoles primero mis brazos, luego las piernas; por el fin el tronco, la cabeza, el pecho. Así acabaría la crónica del bufón guiñapo, hecho pedazos en defensa de sí mismo, ejecutado por ver con sus ojos y oír con sus oídos. Probablemente echarían los restos al jabalí de Tino. De esa manera solo tendrían que desalojar los restos incomestibles de mi cadáver. Me permití un último momento de ensoñación para contemplar, en picado cenital, el deslumbrante color de mis huesos bajo el cielo implacable de un vertedero. Las moscas sobrevolaban zumbando su póstuma molestia. Se tendrían que marchar decepcionadas de aquel panorama mondo y lirondo en el que me había convertido.

Al volver en mí me encontré rodeado de todos los Tordesillas. Hicieron una piña a mi alrededor. Enseguida se montó un escándalo impresionante. Los guardas jurados intentaban prenderme. Mis clientes formaban una barrera infranqueable, perfectamente prieta. E.T. llamó rápidamente a la policía avisándoles de que en la iglesia de la Logología se iba a cometer un crimen, que eran los mismos asesinos que unos días antes habían ahogado a un inmigrante marroquí en una balsa de riego. Tino le arrebató el teléfono, pero ya era demasiado tarde. Los policías volvieron a llamar. Él les dijo que era una falsa alarma: una loca. Al pedirle que se identificase colgó. Estaba claro que vendrían, eso lo sabíamos todos. Por eso Botero, básicamente un gran amante del orden, pidió a sus secuaces que nos dejasen marchar. Nos entregaron, como muestra de pacificación y «buena voluntad», los resultados de nuestros tests, que, como ya he dicho, habían sido nefastos. Todos estábamos por encima de la edad mental de ochenta años. Nos alegramos mucho de no dar el tipo. Antes de salir, escoltados por la crème de la nueva feligresía, bastante más nerviosos que nosotros, Jorge tuvo uno de esos arrebatos de inspiración. Contra su costumbre, esta vez pasó inmediatamente a la acción. Su obra consistía en un happening un tanto violento. Un sillón salió volando contra un cristal de separación del vestíbulo con la garita de recepción. Inmediatamente todos nosotros, aprovechando la pasividad ordenada por Botero, nos incorporamos a la fiesta inaugurada por Jorge. Cuadros, lámparas, mesas de cristal caían hechas pedazos bajo la furia familiar de los

Tordesillas. Creo que el franco modelo pantagruélico de Blas prevaleció sobre el ideal torticero de los Borgia que preconizaba Maribel. El caso es que el local fue destrozado ante la mirada confiada en la justicia de Pepe Botero. Por supuesto, contaba con su testimonio de hombre de paz y el hecho de que ellos, como mostrarían sus ropas, no habían intervenido para nada en la algarada. Eso nos obligó a rasgar las vestiduras de los guardas jurados y de todos los testigos, incluido el historiador, quien dijo, cuando le rajé la chaqueta con el pin de propaganda de la Iglesia: «Sirva esto como prueba concluyente de barbarie». Para mi sorpresa, fue Toti la única que no destrozó nada. Pasó todo el tiempo intentando tranquilizarnos y pidiéndonos que parásemos.

Aunque el lugar tenía un enorme escaparate que daba a la calle, imitando seguramente la arquitectura de cristal del fascismo italiano, no había más que un curioso. Creí reconocer al hombre que apalearon los chulos en el bar el día que salí con Agustín. Efectivamente, permaneció allí hasta que llegó la policía y declaró que nos habían agredido y que los destrozos eran obra de nuestra propia y necesaria defensa personal. Los demás testigos se habían ido en cuanto acabaron los canapés.

Una vez más he podido escapar de las garras de los Botero. Sin embargo, siento que su cerco está cada vez más cerca. He podido comprobarlo últimamente. Tino ha convencido al hijo de Mohamed de que el asesino de su padre soy yo. Ya no solo me buscan los de la empresa de suicidios. Espero que los Tordesillas resuelvan, como testigos de excepción, la infamia. No me puedo quedar aquí, esperando que la realidad supere en algún momento a la imaginación. Pero antes de dar cualquier paso lo que debo hacer es publicar esta crónica. El testimonio es incuestionable. Claro que algunos de los Tordesillas me han pedido que no la publique. Evidentemente, ellos salen peor parados que otros familiares. Puede que hasta cierto punto su único propósito haya sido divertirse, reírse de mí, alcanzando así cierto entretenimiento en sus vidas, con el que han conseguido aligerar su existencia. Espero que les haya servido de algo. Probablemente cuando esto salga de la imprenta

tendré algún enemigo más. Ellos sabrán por qué se han tomado en serio el interés novelesco de sus vidas. Empezaron diciendo: «Si esto lo escribiese alguien». No termino de imaginarme qué será lo último que digan.

En cuanto a mí, no sé todavía si esto que hago al dar a la luz mis palabras es un exorcismo o una maldición, si saco los demonios o los invito a pasar. En cualquier caso están aquí, pululando con su dandismo por todos los rincones. Uno de ellos me propone que vaya ahora mismo a pedir clemencia a los Botero. Es el demonio de la derrota. Otro se empeña en que descubra cuál es la ciudad sin nombre. Es el demonio de la evidencia, el mismo que se empeña en descubrir las raíces de los árboles en los barrancos, el que saca del fondo de la tierra los cristales que se formaron en la más secreta de las yacijas, el sinvergüenza que delata a los envidiosos las complicidades del amor. El demonio de la desolación hace que me mire las rodillas y encuentre en ellas un único motivo de orgullo, una sola razón para vivir. Y el demonio que enrarece la luz al final de las esferas luminosas que tuvieron un principio en el centro del universo, el demonio de la conclusión, me pide que termine ya con esta crónica. Tarde o temprano tengo que escucharle sabiendo que el demonio del olvido colecciona todos los detalles que se me han escapado, todas las lagunas que pueblan por el aire la sed del sol.

Gracias a Lola Martínez por haberme ayudado tanto a escribir esta novela.

Gracias también a Esther Carretero por sus lecturas y relecturas y por todos sus consejos.

Gracias a Piedad Carreño y a Antonio Casalins, que la han hecho crecer desde el principio.